

Trilogía Templaria 1

El puente de Aviñón

Thomas R. P. Mielke

Título original: Die Brücke von Avignon

© 2004, Fischer Taschenbuch Verlag in der S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main

© 2006, Sofía Noguera Mendía por la traducción

© 2006, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

Francia, año 1314. La poderosa Orden de los Templarios, amurallada entre sus secretos, ha sido eliminada. El joven Bertrand de Comminges sospecha que detrás de la desaparición de la legendaria orden de caballería se esconde un terrible complot urdido para apoderarse de sus riquezas y de su inmenso poder y gloria.

Perseguido implacablemente por la Inquisición, no tiene más remedio que dirigirse a Aviñón, donde el Papa tiene fijada su residencia. Sólo a él puede Bertrand confiar el terrible secreto, y salvaguardar así la herencia espiritual de la orden y cambiar el rumbo de la historia...

Índice

1	La huida de París	5
2	El puente	14
3	La amatista	23
4	El carro de Eliah	32
5	El capellán pelirrojo	41
6	En la rue Jacob	49
7	Asesinato y atentado	59
8	Inquisición	69
9	De tejado en tejado	80
10	Verdades	90
11	Las tabernas del río	99
12	Elena	109
13	Chucherías	119
14	Los penitentes grises	128
15	La última audiencia	138
16	Pato y cordero	147
17	El maestro de palacio	156
18	Los calabozos y la komturei	165
19	Cae la noche sobre Aviñón	174
20	Los caminos del Señor	183
21	La cámara de las torturas	193
22	El mercader de Pisa	202
23	Viernes Santo	211
24	Pascua de Resurrección	221
	Epílogo	232
	Dramatis personae anno 1314	234
	Algunos personajes mencionados que no aparecen en la novela como protagonistas	236

El puente de Aviñón

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com

Trilogía Templaria 1

El puente de Aviñón

Thomas R. P. Mielke

Título original: Die Brücke von Avignon

© 2004, Fischer Taschenbuch Verlag in der S. Fischer Verlag GmbH,
Frankfurt am Main

© 2006, Sofía Noguera Mendía por la traducción

© 2006, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

Francia, año 1314. La poderosa Orden de los Templarios, amurallada entre sus secretos, ha sido eliminada. El joven Bertrand de Comminges sospecha que detrás de la desaparición de la legendaria orden de caballería se esconde un terrible complot urdido para apoderarse de sus riquezas y de su inmenso poder y gloria.

Perseguido implacablemente por la Inquisición, no tiene más remedio que dirigirse a Aviñón, donde el Papa tiene fijada su residencia. Sólo a él puede Bertrand confiar el terrible secreto, y salvaguardar así la herencia espiritual de la orden y cambiar el rumbo de la historia...

Índice

1 La huida de París	5
2 El puente	14
3 La amatista	23
4 El carro de Eliah	32
5 El capellán pelirrojo	41
6 En la rue Jacob	49
7 Asesinato y atentado	59
8 Inquisición	69
9 De tejado en tejado	80
10 Verdades	90
11 Las tabernas del río	99
12 Elena	

109	
13 Chucherías	
119	
14 Los penitentes grises	
128	
15 La última audiencia	
138	
16 Pato y cordero	147
17 El maestro de palacio	
156	
18 Los calabozos y la komturei	
165	
19 Cae la noche sobre Aviñón	
174	
20 Los caminos del Señor	183
21 La cámara de las torturas	
193	
22 El mercader de Pisa	
202	
23 Viernes Santo	
211	
24 Pascua de Resurrección	221
Epílogo	
232	
Dramatis personae anno 1314	
234	
Algunos personajes mencionados que no aparecen en la novela como protagonistas	236

La huida de París

—¡Aquí tienes tu recompensa, Smaragdus..., el castigo de Dios por el ridículo que estás haciendo al intentar salvar todavía al Papa y al mundo mediante un milagro!

Las olas furiosas se estrellaban contra la orilla del río e intentaban atrapar al joven y exhausto jinete y a su caballo. Aparte de un ciprés arrancado y caído sobre el camino frente a ellos, no había nada más a lo que recurrir.

Hubiera debido quedarse en la orilla occidental del Ródano, pese a que por allí no transcurría ninguna de las antiguas calzadas romanas de la región. Venía refugiándose en la orilla este desde Lyon. Sin embargo aquella parte de la Borgoña pertenecía entonces también a Francia, del mismo modo que la pequeña ciudad de Vienne, donde hacía tan sólo dos años se había estado discutiendo durante meses en un concilio sobre el destino de los templarios.

A pesar de haber estado durante años luchado, negociando y despotricando, el papa Clemente V no había tenido más remedio que ceder a las presiones de Francia. Los tribunales eclesiásticos no habían reconocido ni una sola de las acusaciones de los juristas franceses en contra de la mejor de las órdenes. Pese a todo, la inmensa intriga había conseguido superar las fuerzas del Papa, anciano y enfermo. Contra la voz de su propia conciencia y de su fe en la misericordia del Todopoderoso, había terminado por ceder, condenando de esta manera a los últimos templarios del reino de Felipe IV el Hermoso.

—¡Demasiado tarde, demasiado tarde para intentar nada, Smaragdus!

El árbol caído le impedía acceder al último tramo del camino que llevaba a Aviñón. Pero el atribulado joven, cuyo nombre era Bertrand de Comminges, estaba empeñado en continuar. Sólo él podía evitar que, tras la caída de los templarios, la Iglesia Católica Romana y el Papa terminasen siendo unos «cautivos en Babilonia» en manos del rey de los franceses.

Dirigió al caballo encabritado hacia la izquierda e, inmediatamente, de nuevo a la derecha..., todo en vano. No había salida. Acertaba a distinguir la silueta de la ciudad y el puente de Aviñón a una cierta distancia río abajo, entre la espuma de las olas y la llovizna. Por otra parte, ya no debía temer a

sus perseguidores, porque donde se hallaba, en Morgues, tanto la orilla como la tierra firme pertenecían al condado de Venaissin.

La curia se había refugiado en esta parte de los Estados Pontificios situada entre Aviñón y los Alpes, un regalo de otro rey de Francia a los papas, hacía ya más de tres siglos, en pago por su ayuda en la cruenta cruzada albigense.

Por un momento, que le pareció eterno, el joven jinete dudó de su propósito. ¿No era acaso pura arrogancia e insensatez aquel empeño en llegar a Aviñón para salvar al Papa?

—Debes ir a Aviñón si el último gran maestro de los templarios muere en las llamas —le había encargado su mentor, el maestro Eckhart—. Y luego debes unir los fragmentos de un mismo símbolo que encontrarás en tres piedras preciosas distintas para formar de nuevo un todo. ¡El primer símbolo viene del Padre, el segundo lo conserva el Hijo, el tercero obtiene su fuerza del Espíritu Santo! Sólo si eres más rápido que la muerte y los demonios del Averno podrás salvar el secreto de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón en Jerusalén...

El gran maestro Jacques de Molay había muerto en la hoguera hacía exactamente tres semanas, en París. Bertrand y una multitud de gente habían sido testigos de la forma en que Molay y el preceptor de Normandía eran castigados por no haber revelado al rey de Francia dónde se encontraba su legendario tesoro, pese a las torturas y el cautiverio sufridos durante años. Mientras las llamas se elevaban y empezaban a apoderarse de sus piernas, el gran maestro profirió una maldición contra el Papa y el rey de Francia, según la cual no iba a tardar en seguirlo al Más Allá. Aquella ejecución había conmocionado a los habitantes de París; todos desconfiaban de todos. Bertrand había necesitado varios días para conseguir un caballo y algunas monedas. Cuando por fin logró abandonar la ciudad, no se hallaba en posesión de ninguna carta sellada, ni tenía documento alguno que pudiera proporcionarle una audiencia con el Papa; ni tan siquiera sabía por qué sus excelencias de la curia iban a creer o a ayudar a un estudiante de diecinueve años procedente de París.

¿Qué le aguardaba en Aviñón? ¿Cómo podían la Provenza, el condado de Venaissin y la ciudad en la escarpada orilla del Ródano constituir un refugio frente a la codicia y el poder de Felipe el Hermoso?

¿Acaso no tenían los cátaros y los albigenses fortalezas mayores e inaccesibles en las montañas y, pese a todo, habían sucumbido a las criminales cruzadas emprendidas en su contra por los reyes de Francia y sus aliados los Papas?

Ahora parecía que el único vencedor fuera el rey de Francia, porque no sólo habían muerto dos mil templarios, sino que también los papas Bonifacio VIII y Benedicto XI se contaban entre sus víctimas.

¿Había elegido a este tercer Papa con el fin de adueñarse definitivamente de la Iglesia con su mediación?

El momento de la batalla final entre los señores de la tierra y la Iglesia Católica Romana no podía haber sido elegido con más acierto. Enrique VII, el último kaiser del Sacro Imperio Romano Germánico, había muerto debido a unas fiebres malignas poco después de su coronación. Nadie podía poner coto a los partidos beligerantes en Italia. ¿Acaso no había intentado el propio Felipe el Hermoso, que más bien parecía una lechuza vieja y fea, convertirse en miembro de la Orden del Temple e incluso llegar a ser su gran maestro? ¿Acaso no hacía ya mucho tiempo que vivía en la torre de los templarios en el centro de París, en cuyos muros seguía buscando indicios

que lo condujeran a las riquezas escondidas? ¿Y acaso no perseguía desde hacía años la corona de emperador de Europa, si no ya para él, por lo menos para su hermano menor o su hijo?

Bertrand miró hacia atrás, en dirección a sus incansables perseguidores. Ahí estaban, apenas cincuenta metros río arriba. Uno de ellos era gordo, el otro más delgado. Se inclinaban hacia delante sobre sus veloces caballos, y sus capas oscuras sobre los hábitos de dominicos estaban empapadas. El mero hecho de que fueran a caballo suponía ya algo inconcebible, porque los dominicos estaban obligados a ir siempre y a todas partes a pie. Para ser exactos, ni siquiera podían aceptar el ofrecimiento de montar en el carro de bueyes o en la mula de un grupo de titiriteros que se tropezaran en su camino. Pero aquéllos pertenecían a la Inquisición. Lo perseguían y vigilaban desde París. Cuando él dudaba acerca de qué

camino tomar, permanecían rezagados para alcanzarlo rápidamente cuando trataba de escapar. En Auxerre y Chalons, junto al río Saône, en Lyon y, finalmente, también en Valence, habían dormido en las mismas posadas que él, sin dirigirle una sola palabra. No los conocía, eran como perros pastores que se ocuparan de una sola oveja negra, día y noche, hora tras hora, tan cerca de él que le resultaba imposible librarse de ellos.

También vio de nuevo, confusamente y de refilón, una especie de demonio borroso, el tercero de sus perseguidores. Se mantenía en todo momento detrás de los otros dos, sin acercarse en ningún momento lo suficiente para dejar de constituir una mera sospecha. Bertrand se había preguntado muchas veces si el encapuchado sería un espía del rey, otras veces le parecía un pénitent gris, o penitente gris, que portaba la característica capucha con dos agujeros para los ojos. Incluso había llegado a ver en él a la inevitable Muerte con su guadaña. Bertrand no podía decir si se trataba del mismo o de varios, que se hubieran ido relevando a lo largo del camino desde París.

Bertrand, en aquel momento, se hallaba montado en un caballo que se encabritaba aterrorizado y resbalaba una y otra vez sobre las piedras pulidas por el río sin poder avanzar. Por culpa de la crecida de primavera, que había lamido con sus aguas gélidas de color marrón las piedras de la antigua calzada romana hasta dejarlas desgastadas, iba a tener que entregarse finalmente a aquellos perros de su amo. Él no quería eso. Él tenía que llegar hasta el Santo Padre, su adorado padre, en Aviñón.

—¡Tres símbolos grabados en piedras preciosas! —murmuró para sí—. ¿Qué símbolos? ¿Qué piedras? Yo sólo conozco una...

Apoyó la mano derecha en el pecho y sintió el anillo que llevaba al cuello colgado de una cadena hecha de acero de Damasco, delicadamente elaborada y muy resistente. Era el antiguo anillo episcopal de su padre. La amatista llevaba grabado uno de los tres símbolos que debía reunir. El viento se agitaba sobre su cabeza y a través de la fría llovizna acertó a ver un rayo de luz sobre el río. En un primer momento pensó que el sol primaveral estaba venciendo a la tempestad y al mistral, pero luego advirtió que el rayo de luz sobrenatural se mantenía directamente sobre la parte más oscura del puente, justo sobre el lugar donde se hallaba la capilla de San Nicolás, edificada a modo de nido de piedra sobre el segundo pilar del puente.

Parecía que el rayo de luz fuera una señal. En ese mismo instante desapareció su temor ante los mercenarios de la Inquisición. De repente supo que iba a poder llegar hasta Aviñón, incluso si para ello fuera preciso más que un milagro. Su confianza en Dios y su fe se hicieron más fuertes que los demonios y que las fuerzas de la naturaleza. Hizo girar al caballo, volvió la cabeza y lanzó una carcajada en dirección a los monjes dominicos. El tercero los había alcanzado, se hallaba ya cerca del ciprés derribado y de los otros dos hombres. Si lo deseaba, todavía podía cortar el camino en la orilla escarpada, junto al peñón, directamente delante de Aviñón. En efecto, llevaba el hábito de los penitentes gris...

—¡No me atraparéis! —gritó Bertrand.

Apretó las piernas alrededor del cuerpo del animal y le obligó a dar un giro brusco. Mediante un enorme salto, montura y jinete se lanzaron a las aguas turbulentas.

Mientras tanto, algo estaba sucediendo encima del río, en el puente. Cientos de hombres, mujeres y niños forcejeaban para entrar en Aviñón. Procedían de Francia, España, Siria, África, Grecia, Baviera y Colonia, así como de todos los reinos del norte.

Algunos rezaban en voz alta, otros maldecían en su lengua y no faltaban los que se dedicaban a golpearse despiadadamente entre ellos. Huían de la gran isla de Barthelasse, entre los dos brazos del río que ésta dividía. Aquella mañana reinaba una gran agitación entre los peregrinos que acudían con motivo de la Pascua y que no habían conseguido alojamiento en las posadas de la ciudad, repletas desde hacía ya mucho tiempo. Quien se hallaba en posesión de rango e influencia, una sotana morada o una bolsa repleta de dinero todavía había podido encontrar en la ciudad un sitio donde pernoctar y conseguir pan y vino, pero la mayoría de las personas de la isla carecían de todo aquello. El comienzo de la Semana de Pascua debiera significar para los peregrinos cristianos penitencia y recogimiento, ayuno y silencio. No obstante, en los campamentos, entre las tiendas de vistosos colores y las sencillas cabañas de madera, al abrigo de los matorrales y árboles, había aparecido en la isla una especie de mercado ilegal. Desde que el Papa fijara en Aviñón su residencia, en la tierra de nadie del río, entre el Sacro Imperio Romano Germánico y el reino de los francos, se bailaba y bebía desenfrenadamente con motivo de las celebraciones religiosas, dando rienda suelta a las más bajas pasiones.

Comerciantes judíos y árabes procedentes de España y del norte de África habían descubierto hacía tiempo que durante esos días se podían obtener más beneficios con aceite consagrado, figurillas de santos talladas en huesos de albaricoque, diminutas astillas de la cruz de Jesucristo y conchas del peregrino importadas de Escocia, que con los acostumbrados tapices, abalorios y hierbas medicinales. Y, a pesar de las prohibiciones y de las reglas de ayuno, la música no paraba de sonar, y peregrinos, comerciantes y mujeres de todas las edades danzaban no sólo en los prados y los claros del bosque, sino sobre todo bajo los arcos del puente, cosa que aprovechaban las parejas para desaparecer del círculo mediante un par de pasos de baile más amplios que los demás y perderse en las sombras de alguno de los pilares.

«Sur le pont d'Avignon...»

Hasta que el inesperado y catastrófico desbordamiento del río sumergió las orillas de la isla...

—¡Se hunde! ¡La isla se hunde! —gritó alguien. Podía tratarse de una broma o de verdadero pánico; la intensa lluvia no dejaba entreverlo.

—¡Sálvese quién pueda!

—¡Refugiémonos en la ciudad del Santo Padre!

—¡Subamos a la colina, subamos hasta el Papa!

OceanofPDF.com

Lágrimas y sangre corrieron por las escaleras y rampas que llevaban al puente, también algunos imprudentes cayeron al río. Entretanto, todos se adelantaban sin ningún miramiento en la misma dirección a lo largo del puente, de apenas cinco metros de ancho y que parecía infinitamente largo con sus veintidós arcos. Estaban a un tiro de piedra del arco que cubría la plaza amurallada entre el puente y la muralla de la ciudad. Pronto se alzaron gritos, cada uno más alto que los demás.

—¿Qué hay ahí delante?

—¡Abran la puerta!

—¡La puerta!

OceanofPDF.com

La agitación era cada vez mayor. En los casi cien años desde la milagrosa construcción del puente sobre el Ródano, las riadas y las tormentas lo habían destrozado en numerosas ocasiones, pero sus reparaciones habían sido casi siempre muy provisionales. ¿Acaso no había ordenado el Papa tan sólo entonces que se reparara con mayor diligencia? Y a pesar de todo, del mortero recién colocado volvían ya a desprenderse piedras que caían en las aguas turbulentas del río.

Cada vez eran más las personas, los carros y los animales de carga que, empapados, pugnaban por avanzar. Gritaban en tantas lenguas diferentes como las que se escuchaban otros días en las calles del centro de la ciudad. Los más ruidosos eran los robustos jornaleros de las muchas obras de construcción de las inmediaciones. Algunos de entre ellos, que a juzgar por sus camisas indecentemente cortas debían de haber servido en los más variopintos enfrentamientos desde Flandes hasta Lombardía, se dieron la vuelta y enseñaron sus traseros desnudos a los guardas que custodiaban el portón del puente. En seguida se dejaron oír fuertes maldiciones. Los italianos, que con sus agudas voces ante una fruta demasiado madura en el mercado o un asno que se pedorreaba delante de ellos profetizaban el fin de la civilización occidental y del papado, protestaban ahora por la decadencia de los modales. Pese a que muchos de ellos ya se habían enfrentado antes a semejantes tempestades y a la furia del mistral, se quejaban más alto que nadie del frío, la humedad y la demora en abrir la puerta del puente. Dos torres flanqueaban el portón en la escarpada orilla del río, frente al peñón donde se situaba la ciudad. Las ventanas de ambas permanecían cerradas. Al otro lado de la muralla podían verse las vidrieras de colores de las ventanas del piso superior del palacio episcopal, delante de la catedral. El estandarte a franjas amarillas y rojas del papa Clemente V, cuyo objetivo era mostrar a cualquiera que atravesara el puente o a cada barco que pasara dónde se hallaba ese día el Santo Padre y su corte, no se veía aquel día, como acostumbraba, ondeando en uno de los balcones que daban al Ródano. La lluvia y el viento amainaron por un momento y a continuación se abrió una de las ventanas de palacio. Se dejó escuchar un grito unísono, mitad veneración, mitad esperanza y protesta, que ascendió

desde el puente sobre el río turbulento y espumoso hacia las figuras que, lentamente, iban apareciendo en el balcón.

Pero no se trataba del Santo Padre que salía al balcón para bendecir a los desafortunados que se hallaban sobre el puente. En su lugar, la masa reconoció a los dos cardenales más importantes de la Santa Sede. Los dos miembros de la curia no tenían el aspecto piadoso y humilde que cabía atribuirles; más bien parecían generales de la eterna batalla entre el Bien y el Mal.

En primer lugar apareció en el balcón el cardenal Arnaud D'Aux, alto y poderoso. El camarlengo y arzobispo de Poitiers, de cincuenta años de edad, llevaba la cabeza descubierta. Su cabello negro e indómito se agitaba en la tempestad al igual que su sotana de color rojo sangre. Con anterioridad había sido vicarius de Clemente V, cuando éste todavía era arzobispo de Burdeos. A continuación apareció otro cardenal de largos cabellos grises cuya presencia, a pesar de su aspecto más jovial y amistoso, resultaba todavía más imponente. Niccolò da Prato se contaba entre los hombres más misteriosos a la par que influyentes de la Santa Iglesia Romana. Había sido decano del colegio cardenalicio que eligió al inexperto arzobispo de Burdeos como Pontifex maximus, el mayor constructor de puentes entre Dios y los hombres, frente a la oposición de algunos cardenales italianos como Napoleone Orsini y Giacomo Colonna, más conocido como Sciarra. También era él quien aconsejaba al Santo Padre en todas las cuestiones relativas al Vaticano, San Pedro o el palacio del luterano. Y, hacía ahora solamente dos años, había coronado emperador del Sacro Imperio Romano germánico a Enrique VII, que en el intervalo había fallecido, en lugar de hacerlo Clemente como había estado previsto en un primer momento.

De repente, una cierta claridad se extendió alrededor del balcón. Parecía que los salvajes demonios del mistral no se atrevieran a acercarse a aquellos dos hombres de la Iglesia, limitándose tan sólo a aullar en torno a ellos. Ya ni tan siquiera los cabellos y sotanas de los cardenales se agitaban en el viento. Cada vez eran más las personas que, sobre el puente, reclamaban a gritos la presencia del Papa.

—¡Ayuda, Padre..., Santo Padre! ¡Ayuda...!

Era lo único que se entendía en medio del estruendo y los gritos. Pero el Papa no se unió a sus cardenales en el balcón, como venía siendo habitual desde hacía algunas semanas. Muchos de los que se hallaban en el puente temieron que fueran ciertos los rumores en torno a la mala salud del papa Clemente.

OceanofPDF.com

Al final de la masa de gente que se debatía y gritaba sobre el puente, pugnaba por abrirse paso un carro tambaleante. Sus dos ruedas con radios lucían numerosos remiendos y la mula que tiraba de él presentaba un estado tan lamentable que las costillas y el espinazo se le marcaban con toda claridad bajo la piel. El carro llevaba una carga demasiado pesada y el eje de madera estaba desequilibrado. En cuanto la mula no podía tirar más de él y se detenía, el eje se disparaba hacia arriba como una lanza de torneo y levantaba unos cuantos centímetros sobre el empedrado del puente al animal, el cual se ponía entonces a rebuznar de forma estentórea.

Cada vez que esto ocurría, una muchacha descalza, de unos diecisiete años de edad, manejaba hábil y velozmente la cuerda con la que la mula se hallaba atada al carro para bajarla. Vestía un traje de lino desgastado que le llegaba casi hasta los pies. La lluvia que lo empapaba lo hacía parecer, a juzgar por el intenso color de aciano adquirido, recién salido del taller de un tintorero de la rue des Teintures. Daba la impresión de ser una de aquellas acróbatas que, para divertir a los peregrinos y comerciantes, hacían trepar a cabras montesas y lechoncillos por escaleras apoyadas en vigas y redes colocadas transversalmente, y le gritaban a la multitud que sus animales iban a silbar al llegar a lo alto.

—¡Mirad hacia aquí, damas y caballeros! —decían, ante el regocijo de los presentes—. ¡Mi cerdo silba, y podría incluso bailar sobre una cuerda si llegase a oler las monedas que le arrojéis...!

Aunque ninguno de los presentes había visto jamás a un cerdo que bailara, nunca faltaba gente que se acercara a la espera de ver lo que se les anunciaba.

Había sido una semana muy provechosa para los ocupantes del carro, hasta que aquella mañana la tormenta se había desencadenado sobre todos ellos. Habían dejado el carro y demás enseres en la isla hasta el Domingo de Pascua, día en que esperaban obtener las mayores ganancias, al cuidado de algunos titiriteros a quienes les unía cierta amistad. Pero pronto se extendió, por las estrechas callejuelas del barrio judío de Aviñón, el rumor de que se avecinaba una gran tormenta. Como todos los demás en el barrio judío Carrière, ellos se habían apresurado sobre el larguísimo puente para ver qué podía ser salvado aún de la inesperada riada en la isla de los placeres prohibidos en medio del río. Ese martes no había ido nadie a admirar las artísticas actuaciones de titiriteros y acróbatas. Todos estaban ocupados en

hallar la mejor manera de regresar a la ciudad a través del puente, bajo la lluvia helada, entre el caos, la aglomeración y los gritos.

Miriam canturreaba en voz baja para sí, llorando de frustración por lo inútil de sus esfuerzos. Sus pies descalzos resbalaban una y otra vez sobre las piedras. Cada vez se oían más lamentos indignados a su alrededor. No quería llorar, no quería rendirse y, sobre todo, no quería empezar a enroscar su largo pelo castaño entre los dedos, como hacía cada vez que se sentía atacada y amenazada como en aquel momento.

No había tiempo para nada de todo aquello.

Se dio la vuelta y lanzó una mirada suplicante hacia el carro. En el pescante, delante de la carga multicolor de tablas pintadas y cortinas ajadas que brillaban bajo la lluvia, iba sentada una persona completamente sumida en sus pensamientos, ajena y aparentemente indiferente a todo el bullicio. Sus botas estaban reblandecidas y cubiertas de barro y vestía una camisa sucia y un sombrero en forma de embudo que alguna vez había sido amarillo, tan profundamente calado que no se distinguía de su rostro mucho más de lo que lo hacían las capuchas de los monjes penitentes. Pero el anciano que iba en el carro no era un pénitent gris. La mayoría de las personas que se empujaban sobre el puente no habrían adivinado de quién se trataba, pero los habitantes de Aviñón lo conocían: era el viejo rabino Eliah de Carpentras, al que tan mal había tratado el destino.

Miriam apretó los labios. Tiró de la cuerda con todas sus fuerzas y logró que el terco animal avanzara. Su abuelo, como un buen creyente durante el Sabbat, se abstuvo de acción alguna. Sumido en sus pensamientos, permitió que Miriam y también la mula hicieran todo el trabajo. Ella sabía que no estaba dormido, al contrario; mediante las palabras del Antiguo Testamento, Eliah intentaba anular el caos que les rodeaba entresacando sus componentes de luz y aire, tierra y agua, animales y personas. En los últimos tiempos recapacitaba frecuentemente acerca de la armonía del universo y de la poca validez que parecía tener en el mundo la palabra de Dios.

Eliah gozaba de una reputación especial en el condado de Venaissin. Su familia había vivido siempre en Aviñón y Carpentras, apenas a veinte millas al noroeste en dirección a los Alpes. Se decía incluso que descendían de los fugitivos de la familia del Señor que habían llegado a la provincia romana de la desembocadura del Ródano tras la destrucción de Jerusalén.

Además, el antiguo rabino también era una persona importante para algunos cristianos. Al fin y al cabo, fue él quién, sacrificando para ello a su propio hijo, salvó al Santo Padre de un peligro mortal el día de su coronación en Lyon...

Miriam sólo tenía nueve años cuando aquellos horribles acontecimientos tuvieron lugar, en noviembre del año 1305. En el intervalo, el Papa había dejado de trasladarse de una diócesis a otra y se había instalado en el antiguo palacio episcopal de Aviñón donde reunió a toda la curia. Pero la ciudad en el recodo del Ródano nunca iba a convertirse en una segunda Roma. Por el contrario, la Santa Sede y la curia habían aportado más desventajas que beneficios a los habitantes de la ciudad y sus alrededores. Los precios de compra y alquiler de las casas habían subido hasta límites inasequibles y apenas nadie podía permitirse comprar carne, pescado y verduras.

La fría lluvia se intensificó de nuevo sobre el río y el puente. Nadie ayudaba a la muchacha y al anciano del carro. Todos se empujaban para avanzar e intentaban alcanzar la ciudad lo antes posible. Ni tan siquiera la pequeña capilla, construida sobre el segundo pilar del puente como un pequeño avispero de piedra podía servirles de consuelo. Aunque el olor del incienso llegaba hasta algunos de ellos, la pesada puerta de roble que daba al puente permanecía cerrada y tampoco las contraventanas se abrían. El pánico se apoderaba del estrecho puente. El paso de piedra sobre las aguas agitadas del río todavía aguantaba. Pero ¿por cuánto tiempo?

El puente

Las aguas turbulentas del Ródano estaban heladas. Bertrand gritaba de dolor y de cólera. De las nubes surgían rayos y relámpagos que caían en torno a través de la espesa cortina de agua. Apenas podía distinguir la enorme isla de Barthelasse, que dividía el río en dos desde allí hasta Aviñón. Bertrand hacía íncritos esfuerzos para mantenerse a flote junto con su caballo.

Hacía demasiado que aquellos despiadados perros de Dios le andaban pisando los talones. Tal vez había sido un error decir cuando partió del monasterio de St. Jacques, que iba a reunirse con el maestro Eckhart en Estrasburgo para ayudarlo con las casas de las beguinas de las que estaba al cuidado. El gran maestro ya había sido llamado a París para ocupar altos cargos en más de una ocasión, pero al parecer se había vuelto demasiado herético para el gusto de su superior en la Orden Dominica. El maestro de la orden, Berengario de Landora, le había retirado pese a todos sus méritos la cátedra y lo había enviado a Estrasburgo para velar por la salvación de las almas, la castidad y la religiosidad de algunas docenas de conventos de monjas y casas de beguinas del sur de Alemania.

Las beguinas... Bertrand se paró a pensar sin saber muy bien por qué en aquellas instituciones donde las mujeres vivían en la más absoluta pobreza y castidad y que tanto habían proliferado. Nada tenían que ver con sus planes. No obstante, ellas no sólo congregaban a las hijas de las familias nobles que no habían podido casarse, sino también a las mujeres que tenían algo que ver con los templarios proscritos, huidos o quemados en la hoguera. Las beguinas se habían convertido en una molesta competencia para las comunidades religiosas y conventos de monjas oficialmente reconocidos. Recibían donativos, les legaban bienes en muchos testamentos e incluso permitían que las hermanas contrajeran matrimonio; si podían, porque había gran escasez de hombres honrados.

Bertrand sabía que sus perseguidores de la Inquisición habían estado a la espera para ver si se dirigía a Estrasburgo o hacia el sur, en dirección al valle del Ródano. Los siguientes puntos de escape posibles en su ruta habían sido Lyon y después Vienne, ciudades en las que habían tenido lugar los concilios más importantes de los últimos años. Allí, el rey de Francia había coronado Papa al arzobispo de Burdeos y también allí la maledicencia

había declarado que la Orden de los Templarios, tan poderosa en el pasado, debía ser considerada una organización peligrosa.

¡Los templarios!

Ya no existían. Por lo menos en Francia. No habían podido resistir la caída de la última fortaleza en Tierra Santa, la fortaleza de Akkon, hacía ya más de veinte años. Se les había hecho responsables del lamentable fin de las cruzadas, se les había acusado de practicar la alquimia, sodomía, herejía y adoración del diablo. Pero todos estos motivos no eran más que pretextos para su encarcelamiento, su tortura y su ejecución, no teniendo ninguno de ellos nada que ver con el verdadero secreto de su caída. Aquellos templarios que habían conseguido escapar en el último momento habían huido a Portugal, a Escocia o al castillo templario de Marienburg en la costa del mar Báltico. Sus últimos superiores penaban desde hacía años en las mazmorras de París. Y si el papa Clemente V no hacía nada para ayudarlos, pronto iban también a arder en la hoguera en presencia del populacho.

¡El castigo de Dios! La tormenta le golpeaba como uno de los cilicios que usaban los penitentes. Se negaba a ser considerado, una vez más, como el paso en falso del arzobispo de Burdeos, el «bastardo Smaragdus», como se le había llamado cruelmente durante mucho tiempo tras su ingreso en el monasterio de la región septentrional de los Pirineos.

En el intervalo, había conseguido librarse del apelativo «bastardo»; no faltaban entre los estudiantes de París quienes, a falta de una ascendencia noble, disponían de una bolsa lo bastante repleta de florines y otras monedas para hacer callar a las lenguas de doble filo.

Tampoco él había padecido hasta ahora ninguna necesidad, nunca había pasado hambre, no había padecido la inmundicia y las terribles enfermedades comunes en su época. No había sido repudiado, proscrito, perseguido ni torturado. Al contrario, desde que tenía uso de razón, las ascendencias tanto paternas como maternas siempre le habían protegido, así como la piedad del buen Dios y las alas de sus ángeles guardianes. Sólo en raras ocasiones la rueda de la fortuna había girado en su contra. Nunca había estado muy arriba, pero tampoco nunca muy abajo; siempre había estado, como muchos, en un término medio.

No era ninguna creación especial del Señor, ni había cultivado la espiritualidad como otros, no era un caballero de la Tabla Redonda, tampoco era el último de los templarios. Ningún juramento ni ninguna iniciación en contra de la voluntad del Señor le ligaba a los desdichados

hermanos de la orden, como era el caso de muchos de quienes le rodeaban, la mayoría de los cuales estaban muertos, convertidos en miserables lisiados por las torturas o habían caído en el abismo de la locura. Aun así, sus perseguidores sabían o, por lo menos, suponían que era el único iniciado que conocía el secreto de los tres símbolos grabados en las piedras que no había sido sometido ni una sola vez a las embarazosas preguntas de la Inquisición.

Durante tres años había estudiado con absoluta libertad en París, en el monasterio de St. Jacques, junto a la rue Orleáns y también en las casas de los grandes profesores de la Sorbona. Se había movido tan libremente por sus clases como por las iglesias o por las callejuelas de mala reputación, repletas de tabernas y prostíbulos. Y durante todos aquellos años no había podido siquiera imaginar lo que en realidad sabía...

Pero ¿por cuánto tiempo? Le acosaban como cazadores a su presa, le dejaban avanzar sin intentar atraparlo y de ese modo se iban enterando cada vez más de sus planes. En cualquier otra situación, las maldiciones que dirigía a las aguas heladas y turbulentas que se interponían entre él y sus perseguidores habrían sido mucho más virulentas. Sin embargo, en aquel momento, la corriente del río era como las alas del arcángel Gabriel, que le protegían y hacían rezagarse a sus perseguidores. Una rama le golpeó el rostro, después la corriente del río lo arrastró a él y a su caballo. Se sumergía en las aguas llenas de fango, volvía a la superficie, y buscaba desesperadamente aire con que llenar sus pulmones entre la espuma y los remolinos del agua. La lluvia que caía sobre el río se mezclaba con la niebla fosforescente. Semejaba los vapores de incienso en una catedral de algún lugar remoto, no sentía el suelo bajo los pies ni ninguna atadura terrenal para su cuerpo.

Los dos príncipes de la Iglesia, con sus sotanas escarlatas, permanecían de pie en el balcón del piso superior de palacio del arzobispo de Aviñón. Daban la impresión de ser los arcángeles Gabriel y Miguel. Algunos lacayos temerosos habían asegurado las hojas de la puerta a sus espaldas para evitar que el viento las cerrase con su empuje. La parte superior de las puertas estaba hecha de madera encerada, la parte inferior consistía en cristales semitransparentes y multicolores. Aunque desde el balcón del palacio episcopal de Aviñón se podía divisar con una gran claridad el otro lado de la muralla de la ciudad, el Ródano en toda su anchura, el puente sobre el río e incluso la actividad en la isla Barthelasse, los anteriores pastores de la diócesis habían dejado muchas cosas descuidadas. El condado de Venaissin pertenecía a la Iglesia desde hacía casi cuarenta años. Como ningún Papa se había preocupado por el enclave, el condado se había llenado de conspiradores descendientes de herejes y de judíos desplazados, una especie de isla protectora entre el reino de los francos y el Imperio Germánico.

—¡Felipe el Hermoso ha comprendido por fin lo importante que es una buena perspectiva sobre el puente! —exclamó el obispo de Poitiers, al tiempo que señalaba la imponente torre vigía que el rey de Francia había mandado erigir detrás de la isla, visible al otro lado del río.

—Nosotros también lo sabemos, de otro modo no estaríamos ambos aquí —replicó Niccolò da Prato—.

¿Por qué crees entonces que el Santo Padre nombró cardenal al obispo de Aviñón y a continuación lo mandó lejos de aquí?

Los dos sabían que el viejo palacio constituía estratégicamente el mejor punto de vigilancia después de los puestos del Rocher des Domes y de las torres a ambos lados del portón del puente. Jacques Duèse, el antiguo obispo de Aviñón, no se había preocupado nunca de estas cosas, pues había preferido dedicarle tiempo a sus bodegas, situadas en las antiquísimas catacumbas excavadas en la roca del peñón de la ciudad, y a la construcción de una escalinata de peldaños planos que condujese a lo alto de la catedral. Se vio obligado a abandonar su palacio cuando, dos años antes, Clemente V lo nombró cardenal de Oporto y exigió ocupar él mismo la diócesis de Aviñón.

Tras la elección de Clemente V como Papa y después de haber frecuentado Poitiers, Toulouse y Carpentras, los cardenales de la curia

hubieran podido también elegir Montpellier, sede de una reconocida universidad de Medicina, o Arles, con hermosos palacios, construcciones romanas y una catedral mucho mayor, como ciudad del nuevo Pontifex maximus. Sólo algunos iniciados sabían por qué la elección había recaído en Aviñón. Sus enemigos más acérrimos no podían imaginar con qué paciencia soportaba el Papa las calumnias en su contra a condición de mantenerse alejado de las intrigas de Roma. La mayoría tampoco imaginaba la gravedad del estado del Santo Padre. A pesar de todos sus dolores, de los numerosos reveses y del tremendo sacrificio que había significado para él la supresión de la Orden del Temple, Clemente todavía creía posible una renovación de la Iglesia. Quería retroceder, deshacer el horrible camino que había llevado a la Iglesia a la lucha por el poder espiritual y mundano. Se pasaba las noches rezando en voz alta por el perdón de los errores de las Cruzadas, por la aniquilación de los cátaros, los albigenses y los valdenses, la pérdida de Jerusalén y los crueles asesinatos de sus fallecidos antecesores Celestino, Bonifacio VIII y Benedicto XI.

Las nubes descendían a ras del río desde el norte siguiendo la dirección de la corriente. El Ródano transportaba cadáveres de animales y árboles arrancados, barcas semihundidas y trozos de casas que semejabán arcas perdidas tras una larga deriva. La multitud sobre el puente veía cernirse la desgracia sobre ellos y gritaba cada vez más alto.

El cardenal D'Aux hizo pasar a Niccolò da Prato al interior del edificio desde el balcón. La sala de audiencia del primer piso del palacio había bastado para el obispo de Aviñón, pero para el representante de Dios en la tierra parecía más bien pequeña y provinciana. Ni tan siquiera los tapices del palacio del luterano de Roma que colgaban de los muros podían igualar la majestuosidad del Vaticano, como siempre bajo el control de la nobleza romana.

—Este tiempo no invita a hacerse el héroe, ni a pronunciar discursos inflamados —dijo Arnaud d'Aux, con un ligero tono de reprimenda en su voz. Los dos dignatarios dejaron que los criados les secaran el cabello con unos lienzos—. Al parecer, ni siquiera el Santo Padre y sucesor del apóstol Pedro tiene ningún poder sobre los estragos que causan los cielos, aunque hace un momento el pueblo nos tomara bajo aquella luz por ángeles mensajeros...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo cierto es que todo lo que hemos hecho por el Papa y la Santa Sede no se puede considerar beneficioso ni con la mejor de las intenciones. En los ocho años transcurridos desde su nombramiento no hemos hecho más que llenarle de preocupaciones. Y las calumnias acerca de su debilidad de carácter y su nepotismo no hacen sino aumentar de día en día.

—Tienes razón —convino Da Prato con un profundo suspiro. Arrastró uno de los altos sillones que rodeaban la enorme mesa situada al fondo de la sala, se sentó y estiró los mojados pies enfundados en unos zapatos granates de cabritilla. Los zapatos habían quedado inservibles. Un criado se arrodilló delante de él para descalzarle—. En Roma se dice últimamente que si fue elegido Papa, fue sólo gracias a una reunión secreta con el rey de Francia en un bosque cercano a Burdeos.

—¡Todo mentiras! Felipe el Hermoso y su canciller Guillermo de Nogaret provocaron desde el principio el descrédito del Papa ante los fieles por el asunto de la falsa bula.

—¡Si no fuera pecado, casi podríamos agradecer al Todopoderoso que ese intrigante, asesino de por lo menos dos papas, esté finalmente muerto!

El cardenal D'Aux hizo un gesto a otro sirviente, que procedió a servirles vino tinto caliente con pimienta, canela y clavo. Después se sentó a su vez en una silla y se quitó las botas sin la ayuda de nadie.

—Sus cómplices y secuaces hace mucho que se pusieron a trabajar de nuevo —prosiguió tras un largo trago de vino caliente que saboreó con fruición—. Como siempre, se trata de la búsqueda de la verdad y el poder. ¡Se trata de apariencias, de apariencias y de símbolos, y de nada más! ¿Qué se pregunta el pueblo, y los astrólogos y consejeros de los príncipes? Se preguntan: ¿Acaso este Papa no estuvo a punto de morir aplastado por un muro el mismo día de su coronación en Lyon? ¿No es cierto que, tan sólo un día después, sus parientes ya se asesinaban mutuamente en la lucha por obtener las mayores prebendas? ¿No ha presenciado impávido todos los crímenes cometidos contra los templarios? Y lo que suena todavía peor:

¿No está regalando Roma, capital de la cristiandad, tras mil trescientos años?

—Sigue siendo obispo de Roma y por ello, el primero de todos los obispos —replicó el cardenal Da Prato. Devolvió a los sirvientes los paños con los que se habían secado la cabeza y dejó que peinaran sus largos cabellos canosos de manera que cayesen a ambos lados de su prominente cabeza sobre la sotana todavía húmeda.

—Pero sólo lo será mientras consigamos resistir al rey de Francia, Felipe el Hermoso, y a los dominicos con su Inquisición...

—Sí, de hecho, se ha convertido en algo cruel y despiadado.

—No, la Inquisición es justa según todos los preceptos eclesiásticos y mundanos. Además, no juzga, sólo investiga.

—Claro, la verdad sólo se obtiene a través de la tortura y la traición, ¿no es cierto? —preguntó

astutamente Da Prato. Pero Arnaud d'Aux no respondió a la provocación.

OceanofPDF.com

Le parecía haber retrocedido muchos años en el tiempo, retrocedido hasta sentir una mano que cogía la suya con fuerza mientras atravesaban juntos el monasterio del norte de los Pirineos donde su padre había ingresado cuando era un niño como él y donde se había convertido en sacerdote. Era la mano que aún llevaba el anillo con una piedra preciosa de color violeta, aunque ahora fuese el único de entre los obispos de la Iglesia Católica Romana que podía llevar el otro, el anillo del pescador. No obstante, el nuevo anillo papal todavía no estaba terminado, según le había dicho su padre cuando le preguntó por este detalle.

—Cómo será? ¿Muy distinto de un anillo de obispo?

—Eres muy curioso, hijo mío —le había respondido el recién elegido y aún no coronado Papa—. Pero quiero confiarte un secreto, lo haré si me juras que nunca en tu vida se lo desvelarás a nadie, ni en el confesionario ni bajo las más terribles torturas...

—¡Lo juro! —respondió él sin dudar un instante.

—Tienes que jurarlo y después olvidar lo que voy a confiarte —dijo el Papa. Sin ninguna otra explicación, le había conducido a otra estancia sumida en la penumbra salvo por unas velas de cera de abeja que ardían en un pequeño altar. De un pebetero de oro junto a una gran Biblia abierta ascendían las nubes embriagadoras de un incienso que desprendía un olor muy especial.

—¡Arrodíllate, hijo mío!

Todo era como la bendición de la cena, pero el nuevo pontífice utilizaba palabras latinas que su hijo nunca antes había oído en ninguna ceremonia eclesiástica. Incluso le pareció que su padre, el Papa, no estaba utilizando la lengua latina, sino la antigua langue d'Oc, en la que su madre cantaba a veces canciones de los trovadores.

—Mysteria celebranda... —dijo, a la vez que le colocaba una hostia, el cuerpo de Cristo, en la boca—. Hoc est enim corpus deum.

Para finalizar, le alcanzó el cáliz de vino.

—Y ahora escucha lo que te digo, bebe la sangre del Señor y olvida... El niño, que entonces tenía diez años, vaciló. No conocía bien las palabras en latín de la transustanciación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, pero sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral y le alcanzaba las piernas. No estaba bien. Había algo que no estaba bien...

—Es el símbolo de la cruz en el corazón, que muchos ahora niegan —dijo el Papa en un tono casi conspirador—. Tanto los señores templarios como los sacerdotes, obispos y cardenales, los monjes y monjas, abades y abadesas e incluso los maestros de obras de las catedrales. Se han alejado de Dios y se han convertido en los auténticos herejes... —Se incorporó, tomó el cáliz dorado y bebió un sorbo de vino.— La cruz en el corazón es el símbolo grabado en la piedra de mi anillo episcopal —prosiguió—. Y

también será el me acompañará en el ejercicio del alto cargo que me ha sido encomendado, grabado oculto en el nuevo anillo del pescador o en el gran rubí de la tiara pontificia. Y ahora olvida, hasta que de nuevo tú y yo volvamos a necesitar de este símbolo de la verdad y de la fe absolutas.

—¿Cuándo será eso, padre?

—Puede tardar mucho, incluso años. Pero en algún momento oirás hablar de tres símbolos en tres piedras preciosas. Entonces habrá llegado el momento en que deberás dejarlo todo atrás y partir hacia un nuevo destino. Puede ser que entonces quieras venir a mí, pero también podría suceder que yo ya no estuviese aquí, o que otro iniciado mereciese más tu atención.

—¿Hay otros además de ti?

—¡Así lo espero, hijo mío! Lo espero de todo corazón y también quiero creerlo, pero no lo sé.

Otro cardenal observaba aquel martes el puente abarrotado de gente. Se hallaba un piso por debajo de la sala de audiencias del palacio episcopal y esperaba desde hacía algún tiempo a los jefes de la guardia de palacio.

Pierre Godin, al igual que Arnaud d'Aux, se había convertido en cardenal hacía tan sólo un año y medio tras el Concilio de Vienne. Aun así y como miembro de la Orden de los Dominicos, le habían sido encomendadas de inmediato las labores de vigilancia del palacio papal que, según el derecho canónico, todavía pertenecía al obispo de Aviñón. Al principio del ejercicio de su cargo algunos miembros de la familia, como se conocía a los miembros de la corte del Papa y que no se debe confundir con la familia de los cardenales, no tardaron en dedicarle el apodo irónico de maestro de palacio. Lejos estaban de imaginar cuán rápido pondría en práctica el cardenal Godin este sobrenombre, al ejercer su despiadado mandato en favor del rey de Francia.

Godin era francés, pero se llevaba mucho mejor con el italiano Niccolò da Prato que con su eterno adversario Arnaud d'Aux, procedente de Aquitania. Mientras, había conseguido que de entre los sacerdotes, las monjas, los guardianes y los sirvientes de palacio sólo hubiera un subordinado que se atreviera a contradecirle o incluso a desobedecerle.

Y a ese hombre esperaba Godin, entregado a pensamientos sombríos. No conseguía entender dónde se hallaba el caballero al cargo de toda la guardia de palacio y de los hombres que custodiaban el portón del puente. La seguridad en el resto de las puertas era responsabilidad de la ciudad. Sólo el macizo portal del puente se hallaba tan cerca del palacio papal que el cardenal Godin y el caballero Utz von Falkenhenn lo habían acaparado para la curia muy poco después del traslado del Papa a la villa. El cardenal Godin estaba enfadado. Peor todavía, estaba furioso e indignado ante la incapacidad de la guardia, tanto que incluso se planteaba la posibilidad de excomulgar al orgulloso caballero Von Falkenhenn, el cual había sido expulsado de sus montañas por excederse en la bebida y por pasarle información a los Habsburgo, y también a todos los miembros de la guardia que tuvieran algo que ver en el asunto sin pagarles el sueldo de los últimos meses. Pero ello no estaba exento de peligro, porque en algunas partes de Suiza se reunían cada vez más gentuza y más soldados licenciados de diferentes ejércitos. Se decía incluso que estas gentes pretendían expulsar a todos los señores extranjeros y a sus soldados de las montañas y declararse

un pueblo libre y unido por el amor fraternal. Todo aquello podía llegar a ser tan peligroso como cuando los cátaros y albigenses pretendieron vivir más cristiana y fraternalmente que la Iglesia Católica Romana y el clero que llenaba sus barrigas a costa de los fieles. Pierre Godin estaba tan furioso que empezaron a aparecer manchas rojas en su cara mofletuda. ¿Cómo podía haber ocurrido que una tropa entera de soldados flamencos y suizos, con sus cascos de hierro y alabardas amenazadoras, hubiera dejado escapar del palacio a un judío joven, desnudo y con la cabeza rapada? Ya se les había escapado antes una vez, hacía dos semanas, cuando lo estaban trasladando desde las celdas de los dominicos al sótano del nuevo palacio papal.

El cardenal Pierre Godin no creía en las casualidades y también con respecto a los milagros se mostraba extremadamente cauto, en especial si no había tenido ocasión de examinarlos y constatarlos personalmente de forma exhaustiva. Un prisionero de los dominicos que, cargado de cadenas, conseguía escaparse dos veces en el plazo de dos semanas no sólo provocaba ira en el maestro de palacio, sino que despertaba toda su desconfianza. Por supuesto él tenía sus sospechas acerca de quién se hallaba detrás de aquello, pero no tenía forma de demostrar nada. Aun así, veía claramente que ya había empezado la lucha de poder por la sucesión del pontífice Clemente V.

Necesitaba al nieto de Eliah, y lo último era dejarlo escapar de palacio. Seder Ben Ariel había visto cosas entre los dominicos y en el sótano de palacio que ningún extraño podía escuchar o ver. Sólo por eso resultaba imperativo capturarlo.

Godin no se imaginaba que el fugitivo sabía mucho más de lo que él creía, y tampoco que no había estado en Aviñón durante los días transcurridos entre su primera y su segunda fuga. La impaciencia del cardenal iba en aumento. Había vuelto a enviar al caballero Von Falkenhenn a la plaza que había delante del puente y le había ordenado que cerrara el portón ante el pueblo que se amontonaba delante. Iban a entrar uno por uno y en orden, aunque el proceso fuera a durar hasta el cambio de guardia por la noche.

Abajo, los más impacientes comenzaban a atacarse mutuamente y la situación se hacía cada vez más peligrosa. Aunque alguien hubiera querido dar media vuelta, le habría resultado imposible. El cardenal Pierre Godin no quería esperar más. El caballero Von Falkenhenn no regresaba. Tampoco se

le veía sobre el puente. El maestro de palacio decidió entonces ir adonde pensaba que se iban a reunir D'Aux y Da Prato. No estaba de más que los vigilase aún más de cerca en los días siguientes, porque había algo que estaba tan claro para él como para sus compañeros de cargo: el agua de la clepsidra del Santo Padre llegaba a su fin. Y las intrigas en torno a su sucesión iban a estallar al final de la Pascua como muy tarde.

3

La amatista

Una fiesta, una fiesta... Tenían previsto celebrar su entrada en el monasterio de Comminges con una gran fiesta. Una fiesta para el hijo ilegítimo del nuevo pontífice. Al día siguiente, su padre respondió con expresión grave a todas las preguntas que Bertrand había guardado en su interior durante tanto tiempo. Y ello a pesar de que apenas se conocían. Bertrand se enteró de que su padre había pronunciado sus primeros votos en este mismo monasterio, situado en la parte septentrional de los Pirineos, a apenas una milla de la orilla del río Garona, que había estudiado a continuación derecho canónico en Poitiers y Bolonia y que, un año antes de su nacimiento, había llegado a ser incluso obispo de la zona situada entre los Pirineos y Toulouse. Después había sido nombrado obispo de Poitiers y posteriormente arzobispo de Burdeos. En realidad, Bertrand sólo lo había visto de lejos, cuando Catharina de Comminges, su madre, lo llevaba con ella en sus peregrinaciones, por llamarlas de alguna manera, hacia su padre. Como explicación para su reserva le había dicho en una ocasión que el pasado de su familia, la de ella, no era conveniente para él, que habían abundado los herejes. Sólo ahora, recién nombrado Papa, podía Clemente hacer algo más por los miembros de ambas familias.

Lo primero que hizo fue llevar personalmente a su hijo de diez años al lugar de sus comienzos. El niño era aún demasiado joven para entender las alusiones y los retazos de frases que le llegaban de las conversaciones de su padre con sus acompañantes mientras cabalgaban. Uno de los más imponentes de entre ellos se llamaba Arnaud d'Aux. Ya había sido confesor de la reina inglesa Isabel de Francia, la hija de Felipe IV el Hermoso. Habían hablado de ella y del enfermizo rey inglés Eduardo II, al cual, en calidad de heredero de Leonor de Aquitania y de Ricardo Plantagenet, le habían correspondido las regiones de Burdeos y de Aquitania.

Sólo algún tiempo después había oído hablar de las circunstancias criminales en que se produjeron los fallecimientos de los últimos dos papas

en Italia, y del asentimiento tácito por parte de muchos príncipes y reyes, desde el Báltico hasta España, sobre la posibilidad de que el pontífice se instalase cerca de allí en lugar de quedarse en Roma.

Bertrand de Comminges, el pequeño de cabellos dorados por cuyas venas corría todavía, como por las de su padre Raimond Bertrand de Goth, la sangre de los visigodos, oyó en el camino hacia los Pirineos más de lo que le había sido permitido escuchar hasta entonces. Se trataba de secretos que tenían sus orígenes en catástrofes ocurridas durante el siglo anterior y que iban a desembocar en catástrofes aún mayores durante el siglo que acababa de comenzar.

De alguna forma, extrañamente, todo tenía que ver con la familia de su madre, con el hecho de que hubieran pertenecido a los cátaros y albigenses, y con que su padre se apresurara a nombrar cardenales a cinco de sus propios parientes. Ya sólo por eso, resultaba imposible que fuera verdad lo que el muchacho había oído con anterioridad, que su padre era el perrillo faldero del rey de Francia.

¡Al contrario!

Bertrand se sentía orgulloso de su padre, el nuevo Pontifex maximus. Siempre había deseado poder llevar, en lugar del nombre de su madre, el de aquella familia de descendientes del legendario germánico de Toulouse. Muchos de entre ellos habían muerto en las cruzadas papales contra los herejes, los cátaros, cuando habían sido asaltados sus poblados como el de Minerve, y castillos como el de Montségur, quemados en la hoguera o, como fue el caso en la ciudad de Béziers, simplemente asesinados a golpes y exterminados.

Para muchos debía de constituir un agravio que, tan sólo dos generaciones más tarde, los descendientes de aquellos que fueron perseguidos cruelmente contaran entre ellos a cardenales, obispos y ahora también un pontífice.

El pequeño Bertrand asió con más fuerza la mano de su padre, apretó el paso y se puso a caminar casi a zancadas. Sabía que todos aquellos hombres con hábitos sencillos que estaban al fondo del claustro se hallaban por entero consagrados a un solo objetivo: dejar claro que sentían el más profundo de los respetos por el nuevo sumo pontífice. Pero, simultáneamente, Bertrand tenía la impresión de que eran unos mendigos que nada anhelaban tanto como arrebatarse a él la mano de su padre para

rozarla, uno tras otro, con sus labios húmedos. Sabía que deseaban el anillo del Papa, aunque todavía fuera el antiguo anillo episcopal.

Clemente V aún no lucía el nuevo anillo del pescador, porque no había transcurrido suficiente tiempo desde que los cardenales le eligieran Papa algunas semanas antes, en Perugia..., a él, un arzobispo de la Gascoña, que ni tan sólo pertenecía al rey de Francia, sino a Eduardo de Inglaterra. Benedicto XI, el dominico que le había precedido en el pontificado, había sido envenenado pocas semanas después de obtener el anillo del pescador. Y a su antecesor, Bonifacio VIII, le habían asaltado en Italia los obispos del rey de Francia con trescientos hombres armados, que lo maltrataron hasta tal punto que murió tres días después.

Bertrand no sabía mucho más, pero se decían muchas cosas y él siempre escuchaba atentamente cuando los adultos de la familia de su madre hablaban sobre estos asuntos. No, no había todavía perdón ni paz entre París y Roma, y aún menos entre los franceses del norte y los del sur, cuyos trovadores habían cantado a las grandes damas en la lengua de Occitania, la incomparable *langue d'Oc*...

Bertrand apretó los labios. Tres, dos pasos más. Habían llegado. Los monjes agachaban sus cabezas tonsuradas y se arrodillaban para besar la amatista de color violeta del anillo. Bertrand no tenía miedo de los monjes, ni del prior ni del abad de los gramontenses. Aun así no tuvo más remedio que recordar por un momento todo lo que había oído de boca de su madre cuando le instruía personalmente.

—Los nobles de Roma luchan con uñas y dientes para conseguir sentar a uno de los suyos en la silla del Pontifex maximus —le había explicado su madre—. Ellos y los partidarios del kaiser alemán odian todo lo que procede de Francia. Esto tiene como origen a Carlos de Anjou que, cuando era rey de Nápoles, quiso someter al Vaticano. Y también a Felipe IV, que envió a su canciller Nogaret con trescientos hombres armados a Italia para atacar al papa Bonifacio VIII en Agnani y llevárselo luego a París. Bonifacio era un hombre fuerte, pero no consiguió sobrevivir a este ataque. Tampoco su sucesor, Benedicto XI, maestro de la Orden Dominica, había conseguido sobrevivir más de nueve meses sobre la silla pontificia en Roma. Y

ello a pesar de que no dudó en revocar la excomunión de Felipe IV y todas las medidas tomadas para castigar a Francia.

—Pero entonces es peligroso que mi señor padre sea nombrado Papa en Roma —había replicado Bertrand a su madre, sumido en un mar de dudas.

—Mucho más peligroso que muchas otras cosas en esta tierra, que se ha vuelto dura e impía —le había contestado ella, tras escoger con cuidado las palabras. Nunca antes le había hablado en aquel tono, ni lo iba a hacer nunca más. Parecía un hada o una hechicera—. Pero alguien tiene que hacer de tripas corazón y cargar con la cruz, en este momento en que todo se desintegra, en que Roma y Jerusalén se han perdido y todo conspira contra el legado de nuestros antepasados.

Bertrand tropezó cuando le pasó la idea por la cabeza de que entre aquellos hombres vestidos con hábitos podía haber también un asesino armado con un puñal. Apretó instintivamente con más fuerza la enorme mano de su padre. Y entonces ocurrió el percance que le iba a acompañar de por vida en medio de una mezcla de respeto y vergüenza.

El anillo episcopal con su gran amatista se deslizó fuera del dedo anular del recién elegido Papa. El niño lo sujetó y lo introdujo en su propio dedo corazón, porque por nada del mundo habría permitido que el valioso anillo cayera al suelo.

El papa Clemente V no había advertido nada. Siguió caminando, soltó su mano derecha de la del hijo y la extendió hacia delante con los dedos relajados como tantas otras veces había hecho. El abad, el prior y los tres primeros monjes del monasterio de los gramontenses adelantaron un pie para arrodillarse y alargaron a su vez una mano. Buscaban el anillo que debía estar en la mano del nuevo pontifex. Pero no había tal anillo, no estaba el nuevo anillo papal, ni tan siquiera la amatista del obispo episcopal... Se hizo un silencio sepulcral durante un momento largo y tenso. Luego, de repente, el hijo de Raymond Bertrand de Goth extendió a su vez el brazo. No conocía el nombre de la piedra violácea que simbolizaba la modestia y la humildad en el pastor de una diócesis. Para él todas las piedras preciosas eran esmeraldas, un nombre que le sugería mucho valor.

—¡Aquí está la esmeralda! —exclamó sin ningún reparo—. ¡Aquí, besad la piedra y sabed..., sabed que soy el hijo del nuevo pontífice!

En ese mismo instante, al abad, que se había quedado de piedra, se le cayó la concha que contenía el agua bendita. El agua se derramó sobre la cabeza de Bertrand, el cual resopló y tragó algo de agua pero sin soltar todavía el anillo con la piedra grabada, como si no tuviera intención de desprenderse de él nunca jamás...

Después, una vez se hubo disipado el horror y la vergüenza en que se habían sumido los monjes, algunos de ellos empezaron a bromear.

—¡Una esmeralda! ¡Ha dicho que la piedra del anillo del obispo es una esmeralda! —dijo uno riendo. Ninguno de los monjes se dio cuenta de la expresión adusta y a la vez suplicante del abad. Y entonces, una sonrisa iluminó el rostro del nuevo pontífice.

—Esmeralda... Smaragdus —dijo solamente y repitió, mirando a su hijo—. ¡Mi Smaragdus!

Como había decidido, el cardenal Pierre Godin se dispuso a ir a la sala de audiencias situada en el piso superior del palacio. Para su disgusto, las anchas escaleras y los pasillos estaban abarrotados de sacerdotes y monjas, criados y representantes de la ciudad. El palacio del Papa volvía a parecer un avispero por su frenética actividad.

Godin ya había extendido el brazo para descorrer la cortina que daba a la antesala cuando, más por curiosidad que por prudencia, se detuvo antes de completar su gesto. Se inclinó hacia delante y se puso a escuchar al hombre que más estrechamente había estado unido al Santo Padre desde hacía algunos años.

—Sabes tan bien como yo que la verdad pura y absoluta no existe —decía el cardenal D'Aux en la otra estancia—, que todo se reduce solamente a especulaciones acerca de cuál de las verdades posibles es la más razonable.

—¿Razonable para quién?

Aquella era la voz del cardenal Niccolò da Prato, quien había colocado la corona sobre la testa del último kaiser alemán Enrique VII, en Roma, en lugar de hacerlo el Papa. Godin esbozó una sonrisa apenas perceptible. Demasiado bien sabía él que Da Prato tenía conexiones que no sólo alcanzaban al maestro de la Orden Dominica en París, sino que llegaban hasta Roma, Estrasburgo e incluso hasta los reyes alemanes. D'Aux, a su vez, poseía excelente información acerca de todo lo que sucedía en Aquitania y el sur de Francia, así como en el reino de Inglaterra y en las tierras de los todavía rebeldes escoceses. Pero en aquella ocasión la conversación no versaba sobre ningún gobernante del mundo, sino sobre el hombre que una vez había sido el más poderoso y rico dirigente de una orden religiosa. El cardenal Godin contuvo instintivamente el aliento para no perderse ni una sola de las palabras que intercambiaban los otros dos hombres.

—Sabes tan bien como yo que Jacques de Molay, fiel a su terquedad de espíritu, no se retractó de todas sus declaraciones anteriores —dijo D'Aux—. Ni Berengario de Landora como maestro de la Orden de los Dominicos, ni el maestro Eckhart, su rival, fueron capaces de salvar a Molay. Sus últimas palabras en la hoguera constituyen la prueba final de la mencionada terquedad...

—Todavía me estremezco cuando pienso en aquellas palabras —asintió Da Prato—. «Morimos inocentes», dijo cuando estaba ya en medio de las llamas, «pero en el cielo hay un tribunal ante el cual los más débiles consiguen con éxito exponer sus apelaciones. Emplazo al pontífice ante ese tribunal dentro de cuarenta días y a ti, Felipe IV, te espero en el plazo de un año».

—Eso sólo lo dijo porque creía que podría salvarse de las llamas en el último momento. Pero, al contrario del caso de sus confesiones, ya no tuvo oportunidad de desdecirse de esta profecía.

—Quizás tampoco lo quería, del mismo modo que no lo quiso hace algunos años Marguerite Porète, a la que introdujiste en su entorno como espía con aquella doctrina suya acerca de las almas sencillas...

—Una verdadera cristiana, con un corazón puro y un entendimiento que superaba al de cualquiera.

—Lo que no impidió que los dominicos y el rey la quemaran en público en París por sus opiniones heréticas.

—Porque fue obstinada y no quiso confesar lo que el gran maestro de los templarios le había confiado...

—¿Qué es la verdad para aquel que tiene poder sobre la verdad? —preguntó D'Aux en un tono casi burlón.

—¿Podemos permitir que, tras los misterios en torno al Santo Grial y la sangre santa de los reyes merovingios, tras la aniquilación de los templarios y la desaparición de su tesoro, también su sabiduría se pierda para siempre?

—¿El secreto de los templarios? ¿O quizás un secreto mayor y más antiguo?

—Sí, ¡el secreto de los templarios! —resopló, excitado, Da Prato—. ¡Y el secreto de las catedrales, el de los milagros y por último, también el de la curación de las santas reliquias y el de la fuerza de nuestra fe!

Sabes tan bien como yo que existió antaño la respuesta a esas cuestiones. Y estoy seguro de que el Santo Padre, a través de sus orígenes y de su familia, sabe mucho más de lo que viene dejando entrever hasta ahora.

—¡Basta ya! No creo en todos esos cuentos de viejas ni en todas esas supersticiones, ni en los rumores en torno al anillo que el pontífice regaló a su hijo tras su elección.

—Le prestó —le corrigió Niccolò da Prato—. No olvides que ningún papa que a la vez sea obispo de Roma puede dar su anillo episcopal a

ninguna otra persona, aunque en su nuevo cargo pueda llevar el anillo de Pedro.

—Sin embargo el caso es que ese anillo es el mismo que el gran maestro de los templarios le regaló

cuando se convirtió en obispo de Comminges y aún llevaba el nombre de Bertrand de Goth. El tono de voz de D'Aux le pareció a Godin un poco demasiado elevado para lo que acostumbraba. Le sorprendió, porque sonaba exactamente como si el hombre de confianza de Su Santidad hubiera bebido unas copas de vino de más ya antes del anochecer.

—¿Hay algún motivo para que hagas tanto hincapié en ese nombre?

Godin contuvo la respiración. Se inclinó hacia delante cuanto le fue posible. Pero en ese momento vio apresurarse escaleras arriba al hombre que llevaba buscando desde hacía un buen rato. Godin hizo rechinar los dientes. Sólo le quedaba esperar que el jefe de la guardia papal no se percatase de su presencia allí.

Nadó hasta que no vio más monjes ni más murallas, pero tampoco la orilla ni los árboles. Todo a su alrededor se había fundido en una nebulosa. Junto a él, su caballo resoplaba con la boca abierta, dejando al descubierto unos dientes enormes. En ese momento apareció una enorme masa de construcción uniforme en medio del agua. En ella se podían apreciar los arcos de un puente. La crecida alcanzaba ya casi la parte superior de los mismos. Vio que los pilares donde rompía la corriente, como en la proa de un barco, estaban prácticamente sumergidos bajo el agua. Notó que un remolino de agua le alejaba del caballo. El segundo, no, el tercer arco se aproximaba a él. Entonces vio la capilla, de dos pisos, sobre uno de los pilares casi completamente sumergidos del puente.

La pequeña capilla sobresalía del puente como una fortaleza. Le pareció que avanzaba a toda velocidad hacia la puerta del paraíso. Su cuerpo desprotegido y exhausto chocó contra el puente de Aviñón, justo junto al muro de la capilla. Instintivamente, su mano asió un aro. No se trataba de un anillo de obispo, ni del anillo del pescador del Papa, sino de un aro de hierro forjado donde solían colocarse las antorchas en el puente de Aviñón. Justo encima vio la cara de una muchacha, entre la baranda de piedra y la capilla del puente. En ese momento, a ambos les pareció que el cielo se abría ante ellos.

De hecho, las nubes se habían separado. Muchas de las personas que se hallaban sobre el puente recordaron el milagro ocurrido hacía un siglo, cuando el sencillo pastor Benezet, siguiendo una inspiración divina y con la ayuda de un ángel, levantó un enorme peñasco y lo arrojó al Ródano para que sirviera como primera piedra del puente de Aviñón. Por un brevísimo instante, dio la impresión de que un rayo de sol señalaba desde el cielo la pequeña capilla sobre el puente abarrotado. La puerta de roble se abrió y un joven sacerdote de cabellos rojos asomó la cabeza. También desde el palacio del Papa una figura vestida con una sotana escarlata contemplaba lo que ocurría.

—¿Por qué utilizar el nombre de Goth en un lugar donde hace siete siglos los visigodos consiguieron erigir el primer reino germánico sobre suelo romano?

—El reino de Toulouse.

—Exactamente a ese me refiero —dijo el cardenal D'Aux en tono conspirador—. Al reino de Toulouse, al tesoro desaparecido del rey Alarico, que procedía en gran parte de todo lo recaudado por el Imperium Romanum en todo el mundo a lo largo de mil años y que al parecer se halla sepultado con el rey en el lecho del río Busento.

—Ese tesoro se ha buscado muchas veces en el río, y sin éxito.

—¡Con el mismo escaso éxito que los archivos de la orden y las doce cargas de mula que contenían monedas de plata del tesoro de los templarios que el gran maestro trajo consigo cuando Clemente lo convocó a las deliberaciones sobre una nueva cruzada desde Chipre!

El cardenal Da Prato frunció el ceño.

—Pero ¿no querrás decir que los informes y suposiciones acerca de los dos tesoros puedan tener algo en común?

—¡De hecho, sí, Niccolò! ¡Es exactamente lo quiero decir! —exclamó D'Aux—. Existe otra conexión entre ambos.

—¿Y cuál sería ésta?

—Catedrales —contestó el cardenal D'Aux—. ¡Las catedrales góticas! Proyectadas y empezadas a construir durante el mismo periodo en que nació la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón.

—Esto no es ninguna novedad, aunque estarás de acuerdo conmigo en que sólo se puede considerar fundador de ese nuevo estilo de construcción gótica al abate Suger de St. Denis, posterior a ese periodo.

—De nuevo nos encontramos ante una cuestión donde parece que la verdad ha sido amañada —dijo D'Aux en un tono despectivo—. Lo único que ocurre es que se puso en práctica lo que ya se sabía mucho antes de que él naciera. En mi opinión, por lo menos quinientos años antes de que él naciera... desde los visigodos cristianos, con sus joyas de bárbaros cuya imitación vemos ahora en cada una de las torres de nuestras catedrales góticas, y con el tesoro de Alarico. Yo diría que se trata de algo incluso anterior en el tiempo, que llega hasta el rey Salomón o incluso al legendario rey Nimrod de Babilonia, el que quiso construir tan alto para poder así tocar

las estrellas en el firmamento y hacer descender a Dios Todopoderoso de su trono en las alturas.

—Conozco ese tipo de pensamientos peligrosos tan bien como tú —dijo Da Prato—. Pero ¿qué tienen que ver Clemente y su bastardo con todo esto?

Arnaud d'Aux se rió, casi deleitándose ante la confusión de su amigo.

—Entre el Toulouse de los godos y el Comminges de nuestro actual papa hay, no lejos de la fortaleza romana de Carcassonne algunas colinas no muy escarpadas en las que ya los granjeros galos almacenaban sus provisiones en oquedades excavadas en aquéllas y que se podían cerrar desde arriba. Posteriormente, estas colinas recibieron el nombre de montes de Alarico, nombre que, por otra parte, todavía conservan.

—Quizás se trate de un homenaje, de un recuerdo a su persona.

—¡Es bastante probable! —asintió el cardenal D'Aux—. Todo recuerdo contiene un secreto. Y la mayoría de las veces resulta necesaria una clave para poder penetrar el secreto escondido. Puede tratarse de un símbolo como la cruz, de un aroma como el del incienso, de una oración o de una hostia consagrada. Los dos hombres más poderosos de la curia se miraron a los ojos. Se conocían y confiaban el uno en el otro. Pero también sabían muy bien los peligros que conllevaba su creencia en una esfera mística y diabólica.

—Entiendo —dijo al fin Da Prato—. Puede tratarse también de una persona, de una persona que aún no sabe lo que se esconde en su interior...

—Y, en tu opinión, ¿va a venir esta persona a Aviñón? —preguntó D'Aux en un tono un poco demasiado elevado.

Da Prato se limitó a encogerse de hombros. Puso un dedo sobre sus labios, un gesto que pasó

desapercibido al cardenal Godin, el cual, como seguía escuchando desde su escondite detrás de los cortinajes, no pudo verlo.

Miriam vio aparecer en el Ródano bajo ella, la cabeza de un caballo. Justo después vio una cara medio cubierta por una mata de cabello rubio, como una gavilla de trigo olvidada en la cosecha y mojada por la lluvia. No era raro ver aparecer de vez en cuando ganado muerto, y también cuerpos humanos, arrastrados por la corriente río abajo. Había oído hablar de ello, pero nunca había visto un cadáver que nadase y, en cualquier caso, ninguno con una cara tan joven y tan pálida como la del que acababa de estrellarse contra el puente junto con el caballo.

Su propia bestia de carga permanecía quieta junto al carro. Sin pensárselo dos veces, lanzó la cuerda sobre la barandilla de piedra. Ni ella misma sabía qué esperaba que sucediera. Pero entonces ocurrió el milagro.

Un ala de ángel, a modo de cortina de luz solar y plumas blancas, barrió el puente ante ella. Pareció

que las puntas de las plumas tomaban la cuerda de su carro y la ataban en torno a las muñecas del joven que seguía aferrado al aro de hierro.

En ese mismo instante, el caballo fue arrastrado por la corriente y desapareció de su vista. Miriam recuperó de inmediato la calma. Nadie le dijo lo que debía hacer. Miró la cuerda, los brazos y la cabeza que sobresalían apenas del agua, se dio la vuelta y golpeó a su animal. Más adelante, la multitud avanzó

uno o dos pasos para dejar avanzar el carro.

Y de nuevo, la mula se paró. El eje de la carreta se levantó y, como si de una grúa se tratase, tiró

hacia arriba de la cuerda y, con ella, del joven. El hombre del río pasó sobre la baranda de piedra del puente y cayó al suelo a los pies de la muchacha. Ésta no podía agacharse a ayudarlo, porque tenía que sujetar con todas sus fuerzas el carro sobre el que estaba su abuelo y que aún mantenía a la mula suspendida sobre el suelo. Consternada, vio que la enorme rueda izquierda del carro avanzaba inexorablemente hacia la cabeza del joven que yacía en el suelo.

El carro de Eliah

¡Y de repente, llegó ayuda! Una figura vestida con camisa corta avanzaba sobre la baranda de piedra hacia la pequeña capilla situada sobre el segundo pilar del puente. Al contrario que todos los demás sobre el puente, se alejaba de Aviñón en dirección a la orilla francesa del Ródano. Ninguno de los presentes sobre el puente podía albergar la más mínima sospecha de que esa misma figura que huía era precisamente la responsable de la confusión y el desorden reinantes. La figura vestía la capa de los penitentes grises, la cual ondeaba furiosamente al viento, y la capucha con sus estrechas aberturas para los ojos que se había quitado se alejaba ahora velozmente en medio de la tempestad. Manejaba la cadena que llevaba en las manos como un trapeceista su barra de equilibrios en la cuerda floja. De las torres que flanqueaban la puerta del puente salieron disparadas algunas flechas en su dirección, mas se perdieron entre las aguas turbulentas del río. No había arquero, por diestro que fuese, capaz de alcanzar al fugitivo en medio de semejante tempestad. Cuando llegó a la capilla, dio la impresión de que todo había terminado para él. La figura se tambaleó. Su capa ondeaba sobre los hombros desnudos, castigados. Se balanceó justó delante de Miriam y de su carro y, de un salto, se plantó frente a ella sobre la calzada del puente. Miriam se dio cuenta de lo que iba a suceder. Gritó tan alto como nunca antes en su vida, soltó la cuerda enganchada al bocado del animal y se lanzó hacia delante.

En ese mismo instante apareció el sacerdote de la pequeña capilla. Parecía que hubiese estado esperando al fugitivo que huía de Aviñón. Se lanzó al suelo entre Miriam, el muchacho que vestía el hábito de penitente y el que yacía todavía inconsciente en el suelo.

Miriam chocó contra el penitente y la propia fuerza del impacto hizo que se entrelazaran involuntariamente antes de caer juntos al suelo. Pero antes de que esto ocurriese, ella ya había reconocido al hombre que estaba huyendo de Aviñón. Era su hermano mayor, le llevaba siete años. Había transcurrido casi un año desde la última vez que lo había visto. Había recibido de pequeño la mejor de las educaciones con su abuelo en la schul, la sinagoga de Carpentras. Cuando su padre falleció

en Lyon, el mayor de los hermanos abandonó sus estudios y huyó de casa. No reapareció hasta años más tarde. Durante ese intervalo había

aprendido algunas lenguas y podía hablar, escribir y leer además de hebreo y provenzal, latín, francés y español. También entendía algo de inglés, alemán y árabe. Miriam llegó incluso a sospechar entonces que su hermano había sido bautizado y escondido en algún monasterio a causa de lo ocurrido en Lyon. Ni ella ni su abuelo le habían preguntado nunca acerca de ello y él tampoco les había dado jamás explicaciones sobre dónde había estado. Sin embargo, pese a todas las habilidades y dotes que poseía, su actitud siempre había sido arrogante y había hecho caso omiso de todos los consejos de su abuelo, así como de los preceptos de su religión y de la tradición de su pueblo. Sin dejar de hacer su santísima voluntad, había ido viviendo de su trabajo: como grumete en el Ródano, como escribano de documentos para estudiantes ricos o como ayudante de los comerciantes de los fondacos, las casas de comerciantes italianos a orillas del mar Mediterráneo. La última vez que tuvo noticias suyas, trabajaba al parecer como contrabandista de armas para diferentes clientes. Hacía mucho que había dejado de ser un polluelo caído del nido para convertirse en una astuta y ladina urraca que tomaba lo que deseaba sin contemplar ningún tipo de norma.

Se llamaba Serafín, pero después de la inexplicable tragedia ocurrida durante la coronación del papa Clemente V no había vuelto a utilizar ese nombre. No quería llevar el nombre de ninguno de aquellos ángeles guardianes de seis alas, porque ellos no habían podido impedir la muerte de su padre Ariel. Y

como tenía la piel cetrina propia de un pirata de las costas árabes, el cabello negro y rizado y una nariz que imprimía carácter, se hizo llamar desde entonces Seder Ben Ariel. Para él, era un nombre lleno de ironía y a la vez de misterio, que se refería a la variedad de preguntas que, siendo niños, sólo se les permitía formular cuando celebraban el Seder, preguntas infantiles como «¿por qué comemos pan ácimo?»

o «¿cuál es el secreto de las hierbas amargas?» o «¿por qué nos inclinamos hacia la izquierda al comer como lo hacían los romanos?». También hacía referencia a los muchos y diferentes ágapes simbólicos que los judíos preparan durante el Passah, que se celebra al mismo tiempo que la Pascua cristiana, y de cuya combinación surge el orden.

Todo esto pasó por la mente de Miriam mientras los otros dos se agachaban y recogían el cuerpo del desconocido, justo a tiempo de evitar que la rueda le aplastara la cabeza. Al mismo tiempo, Seder estiró

la cadena poniéndola entre sus muñecas y la colocó, al tiempo que lanzaba un grito, ante la rueda del carro. Le sucedió lo de siempre; lo que a otros había traído dolor y desgracia se convertía en su fortuna. Los eslabones de la cadena no estaban unidos entre sí mediante ninguna soldadura y se separaron unos de otros ante un hábil gesto suyo, como si de un juego malabar de prestidigitador se tratara. El hermano de Miriam sonrió dejando ver sus hermosos dientes.

—¡Por una vez algo distinto de los gatos, perros y pájaros heridos que siempre recogías! —le dijo. Miriam estaba demasiado exhausta para contestar. La tormenta amainó por un instante. Después de mirar a su hermana, y con la ayuda del sacerdote, tomó al muchacho rubio y lo dejó sobre las tablas de la tenducha desmontada que había en el carro. Como por azar, una cadena plateada con una piedra preciosa se deslizó fuera de la camisa del muchacho medio ahogado. Miriam extendió las manos, pero la cadena se rompió y la piedra se le escapó de entre los dedos. Ella apenas se dio cuenta de ello, pues estaba mirando fijamente a su hermano.

—¿Qué haces aquí? —le gritó para hacerse oír por encima del estruendo que producía el caudal del río—.

¿Y a dónde te diriges?

—¡He estado siguiendo a este muchacho como si fuera su sombra desde París! —dijo a la vez que hacía esfuerzos para recobrar el aliento—. ¡Pero de repente el estúpido ha saltado al río con su caballo, en Morgues! Sus perseguidores..., unos dominicos..., casi me descubren. ¡Pero no, yo soy Seder Ben Ariel! He sido más listo que esos perros del Señor y me he escondido en un establo para cubrirme de cadenas de penitente y luego me he hecho con un hábito gris, todo con la esperanza de alcanzar a este muchacho en el puente antes de que los otros lo hicieran. Tal vez el capellán Comyn me dé asilo en su iglesia. El capellán pelirrojo de la capilla sobre el puente lo había escuchado todo y, no sólo negó

enérgicamente con la cabeza, sino que además acompañó su negativa con gestos de las manos. Actuaba como si nunca se hubiesen visto antes.

—¿Por qué? ¿Por qué querrían prenderte y encadenarte? —preguntó Miriam.

—En mi calidad de judío, hace siglos que estoy encadenado —dijo conforme se reía sonoramente y le lanzaba una mirada desafiante al sacerdote—. Pero si de verdad quieres saberlo, entonces ayúdame ahora. Necesito regresar a la ciudad para informar a uno de los que visten de rojo.

Lo mejor será que nos escondas a él y a mí en el carro. A los guardias diles simplemente que el abuelo Eliah no se encuentra bien, te dejarán pasar sin problemas.

—¡No entiendo ni una palabra de tus mentiras y bravuconadas! —le dijo ella—. No has cambiado un ápice desde que te fuiste.

—¡Claro que sí, querida hermanita! —le contestó riendo—. Soy el correo de los cardenales más honorables, protector de inocentes y guerrero en nombre del Dios Todopoderoso.

—Los guardias me conocen —contestó Miriam a la vez que se apartaba un par de húmedos mechones de cabello que le caían sobre el rostro—.

¿Crees acaso que no han visto nada de lo sucedido?

—Nadie espera que un fugitivo recién escapado vuelva al lugar donde se le busca. Además, hay otras muchas cosas de las que ocuparse ahora mismo en la ciudad. Y después quiero saber cómo se encuentra el pez que acabas de pescar en el río. No tiene un aspecto muy apetitoso, pero...

—Pero ¿qué?

—¡Podría ser un pez con relleno! —comentó Seder con sorna.

—Yo me quedaría con él aquí, pero puede que necesite un médico —dijo el sacerdote. Seder se encaramó con sus pies descalzos a la rueda del carro, se dejó caer sobre las tablas, vertió el agua que había quedado acumulada en la lona del carro sobre el muchacho medio ahogado y se arrebujó

junto a él entre los mojados fardos de tejido.

El sacerdote pelirrojo y Miriam se miraron. La fría lluvia golpeaba sus rostros, sin embargo dio la impresión de que estuvieran simultáneamente dando las gracias por la bondad divina.

Tras el cortinaje de la sala de audiencias, el cardenal Godin estuvo a punto de atragantarse tanta era su excitación.

¡Por fin!

Por fin había obtenido de los dos consejeros más importantes del Santo Padre la confirmación de la atroz sospecha que había desembocado desde hacía muchos años en las luchas encarnizadas, la muerte violenta de varios papas, la huida de la curia a Aviñón y, en los últimos tiempos, también la caída de los templarios.

¡Reconocían entre ellos que eran herejes!

Hablaban de magia y brujería ancestral, de mensajes secretos, de predicciones futuras y de códigos secretos esculpidos en piedras. Godin apenas daba crédito a lo que estaba escuchando desde su escondite. Esto era exactamente lo que él y Berengario de Landora, maestro de la Orden Dominica, habían supuesto desde hacía mucho tiempo. Pero si aquello que decían los otros dos cardenales era cierto, entonces el Santo Padre y su hijo compartían un conocimiento que se perdería inexorablemente si los dos se llevaban su secreto a la tumba.

Godin hacía esfuerzos para respirar lo más quedamente posible. Aunque todo su cuerpo temblaba y el sudor le perlaba la frente, se obligó a seguir escuchando lo que los otros dos cardenales decían.

—En realidad sólo conozco a un hombre que, tras la muerte en la hoguera del último gran templario, pudiera llevar en sí la clave del conocimiento secreto —prosiguió el cardenal D'Aux tras una larga pausa—. Hacía mucho que no pensaba en él. Tampoco Su Santidad ha vuelto a nombrarlo. Pero desde que el maestro Eckhart abandonara París, me asaltan una y otra vez pensamientos extraños.

—¿Te refieres acaso a que el Papa, en sus sueños febriles, mencionó repetidas veces el nombre de Smaragdus?

—A eso mismo me refiero... y, después, la maldición del gran maestro. No creo que debiéramos temer especialmente las últimas palabras de Molay en la hoguera. Creo que se trató más bien de decepción, al ver que, tras tantos años de prisión y torturas, iba igualmente a acabar ardiendo en la hoguera. Pero sí, creo que podría existir alguna relación entre la muerte de Molay, la maldición y el hijo del Papa con su extraño nombre.

—¿Conoces a ese tal..., eh..., Smaragdus? —preguntó Da Prato—. ¿Alguno de los otros cardenales lo conoce?

—No, nadie lo conoce —contestó D'Aux—. Incluso Su Santidad sólo ha visto a su hijo en una ocasión..., aquella vez, cuando lo recogió en la casa de su madre y lo llevó al monasterio de los gramontenses de Comminges. Desde entonces nadie se había vuelto a interesar por el muchacho, hasta que un día llegó por casualidad a mis oídos que había estudiado con el maestro Eckhart en París.

—Hace ya casi un año que Eckhart vive en Estrasburgo. No sé qué relación podría tener desde allí con Molay o con el hijo del Papa, residente en París.

—Al maestro Eckhart se le encargó la supervisión de todos los conventos de beguinas del sur de Alemania. Y la hereje Marguerita Porète, que había podido hablar con Molay, era, al fin y al cabo, una beguina. Sé de buena fuente que la protegían muchas damas nobles de Aquitania y Gascoña, entre ellas la ahora difunta Katharina de Comminges. Tuvo muchas oportunidades para revelar sus secretos no sólo a sus hermanos y hermanas en la pobreza, sino también a sus protectoras, antes de arder en la hoguera. Los dos cardenales guardaron silencio. Godin únicamente pudo oír que se alejaban hacia las ventanas. Sólo cuando se acercaron de nuevo al cortinaje pudo volver a escuchar lo que decían.

—¿Entiendes ahora por qué puse bajo vigilancia al hijo de Su Santidad a partir del momento en que Molay fue sacrificado en la isla del Sena? —preguntó D'Aux—. Imaginé que después de la horrible maldición que el gran maestro había lanzado contra Su Santidad, él se iba a poner de inmediato en camino hacia aquí. Y estoy seguro de que el maestro Eckhart le había aleccionado cuidadosamente para que se dirigiera a su padre en caso de que algo le sucediera al gran maestro.

—Y no fuiste el único en suponerlo —susurró el cardenal Pierre Godin desde detrás del cortinaje en la estancia contigua. Se sentía reconfortado y contento como hacía mucho que no lo estaba.

—Yo estaba seguro de que había otros que se habían puesto también a vigilar a Bertrand de Comminges, al que algunos llaman Smaragdus. Pero aunque lo persigan los mejores sabuesos del señor, los dominicos impedirán el encuentro con su padre.

—¿Quieres decir que lo atraparán y lo matarán?

—¡Al contrario! Lo que ellos quieren es que hable, y nosotros estaremos muy atentos a sus progresos...

—¿Has perdido el conocimiento? —preguntó Da Prato, horrorizado—. ¡No puedes soltar a los dominicos en pos del hijo del Papa! ¿Qué pasará si el maestro Berengario o nuestro cardenal dominico se enteran...?

—¿Acaso hubiera debido emplear gramontenses o enfermos para protegerle? —preguntó D'Aux en tono burlón—. ¿Peregrinos tullidos o incluso caballeros llamativamente armados, con penachos de plumas sobre sus cascos, espadas y, a ser posible, el emblema del Papa sobre su escudo? ¡No, Niccolò! Cuando supe de la muerte en la hoguera de Molay, envié a París, junto con algunas palomas mensajeras, a un judío de Carpentras muy competente y sin ningún tipo de escrúpulos. ¡El veneno se combate con veneno, el fuego con fuego y los sabuesos astutos, con sabuesos más astutos todavía! Una de las palomas ha regresado ya. El hijo del Santo Padre está de camino hacia aquí...

—¿Lo saben los guardianes de las puertas?

—Ni uno solo de entre ellos —respondió el cardenal D'Aux—. Nadie en Aviñón debe saber a quién espero. Ni tan siquiera Su Santidad.

—¡Oh, esto va a crear un verdadero conflicto! —se apresuró a exclamar Da Prato—. Los penitentes grises, negros y blancos se pelean en todas las calles con los monjes de la Inquisición porque se niegan a mostrar sus rostros.

—No te preocupes —dijo el cardenal D'Aux—. Conozco las mañas de los falsos disfraces gracias a la época que pasé en Londres y sé hasta dónde se puede llegar con ellas. Además, entre nosotros los cardenales ha habido desde siempre falsarios, incluso sacerdotes que jamás han sido consagrados...

—¿Quieres decir aquí y ahora?

—No lo sé —suspiró D'Aux—. Pero de la misma manera que no se puede identificar si debajo de las capuchas de los penitentes hay un alma blanca, gris o negra, nadie puede saber quién de entre la corte del Santo Padre trabaja contra él y quién para otros señores.

—¿Sospechas de alguien?

—Sería el hombre más feliz sobre la faz de la tierra si lo que abrigo no fuera más que una sospecha.

Oía unos crujidos debajo de él, como si estuviera en un barco de madera en medio de una tempestad. Sintió náuseas. Quiso abrir los ojos, pero tras la corriente del río y el choque contra el puente se le habían cubierto de barro. Vomitó. La bilis negruzca mezclada con agua del río, de sabor horrible, salió de entre las manos que mantenía pegadas y juntas delante de la boca, como si estuviera rezando. Seguía lloviendo. Los rayos y relámpagos le parecían alusiones a los fuegos del purgatorio que trataban de recordar a los hombres su pecaminosidad. Él mismo hacía rato que había olvidado de qué huía y lo que había ido a buscar en la ciudad del puente a cuya construcción habían contribuido los ángeles. Sí, conseguía acordarse de que el puente de Aviñón había sido construido por un arcángel y un pastor temeroso de Dios. Pero ¿qué tenía que ver eso con él y con los dominicos que le seguían desde París?

Sólo era consciente, aunque no plenamente, de que lo estaban transportando a trompicones por una calle muy transitada, sobre un vehículo que no era su caballo; todo le parecía un sueño muy vívido. ¿O no era un sueño? Quizás era ya el tránsito al otro mundo. ¿Había entrado en las aguas del río Leteo, que lleva el olvido eterno a los muertos? ¿Lo habían recogido unos ángeles en el puente para llevarlo al paraíso, más allá de todas las catástrofes?

Sentía que le dolían todos los huesos y sólo veía chispas rojas delante de sus ojos. Oyó voces rudas, parecían proceder de unos guardias. Una voz agradable de muchacha contestó a ellas. Aquella especie de cueva oscura y húmeda siguió su traqueteante viaje. Le pareció que ascendían por una pendiente; Bertrand resbalaba hacia el fondo. Entonces tocó un brazo, una mano y una especie de anillo... Se sobresaltó, el horror recorrió todos sus miembros en forma de calambres. Aquello no era el aro de hierro forjado al que se había sujetado en el puente, tampoco era un anillo episcopal, ni el anillo del Papa. Volvió a palparlo con los entumecidos dedos.

¡Eslabones de cadena!

Pero no alrededor de sus brazos y sus piernas, sino alrededor de otra persona.

En el palacio episcopal, otro personaje imploraba la piedad divina. Cada vez eran más los momentos en que Clemente V hubiera preferido ser de nuevo cardenal, arzobispo de Burdeos, obispo de Comminges o, simple y llanamente, Bertrand de Goth, el monje gramontense. Hacía tiempo que sabía que sus fuerzas se estaban agotando. ¿Para qué, o más exactamente, contra qué quería seguir luchando? ¿Y para qué rezar de rodillas, si ni tan siquiera podía ponerse en pie por sus propios medios?

Levantó las manos y esperó a que el único hombre en quien todavía confiaba plenamente lo levantara desde detrás mediando para ello un gran esfuerzo por su parte.

El dormitorio del Papa en el piso superior del palacio era también la estancia en la cual había pasado la mayor parte del tiempo desde el último otoño. Tras su regreso de Carpentras, donde había pasado varios meses tratando de recuperarse, había renunciado incluso a dejarse transportar sobre una litera a la catedral o a alguna de las procesiones que habían tenido lugar.

Junto a la enorme cama con dosel de la más bien modesta habitación había una chimenea, la única en todo el palacio. El cardenal Jacques Duèse la había mandado construir con trozos de piedra traídos de su ciudad natal, Cahors, siendo él todavía obispo de Aviñón. Se decía que el antiguo ocupante del palacio acusaba mucho el frío a sus setenta años, seguramente porque en su calidad de canciller del rey Roberto de Anjou había vivido mucho tiempo en la calurosa ciudad de Nápoles. El Santo Padre había aprendido a apreciar las manías del tozudo obispo al que él mismo había convertido en cardenal y enviado a Oporto. Las ventanas, las puertas y el suelo de madera de la habitación que albergaba la chimenea habían sido tan reforzados a fin de aislar la estancia de las corrientes de aire frío y de la niebla húmeda que ascendía del río, que ni siquiera el mistral podía mover los gruesos cortinajes de los ventanales. Aunque según el calendario juliano ya era primavera, un pequeño fuego reconfortante ardía en la chimenea. Y como esto no era suficiente para él, el Papa se había puesto, además de la sotana blanca, el pallium al cuello a modo de bufanda contra el frío. En realidad, la banda de lana virgen de oveja, de tres dedos de ancho y con las cruces bordadas en seda negra, estaba pensada para determinados actos litúrgicos, pero Clemente estaba convencido de que su pallium también le iba a proteger de las enfermedades y las intrigas dentro de su propio

palacio. Otro aspecto de su atuendo que llamaba la atención era que no solía ponerse ni zapatos ni botas, y que se calzaba en su lugar, para mantener los pies calientes, unas gruesas medias de lana virgen.

—¿Quieres regresar a la cama? —le preguntó Arnaud d'Aux.

Clemente dio un respingo, como si le hubieran despertado de un sueño.

—No, llévame al sillón que está junto a la ventana.

El cardenal hizo lo que Clemente le había pedido. Dejó que se hundiera en el sillón pero de forma que pudiese contemplar el río desde allí. Después enjugó al Santo Padre las gotas de sudor que cubrían su frente y su nariz.

El cuerpo, pesado y rígido, le dolía en muchas partes diferentes y su vientre sonaba aún peor que las acaloradas discusiones tras las cuales dos años atrás en el cónclave de Vienne y en méritos a su bula vox in excelso había condenado a la Orden de los Templarios.

Pero él no se había sometido, si bien los partidarios de Felipe el Hermoso andaban propagando ese tipo de calumnias a diestro y siniestro. Nunca hubo una condena judicial contra los templarios. Al contrario, habían sido declarados inocentes. Ya sólo por eso, cualquiera de las acciones posteriores del rey en contra de los miembros de la orden resultaba plenamente injusta.

El tribunal competente los había declarado inocentes y la Santa Sede los había absuelto. De esta manera, todos hubieran logrado salvar las apariencias. Pero no ocurrió así, porque una de las condiciones del acuerdo tácito entre los señores del mundo y de la Iglesia no podía ser cumplida; Felipe el Hermoso no obtuvo los tesoros que deseaba. Estos, simplemente, no existían, no se hallaban ni en la torre de los templarios en París, que había sido considerada durante muchos tiempos la cámara del tesoro más rica del mundo, ni en las encomiendas disueltas, ni en los cofres de los castillos templarios, las administraciones o los barcos.

Así de simple: nunca habían existido aquellos legendarios sacos repletos de florines y otras monedas de oro.

Pero el tesoro de los templarios no era el único asunto pendiente; también quedaba por resolver su secreto, del que tanto se había hablado. Nadie parecía conocerlo ni se atrevía a asegurar de qué se trataba en realidad.

Incluso así, aún había quienes lo conocían...

También el papa Clemente V había pertenecido a los iniciados, cuando todavía llevaba el nombre de Bertrand de Goth y era arzobispo de Burdeos.

Pero en aquellos momentos había perdido la memoria y estaba cansado, demasiado cansado para afrontar más intrigas y recuerdos que en realidad no debiera poseer. Era el momento de abandonar su envoltura mortal y confiar por fin su alma a la mano de Dios.

OceanofPDF.com

El capellán pelirrojo

Elijah de Carpentras no era, de ningún modo, tan viejo y frágil como pretendía parecer a veces. Sentado sobre su viejo carro miraba fijamente la cola de la mula y apenas se movía. Nadie que lo viera así podría suponer nunca que alguna vez hubiera sido rabino en Carpentras y hubiese poseído más de una casa en la rue Jacob del barrio judío de Aviñón. A pesar de ello, se había comportado desde el principio con gran modestia, y había intentado llamar la atención lo menos posible en la ciudad. No había comprado la casa que poseía en el Carrière por casualidad. Ya cuando empezó a vislumbrarse que Clemente V pensaba instalarse por una buena temporada con su corte en Aviñón, los más viejos de las comunidades judías del condado de Venaissin y algunos prestamistas ricos de las ciudades vecinas como Montpellier, Arles y Marsella habían decidido proteger el barrio Carrière frente a los especuladores, los intermediarios de la curia, los notarios de la ciudad y el lejano conde de la Provenza. Las familias judías que ya vivían desde hacía mucho en Aviñón debían permanecer en las casas que ya ocupaban, pero la gente nueva que llegaba sólo podía establecerse en el Carrière, alquilando o construyendo mediante un crédito de bajo interés que proporcionaban las sinagogas. De esta forma el barrio judío, incluidos sus nuevos ocupantes, se hallaron organizados y preparados para la llegada de la curia mucho antes que el resto de la ciudad, donde cinco años después de la llegada de la Santa Sede todavía había algunos comerciantes y jefes de gremio que no habían terminado de entender qué era lo que ocurría en realidad.

Muchos de ellos creían todavía que la pequeña ciudad amurallada sobre el Ródano seguía siendo un lugar apacible, alegre y de escaso interés. El continuo tránsito de guerreros, comerciantes, peregrinos y gentuza desde la llegada de los romanos, hacía más de mil años, había hecho que los habitantes de la ciudad fueran incapaces de percibir los verdaderos cambios y que se mostraran flexibles ante molestias pasajeras como aquélla.

Sólo en una cosa estaban de acuerdo todos los que ya vivían en Aviñón antes de la llegada del Santo Padre y la curia a la ciudad: aunque los recién llegados y los parásitos de la Santa Sede, con los aires de conquistadores que se daban, se comportaran a menudo en la ciudad como un ejército desorganizado y desvergonzado, nada iban a poder contra los pilares

morales de la ciudad. Ni contra el sentido de la hospitalidad, que en la zona equivalía a proporcionar agua, comida y cobijo durante la noche sin pedir nada a cambio, ni contra la paciencia inculcada a sus habitantes a lo largo de los siglos. Tampoco contra su orgullo, cuyas raíces más antiguas se remontaban a sus antepasados celtas. Más de un árbol genealógico de los habitantes de la Provenza se remontaba a los romanos y los helenos, a los fugitivos de Palestina y a los que se habían convertido en guerreros de Alá en las guerras sarracenas, y que allí se habían asentado. Para muchas familias, el soportar el sufrimiento y el sacar fuerzas de flaqueza constituían una tradición sagrada. Entre ellos se contaban algunos supervivientes de los albigenses y los cátaros.

Pero una vez al año, a veces coincidiendo con las riadas de primavera, multitud de peregrinos llegaban a la ciudad procedentes de muchos y diferentes lugares. Querían estar cerca del Papa en la fiesta de Resurrección.

OceanofPDF.com

No obstante, desde que la curia y su séquito habían caído sobre Aviñón como las siete plagas de Egipto, la isla, donde hasta entonces se había sido demasiado permisivo con las diversiones, se había convertido en un infierno de pecado y perdición. Se hacían trampas en el juego, las peleas por las muchachas bonitas eran continuas y las gentes de modales groseros abundaban en aquel galimatías babilónico de lenguas y personas.

Elijah y su nieta vivían aquello por quinta vez. Pero nunca antes la crecida había sido tan peligrosa, ni la huida de los peregrinos había adquirido tintes tan dramáticos. Quizás la causa residiera en que la Pascua y la fiesta judía del Passah habían coincidido en el pasado con la luna nueva de primavera, pero nunca con el mistral como aquel año. El gélido vendaval del norte llegaba cuando le venía en gana. Según las tradiciones ancestrales de los granjeros y agricultores, duraba tres, seis o nueve días. Todos rezaban siempre para que se terminara al cabo de los tres primeros días.

En aquella ocasión, había durado tan sólo un día y una noche. Y a pesar de ello, el río había crecido más y con mayor fuerza que en los años anteriores. Elijah había advertido que, en los años en que el mistral, durante el Passah, no tenía ocasión de desfogarse lo suficiente, el cornezuelo de los cereales proliferaba mucho más de lo normal. Y según su experiencia, esto significaba que se iba a responsabilizar a los judíos de ello y que iban a volver a aparecer muchos de ellos apaleados en los bordes de los caminos. Habría que ser cauteloso durante los meses siguientes, especialmente si la maldición del gran maestro de los templarios llegaba a realizarse y el Papa o el rey de Francia morían.

Pero aún no había llegado la hora para Clemente V. Había conseguido dormir media hora. Durante ese intervalo de tiempo, los criados habían entrado en la estancia, habían sacudido las almohadas de la cama y llevado vino especiado. Las nubes se habían despejado y el sol de la tarde caía sobre el rostro del Papa, dándole calor. Clemente abrió los ojos. Miró hacia abajo por la ventana, en dirección al río de aguas turbulentas, y se percató de la gente que todavía se amontonaba sobre el puente. Se inclinó ligeramente a un lado con la ayuda del cardenal y ambos vieron que, a pesar de todo, una de las dos puertas del puente permanecía cerrada, mientras que la otra estaba sólo abierta a medias. Como únicamente se permitía la entrada en la ciudad de uno en uno, y ello tras una meticulosa inspección, los carros y demás vehículos tenían que someterse al examen que los severos y empapados guardias llevaban a cabo.

Ninguno de los dos clérigos podía entrever qué ocurría con los vehículos una vez habían franqueado la puerta. Aunque sobre las colinas de Villeuve, la rival francesa de Aviñón al otro lado del río, volvía a verse el sol y franjas de cielo despejado, la oscuridad de la tormenta todavía se cernía sobre el puente y su puerta. Las nubes oscuras y la niebla proseguían su camino con la corriente del río en la dirección de Arles, la Camarga y el litoral. Pero aún tenía que llegar del norte mucha tempestad durante la noche, hasta que el mistral desapareciese por fin en el Mediterráneo para dejarles tranquilos por espacio de varias semanas.

Todo el que franqueaba la puerta seguía su camino por la empinada calle del interior de la ciudad. A los animales que tiraban de los carros se les hacía probar el látigo para que pusieran lo más rápidamente posible una distancia prudencial entre ellos y los guardas de la puerta.

—Sospecho y temo lo que esto quiere decir y quién es el causante —dijo el Santo Padre después de que los criados hubieran salido de la estancia y hubieron cerrado la puerta tras ellos—. Y, mientras, el cardenal Godin está furioso como si, por el hecho de ser el maestro de palacio, no sólo fuera responsable de mi seguridad, sino también mi carcelero y el Inquisidor de Aviñón.

—No deja de ser dominico y, por lo tanto, está subordinado a las órdenes de su maestro de orden, Berengario de Landora.

—El cual acaba de expulsar de París al honorable maestro Eckhart de Hochheim para proscribirlo al desierto.

—A un desierto con ochenta y cinco conventos —le corrigió el cardenal con leve satisfacción—. A más de uno de nuestros hermanos este destierro le parecería el paraíso.

—El maestro Eckhart tiene ya más de cincuenta años.

El cardenal se encogió de hombros. Clemente se dejó caer sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos un momento. Su amigo y consejero lo observó largamente con una mirada llena de cariño. No, no era ya aquel el rebelde arzobispo de Burdeos, que había defendido la Santa Sede durante ocho años contra todas las objeciones de Roma y la codicia de Felipe el Hermoso. ¿Sólo ocho años? Más bien parecieron ocho siglos. ¿Cuántas humillaciones, cuántas horas de vergüenza y confusión, cuántas infamias de los grandes contra él, cuántas intrigas, engaños y traiciones a manos de servidores de la Santa Madre Iglesia, cuántos lobos camuflados entre su rebaño había reservado el Todopoderoso para este pastor?

Nadie sabía mejor que el cardenal Arnaud d'Aux cuántas veces había dudado Clemente V, cuán débil se había sentido al tener que renunciar a los más nobles guerreros de las cruzadas. Pero no era cierto lo que todo el mundo creía acerca de él y le reprochaba: él nunca traicionó ni inculpó a los templarios, ni a ninguna otra orden. Sin embargo, no había sido capaz de luchar con la suficiente decisión en su favor, no se había enfrentado pertinazmente contra su aprehensión ni contra las torturas que sufrieron, tampoco contra su aniquilación, como Bonifacio VIII sí se había atrevido a hacer hasta su muerte. Al igual que la tempestad del mistral, las nubes oscuras procedentes del norte se concentraban sobre Aviñón.

De pronto, la multitud sobre el puente volvió a ponerse en movimiento. Ya estaban acostumbrados. También en la ciudad bastaba con que alguno de los grandes señores, nobles o cardenales que tanto abundaban quisiera cruzar una de las calles de la ciudad, que por cierto parecía haberles quedado pequeña, para que criados, monjes de la curia u hombres armados cerraran el paso al pueblo llano, incluidos sus carros, remolques y ganado, a fin de que el ilustre personaje pudiera moverse con comodidad.

Ya ninguno de los guardias controlaba los carros y caravanas, que en el intervalo se habían ido reuniendo en la plaza situada entre el puente y la puerta. Aquellos que no tenían nada que transportar habían cruzado ya la puerta y desaparecido en el interior de la ciudad. Tan sólo una docena de carros especialmente llamativos o miserables y sus animales de tiro permanecían todavía a la espera de que se les permitiera el acceso. Pero al cabo de poco rato fueron entrando en la ciudad gracias a algún comerciante del mercado que conocían.

Miriam había franqueado la puerta y nadie le había hecho preguntas embarazosas o inconvenientes. Condujo la mula con el carro por delante del palacio episcopal y por la plaza desierta donde hasta hacía algunos años se celebró el mercado, cuando el viejo obispo Duèse lo prohibió porque este antiguo mercado estaba situado delante del cementerio de San Pedro y San Pablo y los cochinitos que allí se vendían escapaban a veces de sus rudimentarias jaulas en dirección a aquél, donde se entretenían escarbando en las tumbas. No habían sido los muertos quienes se habían quejado, sino las muchachas que, una vez vendidas sus mercancías, trataban de ganarse unas monedas adicionales pasando un rato entre las matas de laurel del camposanto con muchos de los hombres que frecuentaban las tabernas. Miriam dirigió el carro pendiente abajo por delante del Rocher des Domes en dirección este. Quería llegar cuanto antes al Carrière, el barrio judío situado al otro lado de la colina. A los judíos ya no se les permitía vivir en el barrio Balance, en la vertiente oeste de la colina que daba al puerto fluvial, donde desde los tiempos de los romanos se hallaba la sinagoga. Hacía apenas cien años un obispo cristiano había construido allí su palacio y les había asignado a cambio la parte este de la colina. Miriam desconocía los motivos para ello, y tampoco lamentaba el traslado de todos los judíos, hecho que, en cambio, era llorado todavía por algunos de los más ancianos.

Algo más adelante, el carro tirado por la mula giró para adentrarse en una estrecha callejuela en cuyo extremo podían verse todavía los restos de la muralla romana. Pasaron lentamente por la rue Peyrollerie, la calle de los caldereros y, después, por la iglesia de San Pedro y San Pablo. A continuación se adentraron en las estrechas calles de la parte baja de la ciudad y del barrio judío. Parecía que la tempestad y el sempiterno azote del gélido mistral hubiera fundido las casas que rodeaban la sinagoga en una sola maraña. En contraste con todo esto, Miriam podía divisar heridas abiertas en las demás partes de la ciudad; solares sobre los cuales se apilaban los cascotes entre las altas vigas que aún estaban en pie. Sobre ellos, las cordilleras de los Alpes y el monte Ventoux con su cima nevada parecían mucho más cercanos de lo que en realidad estaban.

Los albañiles y los comerciantes reanudaban sus ruidosas tareas en toda la ciudad. En un intento de hacerse oír sobre los demás, se contaban a gritos lo que acababan de ver, hacer o escuchar. Junto a la corte del Papa, con sus docenas de criados, habían acudido artesanos y comerciantes, la mayor parte de ellos procedentes de la Toscana y de las ciudades del norte de Italia. En los últimos cuatro años, la ciudad, antes siempre sumida en sus ensoñaciones, se había transformado en un lugar bullicioso, lleno de italianos, donde se construía por doquier. Una docena de cardenales con sus séquitos se habían apropiado de las mejores casas de la ciudad, y se debe puntualizar que las adquisiciones no siempre se habían realizado de forma tan cristiana como cabía esperar.

La ciudad estaba absolutamente desbordada, muchos edificios nuevos se construían ya fuera de las murallas de la ciudad y al otro lado del riachuelo Sorgue, que rodeaba la ciudad como si fuera el foso de un castillo al sur y al este.

Miriam sabía por su abuelo que antes de que se mudaran desde Carpentras, la Iglesia sólo era dueña de una encomienda templaria y una casa de beneficencia en el interior de la ciudad. Ahora, fuera de las murallas, entre la ciudad y el río, los agustinos y los carmelitas construían grandes monasterios al este, los franciscanos al sur y los dominicos al oeste. En la ciudad apenas cabían ya todos los artesanos, albañiles y jornaleros, artistas y vagabundos, clérigos, comerciantes y ladrones llegados de todas partes.

—Los judíos han vuelto de nuevo a ser los últimos —observó el Santo Padre con un hondo suspiro. Había conseguido dormir un poco más y, ahora, después de un cuenco de cassoulet, preparado al uso de su tierra, con judías, carne de pato y salchicha con ajo, y de una copa de vino con especias, se sentía mejor.

Desde un punto de vista estricto, estaban todavía en periodo de ayuno, pero los médicos del Santo Padre habían decidido, tras consultar sus cartas astrológicas, que la salud del Santo Padre era más importante que las demasiado severas reglas del ayuno.

Sin embargo todos sabían que, durante aquella semana tan importante para la cristiandad, no iba a poder acudir a la catedral de Aviñón por su propio pie, ni tan siquiera llevado en una silla de manos. Ni los médicos ni los cardenales de la curia responsables de su salud querían arriesgarse a regresar de la misa con un papa moribundo. Dejaban que se sumiera en sus reflexiones, lo que le entretenía y distraía.

—Por otra parte, es increíble que tengamos tan pocos judíos aquí, en Aviñón, con lo mucho que ha aumentado su número en los últimos años en su ciudad, Carpentras, y en nuestro condado. Anduvo con paso lento hasta la gran mesa que ocupaba el centro de la estancia. Parecía querer demostrar a los que le rodeaban lo que mediante su fe inquebrantable y su confianza en Dios era capaz de hacer.

Los lacayos habían entreabierto uno de los dos grandes ventanales y lo habían asegurado con un cordón. Fuera, el viento seguía soplando, pero ya no con tanta furia como antes. Con sus propias manos, levantó la jarra de vino cubierta de arabescos y gruesas piedras preciosas y sirvió en los dos valiosos vasos dispuestos junto al vino procedente de sus propios viñedos situados al norte de la ciudad. Tanto la jarra como los vasos habían sido un regalo de Marco Ambroglio, uno de los más importantes comerciantes en la ciudad. Muy pocos sabían que este hombre, de tan solo treinta años de edad, realizaba a veces para el Papa misiones secretas con ocasión de sus prolongados viajes. Alargó uno de los vasos ya llenos al cardenal D'Aux.

—Todavía no es excelente —dijo—, pero te aseguro que en un par de años este vino del obispo de Aviñón va a ser una de las delicias de este condado.

—Un Châteuneuf du Pape —dijo el cardenal con una sonrisa indulgente—. Aunque en realidad, debería llamarse como el castillo que nuestro

despilfarrador Jacques Duèse había comenzado a construirse en Durance como residencia de verano.

Bebieron un trago mientras caía la noche. Algunos criados llevaron candelabros con velas amarillas aromáticas de cera de abeja. En seguida la estancia quedó sumergida en una luz muy agradable.

—Dados los tiempos de impiedad que corren, los judíos pueden estar contentos de tener la oportunidad de vivir en esta parte de los Estados Pontificios —comentó el amigo del Papa—. Pese a todas nuestras reticencias, no podemos renunciar a ellos si queremos que Aviñón progrese y se transforme en la nueva Roma.

—¡Cuánta razón tienes! —dijo Clemente V—. Desde que me vi obligado a traicionar de aquel modo horrible a los templarios para salvar nuestra Santa Iglesia, no hay nadie, aparte de los judíos, que entienda de asuntos financieros. Ya no me siento como el sucesor de Pedro, sino como el de Judas.

—La mitad del condado de Venaissin está ocupado por judíos —dijo Arnaud d'Aux con expresión pensativa—. Bueno, puede que no sea la mitad, pero a los desplazados desde el norte que hacen aquí

nuevas amistades y recuperan parientes y un nuevo hogar, ya se les llama los juifs du Pape, los judíos del Papa.

—Quizás se trate de una pequeña parte del paraíso que siempre les han negado, primero los romanos, luego los mamelucos, después los cruzados y ahora los sarracenos.

—¿Pretendes realmente convertir Aviñón en la nueva Roma, o te basta con transformarlo en un Jerusalén celestial para los verdugos de Nuestro Señor? —preguntó el cardenal en un tono de reprobación. Era el único de entre los que vestían púrpura que podía hablarle así al Santo Padre. Se conocían desde la infancia, cuando la muy ramificada familia de los de Goth se reunía para celebrar fiestas familiares en la Gascoña. Clemente lanzó una larga mirada a su sobrino.

Arnaud, el obispo de Poitiers, que tenía cincuenta años cumplidos, había sido en Burdeos su amigo y sustituto. Había sido embajador de la Santa Sede en París e Inglaterra y había sabido ganarse de tal modo la confianza del rey Eduardo II y de su esposa Isabel que ambos lo habían nombrado su confesor. Sólo hacía un año que Arnaud era cardenal pero sin embargo, en tan corto espacio de tiempo, había conseguido la absolución de los templarios en el proceso contra ellos que él mismo presidió. Desde

entonces, Felipe IV el Hermoso y los sucesores de Guillermo de Nogaret veían en él un enemigo mucho más peligroso que el enfermizo papa.

—Aunque no sea del agrado del rey de Francia y de algunos de mis cardenales, repito que precisamente ahora necesitamos más judíos — insistió el Papa—. La familia de nuestro Redentor llegó a la Provenza tras la huida de Palestina. Esta tierra lleva la marca de judíos y árabes, antes que la nuestra, la de los cristianos. Si hemos perdido la Tierra Santa, así como la no tan santa Roma, desde aquí, desde esta ciudad, desde este condado, se puede evitar el fin del mundo, el Apocalipsis y el triunfo de Satán.

—¿Así que de verdad sueñas con un nuevo Jerusalén sobre la tierra?

—No, querido Arnaud, esto se evitará a través de las catedrales. Desde el principio han sido escaleras y puentes luminosos hacia el trono del Todopoderoso. Sigo creyendo como antes de todo corazón en ello, aunque todavía no se haya terminado ninguna catedral según su plano y proyecto originales. En todo aquello que nuestra Iglesia y sus maestros de obras han hecho en los últimos siglos advierto que falta algo. Somos como madera muerta, en la que se pueden tallar una y otra vez toscas figuras nuevas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No tenemos más savia en nosotros, no damos brotes nuevos, la manera en que vivimos no nos permite florecer y exhalar aromas embriagadores como las violetas y la lavanda de los campos.

—¿Eran los cátaros, hace cien años, o los templarios, en nuestro tiempo, algo nuevo? ¿O pretendían tan sólo perpetuar lo antiguo como tradición?

—Temo que no me estás entendiendo —replicó el Papa con un profundo suspiro—. ¡Ningún cardenal, rey o príncipe debiera abrir la boca para injuriarme porque habito en un condado que pertenece a los Estados Pontificios en lugar de vivir en la Roma pobre, llena de odio, que se disputa la canalla romana de los Orsinis y Colonnas! ¿Qué me reprochan? ¿Ni ellos ni nadie se han enterado de cuán raras veces en el último siglo ha residido un papa en Roma? He contado los días que los últimos papas han estado ausentes de la ciudad eterna, semana por semana y año por año. ¿Quieres saber el resultado? Te lo diré: ¡cuarenta años!

¡Cuarenta años en un siglo! Y yo tan sólo he pasado cuatro años aquí en Aviñón, y de ellos, pasé los meses de verano en Carpentras o en el Priorato Groseau de Malaucène, que es más fresco que esta ciudad...

—Siempre hablas tanto cuando quieres ocultar algo —dijo D'Aux, sonriendo con indulgencia.

—Quizás las palabras nos han sido concedidas para que nos protejan y nos ayuden a esconder nuestros verdaderos pensamientos...

OceanofPDF.com

En la rue Jacob

El carro llegó a la casa en la que Miriam vivía con su abuelo. Hizo parar a la mula y abrió la portezuela del portón de carruajes que daba acceso al patio. Saltó ágilmente el murito de madera, alto hasta sus rodillas y destinado a mantener alejados a gatos y perros, así como también a espíritus malignos y demonios. Una vez en el interior del amplio patio ya sumido en la penumbra, corrió hacia la puerta de la que era su casa desde hacía ya cuatro años. Atravesó también corriendo el vestíbulo pavimentado con losas de piedra y llegó a la cocina, donde encendió con las brasas del hogar una lámpara de aceite protegida por una pantalla.

Le pasó por la mente su llegada y la de muchos otros a la ciudad de Aviñón en marzo del año cristiano de 1309, después de haber estado siguiendo a una distancia prudencial al papa Clemente V y a su comitiva desde Carpentras. Ella tenía por entonces sólo trece años y sus pies descalzos habían empezado a sangrar ya desde la primera media hora de camino. Había llorado mucho durante aquel trayecto, de casi veinte millas, por un camino cubierto de guijarros. No entendía por qué su abuelo seguía al sumo sacerdote de los cristianos, en cuya coronación en Lyon había muerto su propio padre entre otros... Sin apresurarse demasiado regresó al patio y colgó la lámpara de un gancho situado en la parte interior del muro que protegía la casa. Miró hacia afuera; a la derecha, en la parte oriental de la ciudad, se veían los muros de la sinagoga en la place Jérusalem. No se veía a nadie en aquella parte de la rue Jacob. En la dirección por la que habían llegado, percibió a unos hombres y mujeres que, a la luz de unas antorchas, sacaban cubos de agua de un sótano que había quedado inundado. Eran judíos del norte de Europa que probablemente creyeron que en el clima suave de la Provenza no iban a encontrar tempestades como las de sus tierras de origen.

La casa de Eliah, en el centro de la rue Jacob, no tenía ninguna ventana que diera al norte, desde donde soplabla el frío mistral varias veces al año. Sólo en el piso superior se veían cinco ventanas que daban a la calle. Dos de ellas pertenecían al cuarto de trabajo de su abuelo, otras dos a unas habitaciones donde se almacenaban algunas mercancías y muestras que su abuelo custodiaba y quería tener a mano cuando acudían invitados o visitantes a la casa. La última ventana era la del cuarto que ocupaba ella

cuando no estaba atareada en la casa, en el patio o en la ciudad. Para ser exactos, la estancia pertenecía a su hermano mayor. Pero puesto que Seder sólo se dejaba ver por la casa unos cuantos días al año, Miriam había acordado con él y con su abuelo que, si bien él seguía ostentando la propiedad sobre el cuarto que daba a la calle, a ella se le permitía utilizarlo durante las largas ausencias del hermano mayor, y mientras él estuviera de acuerdo con este trato. Como compensación, le pagaba a su hermano por el cuarto una moneda cada año.

Descorrió el cerrojo de la puerta del patio. Desde fuera nadie podía ver que las tablas de la puerta estaban reforzadas por dentro con pesadas planchas de metal y aldabas de hierro que se colocaban transversalmente.

Detrás de la pared lisa hecha de piedras dispuestas con esmero, había una gran estancia que hacía las veces de sala de estar y sala de reuniones. Contaba con unas ventanas que daban al lado opuesto, una entrada independiente y una cocina, así como un sótano para el vino y otras mercancías que no debían ser vistas ni podían estar en cualquier lugar.

Miriam condujo la mula con el carro hacia el interior del patio, le quitó el bocado al animal y lo rodeó

mientras comprobaba que no hubiera sufrido heridas durante la apresurada huida en medio de toda aquella multitud. Después la llevó a un pequeño establo junto a un cobertizo de techo inclinado situado junto a la pared posterior de patio. A dos pasos de la puerta del establo había un poste cubierto de plantas trepadoras con un palomar de madera que estaba vacío. Las palomas mensajeras, que habían sido el orgullo de Eliah, habían desaparecido hacía poco en una noche sin luna, víctimas de unos ladrones. Miriam había reflexionado bastante al respecto y sacado sus propias conclusiones, pero no había exteriorizado sus sospechas.

Aparte de un par de pequeños rasguños que no tardarían en curarse por sí solos, no le encontró a la mula ninguna otra herida bajo la débil luz de la lámpara de aceite. Puso algunas zanahorias de la primera cosecha en un pesebre de madera y llenó de agua el abrevadero que estaba vacío. Mientras regresaba al carro, se percató de que la puerta que daba a la calle desde el patio había quedado abierta. Necesitó de toda su fuerza para poder cerrar de nuevo los pesados batientes de la puerta. Acababa también de cerrar y asegurar la pequeña puerta peatonal dentro de la grande con un chasquido, cuando algo empezó a moverse dentro del carro inclinando éste hacia un lado.

—Veo que te has tomado tu tiempo —le reprendió su abuelo—. ¡Qué horrible día para un hombre anciano como yo!

Miriam ya conocía la letanía e hizo oídos sordos a la queja, porque a continuación el anciano comenzó

a estirar el cuerpo y con movimientos sorprendentemente ágiles y enérgicos para alguien de sesenta y tres años, se desprendió una tras otra de las muchas capas de mantas y pieles de cabra con que se había protegido del frío.

—Procura darles a tu hermano y a ése algo de caldo caliente —ordenó a continuación—. Seder y yo llevaremos a ese tipo al baño del sótano y lo lavaremos. Por lo menos por fuera, porque de su alma no puedo ocuparme. Me encantaría saber en qué estabais pensando los dos cuando lo recogisteis.

—Sólo hice lo que me pareció más natural...

—¡Eso ya lo he visto! —le interrumpió—. Yo y otra docena de personas en el puente. Si no me engaño del todo, hasta el Papa y su amigo el cardenal D'Aux lo debieron de presenciar desde las ventanas de palacio.

—¿Debiéramos haber dejado que se ahogara bajo el puente? —protestó ella sin miedo. Su abuelo se limitó a hacer un gesto despectivo—. El caballo nos habría sido de mucha mayor utilidad que ese mequetrefe, que seguro que no es nadie y en el mejor de los casos será uno de esos estudiantes blandengues.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Venga, date prisa si no quieres que él y el loco meschugge de tu hermano se asfixien en ese carro apestoso. Me atrevería a jurar que pronto recibiremos visita. ¡Y para entonces la casa tiene que oler a ajo y lavanda, ¿me oyes?!

De momento, en el patio de Eliah olía tan mal como en la calle de los tintoreros, que estaba frente al riachuelo Sorgue, fuera de las murallas de la ciudad. La tempestad había revuelto los pequeños canales de desagüe que corrían por los estrechos huecos entre las casas. Eliah se sonó la nariz con las palmas de las manos y examinó de un vistazo la carga del carro. A continuación, ayudó a su nieto a desembarazarse de las telas que lo envolvían.

—¿Estas herido? —preguntó con aire severo. Hacía meses que no había visto a Seder—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Sólo estoy dolorido por las cadenas de penitente. Estuve en una mazmorra de los dominicos.

—¿Durante medio año? ¿Aquí en Aviñón? ¿Y yo sin haberme enterado? —preguntó Eliah, enfadado—. No te lo crees ni tú.

—Primero me retuvieron en un monasterio al otro lado de las murallas de la ciudad. Habría podido irme bastante peor, por culpa de algunos negocios arriesgados en los que me había visto envuelto, así como por la envidia de un cardenal, de no ser porque desde las alturas se ordenó que me liberasen y me llevaran a las catacumbas del Rocher des Domes. Me dijeron que me dejarían libre si me agenciaba en secreto tus palomas mensajeras y las llevaba conmigo a París.

—¿Por qué en secreto? ¿Por qué no podías sencillamente pedírmelas?

—Porque nadie debía estar al corriente de mi cometido. ¡Ni tan siquiera tú! Pero no te preocupes, te conseguiré otras palomitas en cuanto tenga ocasión de hacerlo.

—¿Qué clase de negocios secretos son los tuyos, que no te permiten ni siquiera pagar los pájaros que te llevas? —resopló Eliah, irritado—. ¿Para eso estuve educándote de modo tan esmerado durante años? ¿No has aprendido nada mejor de los cristianos? Además, tú deberías saber que las cuevas que hay bajo el Rocher des Domes no son catacumbas cristianas. Eso es sólo lo que se dice en Aviñón. En realidad, todos esos pasadizos y todas esas cuevas se remontan a tiempos anteriores al diluvio universal.

—¿A los tiempos de Abraham y Noé? —preguntó Seder con ironía—. En ese caso, también deberían poderse encontrar restos del Arca o de los supervivientes del Diluvio. Eliah le miró fijamente sin contestarle. ¿Qué sabía su arrogante nieto, a pesar de todos aquellos viajes a lugares lejanos que llevaba a sus espaldas, de los misterios de la tierra y del pasado, de las

cuevas junto al río Dordoña, donde hombres que él conocía y en los que confiaba habían visto dibujos? Dibujos de animales alados volando, de monstruos greñudos como los que aparecían en las tradiciones griegas y babilónicas, y que habían sido descritos como llamativas criaturas con enormes orejas y alargados colmillos, curvados como los cuernos de guerra de las legiones romanas.

¡Seder no tenía ni idea de nada! ¡De nada en absoluto! Desde hacía años veía con desagrado lo que hacía su inteligente y completamente falto de escrúpulos nieto, sin embargo, por otra parte, era perfectamente capaz de comprenderlo.

—No quiero saber a quién has robado, estafado o dejado sin blanca. Sólo quiero saber una cosa: ¿has matado a alguien durante el tiempo que has estado huyendo?, ¿has dejado embarazada a alguna mujer?, ¿has tocado sangre durante el Sabbat?

—No.

—Entonces ayúdame a levantar a este chico, necesita que lo sequemos.

—¿No sería ésa una tarea más apropiada para Miriam? —sugirió sonriendo Seder—. Ya tiene una edad en que debiera aprender ese tipo de cosas...

Elijah se limitó a fulminarle con la mirada.

—¡Está bien, está bien! —accedió Seder.

Sin mediar palabra cogieron al desconocido y lo transportaron a través del patio. Miriam abrió la puerta de la casa, tras lo cual ni Elijah y ni el nieto necesitaban más ayuda. Atravesaron el zaguán, pasando por delante de la cocina, hasta una escalera inusualmente lujosa, con escalones de piedra y una imponente barandilla tallada en madera, y subió por ella hasta el piso superior. Sin mucho esfuerzo llevaron al hombre, aún inconsciente, hasta la cámara de las provisiones. Transcurrieron unos minutos antes de que Elijah consiguiera, a pesar de su carga, abrir una puerta oculta, situada detrás de una estantería, que conducía desde allí al sótano.

Desde que vivía en Aviñón se había acostumbrado a mostrarse en público como un anciano de cabellos blancos, viejo pero obsequioso. Nadie aparte de sus amigos y los miembros de su familia sabía que el cabello blanco era una peluca, que su cara enflaquecida y sus movimientos temblorosos e inseguros no eran más que teatro bien ensayado. No era bueno que otros supieran toda la energía, salud y fuerza de que todavía estaba provisto el viejo judío.

—¡Venga, déjalo aquí! —ordenó a Seder—. Y tú, lávate también y quédate con él hasta que te mande subir de nuevo.

—¡¿Qué?! ¿Sin luz ni aire fresco, ahí abajo? Ya he pasado suficiente tiempo en prisiones que eran agujeros inmundos.

—Ya sabes dónde está la puerta —dijo Eliah con dureza—. Pero, si quieres saber mi opinión, no creo que llegaras muy lejos esta noche. Están en guardia, y te buscan. Tanto los dominicos como los guardias de la ciudad.

—¡Pero si no he hecho nada! —exclamó Seder—. Créeme, abuelo, sólo me persiguen... por un falso testimonio que alguien levantó en mi contra. ¡Es un castigo de aquellos que nos odian desde hace siglos!

¡Uno de los hombres de confianza del Papa hizo que me soltaran y me mandó a París con una carta falsificada y algunas palomas!

—¿Con una carta falsificada y mis palomas?

—Sí, pero no con todas...

—¿Y dónde están ahora, descarriado hijo de mi hijo? ¿Oyes alguna de ellas? ¿No? ¿No oyes nada? Para que lo sepas: ¡todas las palomas desaparecieron!

Seder bajó la cabeza sin responder. Juntos cargaron con el desconocido escaleras abajo hasta el oscuro sótano. Lo depositaron en el suelo en medio de la oscuridad. Seder, cuyos pasos acompañaba el tintineo de las cadenas, volvió a subir para coger una palmatoria de terracota con un cabo de vela en ella. Sólo a la luz de ésta se hizo visible la curiosa construcción del sótano. Las sombras de ambos hombres se deslizaban sobre el techo abovedado. En uno de los laterales de la estancia había un altar excavado en la piedra de la pared, sobre el cual aparecía un candelabro y un rollo de la Torá. Justo enfrente se hallaba la entrada a un pasadizo de apenas un metro de ancho. Si uno se adentraba tres o cuatro pasos en su interior, una puerta cubierta de planchas de hierro impedía el paso. Pasaron con su carga por delante de viejos taburetes y utensilios de lavar hasta llegar a un catre de madera junto a un agujero oscuro y cuadrado cavado en el suelo. Una barandilla de hierro sobresalía de uno de sus lados. Cuando Seder iluminó la abertura, se vieron los escalones excavados en la piedra que conducían hasta la superficie del agua. Agua corriente que, pese a la tempestad y a las corrientes pestilentes de las calles, no se hallaba contaminada, porque no procedía de la superficie sino de una pequeña grieta en la pared.

—¡Lávate y luego lávale a él! —ordenó el abuelo. No esperó a ver la respuesta de Seder—. Cuando hayas terminado le llevaremos a la habitación de tus padres.

OceanofPDF.com

Le despertó el olor a pan que flotaba en la oscuridad. Olía a pan y a romero, a ajo y a lavanda. Si bien una sensación de bienestar le invadió bajo la cálida manta, el recuerdo del agua parecía poseerlo hasta lo más profundo de su ser. No podía sacarse de la cabeza las aguas turbulentas y la espuma que las cubría. Y

después, un recuerdo de agua fría y pura como el hielo, que se le clavaba en la carne como cuchillos... Gimió y se revolvió en la cama. El temblor de su cuerpo no tenía su origen en el frío del agua; lo causaban los recuerdos de los escalones descendidos hasta el infierno, que castigaban su cuerpo como el de un pobre pecador al que se le hubieran impuesto varias penitencias simultáneas.

—¿Qué haces aquí, Smaragdus? —susurraban sus labios—. ¿Y dónde estás en realidad?

Palpó despacio los dos costados de su cuerpo a través de la manta, estiró las piernas desnudas y movió

con precaución la cabeza. Sentía un dolor ardiente en la frente y la cabeza embotada. Los miembros le pesaban tanto que parecían hechos de plomo fundido, pero al mismo tiempo tenía la impresión de estar flotando. No conseguía acordarse de nada, era una sensación muy similar a la que experimentaba cuando él y otros estudiantes, para divertirse, quemaban demasiado incienso en la sacristía de la catedral de Nôtre Dame.

—No —dijo con un destello repentino de lucidez—. No es posible que quien me haya metido en esta cama maravillosa, quienquiera que sea, tenga la intención de matarme. Por otra parte esto es demasiado ancho y mullido para ser un ataúd.

De modo que debía de estar vivo y además no parecía que su vida corriera un peligro inmediato, a condición de que se comportara con sensatez y no cometiera errores. Aliviado ante la valoración positiva de su situación actual, dejó reposar la cabeza de nuevo sobre la almohada. Pero ¿quién era él?

Un hombre desnudo, recién bañado y que desprendía un olor muy, muy agradable. Un hombre joven. De piel tersa y lisa, de claro entendimiento, quizás algo ingenuo todavía, y con apenas una pelusa de barba en el rostro. No conseguía acordarse ni reconocer mucho más en la oscuridad que le rodeaba. Sentía que de alguna manera, seguía siendo un niño, aunque grande. No percibía en su interior necesidad alguna de alcanzar la gloria en

calidad de caballero a través de las victorias en torneos prohibidos, no anhelaba triunfos en batallas de ningún tipo y tampoco deseaba distinciones regias ni grandes honores. A pesar de todo, intuía que le faltaba algo. Se llamaba Bertrand de Comminges, le llamaban Smaragdus. Aquel extraño apodo le ponía en cierto modo de buen humor, aunque las circunstancias no parecieran las más adecuadas para ello.

Bien, ¿y qué más? ¿De dónde venía? ¿Dónde se encontraba? ¿Y qué pretendía, allí de donde viniera o allí

donde se encontrara en aquel momento? ¿Había querido acaso estar donde estaba ahora? Mientras iba pensando, se le ocurrió que había algo extraño en la manera en que se interrogaba. ¿Acaso se había vuelto loco? ¿Se trataba de algún tipo de enfermedad? En todo caso, una enfermedad que postraba al joven, sano y salvo y limpiísimo, en una cama tan cálida y mullida como nunca antes en toda su vida había tenido la ocasión de disfrutar. De pronto le asaltó una sospecha. ¿Tenía acaso algo que ver aquel maravilloso sentimiento con aquel ser adorable cuya imagen flotaba en su interior desde que despertara, semejante a la de un hada o un ángel?

Miriam.

Así se llamaba la doncella que le había salvado del río de la muerte y del olvido... Miriam para los judíos, Maryam la llamaba el Corán y era María entre los cristianos, un nombre antiquísimo cuyo significado todavía se desconocía.

Sintió un dolor sordo que se abría paso como un largo alfiler entre sus músculos. Le abandonó la alegría exagerada e injustificada que le invadía, del mismo modo que se desprende la cáscara aún verde de una nuez que aún no ha tenido tiempo de madurar.

—No te preocupes, Smaragdus —murmuró para sí, a modo de una plegaria secreta—. Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos.

Se escuchó a sí mismo, confuso. No tenía la menor idea de por qué pronunciaba precisamente en aquel momento y en aquel lugar aquellas palabras del Evangelio de San Mateo. ¿Qué tenían que ver los lirios con su desnudez? ¿Y qué relación había entre el nombre de Miriam y el sabio rey judío Salomón?

Su confusión iba en aumento.

—¡Ven de una vez, día! —gimió—. ¿Por qué me torturas de esta forma? ¿Qué me espera, qué me ocultas en la oscuridad que me rodea?

De repente aumentó su temor ante aquello que le rodeaba, los demonios invisibles arropados por el manto de la noche, hasta tal punto que le embargó el deseo de saltar de la cama y ponerse a gritar. Pero en ese momento un sueño febril volvió a apoderarse de él.

OceanofPDF.com

Apenas había amanecido y ya estaban tañendo las campanas como si nada hubiera ocurrido. No llamaban a la misa matutina en las iglesias de Aviñón. Eran una plegaria de acción de gracias por haber superado la tempestad de primavera. Todavía resultaba imposible valorar los daños que habían sufrido los edificios, las construcciones de la ciudad, los jardines, los campos, la orilla del río y el puente. El día despertó cargado del aroma de las flores y casi caluroso. En toda la ciudad se iba evaporando la lluvia que había caído durante la noche. Por las calles y callejuelas que bajaban desde el Rocher des Domes descendían pequeños arroyuelos sobre el empedrado de la calle y las cunetas. Algunos de ellos desaparecían repentinamente bajo la tierra en algún cruce o delante de alguna casa. En otras partes, chorros de agua blanca como la cal brotaban del suelo como si de manantiales se tratara. Poco a poco, tras la noche de tempestad, la vida volvía a despertar en las calles y casas de Aviñón. Sólo en la rue Jacob parecía reinar el silencio. Los habitantes de las casas del Carrière sabían por experiencia que en ningún otro momento tenían que ser más cuidadosos como en las últimas semanas de ayuno de los cristianos. Por consiguiente, lo más adecuado era no mostrarse en las calles hasta el toque de mediodía.

Miriam se había despertado muy temprano. Se dedicó, según su costumbre, a escuchar con los ojos todavía cerrados durante algunos minutos los ruidos que le llegaban del exterior. Entonces se acordó de su pesca del día anterior en el río. Sonrió, se estiró y respiró profundamente. ¿Estaría ya despierto?

Se levantó llena de energía. Como todos los días, atizó el fuego y colocó sobre él la olla para preparar la papilla del desayuno. A continuación se ocupó de los animales y de limpiar las habitaciones de la planta baja de la casa. Sólo entonces tomó una lámpara de aceite y fue con ella al sótano, donde se lavó junto a la pila del antiguo mikwe. Como de costumbre, tuvo mucho cuidado de que nada del agua que utilizaba cayera en la pila.

De nuevo arriba, terminó de preparar la masa de cebada y, según la antigua costumbre, examinó

algunos higos secos para comprobar que no tuvieran insectos o gusanos, pues en caso afirmativo habrían sido impuros. Estaba ocupada en esta tarea cuando escuchó ruidos en la escalera.

—Todavía duerme —dijo Eliah cuando llegó abajo. Se dirigió al altar y permaneció de pie ante él durante un rato. Después se sentó a la mesa—.

Deberías llevarle un cuenco con un poco de caldo de carne caliente.

—No he hecho caldo de carne durante los días que estuvimos en la isla trabajando como titiriteros y comerciantes.

—Entonces dame algo del pan dulce que sobró del último Sabbath, y a tu hermano dale pan ácimo —dijo Eliah a la vez que hacía un gesto señalando el piso de arriba—. Y para él, que no puede comer de eso por ser cristiano, prepara una manzana asada con un buen relleno de almendras, miel y algo de adormidera para sus dolores. Se golpeó fortísimo contra el puente.

—¿Puedo subir a verlo?

No sabía por qué motivo lo había preguntado de modo tan explícito. Su abuelo no parecía tener ningún reparo al respecto y asintió sin dudarlo.

—Lleva contigo pomada de caléndula —añadió mientras, inclinado hacia delante, revolvía su escudilla con una cuchara—. Yo procuraré quitarle al descarnado de tu hermano las cadenas que aún lleva encima. No sé cuál de los dos castigos de Dios es más grave, si la tempestad, que nos privó de las ganancias de una semana en la isla, el extraño que sacamos del río o tu hermano rebelde, al que tenemos que esconder como a un esclavo fugitivo.

Se puso en pie, tomó una jarra de barro de la cocina y bajó a la bodega. El que buscara en ésta, un simple sótano de la rue Jacob, encontraría vino y un pasadizo cerrado desde hacía mucho tiempo. Nada más. Desde tiempos ancestrales existían en la colina sobre la que se situaba la ciudad innumerables pasadizos subterráneos. Los celtas y romanos los habían construido de modo que pudieran ser aprovechados, como también fueron aprovechados posteriormente por los fugitivos de Palestina, por los sarracenos sitiados en la ciudad y, por último, también por los grupos de herejes que se habían refugiado en el condado de Venaissin. Muchas de las galerías se habían derrumbado desde entonces, pero el laberinto seguía sirviendo de refugio a personas de las más diversas cataduras, y también se utilizaba para comunicar diferentes barrios del centro de la ciudad.

Miriam trajinaba en la pequeña cocina inundada por el sol. La manzana asada empezaba a despedir un apetitoso olor cuando su abuelo hizo irrupción de nuevo en la estancia procedente del sótano.

—Ya le he quitado las cadenas de penitente —fue su comentario—. Pero ha caído en la trampa; hoy no podrá salir a la calle. ¡Dios nos libre de los ojos que hayan podido vislumbrar algo, y de los rumores habituales!

Dejó la jarra llena de vino y subió las escaleras. Su nieta tomó la escudilla que contenía la manzana aún caliente con la miel y le siguió con cautela. Eliah había dejado la puerta de su estancia abierta. Miraba por la ventana, medio oculto tras un tapiz que colgaba de la pared.

—Lo intuía —se limitó a decir—. Y en esta ocasión, ni tan siquiera han podido avisarnos las campanillas; la tormenta las ha estropeado.

Cada vez que un extraño, por encargo de la corte del Papa o de los gobernantes de la ciudad, entraba en la rue Jacob o en cualquier otra calle del Carrière, una multitud de campanillas como las de una trampa para pájaros se ponían en movimiento tanto en patios como en sótanos. En esos momentos de peligro, el barrio de los judíos se envolvía en un suave tintineo, casi celestial. Según la forma en que se movían las distintas campanillas de hojalata, cobre o cristal, los iniciados podían adivinar qué advertencia era la que se estaba haciendo circular por la ciudad.

—¿Quién es? —preguntó conforme asomaba la cabeza en el cuarto de trabajo del abuelo.

—¡La peor de todas las desgracias! —resopló él—. Dominicos a los que acompaña el peor de los perros de Dios de entre los habitantes del palacio del Papa.

—¿El cardenal D'Aux? —preguntó ella, extrañada.

—Si fuera él, sería más bien una buena noticia —respondió Eliah—. No, en esta ocasión los dominicos se han traído consigo al maestro de palacio.

—¿El cardenal Pierre Godin ha entrado solo en el Carrière?

—No, solo no, se ha traído unos dominicos, media docena de alguaciles, tres caballeros armados hasta los dientes, lacayos, escuderos y un enjambre de críos que va tras de ellos.

—Entonces la rue Jacob tiene que estar ahora mismo tan abarrotada como el puente ayer por la tarde

—comentó Miriam, a la vez que se reía medio divertida y medio entristecida. No tenía miedo de aquel despliegue clerical, pero una ira indecible se mezclaba en su interior con un hondo pesar. En contra de su voluntad las lágrimas pugnaron por asomar a sus ojos. No quería que su abuelo la viera llorar de nuevo. Y tampoco quería que volvieran a prender a alguien y se lo llevaran, ya fuera su hermano o el bello desconocido.

Contuvo un sollozo y se dio rápidamente la vuelta.

OceanofPDF.com

Asesinato y atentado

En dos o tres pasos alcanzó el dormitorio donde sus padres jamás llegaron a pasar ni una sola noche. Desde el principio había estado completamente amueblado, pero sin embargo siempre había permanecido desocupado.

Se acercó al joven, que estaba durmiendo. Permaneció un largo rato de pie junto a la gran cama. El desconocido no presentaba heridas graves. Sólo un enorme chichón que, amoratado, enrojecido y cubierto de arañazos deformaba su alta frente bajo el cabello surcado por unos rizos infantiles. Bajo una nariz algo aguileña, se veían unos labios firmes y gruesos que permanecían entreabiertos y se movían como si quisieran hablar o saborear algo mientras él dormía.

Miriam observó el rostro del desconocido y advirtió que un sentimiento muy diferente tomaba el sitio de la tristeza que había sentido hasta aquel momento. Le dio la impresión de que era el primer día soleado de la primavera. El cabello de color claro y el pálido rostro, incluso con la hirsuta e incipiente barba brillando al sol, le daban un aire de ángel. Sólo el bigote, también rubio y que ocultaba las comisuras de la boca, desentonaba un poco en aquella imagen. Hasta donde ella sabía, los ángeles no llevaban barba, ni tan siquiera los ángeles de los padres fundadores que, al igual que Sansón, habían sido bendecidos con abundantes cabelleras.

Se acercó a él un paso más y se inclinó sobre su rostro.

—Sí padre —estaba murmurando él—. Se trata de la cruz en el corazón..., en Aviñón... Ella prestó atención todavía otro rato, pero no consiguió entender nada más de lo que decía. Acarició

levemente las mejillas y la incipiente barba del hermoso desconocido con la punta de los dedos. Rozó los labios con la yema del dedo índice. Sin ser realmente consciente de ello, posó la escudilla con la manzana asada sobre la pequeña mesilla de noche.

Le puso una mano sobre el hombro y sintió un calor terrible, abrasador, que la envolvió como una fuerza invisible. Su corazón comenzó a latir aceleradamente cuando acarició con la palma de la mano el hombro y el pecho del muchacho. Apenas se atrevía a rozar sus tetillas de color tostado. Muy despacio, se dejó caer sobre el borde de la cama y estiró las piernas. Se inclinó aún más sobre él. Su mano describió un arco sobre la pelusa dorada

del centro de su pecho, luego se aventuró en el pequeño valle que se formaba entre sus costillas, suave y seductor. Su ombligo tenía una bella forma, parecía una rosa blanca en una pequeña fuente. Fijó la mirada en la sábana de lino que cubría sus piernas y sus caderas.

Por un momento eterno, de duda y de temor, la curiosidad se apoderó de ella. Sabía perfectamente qué había bajo la fina sábana. Muchas veces en Orange y en otras ciudades a orillas del Ródano había pasado junto a antiguas estatuas romanas. Algunas llevaban petos o faldones cortos de cuero que dejaban ver sus bien torneadas piernas. Otras, representaban a atletas griegos que estaban completamente desnudos. Pero algo no encajaba. El joven desconocido que yacía en la cama de sus padres no tenía un órgano pequeño, y flácido como algunas de las estatuas de legionarios romanos. Lo que se distinguía bajo la sábana le parecía más bien un falo griego, ajeno a la fuerza de gravedad, que se levantaba como si estuviera dotado de invisibles alas de ángel.

Miriam se había preguntado a menudo antes por qué motivo los jornaleros y los soldados borrachos sólo mostraban bajo sus cortas camisas órganos flácidos, que no encajaban de ningún modo con las imágenes de los primorosos jarrones de la Antigüedad.

Por un momento lamentó no ser una hetaira griega. Los dioses de la Antigüedad y las mujeres del Antiguo Testamento habían visto a su edad mucho más que ella, educada muy estrictamente por su abuelo Eliah.

Levantó la sábana de lino. Sin respiración, miró el falo que brillaba erecto bajo la luz del sol. Se mordió los labios, sacudió la cabeza pero fue, sin embargo, incapaz de apartar la mirada. En ese mismo instante notó que el brazo del muchacho la rodeaba con delicadeza. Dio un respingo, pero vio entonces que él le sonreía con los ojos todavía cerrados.

El brazo la atrajo junto a él. Cuando los labios de él rozaron los suyos ya estaba ella medio acostada a su lado. Entre el aroma de las pomadas de hierbas, ambos iniciaron unas caricias comparables a las de las alas de las mariposas, de los elfos o de las ninfas enamoradas. Los labios expresaban todo lo imaginable, incluso cuando empezaron a besarse de modo todavía más apasionado, entreabriendo unas bocas que parecían incapaces de volver a separarse, con los cuerpos convulsos por el temblor. Se besaban y se acariciaban como si no existiera nada más en el siniestro mundo que los rodeaba.

OceanofPDF.com

De pronto, ella pareció despertar de nuevo a la realidad. Lo apartó de sí, sacudió la cabeza, enfadada, y luego se incorporó. ¿Cómo era capaz de besar a aquel joven completamente desconocido mientras el maestro de palacio se hallaba ante la puerta de casa con unos hombres armados y unos dominicos de hábito blanco y negro? La sangre se le agolpaba en las sienes, el cuello y los muslos. Todo daba vueltas a su alrededor cuando se levantó y se apresuró hacia las ventanas que su abuelo había dejado abiertas para que entrasen en la estancia la luz del sol y el calor primaveral.

Las ventanas daban a la parte posterior de la casa. Por encima del cobertizo y de dos casas de una sola planta con un tejado de color rojo veía los techos de la mitad de las casas del centro de la ciudad, más bajas que la de su abuelo. La muchacha inspiró profundamente hasta que recuperó la calma. Pero todavía le temblaba el cuerpo entero. De repente se dio cuenta de que, aunque mirara hacia fuera por la ventana, mentalmente seguía pendiente de la cama a sus espaldas. Confusa, sacudió la cabeza y cerró los puños.

—¡No! —exclamó, en un intento de dominar sus pensamientos y sentimientos. No quería nada de eso. ¡Era imposible, absolutamente impensable! Ya era bastante grave haberse dejado llevar por la compasión hacia él. Claro que habría reaccionado de la misma forma ante un cabritillo a punto de ahogarse, ante un pájaro cantor en la red de un cazador o ante un esclavo perseguido. Ocurriera lo que ocurriese, jamás se iba a enamorar de un cristiano. Ni siquiera en el supuesto de que éste fuera un mensajero divino o incluso un arcángel de rizos rubios que hubiera acudido a la ciudad del Papa con un misterioso mensaje.

Demasiado bien conocía las humillaciones que su pueblo había tenido que soportar a lo largo de los siglos anteriores. Y demasiado también lo que a ella misma le había ocurrido, que sólo le había causado lágrimas y endurecido el corazón. No quería volver a pensar en todo ello, pero el silencio inusual, cargado de la calma que suele sobrevenir tras la tormenta, tuvo sobre ella el mismo efecto que la adormidera que le había administrado al extraño para tranquilizarlo. Se sumió en recuerdos tristes, y el hombre que yacía en la cama quedó en el olvido.

Incluso ahora, ocho años después, seguía siendo una incógnita si los trágicos acontecimientos ocurridos durante la coronación del papa Clemente V habían sido tan sólo una desgracia fortuita que provocó sin embargo muchas víctimas, o si se había tratado de un atentado bien planeado contra el nuevo líder de la Iglesia y que casi había tenido éxito. Miriam había estado ya tres veces con su abuelo en aquel lugar de Lyon donde un muro de ladrillos y columnas de mármol se había derrumbado y había caído en la calle justo cuando el recién coronado papa desfilaba a lomos de un caballo con todos los ornamentos festivos, incluida la tiara engastada con piedras preciosas. Había caído del caballo y un enorme rubí, la piedra más valiosa de su triple corona, se había extraviado, siendo imposible recuperarla. Muchos de los hombres de su comitiva habían muerto golpeados por los cascotes. Pero también habían muerto inofensivos espectadores como su padre, cuyo único delito había sido la curiosidad. Su hermano mayor había recibido algunas magulladuras pero se había salvado. Eso era lo que todos contaban. Miriam había dado crédito a la historia hasta que una noche vio a Seder que, creyéndose solo, abría un cofrecillo de madera de cedro con remaches dorados.

El cofrecillo contenía varias piedras preciosas de gran tamaño que parecían tener mucho valor. Una de ellas le pareció, vista a través de la rendija de la puerta, el rubí de la tiara que se echaba de menos desde el incidente ocurrido durante la coronación del Papa. Otra de ellas le había recordado el anillo color violeta de un obispo.

No había hablado de ello ni con su abuelo ni con su hermano, pero desde entonces no había conseguido sacarse aquellas imágenes de la cabeza. Sabía que ambos tenían conexiones en muchas esferas, que apenas había algo que no pudieran conseguir. Pero no quería creer que su abuelo o su padre pudieran tener algo que ver con el accidente ocurrido en Lyon. ¿O acaso mantenían relaciones en secreto con los franceses y el rey Felipe el Hermoso, presentes en aquella ceremonia, así como el canciller asesino Guillermo de Nogaret? Desde entonces, Lyon pertenecía por entero a Francia y el Papa aún no había regresado a Roma. En Italia los grandes se decapitaban, se envenenaban y se robaban entre ellos todo lo que podían.

¿Y Seder? No estaba segura de si realmente le creía capaz de un acto tan reprochable y ambicioso como el de un atentado contra la figura del Papa. Su hermano podía ser un ladrón, un estafador y un astuto estratega,

pero no era un asesino, y mucho menos un héroe en quien otros pudieran confiar. Aunque le parecía horrible casi todo lo que hacía o decía, Miriam lo quería mucho. En Aviñón había muchos que planeaban y llevaban a cabo cosas mucho más horribles que aquellas que ella oía acerca de su hermano Seder. Y por encima de todo, era su hermano, el único que le había quedado, pensó abatida.

OceanofPDF.com

En la planta baja, Eliah esperaba al más despiadado de cuantos cardenales había conocido hasta ahora.

¡No quería ni imaginar lo que pudiera ocurrir si este hombre llegaba algún día a ser el sucesor de Clemente V!

Para Eliah, el maestro de palacio era un Herodes y un Poncio Pilatos al mismo tiempo. Pese a toda su amabilidad y su conducta absolutamente correcta, Pierre Godin tenía y ponía de manifiesto un sentido del humor hiriente que sólo conseguía hacerle reír a él y a sus lacayos. Trataba de aparentar jovialidad y cordialidad, pero no tenía la menor idea de qué significaban la bondad de corazón y el perdón, la indulgencia y el amor verdadero.

A lo largo de su vida, Eliah había comprobado en más ocasiones de las que hubiera deseado que, tras años de arduo trabajo y buenos negocios, podía llegar del cielo la furia de Jehová o el capricho de un cardenal como Pierre Godin y destruirlo todo de un solo plumazo. En esos casos, de nada les servían a él y a los otros judíos las cartas de protección o los edictos episcopales o reales. Muchas de las familias judías que llevaban años en el Carrière procedían, al igual que sus posteriores vecinos árabes e islámicos, de las costas orientales del Mediterráneo. Pero incluso los más pacíficos y afortunados de entre ellos, que tras su partida de la tierra prometida se habían establecido en la región que había entre los Alpes y el Mediterráneo conocida como la Provenza tenían que soportar los caprichos y la injusticia sin ley en la misma medida que los fugitivos procedentes del norte, unas personas dignas de lástima. Todo el mundo se rasgaba las vestiduras ante el aparente error de la justicia y las confesiones bajo tortura de los dos mil templarios apresados. Se les compadecía porque habían nadado en la abundancia y después, de la noche a la mañana, lo habían perdido todo al tener que huir a Alemania, Escocia, Portugal y Polonia. Pero nadie hablaba de los más de cien mil judíos que al mismo tiempo y sin que mediara juicio alguno, sin apoyo de nadie y sin la menor expectativa de que se respetaran sus derechos como seres humanos, se veían perseguidos por el rey del Imperio de los francos. Más de mil años después de la primera expulsión de Jerusalén los judíos de la diáspora huían de nuevo. La mayoría de ellos procedía del Languedoc, del condado de Toulouse y de las antiguas fortalezas de los cátaros y albigenes en los Alpes Dináricos. Su único delito consistía en haber confiado más en las décadas de tolerancia entre la

España musulmana y el reino cristiano de los francos, al norte, que en su propia experiencia de los últimos siglos. Tras las Cruzadas, tanto el Papa de Roma como Felipe el Hermoso les habían metido en el mismo saco que a los blasfemos y herejes y los habían considerado los enemigos principales del orden cristiano otorgado por Dios.

Muy pocos lugares podían servirles de refugio. Curiosamente, el condado de Venaissin y la ciudad de Aviñón del papa Clemente V se contaban entre estos lugares. Felipe IV el Hermoso y sus crueles sabuesos tenían la entrada vetada. Parecía incluso que el Papa se interpusiera conscientemente contra la persecución a los judíos por parte del desaprensivo rey de Francia. A pesar de todo, los judíos ya no se hacían ningún tipo de ilusión, porque también allí habían perdido muchos de ellos sus posadas y bienes, villas y tiendas, tanto en la ciudad como junto al río, obligados por el edicto papal con respecto a la venta de propiedades a los recién nombrados cardenales de la familia del que ahora ocupaba la Santa Sede.

Antes de la misa en la catedral, el cardenal D'Aux fue a hacerle otra visita al Santo Padre en sus estancias. Éste permanecía acostado en el lecho, pero ello no impidió que oraran juntos.

—Quién se va a encargar hoy de la Santa Misa en mi lugar?

—Niccolò.

—Me parece muy bien —dijo Clemente—. No quiero que Pierre Godin se tome demasiadas atribuciones mientras yo estoy enfermo.

—Hoy tienes mucho mejor aspecto que ayer.

—¡Pues no me encuentro bien en absoluto! —protestó el Santo Padre—. ¿Acaso no ves cómo sufro y cómo me indigna la injusticia a la que tanto yo como todos nosotros nos enfrentamos?

—¿Quieres parecer un indefenso cordero a punto de ser sacrificado? ¿Un papa que de puertas para afuera traiciona a la Iglesia y a las órdenes, que renuncia a Roma y a su obispado y que, en la frontera de Francia, sólo representa el más débil de los oponentes a su altivo rey?

—Bueno, de todos modos, eso es lo que todos piensan acerca de mí.

—Nadie que conozca los hechos y que fuera testigo de cómo te opusiste tenazmente a Felipe en favor de los templarios sería capaz de decir una cosa así.

—Lo cierto es que he conseguido salvar muchos más judíos que templarios —replicó Clemente V. En las últimas semanas, e incluso meses, las discusiones con sus hombres de confianza giraban exclusivamente en torno a la culpa que cargaba sobre su conciencia por culpa de la decisión que tomó con respecto a los templarios—. También es cierto que Felipe puede hacer su voluntad al otro lado del río. No podía confiar en el apoyo de Eduardo I de Inglaterra, pero Eduardo II es un sátiro, un débil incapaz de oponerse al gobernante francés. Y con respecto al emperador alemán Enrique VI... —dudó por un momento, y después sacudió la cabeza—. Como tú bien sabes, prometí a los emisarios de Enrique hace ya cinco años, cuando estaba en Poitiers como invitado, que por la Candelaria del año 1312 yo personalmente le pondría la corona de emperador. Y en Roma, además.

—Así es, y no fuiste tú, sino tu cardenal Da Prato quien lo coronó en el Vaticano. La visita de Enrique en Roma estando tú allí habría sido una excelente ocasión para ganarte al gobernante alemán y mediar en sus diferencias con el rey Roberto de Nápoles. De ese modo tendríamos un

aliado más aquí en Aviñón, porque no en vano Roberto de Anjou es también nuestro conde de Provenza. Ahora, Enrique ha muerto y el regreso a Roma no parece que sea factible para nosotros en un futuro próximo.

—Lo sé —convino Clemente a la vez que lanzaba un profundo suspiro—. En las últimas semanas he estado considerando incluso la idea de regresar a Burdeos. Quiero morir allí y no en esta ciudad fronteriza, o en Roma, llena de asesinos.

—Si renunciamos a Aviñón, terminarás siendo prisionero del rey de Francia —se aprestó a protestar D'Aux—. ¡Burdeos y la Gascoña pueden ser todo lo inglesas que quieras, pero un rey inglés tan débil como Eduardo II no te defendería ni durante una sola hora de Felipe el Hermoso! La Santa Sede en Burdeos... en vez de eso podrías volver directamente a Lyon, que entretanto y por decreto de los obispos autóctonos se ha convertido en territorio francés.

—Y Roma sigue siendo un nido de víboras —suspiró el Papa—. Pero en lugar de cuestionarme abiertamente, todo el mundo se queja de que haya nombrado cardenales a sobrinos míos en los que puedo confiar plenamente, en lugar de elegir a los segundones decadentes de alguna familia romana.

—Estoy convencido de que fue una decisión muy sensata —opinó el cardenal D'Aux—, pero tal vez no fuera del todo inteligente. La mitad de los veinticuatro cardenales que tenemos son parientes nuestros.

—¡Hipocresía! —exclamó el Papa con un bufido—. Las acusaciones de nepotismo han sido desde hace miles de años los rumores más succulentos y pestilentes, incluso para los gobernantes más honestos. Una de las dos ventanas se abrió con un ligero chirrido. En alguna parte del marco habían debido de quedar restos de agua de la tormenta. El agua del día anterior salpicó el interior, hasta llegar incluso ante la cama del Papa. El cardenal tocó una campanilla para llamar a los criados. Acto seguido, dos lacayos vestidos con librea se abalanzaron al interior de la estancia. Desde el otro extremo de la estancia apareció un dominico vestido de blanco y negro que portaba una pila de pequeñas servilletas de lino de las que normalmente utilizaban el Papa y sus huéspedes para secar sus manos después de lavárselas antes del ágape del mediodía.

D'Aux frunció los labios en silencio. Estaba seguro de que este último había estado espiando. Cogió a su vez una servilleta. Se secó las manos y la cara, después ahuyentó a los excesivamente diligentes sirvientes y se puso a mirar por la ventana.

—¿Hay todavía algo que ver? —le preguntó el Papa.

—La crecida ya pasó y el cielo resplandece, azul como siempre —le contestó el cardenal—, pero el río todavía acarrea muchos trastos e inmundicias hacia el mar.

Dijo algo muy distinto de lo que en realidad estaba pensando. Después de los extraños acontecimientos ocurridos sobre el puente de Aviñón no había vuelto a tener noticias de Bertrand. Tampoco se sabía nada más de Seder Ben Ariel.

—Entonces deja la ventana abierta, por favor, y ve a la misa —dijo el Santo Padre—. Quiero disfrutar durante un rato más la calma y el silencio de este Miércoles Santo y rezar en soledad.

OceanofPDF.com

No sabía cuánto tiempo había pasado de pie bajo la luz del sol, sumida en pensamientos tristes. Todavía ascendían hacia el cielo vapores de agua procedentes de las colinas y los viñedos anegados. Siempre que veía la niebla elevarse sobre las colinas, resonaba en su interior una vieja canción que su madre había cantado a menudo cuando aún eran niños.

Muy quedamente, para no molestar al joven desconocido, Miriam se puso a tararear la melodía de aquel trovador que se había dado a conocer como «el monje de Moutaudon». Ni la estricta disciplina del monasterio ni la camisa de tejido basto habían conseguido apagar el fuego caballeresco que ardía en la sangre de Bertrand. Puesto que ya no podía empuñar las armas, combatía con su canto y sus versos afilados. Incluso llegaba a reprobar a Dios que hubiera permitido que en la tierra hubiese colores con los que las mujeres pudieran disimular y maquillar sus arrugas y las pequeñas marcas de los años que el tiempo iba dejando en sus rostros.

«Si Dios hubiera querido que no envejeciéramos, les habría dado a todas las mujeres un rubor inalterable en las mejillas y una cara libre de arrugas hasta el momento de su fallecimiento», iba Miriam citando en voz queda los argumentos del trovador, para contestar seguidamente con el argumento contrario, momento en que su madre siempre levantaba las cejas y sonreía al cantarlo. «Pero si Dios no hubiera querido que las muchachitas y las mujeres se hicieran más bonitas, habría eliminado con certeza todos los colores y aromas de la tierra. Las violetas de Narbona y el aroma de la lavanda...»

No podía evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas cada vez que le acudía a la cabeza la canción del falso trovador. Quizás tuviera que ver con el hecho de que esa canción no se cantara en el francés del norte, el que se hablaba en París, la langue d'Oïl, sino en la lengua con la que había crecido ella hasta su huida de Occitania, la tierra del sur, la lengua de su infancia, la melódica langue d'Oc... Era la lengua de los trovadores, de las canciones de amor que éstos cantaban y de los nobles caballeros que entregaban sus vidas al servicio de la dama de su corazón. Pero también era la lengua de la resistencia contra la pompa, la gula y los abusos deshonestos, el canto de los honrados y los puros. Los papas y reyes los habían combatido durante decenios, viendo en ellos a peligrosos herejes y blasfemos, persiguiéndolos, sitiándolos en sus fortalezas hasta hacerles perecer de inanición, asesinandolos por miles en las ciudades que resistieron, como Béziers o

Minerve, o quemándolos. Y entonces, cuando oficialmente ya no quedaban ni cátaros ni albigenses entre Toulouse y Septimania, los más despiadados se habían apropiado de las tierras arrebatadas, de los tesoros de sus iglesias y, para terminar, también de todas las posesiones de los judíos, los cuales, cien años después del comienzo de la matanza de aquéllos, también fueran expulsados del Languedoc en su calidad de judíos de Francia, los cuales nunca habían tenido nada que ver con las Cruzadas contra los cátaros. Suspiró una vez más y se dio la vuelta. En ese mismo momento un rayo de luz se posó sobre ella, mucho más claro que el sol primaveral de la Provenza.

Estaba tumbado con el torso desnudo, la sábana medio retirada sobre sus estrechas caderas. Los rayos de sol jugaban entre sus rizos rubios de ángel y creaban así una aureola en torno a su cabeza. Tenía los labios entreabiertos y los ojos azul pálido le brillaban tanto que ella se quedó hasta tal punto deslumbrada que de pronto se sintió indefensa y desnuda.

—¡Oh, Dios mío, ayúdame! —imploró para sus adentros. Se apoderó de ella tal debilidad que tuvo que apoyarse en el alféizar de la ventana.

Tras la muerte de su padre en el accidente acaecido en Lyon, la madre de Miriam había vivido todavía dos años más en Carpentras. Después había muerto. También habían fallecido tres de sus hermanos: dos varones y una chica que habían nacido después de Seder y antes que ella. Uno de los dos chicos se había desnucado al caer desde la rampa que llevaba del puente a la isla en medio del río, el otro se había ahogado en las corrientes del río Durance cuando estaba nadando. Rachel, la hermana, había sido víctima de la supuesta vida segura del condado de Venaissin tan sólo el año anterior. Si bien en otros lugares las mujeres y jóvenes judías estaban autorizadas incluso a disfrazarse de monjas, según la escuela talmúdica y el Libro de los piadosos del legendario rabino alemán Juda Ben Samuel Hachassid de Regensburg, caso de que existiera el riesgo de que alguien intentara violarlas en algún camino poco frecuentado, aquello no había sido necesario hasta entonces en el condado del Papa.

Rachel acababa de cumplir dieciocho años cuando tuvo la mala fortuna de coincidir en el camino de Carpentras a Aviñón con una delegación del obispo de Bremen. La habían violado tan cruelmente que cuando llegaron con ella a la rue Jacob estaba ya medio muerta. Ni las grandes cantidades de dinero de Eliah ni algunos de los mejores doctores formados en la universidad de Montpellier habían logrado hacer nada más por ella. El rabino y una delegación de representantes electos del barrio judío habían acudido a la corte del Papa y exigido una investigación del crimen, cosa que les fue concedida. Pero ningún abogado ni ningún cardenal estuvo dispuesto a presentar una acusación contra los alemanes, que, por su parte, sostenían que habían actuado en nombre del Señor en un caso de emergencia.

—Descubrimos a la muchacha judía en pleno acto de profanar unas hostias —mintió el líder de la comitiva alemana—. Por lo menos cinco de los nuestros la vieron en el claro del bosque atravesar unas hostias para ver si salía de ellas la sangre de Nuestro Señor...

Nunca antes, ni en Provenza ni en Aviñón, se había oído una calumnia semejante. Pero el Papa sabía demasiado bien que estos rumores se estaban volviendo especialmente populares en las diócesis del norte y en las ciudades donde el comercio resultaba muy lucrativo para los judíos. Profanación de hostias y fuentes que se secaban aparecían cada vez con mayor frecuencia en los informes secretos que recibía. Y, cuanto más se hablaba o informaba de ello, más peligrosa se volvía la situación para los

judíos. Tras largas deliberaciones con los representantes de la comunidad judía de Carpentras y Aviñón, había decidido que iba a dejar las cosas como estaban. Aparte de los directamente afectados por el caso, sólo Miriam sabía que el crimen cometido en la persona de su hermana no iba a ser investigado y que sus culpables no iban a ser juzgados públicamente, ya que así se trataba de evitar que se creara un efecto de mimetismo.

—¡Cuánto mayor sea nuestro empeño en denunciar las injusticias cometidas contra vosotros, más les apetecerá a los fanáticos de la fe imitar lo que debería ser maldito!

Con este veredicto de los jueces eclesiásticos se dio el proceso por zanjado. A modo de compensación, la Cámara Apostólica prometió por su parte que durante dos años no se volvería a expropiar ni a comprar bajo presión ninguna casa perteneciente a los judíos de Aviñón, Carpentras, Malaucene y Pernes, la capital administrativa del condado. Esta promesa era válida incluso para las casas que se hallaban directamente junto al priorato de Grosseau, a pesar de que al papa le gustaba mucho alojarse en el pequeño monasterio al pie del camino que ascendía hacia el monte Ventoux. Miriam lanzó una última mirada al bello desconocido y salió de la habitación.

Inquisición

Durante la misa en la catedral, el cardenal D'Aux advirtió que faltaba uno de los obispos. En una ciudad tan pequeña y fácil de controlar como Aviñón, con menos de siete mil habitantes y con un solo puente para atravesar el río, nada podía mantenerse mucho tiempo en secreto. Máxime cuando el palacio episcopal era uno de los edificios más altos, desde el cual los ojos recelosos podían contemplar casi todo lo que ocurría en el interior de los muros de la ciudad, en el puente y al otro lado del río. Todo lo que ocurría acaecía casi siempre de manera pública. Sin embargo, en la mayoría de los casos las palabras susurradas en las misas o mercados demostraban ser mucho más confidenciales a largo plazo que las conversaciones que se mantenían rigurosamente aisladas tras los gruesos muros de las dependencias privadas de los ricos y poderosos.

Aquel miércoles de la Semana Santa, el mistral y las inundaciones que había causado el río Ródano no habían impedido en modo alguno el habitual intercambio de chismes y novedades antes y después de la misa, sino que, por el contrario, se habían avivado los rumores llegando a límites desconocidos hasta entonces. Sólo faltaban algunos de los que ya llevaban tiempo establecidos allí, que por lo demás solían siempre llegar puntuales. En cambio, habían aparecido en la catedral muchos extraños y recién llegados a la ciudad en los últimos tiempos, que habían mirado a su alrededor buscando sitio y sin encontrarlo apenas. La alta nave de la iglesia parecía transformada en una plaza de mercado todavía más ruidosa y agitada de lo que era habitual.

El cardenal D'Aux, vestido con una sencilla sotana negra, había estado sentado durante media hora en un confesonario de la catedral, desde donde había estado escuchando las voces y conversaciones que llegaban hasta él a través de la rejilla de madera. De haber estado la puerta abierta, algunas de las familias más antiguas, de entre los concejales y los comerciantes de la ciudad, habrían podido reconocerlo como el chambelán y camarlengo de Su Santidad, pero para la mayoría de los presentes, el obispo de Poitiers no era más que uno de los muchos miembros de la curia que rapiñaban cual cuervos negros los mejores granos de la ciudad. Muchos de ellos vivían incluso a expensas de la ciudad, porque su presencia allí atraía a otros que debían pagar unos precios excesivos. El cardenal D'Aux se encargaba de la

celebración de la misa que antes también había celebrado Su Santidad. La iglesia estaba abarrotada como debía de haberlo estado el arca de Noé. Las personas se agolpaban para dar las gracias a su Creador de que, entre tanta desgracia y tantos desperfectos, no se hubiese ahogado más ganado todavía, no hubiesen sido arrancadas más vides del suelo y no se hubieran echado a perder aún más reservas de alimentos.

Pocas personas había entre los habitantes de Aviñón que reprochasen a Dios el castigo divino y la reiterada crudeza del mistral. Llevaban siglos familiarizados con todo aquello. Las tormentas y las inundaciones formaban parte de la vida en la ribera del Ródano del mismo modo que el fresco olor a lavanda del verano y las horas felices transcurridas en la isla Barthelasse. Sólo algunos maestros y oficiales de obras, recién llegados pintores y artesanos y miembros de las delegaciones extranjeras que habían acudido a la Santa Sede parecían aún tan asustados y aturridos como si conservaran la vida tras aquel diluvio tan sólo gracias a un piadoso regalo del Dios Todopoderoso. También el cardenal Arnaud d'Aux conseguía acostumbrarse a la cara menos amable de la región, que por lo demás parecía paradisíaca, aunque sólo a costa de grandes esfuerzos. Entretanto, se había cambiado de ropas y aparecía con el ornamento ceremonial completo: una sotana confeccionada de tejido grana con una hilera compuesta de tres docenas de botones en la parte delantera, un cíngulo grana con borlas, un alzacuello rígido de color grana, medias grana, la mozzetta grana, un pilleolus de muaré de seda grana y un roquete de lino blanco. Completaba su hábito una cruz pectoral de plata que tenía el tamaño de la palma de la mano y presentaba unas incrustaciones de ágata, turmalina y, en el centro, un rubí grande como un guisante. Lucía también el anillo episcopal, con una amatista, y un báculo en cuya curva superior se hallaba tallada en marfil la escena de Lázaro en el Nuevo Testamento. Al contrario que muchos otros sacerdotes, obispos y cardenales, D'Aux, que apenas había cumplido los cincuenta años, caminaba erguido y con elegancia. No quería dar la imagen de un sacerdote cabizbajo y encorvado durante la celebración de la misa, sino más bien la del caudillo de un ejército antes de una gran batalla. Opinaba que, pese a toda la humildad requerida, la Iglesia tenía que luchar mucho más y demostrar mucha más fuerza de la que hacía gala en aquellos momentos. Durante muchos años, ésta había sido también la opinión convencida tanto del cardenal Niccolò da Prato como del Santo Padre. Pero desde que Clemente había caído enfermo, se había quedado prácticamente

solo aparte de Da Prato. Los otros cardenales influyentes, a pesar del hecho de que pertenecían al círculo familiar más estrecho del Santo Padre en la Gascoña y en Aquitania, se habían retirado de forma flagrante y casi descarada. En el otro bando, los Orsinis y Colonnas se preparaban, junto con sus partidarios, para una nueva batalla en torno a la tiara papal. Podían estar seguros de contar con el apoyo del rey de Francia. La situación era peligrosa.

El cardenal D'Aux observó a los canónigos y a los muchos y variados dignatarios de la corte del Papa en el coro del altar, demasiado estrecho para contenerlos a todos con cierta holgura. Algunos de ellos habían tenido que ceder su sitio en las primeras filas de la nave central de la catedral a los visitantes, que también habían debido apretujarse. En el intervalo, como era de esperar, habían ido apareciendo algunos de los más importantes ciudadanos de Aviñón. El alcalde también había hecho acto de presencia junto con su esposa, ataviada con sus mejores galas, y sus cuatro hijos de corta edad, así como los miembros del Consejo y casi todos los maestros de los gremios de artesanos.

D'Aux detectó en medio de todos los demás a algunos extranjeros, cuya procedencia era, no obstante, fácilmente reconocible. Venían de Italia o del sur de Alemania, de las diócesis de Tréveris, Maguncia y Colonia, de Flandes e incluso de España.

A decir verdad, en aquel momento Aviñón le pareció demasiado pequeño para albergar a todos los miembros de la Santa Sede y a los creyentes de cierto nombre y rango. Pensó, como tantas otras veces en las últimas semanas, si en verdad Aviñón iba a poder mantenerse como residencia de los papas cuando Clemente V les hubiera dejado. La enfermedad latente que iba consumiendo poco a poco al Santo Padre no podía frenarse por más tiempo, a menos que apareciera pronto el joven al que Clemente y él mismo esperaban, y al que habían visto por última vez cuando apenas era un niño.

—Smaragdus —murmuró el cardenal con una sonrisa, amarga y esperanzada a un tiempo.

En contra de su costumbre, el capellán Mel Comyn llegó demasiado tarde a la catedral. No había contado con una afluencia tan masiva de visitantes. Cuando hacía buen tiempo, Mel Comyn, que desempeñaba las funciones de capellán en la pequeña capilla del puente, celebraba él mismo la misa, pero tras la tempestad, aquélla había tenido que cerrarse por un tiempo. Nadie ardía en deseos de salir de la ciudad y atravesar el puente después de la tormenta. Una vez más se habían desprendido del puente, recién reparado, piedras de las barandas y de la calzada. Por este motivo el capellán se había limitado a visitar muy temprano la pequeña iglesia de dos plantas construida sobre el segundo pilar del puente y después se había apresurado a regresar a la ciudad, sin pérdida de tiempo. Los monaguillos salían ya de la sacristía en dirección al altar. La tarea de supervisarlos le correspondía a él. Vio que el cardenal D'Aux llegaba a la sacristía, se vestía a toda prisa y salía él también a la nave principal de la iglesia. El templo estaba tan abarrotado que nadie reparó en el caos en medio del cual se estaba celebrando la misa, que por regla general seguía un guión determinado e uniforme.

—¿Dónde está Godin? —susurró el cardenal D'Aux frente al altar al canónigo de llamativo cabello rojo.

—En el Carrière, junto con el caballero Falkenhenn y dos monjes —contestó el capellán al tiempo que disipaba con las manos una enorme nube de incienso procedente de un incensario próximo. Arnaud d'Aux se había llevado consigo al joven escocés desde Londres. Mel Comyn había sido enviado por su noble familia para que lo educasen los templarios allí establecidos, sólo unos meses después de que Robert de Bruce hubiera apuñalado a su primo John Comyn en la Iglesia de Greyfriars de Dumfries a causa de las disputas surgidas para conseguir la corona de Escocia. Antes de eso, John Comyn había luchado junto a Bruce y el rebelde «Braveheart» William Wallace contra el rey inglés Eduardo I, al que llegaron incluso a vencer en una ocasión. El capellán Mel Comyn estaba lejos de ser partidario de los ingleses, pero consideraba que Robert the Bruce era una elección funesta como rey de los escoceses. De modo que permanecía, como todos los demás, fiel a la Santa Sede.

El asesinato ocurrido en la iglesia escocesa habría podido tener como consecuencia que el Vaticano apoyara a Inglaterra con una firmeza todavía

mayor, de no haber sido porque el rey de Francia disolvió la Orden de los templarios de la noche a la mañana.

Nada había vuelto a ser lo que era. Mel Comyn pertenecía desde hacía siete años a la familia del cardenal, ese grupo de elegidos que todo dignatario de la Iglesia Católica Romana conservaba a su alrededor como si de su verdadera familia se tratara. En ese intervalo de tiempo, había jurado los votos, pero el asesinato acaecido en Greyfriars no podía quedar impune, y el capellán Mel Comyn y todos sus parientes seguían enzarzados en una querrela de sangre con Robert the Bruce todavía pendiente. Este secreto unía a tres hombres de la curia, el cardenal, como antiguo confesor de la casa real inglesa, el capellán Comyn como antiguo discípulo templario y vengador del héroe escocés, así como el papa Clemente V, a quien se le había informado de todo aquello.

El Santo Padre no podía aprobar que se consumara aquella venganza. Conocía aquel sentimiento terrible, cuando la indignación ante un crimen o injusticia cometidos trataba de legitimar la máxima del Antiguo Testamento «ojo por ojo, diente por diente», y con ella, nuevos pecados. Pero también sabía que Mel Comyn nunca llegaría a poseer el suficiente ánimo de espíritu para perdonar al asesino rey de Escocia. Le mataría en cuanto lo tuviera a su alcance. Sólo quedaba por ver el cómo y el cuándo. Había que tener en cuenta demasiadas cosas, tanto en Escocia como en Inglaterra y Francia, en el Imperio y en Italia. Y, antes de nada, en Aviñón. El capellán Mel Comyn tenía tiempo. Estaba incluso dispuesto a esperar al nombramiento de un nuevo papa que le perdonase si castigaba al rey de Escocia, que había conseguido su ascensión al trono a través de un asesinato cometido en una iglesia...

La bellísima y angelical muchacha acababa de abandonar la soleada estancia cuando un nuevo ruido hizo que Bertrand se estremeciese. Seguía teniendo la sensación de estar inmerso en un sueño. Se disponía a ver lo que ocurría en la calle y en el patio cuando alguien le puso una mano sobre el hombro desnudo.

La mano estaba fría, como si no hubiese estado todavía bajo el sol de aquella lejana mañana de domingo. Desde que su padre le había internado en aquel monasterio, Bertrand odiaba y temía a cualquiera que se deslizara detrás de él y, sin mediar saludo o aviso alguno, le pusiera las manos sobre los hombros. No tenía nada en contra de unos fuertes dedos que amasaran sus músculos después de un baño o un paseo por un prado fresco de buena mañana, cuando le untaban aceite de oliva y masajeaban su cuerpo, pero no a hurtadillas, como una caricia prohibida o un gesto demasiado fraternal propio de unos hermanos a los cuales algunas inclinaciones muy determinadas podían ocasionarles los más severos castigos.

—¡No, no digas nada ahora! —dijo una voz de hombre joven, que de ningún modo era suave ni parecía acariciadora. Quiso carraspear, pero la voz bajó el tono por sí sola—. Soy yo, tu compañero entre los rollos de tela en el carro de mi abuelo Eliah. ¡Él y mi queridísima hermana pequeña Miriam han debido de usarlo para transportar cerdos muy distintos de nosotros!

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Bertrand—. ¿Qué ha pasado?

Seder se encogió de hombros y se dejó caer junto a él en la cama revuelta. Su cara y su cuerpo parecían los de una esbelta estatua romana, algo más oscura, con piel color de oliva y vello corto y oscuro en el pecho, antebrazos, mejillas y cabeza.

«Qué extraño», pensó Bertrand, «¿por qué llevará el cabello tan corto, como si se lo hubieran afeitado hace tan sólo un par de días?».

—Calabozo —fue la inmediata respuesta que le llegó, aunque Bertrand no había preguntado nada en voz alta—. Por cierto, soy Seder Ben Ariel, el último nieto del honorable judío Eliah de Carpentras, al que pertenece esta casa en el Carrière de Aviñón. Y sin padre, desde que aquel muro lo mató a él y a un par de cristianos más en la coronación de vuestro Papa en Lyon.

—Lamento oír eso. Mi nombre es... Smaragdus... —Se interrumpió instintivamente. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Algo no encajaba en sus recuerdos—. Quiero decir... Bertrand de Comminges —se corrigió tras un

gran esfuerzo de concentración—. Creo que era discípulo del maestro Eckhart en la Sorbona de París.

—¿Te refieres acaso a Eckhart de Hochheim de Turingia? —preguntó el joven judío—. Entonces te equivocas, porque ese hombre hace mucho que vive en Estrasburgo o recorre a pie el sur de Alemania. A Bertrand le dolía tanto la cabeza que a punto estaba de perder el conocimiento. Sólo sabía que tenía que conseguir desviar la atención del otro sobre su persona. El miedo a sus perseguidores y el recuerdo del río estaban todavía demasiado presentes.

—Antes has hablado de Aviñón —comentó con dificultad.

—¿Qué es lo que te molesta de ello? —preguntó Seder riendo—. ¿O pensabas acaso que nosotros los judíos vivimos en carros tirados por mulas y nos pasamos la vida bailando encima del puente, como en la canción popular?

Bertrand no se dejó contagiar por la alegría de Seder. Los dos jóvenes no podían ser más diferentes entre sí. Aunque visto de cerca no parecía muy fuerte, Seder rebosaba dinamismo y ganas de vivir. Bertrand se sentía amenazado por el aura irrespetuosa y poderosa del otro. Se sintió casi como una doncella pudorosa y virginal cuando, avergonzado, trató de taparse con la sábana. También él ardía por dentro, y sus claros ojos despedían fuego, pero se trataba de otro tipo de fuerza, completamente desconocida para él y que aún no sabía manejar bien del todo. Había estallado tan inesperadamente en él, que le inundaba de forma aún más violenta que la crecida del Ródano.

—El puente... ¿cómo llegué hasta el puente?

—Chocaste contra él medio colgando de tu caballo y nosotros te sacamos —explicó Seder sonriendo—. Con la ayuda de un sacerdote escocés, delante de su capilla y, por supuesto, inmejorablemente vigilado por mí...

Bertrand sacudió la cabeza, incrédulo.

—Las cadenas que llevaba en el puente no eran más que un engaño —dijo Seder, con una sonrisa aún más amplia—. Me las volví a poner poco antes para engañar a algunos de los cardenales, que debían seguir creyendo que estaba escondido en las inmediaciones. No fue por casualidad que conseguí escapar hace unas dos semanas de las mazmorras del cardenal Godin y viajé en secreto a París. El cardenal D'Aux quería que entregase una carta en el monasterio de St. Jacques y que después siguiera al

estudiante que afirmaba estar poniéndose en camino para encontrarse con el maestro Eckhart. Bertrand sacudió la cabeza, sin comprender.

—¡Entonces la carta que recibí no era en absoluto del maestro Eckhart y tú sabías desde el principio quién era yo!

—¡Yo no sabía tanto! —le contradijo Seder Ben Ariel—. ¡Ni lo uno ni lo otro! La carta estaba dentro de otra carta sellada dirigida al abad del monasterio, y a ti sólo te vi desde una distancia prudencial. Los dos dominicos que te perseguían como si fueran tu sombra me sirvieron de gran ayuda para orientarme. A pesar de tanta fanfarronada por parte de Seder Ben Ariel, a Bertrand no se le escapó que no decía ni una palabra sobre la razón de su encarcelamiento ni por qué le habían afeitado la cabeza.

—Ahora te toca confesar a ti —concluyó el judío—. ¿Por qué te tiraste al río, loco de ti? ¿Qué peligro viste, después de que los monjes te hubieran estado persiguiendo durante días a cierta distancia?

Bertrand inspiró profundamente. La cabeza le daba vueltas. Y de repente confesó:

—En realidad mi problema es sólo uno.

—¿Puedes hablar de ello?

Bertrand apretó los labios. Miró al otro en un intento de confirmar si quería o podía confiar en él. Después explicó:

—Soy un bastardo, el hijo bastardo del Papa.

Seder Ben Ariel abrió los ojos de par en par. Con gestos teatrales, como si fuera un actor ambulante sobre su escenario, abrió los brazos, fingió tropezar a causa del profundo respeto que la confesión de Bertrand le inspiraba y fue retrocediendo hasta chocar con la pared.

—¡Y que esto tenga que ocurrirme a mí! —exclamó, en un tono tan exagerado que Bertrand no tuvo más remedio que observarlo con desconfianza. Seder puso algo más de teatralidad en sus gestos. Sus ojos empezaron a brillar de emoción—. ¡Un bastardo de nuestro papa! ¿Lo sabe alguien? ¿Él mismo, sabe él que estás aquí? ¿O sabe alguien más que planeabas llegar hasta aquí?

Bertrand sacudió la cabeza. Después preguntó:

—Tú ya lo sabías, ¿no es así?

Los dos jóvenes, tan distintos el uno del otro, se miraron.

—No —contestó por fin Seder—. Yo sólo sabía que alguien de aquí, de Aviñón, quería sabotear los planes de alguna otra persona —vaciló un instante y examinó al joven que decía ser el hijo de Clemente V y prosiguió

—: No pareces tan desvergonzado como para inventar una mentira semejante —decidió al fin—. Así que te creeré, aunque con gran reserva. El hecho es que el cardenal Arnaud d'Aux, camarlengo del Papa, me sacó de la prisión de los dominicos aquí en Aviñón, lo que, como probablemente hayas oído, no resulta del todo fácil...

—¿Estuviste en prisión? ¿Por judío o por hereje?

Seder estalló en carcajadas. Resopló, se dio palmadas en los muslos y trató de contener la risa poniéndose la palma de la mano delante de la boca.

—¡Me haces reír tanto que nos vamos a descubrir! ¡Cuando se es judío, no se necesitan motivos para que le encarcelen a uno o para que le apaleen! En cuanto a hereje, sí, eso también lo soy, porque no creo que vuestro Jesús fuera más divino que el hombre al que entre nosotros se conoce como el profeta Isaías, del que descienden todavía en parte los judíos de la Provenza...

—Te refieres a...

—José de Arimatea, María Magdalena, el Grial, los merovingios y las demás tradiciones. Pero ése no fue el motivo por el que me encarcelaron.

—¿Entonces?

Seder Ben Ariel se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo—. Quizás un marido celoso, tal vez un obispo o un cardenal al que le estropeé

algún negocio... Hay tantas cosas que no gustan a la gente.

—¿Te persiguen todavía?

—Yo te seguía a ti y a los que están abajo preguntando por nosotros —dijo Seder sonriendo—. La ciudad va a estar bastante llena en los próximos días, pero considero más prudente que ni tú ni yo nos crucemos en el camino de ningún clérigo. Podrían reconocermes tanto a mí como a ti. ¡Así que haremos de ratones de iglesia: pobres, desnudos e imposibles de cazar!

—¿Qué te propones?

—Me interesa saber cuál es en verdad tu problema, oh bello monje y bastardo de vuestro Santo Padre. Frunció los labios y le lanzó un beso. Bertrand apretó los dientes. Poco a poco empezaba a parecerle excesivo el descaro de Seder.

—No soy ningún monje, soy estudiante de la Sorbona en París.

—Eso me molesta menos que tu cortesía y tu molesta buena educación. ¡Despierta, hombre! ¡Si te cogen, te afeitarán la cabeza igual que a todos los demás, aunque sólo sea para humillarte y empequeñecerte! ¡Eres una

moneda de oro, noble Bertrand de Comminges, o de Goth! Un diamante en bruto, que en las manos adecuadas puede valer una fortuna.

—No entiendo una palabra de lo que dices. Hablas en clave.

—¡No llegarás ni a los primeros guardias apostados frente al palacio del Papa si vas diciendo que eres un hijo de Clemente V! Te colgarán, te destrozarán en el potro, te harán tragar estiércol y te meterán astillas bajo las uñas... hasta que gimas o grites que no eres más que un pequeño y blasfemo mentiroso, un profanador de hostias, envenenador de fuentes y un repulsivo demonio que gusta de la sangre de los niños recién bautizados.

—¡No me das ningún miedo! ¡Tú no!

—¿No? —replicó Seder Ben Ariel—. Te creo, pero muéstrame una sola prueba de que tus extravagantes afirmaciones son ciertas. ¿Tienes algún escrito, algún aval, alguna marca de nacimiento o alguna otra cosa que pudiera salvarte en un posible interrogatorio?

Sólo entonces se dio cuenta Bertrand de algo en lo que nunca antes había reparado. Nunca le había parecido importante cuántas personas lo conocieran entre los muros del monasterio de St. Jacques o en las callejas del barrio de la universidad en París. Pero aquí, en el nuevo centro neurálgico de la Iglesia y de la cristiandad, no era nadie..., menos aún que un peregrino descalzo. ¡Pero tenía que conseguir de algún modo llegar hasta su padre!

El cardenal conocía el motivo por el cual la casa de Eliah en la rue Jacob no tenía ninguna ventana que diera a la calle. También sabía que la fachada tapiada de la planta baja no tenía nada que ver con el frío mistral, como solía ser el caso en muchas casas de Aviñón y sus alrededores. Godin ordenó que sólo dos de los monjes le acompañaran al interior de la vivienda. El más joven de ambos llevaba el salterio y el devocionario del cardenal en una bolsa de lino bordada con figuras de santos, el mayor llevaba colgada al hombro, de una banda de tejido con típicas cenefas provenzales, una caja plana de madera de pino. El resto de la comitiva tuvo que permanecer en la calle. Eliah sabía demasiado bien lo poderoso que era Godin, así como que había llegado a unos acuerdos con el rey Felipe y su monstruoso canciller Guillermo de Nogaret que ni tan siquiera el Papa imaginaba. No obstante, nunca antes había visto a los dos monjes que le acompañaban. Tampoco podía afirmar que conociese a todos los que servían en la corte del Papa o vivían en los monasterios y conventos dentro de la ciudad o en el puerto fluvial, pero estos dos le parecían tan desconocidos como el joven rubio que dormía en aquellos momentos en la habitación de su hijo muerto.

—¿Sabes a quién buscamos? —le preguntó el maestro de palacio sin rodeos, después de haber mirado en el cobertizo y en el pequeño pesebre donde descansaba la mula y haber entrado en la casa sin esperar ninguna invitación para ello. Señaló al mayor de los dos monjes.

Éste, por cierto, es el hermano Wulfram, que viene de nuestra honorable universidad de la Orden de los Predicadores en Colonia..., escribano al servicio del maestro Eckhart en París, del que probablemente hayas oído hablar.

Eliah inclinó la cabeza a modo de saludo. Conocía, por supuesto, como cualquier otro que trabajara con libros y escritos, al famoso profesor de la universidad mencionada. Después de Tomás de Aquino, el turingio había sido el único en ser llamado varias veces a ocupar una cátedra en la Sorbona. Y por supuesto también había oído en las últimas semanas los rumores de que la Inquisición de los dominicos seguía buscando nuevas víctimas.

Aunque Godin seguía negándolo, habían tenido encerrado durante varios años en París al gran maestre de los templarios Jacques de Molay. Eliah había comprendido desde el primer momento que el último gran

maestre templario no iba recobrar la libertad. Los príncipes y reyes no podían tolerar úlceras supurantes que ensombrecieran su resplandor. Ni las prisiones ni las salas de tortura subterráneas eran lo bastante seguras para encerrar a un inocente.

Elijah se obligó a sí mismo a no mostrar de un modo demasiado evidente la antipatía que sentía hacia los monjes llegados de París. Nunca antes había visto un dominico o cualquier otro eclesiástico que encajara mejor con la imagen del monje obeso, amigo del vino y siempre sonriente que aquel Wulfram. De unos treinta años, se le veía muy pagado de sí mismo por dentro, aunque se esforzara por parecer humilde de puertas para afuera.

—Y este hermano más joven es un guerrero de Nuestro Señor —dijo el maestro de palacio presentando al esbelto acompañante del gordo monje—. El hermano Jules viene del monasterio de St. Jacques, también en París, pero a sus pocos años, ya ha tenido ocasión de derribar de la silla de montar a algún que otro caballero demasiado insolente, y de enseñar, a su manera, el evangelio a numerosos salteadores de caminos.

Rió su propia gracia y se volvió hacia los dos aludidos.

—¡Sentaos! —les ordenó.

Elijah se tomó las libertades del príncipe de la Iglesia como si de una conversación sobre el tiempo se tratara. El mínimo comentario en referencia al comportamiento desconsiderado y despótico del cardenal habría sido muy poco inteligente por su parte y sólo habría contribuido a hacer aún más siniestra la atmósfera. Había otras posibilidades y formas de salirle al paso a Godin. Se sentaron a la mesa de madera que había en el centro de la estancia sin ventanas de la planta baja. Aunque ni el candelabro de siete brazos, que en la tradición judía simboliza los siete días de la Creación, ni las pequeñas lámparas de aceite de las paredes estaban encendidas, entraba suficiente luz solar a través de la puerta que daba al patio. A pesar del calor casi veraniego, el cardenal llevaba todavía la sotana negra de invierno con ojales y botones rojos y, por encima, una capa con un fino cuello de armiño y un gorro, también forrado de armiño, que le cubría las orejas y la mitad de la frente. Llevaba botas de cuero de cabra teñido de rojo y unos guantes de lana bordados con capuchones dorados en el pulgar y el índice.

Miriam les llevó unas sencillas copas llenas de buen vino y las colocó ante ellos, sirviendo primero al cardenal, luego a su abuelo y en último lugar, a los dos monjes, como una sirvienta obediente. El más joven de los monjes la miró con deseo contenido, mientras que el mayor cerraba los ojos

y se deleitaba con el olor a pan recién hecho y a manzana asada con miel que se desprendía de su vestido.

—¡No soy un asno y, además, sólo poseo una vieja mula! —dijo Eliah, antes de catar su mejor vino aunque prestando atención a hacerlo sólo después de que el cardenal Pierre Godin hubiera bebido de su vaso.

—No está mal —fue su sentencia, para chasquear a continuación un par de veces la lengua—. ¿De dónde viene este vino? ¿De vuestra ciudad judía de Carpentras?

—No —respondió Eliah—. De la capital de vuestro condado—. Este vino madura en las colinas que hay antes del pozo de Pernes. Hay mucho bosque allí, y los árboles protegen los viñedos del mistral. El cardenal bebió la mitad de su vaso, y adoptó un aire de experto vinícola.

—Quiero ser franco contigo, Eliah —dijo a continuación para llegar al motivo de su visita—. Hasta ahora nos hemos entendido siempre perfectamente bien. No quiero juzgar el hecho de que celebres en tu casa fiestas a las cuales, según vuestras costumbres y nuestra aprobación, está más bien destinada la nueva sinagoga de la place Jérusalem. No voy a hablar de esta estancia en la que nos hallamos, ni de la segunda mikwe que tienes en el sótano. Sólo quiero saber dónde está...

—Su Excelencia se refiere a...

Godin se rió con frialdad.

—¡Exactamente a eso me refiero! ¿Dónde está esa persona a la que trajisteis en vuestro carro ayer por la noche?

De tejado en tejado

—¿Eres tú quien me ha lavado? ¿Me has lavado estando yo desnudo?

—¿Qué es lo que te parece tan mal? Tienes buen aspecto, deberías estar orgulloso de tu cuerpo.

—Mi cuerpo, al igual que mi alma y mi entendimiento, está consagrado al crucificado.

—¡Oh, no! ¡No en esta casa y no sobre la cama de mis progenitores! ¡No es posible que haya bañado a un monje, a un sacerdote, en nuestra mikwe!

Bertrand agitó la cabeza sin comprender.

—No soy ningún sacerdote —dijo, con ánimo conciliador—. En cualquier caso, no uno de verdad, que haya profesado los votos mayores. Yo sólo obtuve los primeros de los votos menores en el monasterio de Comminges. Eso no quiere decir nada, ¿sabes...?

—¡Dios te oiga! —exclamó Seder con un profundo suspiro, y se puso en pie. Caminó en una y otra dirección, interrumpiendo por momentos el rayo de sol que entraba por la ventana, se estiró, hizo girar la cabeza en todas las direcciones y movió los brazos como el maestro de una kumpaney musical—. Pero como, pese a la tormenta, se nos vio perfectamente a los dos, ahora tenemos a los esbirros del Papa aquí como si esto fuera un tribunal inquisidor.

Bertrand frunció el ceño, apretó los labios y trató de pensar. Los jirones de recuerdos se arremolinaban en su cabeza. Sintió que un dolor le hacía latir la frente.

Seder rió e inclinó el torso hacia delante. Fue hacia una especie de armario situado en la pared lateral, donde estaban colgados varios ropajes que se fue probando uno tras otro.

—Tómate tu tiempo para pensar —dijo Seder—. Para empezar, vamos a vestirnos con un par de camisas limpias. Así vestidos, vagaremos por la ciudad como lo harían dos jornaleros o incluso dos capataces de alguna de las obras de la ciudad en un domingo después de misa.

—Pero ¿tú no eres judío? —quiso saber Bertrand.

—Eso soy y eso seré, pero la mayor parte de las veces soy aquello que me resulta más útil. Nunca he llevado ningún de esos ridículos sombreros de pico, ni tampoco el círculo de tela amarilla en un hombro. No todos los

nuestros han nacido para ser mártires ni corderos expiatorios. Yo, por lo menos, tomo lo que se me niega.

—No debe sulfurarte —dijo Bertrand en un intento de quitarle importancia a aquellos comentarios. Tomó la camisa que Seder le tendía, una de color marrón rojizo que había sido teñida con cascarras de nuez, así como un sencillo cinturón de tela. Se vistieron y después fueron a mirar lo que estaba ocurriendo en el patio. La puerta que daba al pesebre de la mula estaba entreabierta, así como la del cobertizo que se hallaba en la parte de atrás.

—La ciudad es cada vez más una mina de oro para los que entienden algo de negocios y tienen algo de habilidad para según qué cosas —comentó Seder, para después pasarse la lengua por los labios—. Aunque es cierto que hay que tener cuidado, porque los perros no son tan tontos como algunos vigilantes o guardias de noche...

Bertrand asintió, aunque no sabía muy bien a qué se refería Seder o adonde quería llegar. El sol ya estaba casi en su cénit en medio del cielo claro y sin apenas nubes, y de los viñedos ya no ascendía ninguna neblina matutina. En algún lugar ladraba un perro. Un par de críos alborotaban en las callejuelas del Carrière y las mujeres les regañaban con sus voces agudas en los patios mientras trajinaban con los pucheros en las cocinas.

Olía a ajo, a hierbas y a pescado hervido, una comida muy habitual en la mayoría de las casas durante la última semana de ayuno. Bertrand pensó en la desgracia que podía haberle ocurrido al lanzarse al río de aquella forma con su caballo, al tiempo que se alegraba de ver el sol brillar sobre los viñedos, de oír los ruidos provenientes de la ciudad y oler aquellos aromas que tan diferentes de los de París le parecían. Los colores y la luz, los olores y los ruidos le resultaban tan familiares como si hiciese mucho tiempo que tuviera ya una conciencia arrolladora de los mismos. Sólo muy profundamente en su interior, resonaba un eco de días pasados hacía mucho, de un tiempo en que él todavía era un niño y vivía con su madre en el lejano Burdeos. Allí los ruidos y aromas habían sido parecidos a los de Aviñón, muy distintos de los que reinaban en la polvorienta austeridad del monasterio de St. Jacques en la Porte d'Orléans de París y en las casas de la Sorbona.

Seder arruinó los tiernos brotes de sus recuerdos.

—¿Me oyes? —preguntó según levantaba un brazo para indicarle que debía esperar todavía un momento. Dio entonces un salto en el suelo con

los pies descalzos y salió al pasillo. Bertrand vio que atravesaba otra habitación para llegar a una ventana que daba al otro lado de la casa y miraba hacia fuera. Regresó de inmediato. —¡Tal y como me temía! —susurró—. ¡Tenemos que irnos, los dos, y tan rápido como sea posible!

OceanofPDF.com

—Se rumorea que consiguieron sacar a un jinete vivo del río —informó el cardenal D'Aux al Santo Padre—. Y también que los dos dominicos llegados ayer por la noche desde París al monasterio que hay frente a la ciudad podrían tener algo que ver con todo esto.

—¿Quién dice eso?

—El capellán Comyn, nuestro escocés —contestó el cardenal—. No habla demasiado bien el francés, pero es un gran amante de la langue d'Oc y conoce muchas antiguas canciones de trovadores.

—¿Y se puede saber qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Todos nosotros necesitamos nuestra pequeña ración de secretillos —replicó el cardenal, sonriendo. No era nada importante, y además el Papa andaba absorto en otros pensamientos muy diferentes; sin embargo D'Aux no había abandonado el tema—. Para ser exactos, nosotros los de la Gascoña somos tan extraños aquí como los dominicos que vienen del norte de Francia, o como los italianos y otros muchos que se han trasladado hasta aquí desde la ciudad eterna, Roma, y que viven para absorber el néctar y la ambrosía de la Santa Sede. Si quisiéramos ser malvados, podríamos tratar de moscardones a todos los aduladores laicos y eclesiásticos que revolotean a tu alrededor tan sólo buscando su propio beneficio...

—¿Es que no hay nada más? —preguntó el Papa, sin volverse siquiera—. ¿No hay verdaderos cristianos creyentes que se preocupan por la salvación de las almas y no de sus barrigas?

—Los hay, y el capellán Comyn es un hombre muy recto y muy honesto. Déjame que te explique a qué me refiero...

Clemente asintió ausente y se puso a mirar de nuevo el puente sobre el río, ahora tranquilo, a través de la ventana. Estaba cerrado, no solamente porque el agua del río tenía todavía un nivel más elevado que de costumbre, sino también porque justo detrás de la capilla del segundo pilar se había roto un trozo de calzada, de modo que los responsables a ambos lados del puente habían considerado más prudente no dejar pasar carros por el momento. Sólo algunos peregrinos, emisarios y las personas que se ocupaban de los destrozos, vistiendo trajes con mangas de colores y atrevidos sombreros, se movían con extremo cuidado por los dos lados que no habían quedado destrozados.

—Mi pequeño hijo Smaragdus —dijo el Papa de repente—. Me gustaría tanto saber qué ha sido de él. El cardenal contuvo la respiración involuntariamente. Estaba sentado a la gran mesa que ocupaba el centro de la estancia y se entretenía escogiendo siempre vivas de diferentes colores de un cesto para ponerlas entre las páginas de su viejo breviario. Cuando levantó la vista y descubrió una expresión soñadora y casi melancólica en el rostro del Papa, por lo demás muy macilenta.

—Pienso a menudo en qué habría ocurrido con todos nosotros, con los templarios, con la noble dama Catharina de Comminges y mi hijo, si los italianos hubieran conseguido imponer su opinión en el cónclave de Perugia y se hubiera elegido a otro. ¿Crees que un Sciarra Colonna o un Napoleone Orsini como sucesor de Benedicto XI hubiera conseguido evitar la caída de los templarios, como yo no conseguí hacerlo?

—Se les habría excomulgado y se habrían arrastrado ante Felipe el Hermoso.

—Lo sé, pero me sigo preguntando cuál fue exactamente mi más grave error. ¿Pudiera ser que ese desdichado plan de emprender una nueva cruzada no sólo fuera demasiado para mí y para los reyes, sino también para el gran maestro de los templarios?

—No volverá a haber una nueva cruzada hacia Jerusalén —opinó el cardenal—. Los sucesores de los templarios acudirán a las órdenes germánicas de caballeros en el este o a Portugal, a la recién formada Orden de Cristo. El tiempo de los templarios sencillamente pasó. Se excedieron en su grandeza y en su riqueza. ¿Qué pretendían con su isla de Chipre, con sus mansiones y tierras donde a fin de cuentas los hermanos menores vivían como esclavos, destinados a hacer las tareas más humildes? Tras la caída de la fortaleza de Akkon, el último bastión frente a la costa de Tierra Santa, los templarios ya no tenían razón de ser, no tenían ni un cometido ni una idea, y habían perdido el fuego sagrado. El papa Clemente V se dio la vuelta y le miró directamente a los ojos.

—¿Desde cuándo sabes que mi hijo Bertrand está en la ciudad?

—Yo no he dicho nada semejante...

—¡Arnaud! ¡Mi querido hermano en Cristo! ¿Cuánto hace que nos conocemos y que confiamos el uno en el otro? ¿Durante cuánto tiempo has sido mi representante? Cuando supimos que el desdichado Jacques de Molay había muerto en la hoguera y oímos su maldición contra nosotros,

mandaste al inútil del nieto del honorable judío Eliah a París con una carta falsificada del maestro Eckhart y palomas mensajeras. Incluso te ocupaste de que el nieto de Eliah saliese de la prisión de Godin. ¿No tenía que mandar tu correo una paloma cuando mi hijo Bertrand partiese de París?

—Aquí no ha llegado ninguna de esas palomas —fue la respuesta del cardenal—. Pero quién... quién te ha dicho... cómo sabes tú...

—Hay muchas personas en nuestras familias, querido hijo y hermano. Cientos de personas, si no calculo mal. Nuestra corte es más abierta que los castillos de los reyes o que los monasterios de cualquier orden. Me permití confesarme de vez en cuando con tu amigo, el capellán escocés Mel Comyn. En agradecimiento a tal honor me contó algunas cosas.

—Eso ya lo sabía, que te confesaba —dijo el cardenal D'Aux, aunque intentando disimular su asombro—. Pero yo he sido confesor en Londres y creo que entiendo el inglés bastante mejor que tú, que lo aprendiste durante los años que pasamos en Burdeos —añadió el cardenal—. Y el capellán puede haber interpretado erróneamente algo que las mozas de cocina o los judíos que últimamente han huido del lado francés hasta aquí comentan en el mercado. Nuestro capellán de la capilla del puente se deja llevar demasiado por sus pasiones..., es una oveja negra por la que tengo que rezar. De nuevo una expresión de burla afloró al rostro del Papa. De repente, su chambelán y camarlengo no se sentía del todo bien en su pellejo. Hacía meses que estaba convencido de que Clemente V ya no podía tener pensamientos lúcidos.

—¿Incluyes al capellán escocés en tus rezos?

—Me ha confesado que Robert the Bruce, el rey escocés, cometió un homicidio en una iglesia. A causa de ello, le corroe una ira que no le deja entonar el ego te absolvo.

—¿Y se ha convertido por ello en espía de los ingleses?

—No, también desprecia a Eduardo II, al que considera un inútil y un débil mental, un vasallo de Felipe IV el Hermoso.

—Bueno, eso quiere decir que el escocés tampoco está de parte de Francia —comentó el Papa con sarcasmo—. ¿Y por qué evitas mis preguntas?

—Porque estoy preocupado —dijo el cardenal con sinceridad—. ¡Estoy tan preocupado como nunca antes lo estuve en todos los años transcurridos desde tu coronación como Pontifex maximus! Tengo miedo de que tú y yo hayamos cometido de verdad algún error garrafal. El antiguo orden se está

derrumbando a nuestro alrededor, y nosotros nos comportamos como si todas estas amenazas no fueran sino tempestades que se alejarán durante la noche.

—¿No es así? —preguntó Clemente con una dulce sonrisa—. ¿Acaso no somos todos niños en las manos de Dios?

—Como tú quieras —accedió el cardenal D'Aux, inseguro.

No quería pensar en todas las veces que, durante el tiempo que fue el sincero amigo y consejero de Bertrand de Goth y más tarde de Clemente V, le había aconsejado dar órdenes más severas. Ciertamente, así

había sido con una de las bulas, pero hacía mucho que eso ya no era suficiente. Ni tan siquiera el cardenal dominico Pierre Godin se preocupaba, como maestro de palacio papal, de si su forma de actuar se correspondía con los deseos del Papa o no.

D'Aux estaba seguro de que, tras la maldición del gran maestre contra Clemente V, el cardenal Godin quería por encima de todo hacerse con los secretos de la Orden Templaria y con el cargo más elevado de la Iglesia Católica.

No quedaba mucho tiempo, si en verdad Clemente V iba a morir en el plazo de un mes. Todo el que quisiera convertirse en su sucesor iba a necesitar mucho más que el acostumbrado poder que se precisaba normalmente.

Bertrand y Seder se habían deslizado descalzos por la escalera de piedra hasta llegar al patio. Ni los madrugadores visitantes del Carrière ni Eliah ni Miriam se habían percatado de ello. Fuera, en el patio, se habían mantenido pegados al muro de la casa. El portón que daba a la calle estaba abierto y un par de hombres armados se paseaban por delante de él.

—Menos mal que ya no hay más palomas mensajeras en el palomar —susurró Seder mientras señalaba sonriendo el poste, de la altura de un hombre, con su pequeño palomar de madera en la parte superior—. Habrían hecho ruido y nos hubieran delatado cuando cruzáramos el patio en dirección a aquel cobertizo.

—¿Quieres decir que realmente crees que el cardenal va a ordenar que registren vuestra casa? —

preguntó Bertrand, incrédulo—. ¡No tiene el menor derecho a hacer eso!

—¡Eres un verdadero soñador, Bertrand de Comminges! —suspiró Seder—. ¿Dónde has pasado tus diecinueve primaveras? En un monasterio gramontense de algún lugar perdido de los Pirineos, sí, eso ya lo sé. Y con los hermanos de St. Jacques en París, eso también me lo han dicho. Pero dime una cosa,

¿vosotros, los estudiantes de la Sorbona, no ibais nunca adonde las mujeres a la orilla del Sena? ¿No os divertíais con las criadas frescachonas, con las refinadas modistillas o sombrereras, mientras contemplabais cómo algún pobre diablo o incluso algún vagabundo de esos que constituyen un peligro público, los fuera de la ley y los asesinos a sueldo, ardían en la hoguera?

—Yo sólo he visto dos ejecuciones de ese tipo —fue la respuesta de Bertrand, que adoptó la expresión seria que le pareció la más adecuada para hablar del tema—. Una de ellas justo después de mi llegada a París. En aquella ocasión, en Pentecostés de hace cuatro años, se trataba de la incorregible Marguerite Porète.

—Yo también oí hablar de ella. ¿No fue la que escribió, en un libro sobre las almas sencillas, que las mujeres podían buscar sus propios caminos para llegar a Dios...?

Bertrand miró al otro, sorprendido y a la vez desconfiado. Después agitó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué sabes tú eso? Esas cosas en nada os conciernen a los judíos... Seder Ben Ariel sonrió indulgente e irónico a la vez.

—Pero ¿qué crees tú que he estado aprendiendo en los últimos años? No sólo he sido ladrón de palomas y vagabundo, jornalero o mozo de labranza cubierto de mugre. Del mismo modo que tú, yo también he pasado algún tiempo en escuelas y universidades, he hurgado en antiguos escritos y he tenido los oídos muy atentos...

—¿Tú has estudiado? ¡No te creo...!

—¿Pues sabes qué? Quizás te interese lo que aprendí en la Universidad de Montpellier acerca de la correcta utilización del pelícano, ese genial instrumento inventado allí y que sirve para sacar con mayor facilidad los dientes podridos.

Bertrand sacudió la cabeza y torció el gesto.

—¿O quizás te interese más saber que en la facultad de teología de la nueva Universidad de Aviñón se compara el ser de un dominico con la máquina de calcular que utilizan los italianos en sus comercios?

—Eso lo oí una vez cuando estudiaba con el maestro Eckhart —dijo Bertrand—. El decía que antes eran los mejores predicadores, pero que con el tiempo se habían convertido en unos fanáticos.

—Yo puedo confirmar eso —dijo Seder, riendo quedamente—. ¿Ves esas gallinas de allí?

—Pues claro —contestó Bertrand, confuso—. Pero ¿qué tienen que ver con nosotros unas gallinas?

—Nada —contestó sonriendo Seder—, pero ya ves lo fácil que es desviar tu atención del tema que se está hablando. Aun así, ahora mismo el mayor peligro para nosotros no son los dominicos, sino las gallinas. Esos instruidos y glaciales perros de presa tienen sus propias universidades, sus provincias estrictamente delimitadas y el derecho a tener una verdad propia. Pero ¿quién o qué podría delatarnos ahora mismo fácilmente? ¿Los dominicos? No, Seder Ben Ariel es demasiado inteligente para eso. ¿Un Judas tal vez? No, a Judas lo necesitáis vosotros los cristianos para poder seguir despreciándonos y aniquilándonos con la conciencia tranquila. ¡Por lo tanto, las únicas que pueden decidir ahora mismo sobre nuestro futuro son estas gallinas, de cuyos cacareos depende nuestra suerte!

Bertrand oyó el entrechocar de armas en la calle. Su respeto hacia aquel hombre mayor que él se transformaba lentamente en desasosiego. Seder le había hablado tanto en la última hora que su confusión iba en aumento.

Hacía mucho rato que no sabía cómo debía comportarse y cuál era el siguiente paso que debía dar.

Sólo había algo que cada vez estaba más claro: no podía seguir perdiendo el tiempo si quería encontrar una respuesta a las muchas preguntas que bullían en su interior.

—Cuando me oigas balar como una cabra, tienes que pasar por debajo del palomar y correr hasta el gallinero —le susurró Seder—. No te extrañes si me oyes balar como una oveja o rebuznar como un asno.

—¿Y todo esto para qué? —preguntó Bertrand, también en susurros.

—Para llegar a ese tejado algo inclinado que hay allí enfrente —respondió según se apoyaba en él y le señalaba con un dedo el cobertizo que estaba junto al gallinero—. Si todos los animales se ponen a hacer ruido, no llamará la atención que molestemos un poco a las gallinas para trepar hasta allí.

—¿Por en medio del corral? —preguntó Bertrand, disgustado.

—¡Descalzo por entre los huevos! —le sonrió Seder Ben Ariel.

Eliah no tuvo que hacer el menor esfuerzo para encontrar la expresión facial apropiada para la ocasión; había estado en contacto durante el tiempo suficiente con grandes príncipes y nobles menores como para haber aprendido. ¡Daba igual lo que respondiese, podía ser incorrecto, de hecho, era lo más probable que lo fuera! Por ese motivo, utilizaba la técnica de los vagabundos, los cantores callejeros y los bufones: en cada respuesta tenía que haber, bien disimulada para que resultara imperceptible, una pregunta. De esa manera obligaba a su oponente a revelar qué era lo que realmente deseaba oír en su siguiente respuesta. El principio, no obstante, era lo más difícil. Necesitaba un anzuelo, un trozo de hilo con el que pudiera hacer sonar todas las campanas a su antojo. ¿A quién buscaban, aquellos perros de Dios? Si buscaban al joven desconocido, él no iba a oponerse, por mucho que ello le desagradara a su nieta Miriam. Pero si al que buscaban era a Seder, con su camisa de penitente y sus cadenas, antes moriría que entregárselo. En realidad, ni tan siquiera deseaba saber lo que su último nieto vivo había hecho, por qué lo habían encarcelado y qué giro de la rueda de la fortuna le había conducido al puente de Aviñón en medio de la tormenta del mistral. No lo iba a entregar. Ni a los dominicos venidos de Colonia o París, ni tampoco al maestro de palacio, del que sabía perfectamente a quién servía en realidad, y no era al Señor que está en los Cielos ni al Rey de Reyes, como lo llamaban los cristianos.

—Fuisteis los últimos en abandonar el puente con vuestro carro —prosiguió Godin—. Pero tuvisteis que haber visto por qué estaba la puerta cerrada y que una persona llegó caminando sobre la baranda de piedra de la parte oriental del puente.

—Yo iba con la cabeza agachada y tapada y, por consiguiente, no vi nada —fue la respuesta de Eliah, y de hecho se ceñía a la verdad al decirlo—. A mi edad la lluvia fría...

—¡No es más que un refrescante regalo de Dios! —exclamó Godin, riendo casi benévolamente—. ¡No finjas ante mí, Eliah! ¡Tú puedes aguantar más tiempo de pie sobre una pierna, resistiendo a la visión de mujeres desnudas, que cualquier santo encima de una columna! La persona a la que buscamos llegó hasta la capilla del segundo pilar del puente. Allí, tu nieta le ayudó, a él y alguien más. Y ninguno de los dos estaba antes sobre el puente.

Eliah torció el gesto. ¿Buscaban a los dos? ¿A su nieto y al desconocido?

—Por supuesto me encantaría poder ayudarlos —replicó—. Pero ¿qué quiere decir..., qué debo entender con eso de que ninguna de las dos personas estaba antes sobre el puente?

El maestro de palacio se dio la vuelta y, con su dedo índice envuelto en oro, señaló a Miriam como si utilizara un apuntador de los utilizados para leer la Torá e indicar la línea que se lee sin tocar el sagrado libro.

—¡Ella ayudó tanto a uno como al otro...! —dijo con una voz tan suave como si fuera una plegaria de arrepentimiento—. Tanto al que llevaba cadenas como al que sacó del río. ¡Dos personajes muy curiosos, Eliah! Digamos que son unos peligrosos desconocidos que podrían amenazar la seguridad de la ciudad, del condado y de la Santa Sede precisamente en esta sagrada fiesta pascual.

—Entonces, ¿sabes quiénes eran?

—¡No debieras tratar de desviarme del tema, Eliah! No puedo desperdiciar con amistosas a la par que vanas charlas el tiempo que el Señor me ha destinado. A pesar de todo, quiero expresarme de forma amistosa. Pese a que comprendo la espina clavada en tu corazón, he de pedirte que seas razonable.

—¿Queréis decir, tan razonable como para que no os veáis obligados a revocar todas las garantías que me han sido concedidas por el obispo Duèse y el papa Clemente, tanto verbalmente como por escrito, para mí y los demás judíos de Aviñón?

El maestro de palacio levantó ambas manos y las abrió como si fuera a dar la bendición.

—Hay una cosa más —dijo al tiempo que se pasaba la lengua por los labios—. A la Cámara Apostólica le gustaría comprar a crédito un tonel de este vino para la cena. Y seguro que, aparte de tu regalo para mí, en las bonitas y limpias bodegas de mi palacio podemos encontrar sitio para otro más.

—Dos hombres jóvenes por dos toneles de vino viejo —dijo Miriam con descaro, enfadada. Le indignaba profundamente la manera altiva con que se comportaba el cardenal en la casa de su abuelo. ¿Era posible que se les pudiera chantajear día y noche, incluso en los Estados Pontificios, porque sus antepasados crucificaron hacía ya más de mil años a un profeta y agitador, que al parecer era hijo de Dios? ¿Acaso los cristianos no recurrían

a la tortura para conseguir lo que querían? —¿Y qué recibiríamos a cambio? —

preguntó a continuación.

El más joven de los dos monjes de hábito blanco y negro se santiguó ante el descaro de la joven. La mejilla izquierda de Godin se contrajo levemente.

—Muy simpática y muy razonable, preciosa niña —respondió, riendo maliciosamente—. No recuerdo haber hablado de dos hombres. Pero ya que confirmas lo que hasta ahora no era más que una vaga sospecha por mi parte, vamos a registrar inmediatamente por escrito tu respuesta a mi pequeño interrogatorio, que por supuesto, no es una verdadera inquisición. El más gordo de los dos dominicos se agachó, abrió la tapa de la caja de madera que portaba consigo y sacó varios pliegos de pergamino hecho de piel de ternero, un tintero con corcho, un paño para secar la tinta, un bote de arena, un tarro con hiel de buey y un pequeño cofrecillo lleno de manchas con plumas de ganso y cuchillas para afilarlas. Lo puso todo sobre la mesa, lo organizó debidamente y empezó.

—Yo, Miriam, nieta del honorable judío Eliah de Carpentras... —murmuraba mientras escribía en el primer pliego de pergamino.

Al igual que Godin, hablaba muy bien el provenzal. Eliah no se movía. Como petrificado, parecía escuchar algo en su interior. Miriam estaba tan llena de indignación que le habría gustado acercarse a él y sacudirlo. Pero su abuelo parecía la esposa de Lot, convertido en una estatua de sal. Entonces comprendió. Se escuchaba, apenas audible, el balido de una cabra, lo que le había hecho entender a su abuelo que en el patio tenía lugar algo que podría salvarlo todo.

—Ve a ver lo que le pasa a la cabra —le ordenó según miraba al cardenal Godin y esbozaba un gesto de disculpa.

Miriam no vaciló ni un segundo. Con pasos ligeros, se apresuró a salir al patio. Del mismo modo que su abuelo, había reconocido la llamada de su hermano.

Estaban tumbados sobre el tejado, sobre las tejas cóncavas. Aunque ellos podían oír todo lo que ocurría, desde el patio no se les veía.

Bertrand estaba todavía tratando de asimilar el descubrimiento de que se hallaba a un tiro de piedra de su padre espiritual y verdadero; claro que no conocía un solo hombre al que pudiera confiarse y que estuviera dispuesto a ayudarlo. Incluso el cardenal Arnaud D'Aux, que durante largo tiempo había sido el representante de su padre en Burdeos, debía de recordarlo solamente como era cuando tan sólo contaba diez años.

Hasta ahora, el joven judío que se hallaba a su lado era el único en Aviñón que conocía su identidad y, además, le creía. En circunstancias normales ello habría carecido de importancia, pero después de lo que Seder le había hecho ver, se daba cuenta de que había cometido un tremendo error: le había dado al otro la oportunidad de chantajearle, por consiguiente tenía que darle la vuelta a la tortilla y averiguar cosas acerca de Seder.

—¿Por qué pareces una oveja recién esquilada? —le preguntó Bertrand, después de reunir el valor para hacerlo—. ¿Y de qué pecados se te acusa?

—¿De qué pecados, preguntas? —Seder Ben Ariel se rió con sorna—. ¡Se me acusa de casi tantos como a los templarios! Lo más absurdo de todo es que hice precisamente todo aquello de lo que se me acusa. Bertrand miró a Seder con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y qué es eso?

—¡Robo de cadáveres! El más grave de todos mis crímenes no es más que el comerciar con reliquias o, digámoslo así, con esqueletos de primera clase, herviditos y todo, mondos y lirondos.

—No entiendo una palabra de lo que dices —se lamentó Bertrand, entre indignado y horrorizado. Nunca antes había oído nada tan horrible. Sabía que la antigua ley que protegía los cuerpos incorruptos ya no era válida y que los traficantes de reliquias se dedicaban a vender cabellos, uñas e incluso tetillas de santos y mártires, encarecidos con el pretexto de que su santidad estaba presente y hasta la más pequeña de sus partículas tenía valor.

—Mi comercio con huesos blanqueados, muy lucrativo por cierto, requería un proceso muy complicado, para el que necesitaba ayuda de distintas personas. No obstante, creo que puedo confiarte que lo que yo

hacía no era ni más ni menos que lo mismo que hace Su Excelencia, el cardenal Godin. Bertrand le miro incrédulo. Al mismo tiempo, sintió una repugnancia tal por lo que estaba seguro que Seder iba a decir, que empezó a sentir náuseas. Se lo imaginaba..., imaginaba los horribles negocios que habían llevado al joven a la cárcel.

—¿Hervías cadáveres y esqueletos? —le espetó.

—No, Bertrand —le corrigió Seder Ben Ariel—. Los verdaderos cadáveres de las personas respetables eran robados y enterrados durante la noche. Por cierto, todos ellos en el cementerio cristiano al este del Rocher des Domes. De la misma forma que algunas veces lo había hecho el cardenal Godin.

—¿Qué hervías entonces?

—Huesos antiquísimos..., esqueletos de las catacumbas de nuestra montaña.

—¡Oh, no! —exclamó Bertrand—. ¡Tú no eres un profanador de cadáveres! Puede que hayas tenido que ver con muertos en tus negocios, pero no creo que...

—Te agradezco tu buena fe —dijo Seder, riendo casi fraternalmente—. Pero he pasado varios meses en un maldito sótano apestoso, me han afeitado la cabeza, me han pegado, me han hecho pasar sed y apenas me daban pan para mantenerme con vida, para luego cebarme con trufas e hígado de ganso hasta que se me hinchaba el cuello y los intestinos amenazaban con reventar. ¡Sé de qué tipo de torturas son capaces esos demonios de blanco y negro de la Inquisición! Y en realidad no querían de mí ninguna confesión, no querían que admitiera que era un hereje o un cátaro o algo parecido. Lo único que querían saber era por qué tantos grupos de peregrinos no habían dejado a sus muertos aquí, en Aviñón, y de dónde salían los esqueletos descarnados que llevaban consigo de vuelta en ataúdes.

—¡Por todos los santos, di de una vez qué delitos torturan tu alma!

—A mí no me tortura nada, nada consigue mortificarme. Yo sólo me acogí al decreto del papa Bonifacio VIII, que prohibió una y otra vez muy estrictamente que se despedazaran e hirvieran los cadáveres de los nobles que morían fuera de su tierra, cosa que se hacía antes para enviar los huesos así limpios de vuelta al hogar y recibir allí santa sepultura.

Bertrand sacudió la cabeza. Poco a poco comenzaba a comprender lo incomprensible.

—A Aviñón vienen más peregrinos y emisarios nobles que a otras ciudades —prosiguió Seder—. Y muchos mueren aquí porque comen y beben demasiado, porque van en busca de las prostitutas de toda la ciudad o porque... Dios se apiade de esas pobres almas..., después del calor de fuera, enferman al pasar demasiado tiempo rezando arrodillados sobre el frío suelo de piedra. Aquí el hombre de la guadaña que a todos nos alcanza algún día tiene más trabajo que en los alrededores.

—¡Estás evitando mis preguntas!

—No, de ninguna forma —negó Seder—. Sólo te digo que muchos nobles vienen aquí para recibir la extremaunción. ¿Qué pueden hacer sus comitivas con este calor, si el Papa ha prohibido que se hiervan los restos mortales para que no se pudran por el camino? ¿Dejar al muerto aquí, en un cementerio extraño?

¿O meter los restos pestilentes de un gran noble en un tonel de arenques con sal como el emperador Barbarroja a la vuelta de Jerusalén?

—¿Acaso te dedicaste a venderles en secreto a los parientes huesos ajenos a buen precio?

—Era la mejor solución —contestó Seder, encogiéndose de hombros—. Huesos muy viejos, que con la ayuda de los tintoreros de la rue des Teintures blanqueábamos con cal y extractos de plantas, hasta hacerlos parecer recién hervidos. Nunca nadie se dio cuenta de a quién pertenecían en realidad los huesos. Además, tampoco tuve que mentir nunca al respecto, porque yo mismo no lo sabía.

—¿Así que por eso te metieron en el calabozo? —dijo Bertrand, con un profundo suspiro. Una vez más, Seder se vio en la obligación de corregirle.

—No, no fue por eso —replicó—, sino porque estaba robando las reservas de reliquias del cardenal Godin. Desde que hace algunos siglos el arzobispo de Colonia robó contra la voluntad del emperador Barbarroja las piernas de los tres Reyes Magos durante la conquista de Milán y las llevó a través del Ródano y el Rin a la catedral de Colonia, los obispos y cardenales que tienen un templo propio sueñan con huesos famosos, a ser posible tan viejos que pueda pensarse que pertenecen a algún santo. Las reliquias son, al parecer, la sal de la fe. Y por mi culpa al cardenal Godin cada vez le quedaban menos...

—¡Lo que me cuentas es increíble! —gimió Bertrand.

—¡Increíble pero cierto! —afirmó Seder—. Pero ahora ha llegado el momento de que desaparezcamos de aquí. Estoy bastante seguro de que el

caballero Falkenhenn va a ordenar a sus hombres que sitien el barrio entero en breve, ¡y entonces no podríamos escapar ni por los tejados!

OceanofPDF.com

Como el día anterior, el Papa había solicitado la presencia de su amigo y camarlengo Arnaud d'Aux en la estancia que hacía las veces de dormitorio y salón en el piso superior del palacio episcopal de Aviñón. D'Aux observó que el Santo Padre se esforzaba por levantarse sin ayuda. Él estaba detrás, pero no hizo nada para auxiliarle. No tenía más que moverse, aunque fuera un poco, para que se le agudizaran los dolores que padecía. Clemente lo consiguió, se tambaleó ligeramente pero caminó hasta la puerta de la sala de audiencias. Sólo entonces dos lacayos más bien ancianos se apresuraron a abrir las enormes puertas para el Santo Padre. Clemente les sonrió y le pellizco amistosamente la mejilla al más joven de los dos. Conocía a esos dos criados desde los tiempos en que era obispo en la diócesis de la Garona. Incluso a veces, cuando estaban completamente solos, se tuteaban entre sí. Desde que se había convertido en papa, ponía especial atención en que oídos indiscretos no lo consideraran demasiado indulgente o débil dado su alto cargo.

Esperó a que las puertas del balcón estuvieran abiertas de par en par y a que D'Aux estuviera de nuevo detrás de él, entonces salió al balcón. Maravillado, vio que el puente volvía a estar completamente vacío. Ni tan siquiera se veían niños o mendigos. El río volvía a brillar bajo la luz del sol matutino y parecía albergar millones plateados.

—Si llego al verano, no quiero que lo pasemos aquí en Aviñón —dijo el Papa—. Ya en Burdeos y en Lyon, cuando era un simple obispo, había cosas que me resultaban demasiado bulliciosas. Y desde que soy papa, añoro el silencio, la tranquilidad y la armonía con la creación, que no consigo alcanzar por más firme que sea mi fe y más largas mis plegarias. Por eso, lo que más me gustaría sería que pudiésemos trasladarnos durante algunos meses a Burdeos o a Comminges.

—Has tenido que soportar muchas pruebas en estos últimos años —le dijo el cardenal.

—¡Y he tenido que renunciar a mucho, y también es mucho lo que he perdido!

—¿Te refieres a Roma? Ello no debería preocuparte. Roma es un burdel donde las pústulas bregan con la lepra. ¿Qué te importa a ti si los partidos de los Colonna y los Orsini libran combates a diario?

El papa no se dejó tranquilizar por los intentos que hacía su amigo para restar importancia al asunto. Ambos sabían que en realidad su carga no era

mayor que la de los elegidos que les precedieron. ¿Cuántos papas habían sucumbido ya antes a las tareas demasiado pesadas que les había tocado afrontar? ¿Cuántos obispos y sacerdotes? ¿Y cuántas personas que no habían profesado votos de ninguna clase perecían antes de estar preparadas para la vida en el más allá?

—Si las predicciones de los campesinos son ciertas, volveremos a tener un verano muy caluroso.

—Es posible que incluso haya sequía —le dio la razón su camarlengo—. Deberíamos encargarnos a tiempo las provisiones de la próxima cosecha, porque si se quema todo en los alrededores los precios van a subir, como ocurre en cada hambruna.

—¿Han dicho algo los judíos y los comerciantes de los fondacos sobre los encargos?

—No que yo sepa —contestó D'Aux—. Por el momento todos tienen su atención concentrada en Italia, más que en Francia y Aquitania.

—¿Debido a las luchas por el poder en Roma?

—En Roma, en Florencia y en todos los lugares donde se enfrentan los güelfos y los gibelinos. Los Orsini siguen en pie de guerra con los Gaetani de Agnani. ¡Es horrible!

—El paso del emperador Enrique por Italia el año pasado y su muerte prematura fueron también unas terribles catástrofes.

—Ante la silla del juez supremo se nos podría acusar de permitir que Enrique VII tomara el Capitolio de Roma, pero no la Iglesia de San Pedro ni el Castillo de los Ángeles —suspiró el cardenal D'Aux. Entró en la habitación y regresó con un pequeño palillo de dientes de plata. Mientras ambos hombres contemplaban en silencio a los pocos pescadores que faenaban con sus botes en el río, D'Aux se limpiaba sus dientes extraordinariamente blancos. Desde que sus médicos así se lo habían recomendado, se preocupaba mucho de su higiene y de la higiene de cuanto le rodeaba.

—El hermano Da Prato fue finalmente uno de los dos cardenales que acompañaron a Enrique desde el sitio de Brescia hasta Roma, donde lo coronaron emperador.

—Sí, y, mientras, Niccolò es el único que puede protegernos del rey de Francia, después de que los últimos templarios supervivientes fueran expulsados a Escocia, Portugal y las costas del Báltico...

—Y tal y como están las cosas en París, nadie hubiera podido salvar de la hoguera al desdichado Jacques de Molay —añadió Clemente en un tono apesadumbrado—. Estoy completamente seguro de que el verdugo de Felipe quiso castigarnos a nosotros tanto como a sí mismo.

OceanofPDF.com

Mientras exteriormente Eliah parecía estar esperando con toda tranquilidad, su corazón y su cerebro trabajaban todo lo deprisa de que eran capaces. El cerebro de Eliah, con una experiencia de sesenta años a sus espaldas, iba a toda velocidad ideando docenas de planes y desechándolos al momento. Semejaba el director de una gran orquesta que compusiera nuevas melodías a la vez que leía las notas, que estuviera dirigiendo sus pensamientos y, con ellos, sus posibilidades e instrumentos. En su ingente tarea, la de su propia salvación, se regía por las reglas y normas de los iniciados de su pueblo. El que se veía obligado a luchar por su supervivencia desde hacía miles de años, perdía la vanidad de pensar tan sólo en el triunfo y la victoria. El fracaso, la derrota y la muerte eran asimismo posibilidades previstas por Jehová para todo su pueblo y para los individuos que lo componían.

¿Qué sabía un sabueso rigurosamente adiestrado como era el cardenal Godin de la Cábala, la tradición secreta de los judíos desde Adán hasta los profetas, pasando por los antiguos patriarcas? En opinión de Eliah, los clérigos como él estaban, en el mejor de los casos, entre los pocos que tenían oscuras sospechas acerca de por qué habían luchado contra los cátaros primero y después contra su propia Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón en Jerusalén.

No habían entendido nada y jamás entenderían nada de los misterios de la vida y de la creación. ¡En el caos, así como en la armonía del cosmos, lo grande y lo pequeño, lo interior y lo exterior, lo bueno y lo malo, todo estaba interrelacionado! Las fórmulas mágicas, la vida religiosa, los mitos, los rituales y las leyendas, del mismo modo que se vinculaban el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y la verdad..., la verdad no era sino un pequeño momento de la eternidad donde las demás mentiras se tomaban un respiro. Puesto que profetizar en tiempos tan revueltos le parecía demasiado arriesgado, Eliah se dedicaba a buscar la verdad en la comparación de hechos del pasado cercano.

—Llevaba un anillo —comentó Eliah, como por casualidad, como si estuviera poniendo de relieve la belleza de una puesta de sol. El hermano Wulfram dejó de escribir sin más dilación. También frère Jules había dejado de moverse. Sólo el cardenal Godin actuaba como si no hubiera oído nada de interés. No hubo ninguna negociación, tampoco una señal entre los cristianos y el judío de que ambas partes estuvieran dispuestas a ponerse de

acuerdo acerca de una verdad, por muy insignificante que ésta fuera. Eliah esbozó una sonrisa imperceptible. Miró al techo, y después añadió:

—Un anillo con una piedra de color violeta. No estoy del todo seguro, pero podía ser una piedra mágica..., una amatista...

El maestro de palacio le miró fijamente.

—¿Sabes de lo que estás hablando? ¿Una amatista?

—Protege de los celos y de la embriaguez...

—¡Es la piedra de los obispos!

—Y desde los tiempos de la Antigüedad, desde antes de los griegos, se dice que es la conexión más directa con los dioses y el cosmos.

—¡Por mi alma que si no fueras judío te tendría que entregar a nuestros hermanos de la Inquisición por tanta blasfemia!

—Ciertamente, eminencia, podríais hacerlo. De esa manera podríais obtener mediante torturas cualquier confesión de mi boca. Pero la verdad, la verdad no sería de nuevo sino aquello que satisficiera vuestras expectativas.

—¿Y qué verdad me ofreces tú?

—Estábamos en medio de una tormenta cuando mi nieta rescató del río a un hombre medio ahogado. El sol no brillaba y estaba lloviendo.

Fingía que no le quedaban más informaciones que ofrecer. Con toda tranquilidad, tomó la jarra de vino y sirvió primero a Godin, luego a sí mismo y después a los dos monjes.

—¿Qué? ¿Qué significa esto? ¿Por qué no dices nada más? —bramó el maestro de palacio.

—No me gusta andar a tientas en medio de las tinieblas —contestó Eliah, en un tono exento de temor—. Si me decís abiertamente lo que buscáis en realidad, yo hablaré también con toda franqueza.

—¡La verdad!

—¡O por ambas partes o nada!

Godin frunció los labios, tomó el vaso de vino, bebió un largo trago y a continuación indicó mediante un ademán de la mano a los dos monjes de París que salieran de la estancia.

—¡Id al patio a aliviaros!

—¡Haced el favor de no mearle encima a mi mula! —exclamó Eliah, que sabía de lo que hablaba—. ¡Ella no es judía y no tiene ninguna culpa de aquello que conmemoráis el Viernes Santo!

Los dos monjes rechinaron los dientes a la vez, como si fueran gemelos, pero desaparecieron tal y como el cardenal lo había ordenado.

—Esta es la gran ventaja que tenéis vosotros los dominicos —comentó Eliah—. Podéis ordenar y obedecer, de ese modo no hay ninguna necesidad de rezar o conjurar demasiado para que algo se ponga en movimiento.

—Ningún tributo a la Santa Sede hasta el Año Nuevo cristiano —replicó el cardenal—. Para ti y para todos tus parientes.

—De acuerdo, pero eso incluye a todo mi pueblo, comprendidos los descendientes del profeta Isaías que viven aquí en la Provenza.

—Tonterías, ya nos ocupamos nosotros de Jesucristo y de María, su madre. Entonces, ¿de qué hablabas?

¿Dónde está ese anillo?

—No lo vi en una mano, sino colgado de una gruesa cadena al cuello de un hombre medio ahogado. Puede que sea un poco viejo ya, pero sigo teniendo buen ojo para las piedras preciosas.

—Dos años sin tributos a la Iglesia, nada de impuestos ni de aduanas en el condado de Venaissin y en toda la Provenza, siempre y cuando yo pueda a mi vez conseguirlo.

—Aunque prometierais honorarios a todos los judíos de Aviñón y sus inmediaciones, ahora mismo no os podría decir nada, porque no sé dónde están el joven del río y su anillo. Es posible que se me refrescara la memoria si me dijerais por qué el desdichado es tan importante para vos.

—El muchacho conoce secretos que podrían ser decisivos para la continuidad de la cristiandad entre París y Roma —suspiró el cardenal dominico—. Pero ni tan siquiera sé si tiene la más mínima idea del significado de sus conocimientos.

—¿Su Excelencia se refiere al paradero de los dorados florines de la torre de los templarios en París? El tesoro de los templarios, que al parecer todavía buscan Dios, el Papa y el rey de Francia...

—¡Ojalá fuera sólo eso! —gimió el maestro de palacio en voz queda—. Te bendeciría a ti y a la tierra entera. ¿Qué son un par de carretadas de oro y plata y cofres repletos de joyas? ¡Una bagatela, te aseguro, sólo los malditos excrementos del becerro de oro!

A punto estuvo Eliah de sentir lástima por el dominico. —No —prosiguió Godin.

—Lo que buscamos en realidad es más valioso que la piedra filosofal, más raro que vuestra Arca de la Alianza, desaparecida en circunstancias extrañas, más aún que el Santo Grial de los herejes y más que la piedra final sin la cual no se pudo terminar ninguna catedral hasta hoy.

—¿Y todo eso está oculto en una amatista?

—No, en Smaragdus, quiero decir, en Bertrand de Comminges —
rectificó el cardenal—. Así se llama el hijo del Papa, al que buscamos. Y lo
reconoceremos por ese anillo.

OceanofPDF.com

Para Seder la huida a través de los tejados no era nada del otro mundo, sino un recurso que utilizaba a menudo, cada vez que quería aparecer en Aviñón y volver a desaparecer sin que su abuelo lo viese. A Bertrand en cambio le costaba trabajo deslizarse ágilmente como un gato de tejado en tejado. Sólo en el último momento, Seder se dio cuenta de que no llevaban ni una sola moneda consigo y por ello corrió el riesgo de llamar a su hermana de nuevo mediante el balido de un cabritillo, como acostumbraba a hacer desde que eran niños.

Cuando entró en el patio baló de nuevo, esta vez más quedamente. Ella miró hacia arriba y no se sobresaltó cuando vio la mata de cabello rubio de Bertrand junto a su hermano sobre uno de los tejados cubiertos de tejas rojas y cóncavas. Era evidente que el desconocido carecía de la agilidad de su hermano. Seder levantó el brazo y frotó el índice contra el pulgar, como le había enseñado cuando ella era pequeña cada vez que tenía que hacer algo prohibido por él.

Aunque Miriam había entendido a la primera, no hizo ademán alguno de obedecerle de inmediato como tenía por costumbre desde que tenía uso de razón. Se hizo un poco la remolona. Su abuelo Eliah, su padre y después Seder habían sido siempre los señores. Nunca se les habría ocurrido tratarla de ningún modo que no fuera como a una criada. Miriam nunca había intentado rebelarse contra su papel y, con él, contra una vida regida por leyes ancestrales. Porque mucho de lo que a primera vista parecía injusto y dañino le parecía muy diferente cuando se daba cuenta de la situación de los demás, bastante peor que la suya, pues no vivían en una buena casa ni disponían de cofres de monedas y almacenes de los que tomar lo que precisaran en tiempos de necesidad.

Nunca habían sido verdaderamente pobres, aunque hubiera habido épocas en que las mercancías mucho tiempo atrás encargadas, e incluso pagadas con antelación, no acababan de llegar. Tiempos en los que su abuelo tenía que reunir hasta la última moneda que había en la casa, cuando incluso le había pedido si no tenía alguna otra joya para empeñar, cuando los prestamistas extranjeros tenían repletas las cámaras de sus sótanos como si fuesen tumbas de príncipes. En cualquier caso, cuando llegaba la época de las vacas gordas aquella riqueza no les pertenecía, sólo la guardaban a cambio de pagarés y obligaciones, con lo cual no valía mucho más que las bulas expiatorias, que entre los cristianos cotizaban tan alto como las plazas

en el jardín del paraíso entre los musulmanes. Regresó a la cocina y desprendió un ladrillo de la parte posterior del fogón. Con cuidado, buscó a tientas el pequeño tesoro que tenía allí escondido. La noche anterior, había metido también allí la cadena del desconocido rescatado en el río, que se había roto cuando su hermano y el sacerdote pelirrojo lo habían acomodado en el carro. Miriam la había guardado para que no se perdiera. Algo más colgaba de ella. Se puso a pensar qué podría haber sido, pero no encontró respuesta. Se apresuró a tomar su monedero, que contenía un par de monedas.

Aunque por el momento su patrimonio secreto era demasiado escaso para costear una fuga o una borrachera, iba a tener que bastar, porque no quería sacar nada del cofre del dinero que estaba en el piso superior mientras aquellos hombres de la Iglesia estuvieran en la casa. Volvió de nuevo al patio y lanzó su monedero al tejado de la casa contigua. Por lo menos en aquella ocasión su hermano le dio las gracias levantando el pulgar antes de darse la vuelta y desaparecer...

Ella esperó, sin atreverse apenas a mirar el tejado. En realidad no esperaba para ver si su hermano se volvía, sino para ver si el joven rubio volvía a mirar en su dirección. Casi se había dado por vencida cuando él miró por fin.

La miró con tanta nostalgia y tan lleno de amor que deseó subir al tejado y salir corriendo tras él.

Las tabernas del río

—¿Hemos tenido durante todo este intervalo noticias de las andanzas de nuestro impetuoso cardenal Godin? —preguntó el Papa cuando ya era bien entrada la tarde.

Había hablado sin volverse. Estaba sentado en su butaca junto a una de las ventanas vestido con una sotana blanca cuando entró el cardenal. Siempre se encontraba un poco mejor cuando no soplaba el mistral.

—Sólo sabemos que ha estado con algunos acólitos en el barrio de Carrière —empezó a explicar D'Aux—. Al parecer quería interrogar a nuestro judío Eliah en compañía de sus dos monjes parisinos acerca de los acontecimientos que acaecieron ayer en el puente. Por lo que he oído, después ha mandado al caballero Falkenhenn junto con los demás hombres armados de vuelta y él se ha ido al monasterio de los dominicos, fuera de la ciudad.

—Un bonito paseo por la ciudad —observó el Papa para luego fruncir los labios, que por cierto en los últimos meses se le habían hinchado mucho—. También nosotros, durante los primeros años, pasábamos a menudo por el fondaco de los comerciantes italianos. La antigua encomienda templaria siempre fue una especie de monumento conmemorativo para nosotros.

—Ya la conocías cuando eras obispo —replicó el cardenal D'Aux mientras asentía con un gesto de la cabeza.

—Arnaud..., antes incluso, cuando no era más que un sacerdote —empezó a decir el Papa acompañando sus palabras de una risa de satisfacción—. Para ser exactos, ya de niño sabía que mi familia tenía que ver con los templarios. Muchos de mis antepasados habían sido hermanos de la orden o herejes perseguidos por papas anteriores e incluso en ocasiones las dos cosas al mismo tiempo. La base de los templarios aquí

en Aviñón siempre fue algo especial. Todavía hoy oculta secretos que sólo los iniciados conocen. Al fin y al cabo, las acciones de apoyo a los obstinados cátaros del Languedoc partieron de aquí. También de aquí

salieron cargas con provisiones para los cátaros y los albigenses sitiados en sus fortalezas construidas en la montaña, de los Pirineos y de los Alpes Dináricos, durante tanto tiempo inexpugnables.

—Pero también hubo cosas malas, las cruzadas en contra de los cátaros y albigenses empezaron aquí —

dijo D'Aux.

—Sí, es algo que los meridionales no perdonarán nunca a esta ciudad. Por otra parte, tanto Aviñón como el condado se han convertido a menudo en la salvación para muchos fugitivos, incluso para nosotros mismos, como no tendrás inconveniente en reconocer.

Clemente se interrumpió y miró absorto por la ventana. Mientras lo hacía, la arruga que tenía en la frente se le fue haciendo más profunda.

—De verdad me gustaría saber por qué motivo un cardenal necesita hombres armados y con cotas de malla para ir a interrogar en plena Semana Santa a un viejo judío que, como es sabido, hace buenos negocios con nosotros —prosiguió por fin—. Y encima en el Carrière, donde nunca ocurre nada.

—La verdad es que no tengo idea —respondió D'Aux.

—No me gusta la manera en que poco a poco va tomando iniciativas por cuenta propia —dijo el Papa—. Naturalmente, sé que informa a Berengario de Landora, maestro de su orden en París, de cada palabra que oye aquí. Del mismo modo, sé que fueron él, Berengario y Felipe el Hermoso quienes expulsaron al maestro Eckhart de la Sorbona.

—No olvides que nosotros también tuvimos algo que ver con ello.

—Pero sólo después de las insistentes peticiones de algunos dominicos como Berengario y Godin.

—Y del prior provincial de los dominicos en Roma —replicó Arnaud D'Aux—. A veces nos olvidamos con demasiada ligereza de que no sólo Godin es dominico, sino también nuestro amigo y consejero Niccolò da Prato.

—¿Y yo qué soy? —preguntó el Papa, casi divertido—. ¿Acaso soy el último de los templarios? ¿O acaso no me hospedé repetidas veces en el monasterio de los dominicos que está delante de la puerta Agrícola mientras andábamos con nuestro traslado a Aviñón?

—También el maestro Eckhart pertenece a la orden —fue la respuesta de D'Aux—. Pero podría jurar que antes o después la Inquisición lo llevará a juicio por herejía y blasfemia.

—Entonces será él quien, después de la muerte del gran maestro de los templarios, nos haga una última advertencia o nos dé un consejo que nos salve —dijo el papa Clemente V, cerrando los ojos por un instante. Inspiró profundamente por la nariz y dejó salir el aire. Y de repente, lanzó un gemido. Se llevó

las manos al pecho, sobre el corazón, abrió la boca y se inclinó a un lado—. Mi hijo Smaragdus tiene... mi antiguo anillo de obispo —consiguió articular con esfuerzo—, con la cruz en el corazón grabada sobre la piedra. Y el judío Eliah de Carpentras sabe lo que ocurrió en mi coronación en Lyon... cuando quisieron matarme y aquel muro cayó sobre mí. Su hijo Ariel halló entonces la muerte... pero quizás también alguna otra cosa mientras agonizaba...

—¿No te referirás a...?

El papa sacudió la cabeza. Señaló el breviario que el cardenal sostenía en su mano izquierda.

—El maestro Eckhart me advirtió aquel día en Lyon, con su breviario en la mano «No cabalgues sobre un caballo el día de tu coronación, como los caballeros templarios y los príncipes del mundo, si cabalgases sobre un asno, o tuvieras que llevar una cruz como nuestro señor, no se te caería ninguna piedra de la corona», me advirtió.

El cardenal Arnaud D'Aux miró largo tiempo al Santo Padre.

—El rubí de tu triple corona se perdió en aquella ocasión.

—Sí—asintió Clemente acompañando su afirmación con un gesto de la cabeza—. También sobre esa piedra se hallaba grabado el corazón en la cruz..., con algunas marcas diferentes de las que lucían mi primer anillo de obispo...

—Sé muchas cosas sobre ti —dijo el cardenal D'Aux en un tono súbitamente brusco—. Pero por lo visto no lo sé todo.

El papa Clemente V esbozó una sonrisa, después cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Se durmió antes de poder responder a su camarlengo y hombre de confianza.

Bertrand no estaba tan avezado en las artes de la escalada, que parecían ser más útiles en el barrio judío que tras los muros de su monasterio. Además, por culpa de la cabalgada y de los golpes provocados por las aguas turbulentas del río, le dolía todo el cuerpo como si le hubieran apaleado. Cruzaron una calle lateral y descubrieron varios hombres armados en la rue Jacob. Algunos parecían escuderos, pero tres de ellos llevaban cascos, cotas de malla y sobrevestas bordadas con el escudo rojo y amarillo del Papa, espinilleras y esarpes de hierro con bisagras en los talones.

—Esto parece más serio de lo que imaginaba —comentó Bertrand—. Uno de nosotros dos debe de resultarles especialmente importante.

—Pues no soy yo —se apresuró a contestar Seder, al tiempo que avanzaba hasta la otra parte de la estrecha callejuela—. Yo no soy más que un estafador y un ladrón. Ningún cardenal se pone sus medias rojas por un sujeto de mi calaña, y tampoco ningún caballero suizo Von Falkenhenn, jefe de la guardia del Papa, sale de casa para preguntar por mí.

Bertrand apretó los labios. Tieso como una cigüeña cruzando un pantano, cruzó a su vez la calle. Tuvo que controlarse tanto al hacerlo que su rostro estaba sonrojado cuando, con respiración entrecortada, recostó la espalda contra la pared de la siguiente casa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Seder—. ¿Nunca has tenido que huir de los soldados?

Bertrand negó con la cabeza en silencio.

—Algo así no estaba incluido en las lecciones que tuve que aprender hasta el momento.

—¡Pues entonces ya era hora! —dijo sonriendo Seder a la vez que lanzaba un silbido casi imperceptible. Tomó con suavidad a Bertrand por el brazo y lo condujo por las calles que iban atravesando como si se tratara de un ciego especialmente poco hábil. En un principio había mirado con desprecio al apuesto joven sacado del río, que le pareció demasiado débil. No obstante, desde que el maestro de palacio y el jefe de la guardia se habían desplazado hasta el barrio Carrière por su causa, lo miraba con otros ojos.

—Lo que pretendo es encontrar un sitio seguro para nosotros dentro de la ciudad —explicó. Se acercaron a la iglesia situada en las proximidades de la muralla occidental de la ciudad, dedicada al obispo Agrícola, que se

había hecho famoso hacía quinientos años más allá de la ciudad gracias a sus enérgicos sermones.

—¿Ves ahí arriba, enfrente de la iglesia de Agrícola? Ahí se halla la antigua encomienda de los templarios —le explicó Seder—. Al parecer, ahora se hará cargo del edificio la Orden de los Hospitalarios, pero algunos comerciantes italianos se niegan a abandonar las refinadas cámaras, los almacenes y los establos. Inmediatamente después de la aprehensión de los templarios en toda Francia cerraron un contrato ante notario con los superiores de esta encomienda.

—Pero las propiedades de los templarios deberían pasar a los johanitas —dijo Bertrand. Johanitas o malteses, hospitalarios o dominicos..., ¿qué más da, si sólo se trata de buenos lugares para el comercio? A Francia le gustaría tanto hacerse con ellos como al papa. Y mientras los notarios disputan acerca de cláusulas y contratos, los dorados florines van a parar a otras manos.

—Por lo que veo estás muy bien informado.

—Trabajé para el hombre que ahora dirige el comercio que hay en la antigua casa de los templarios. Llegaron a la muralla de la ciudad, a la puerta de Agrícola que daba al río por la parte occidental.

—¿A dónde pretendes llegar? —preguntó Bertrand.

—A un sitio adonde no te irá a buscar nadie —contestó Seder conforme sonreía ampliamente—. Allí la peste se parece a la de un calabozo, y a veces es un lugar un poco demasiado bullicioso por culpa de las peleas por las mujeres, pero en las tabernas del puerto no se pierden nunca los caballeros ni los sacerdotes.

En un primer momento pensó que alguien había enviado a los dos monjes para vigilarla. No obstante, Bertrand y Seder se habían ido hacía bastante rato, de modo que en el Carrière ya no había ningún peligro para ella. Apenas lo comprendió dejó de prestarles atención a los dos monjes. Eran lo bastante inteligentes para no aproximarse mucho más de lo que estaba permitido. A pesar de ello, Miriam estaba segura de que en otra situación no habrían permanecido en la otra parte del patio mientras ella cuidaba de la cabra y la mula y recogía los huevos de las gallinas que picoteaban en aquel patio cubierto de arena situado en el centro de la ciudad de Aviñón.

De manera completamente inesperada, el cardenal apareció en dirección a la puerta de la entrada. El antiguo rabino Eliah lo seguía, aunque manteniendo una corta distancia. Godin hizo un gesto a los dos monjes y luego se dirigió a la puerta donde se detuvo a esperar. Sin mediar palabra, Eliah desapareció del umbral. No se dieron la mano, y ni el uno ni el otro hicieron gesto alguno de despedida. Tan sólo algunos minutos más tarde, se había cerrado el portón y por las callejuelas del Carrière se escuchaba el ruido del paso de los hombres armados y provistos de armaduras del cardenal. El abuelo y la nieta volvían a estar solos. Miriam le dejó algo de tiempo, le sonrió e hizo ademán de entrar en la cocina, pero entonces, pensándolo mejor, subió las escaleras. Miró una vez más al interior de la habitación vacía. El cuarto grande, luminoso, parecía tan deshabitado como desde su traslado a Aviñón. Nada, ni tan siquiera una huella de pie en el suelo, o una arruga en la manta delataba la presencia hacía tan solo unas horas de un joven estudiante de París que había estado a punto de ahogarse. Se dirigió a la ventana, miró hacia el patio, después al cobertizo de la cabra y hacia los tejados rojos desgastados del centro de la ciudad. Las últimas nubes que habían acompañado a la tormenta se habían dirigido hacia el sur, pero faltaba algo. Y se dio cuenta de qué era: nadie bailaba o cantaba en aquella tarde de miércoles, y de la isla no llegaba ningún rumor de música ni de risas sobre el puente. Durante los últimos cuatro años había vivido más de un mistral. Pero, en aquella ocasión, a la tormenta helada le había seguido un largo silencio. Intentó reconstruir en su mente el camino que habían hecho sobre el puente, preguntándose dónde se había podido perder el colgante que pendía de la cadena rota de su querubín rubio. ¿Cuántas personas habrían pasado entretanto por el puente? ¿Seguía cerrado todavía?

Quizás pudiese convencer a los guardias de la puerta de que necesitaba buscar allí fuera algo que había perdido. Además era cierto, con lo cual ni Dios ni la Inquisición tendrían nada que decir al respecto.

OceanofPDF.com

—Hace un par de años no habríamos podido andar por aquí vestidos de esta manera —le comentó Seder a Bertrand, riéndose con aire conspirador—. Todo esto estaba bajo el control del maestro del puerto, que bajo las órdenes de alguien más, decidía quién podía entrar en las tabernas y fondas junto al río o en las posadas de la ciudad. Por ejemplo, el Cheval Blanc; ningún judío ni ningún escudero, ni tan siquiera los artesanos que eran miembros de los gremios podían entrar en ese lugar.

—¿Y por qué no?

—Estaba reservado a sacerdotes, monjes selectos y por supuesto, peregrinos, porque éstos siempre gastan más que los demás clientes.

—¿También era así fuera de la ciudad? —preguntó Bertrand, asombrado. Seder rió de una manera que hizo que el estudiante de París volviera a sonrojarse.

—¡Y de qué manera, mi ignorante amigo! ¡Y de qué manera...!

Sin mayores dificultades habían salido del Carrière y, por la calzada norte-sur, habían alcanzado la puerta del antiguo obispo Agrícola. Parecían dos obreros de alguna de las muchas construcciones de la ciudad, vestidos como iban con camisas sencillas pero limpias y unas gorras de tela. Salvo un par de muchachas de mejillas sonrosadas y algunos niños que se asomaban por las ventanas de las casas, nadie había reparado en ellos.

—Cuando lleguemos a la parte posterior de la ciudad y al río Sorgue doblaremos hacia el puerto del Ródano —le explicó Seder a Bertrand—. Conozco aquí cada calleja y cada casa. Y, por supuesto, cada taberna de las que flanquean el Ródano de aquí a Lyon río arriba, hasta Arles río abajo y hasta Marsella en dirección al mar.

Bertrand se limitó a reír. Le costaba seguir a Seder, que avanzaba a gran velocidad. Sólo tenían que cruzar el riachuelo que rodeaba la ciudad y doblaba a la izquierda poco antes de llegar al puerto para acabar desembocando en el Ródano. Tan sólo algunos pasos más adelante, entre la muralla y el muelle del puerto, las posadas se sucedían una detrás de la otra.

O por lo menos, así había sido hasta hacía uno o dos días...

Los dos jóvenes se detuvieron casi al mismo tiempo. Fue Seder el primero en mover la cabeza con incredulidad. Sólo entonces se percataron ambos de la gravedad de los daños ocasionados por el mistral y la riada en aquella parte del río. A la altura de las dos primeras casas se veían cajas y barriles, bancos y paneles de madera desperdigados unos encima de otros.

La siguiente taberna después de dos almacenes, que se mantenían firmes porque habían sido contruidos en piedra, tenía un aspecto todavía peor. Estaba contruida directamente sobre la muralla de la ciudad, al igual que otras dos casas viejas de menores dimensiones. Algunas de ellas habían perdido la fachada frontal, los tejados de otras se habían hundido. El aspecto del lugar debía de ser semejante al que había presentado después de haber sido sitiado por los paganos procedentes de España y Arabia hacía quinientos años.

Llegaron a un hueco en la hilera de edificaciones que daba la sensación de ser una de las obras de construcción en la ciudad.

Una docena de hombres y mujeres trepaban por entre los escombros y clasificaban pacientemente objetos que sacaban del fango y que eran apenas reconocibles. Un poco más adelante, Bertrand reconoció

el cadáver de un caballo atrapado en el fango. La boca del animal muerto estaba abierta y entre sus dientes colgaba todavía el bocado de hierro con las riendas. Tragó saliva involuntariamente, después apretó los dientes y consiguió sobreponerse a la náusea.

—¿Te das cuenta de que tuviste massel, una tremenda suerte que ni siquiera mereces, por incauto? —le preguntó Seder—. Entre todos estos escombros y porquerías podrías estar tú también ahora. Bertrand tragó saliva y asintió. En el mismo momento en que reconocía los ojos de su caballo muerto, sus manos se habían dirigido al pecho, palpándolo en busca de la cadena y el anillo. Hacía tanto que llevaba ambas cosas que hasta el momento no se había parado a pensar en ellos. Pero en aquel momento, ante la visión de la muerte y la desolación de aquel lugar en aquel precioso miércoles antes de la Pascua, un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo.

¡La cadena con el anillo no estaba!

La sangre abandonó su rostro. De repente, tuvo la sensación de que el sol de la tarde, con su calor reconfortante, se había transformado en un horno del infierno, donde no le iba a quedar más remedio que arder. El brillo de las aguas del río le pareció el de un lago helado. El joven judío que le acompañaba se convirtió en Belcebú, el eterno seductor, y las murallas de Aviñón, en las de Sodoma y Gomorra... El miedo se apoderó de él. A su alrededor sólo veía posibles amenazas. Los perros de la Inquisición lo perseguían para encerrarlo en sus salas de tortura, los demonios del río le habían golpeado, algunos espíritus del puente lo habían sacado de allí, Poncio Pilatos se lavaba las manos fingiéndose inocente bajo la forma de

Seder e incluso aquella mujer que se llamaba María o Eva le había tocado de forma impura cuando yacía indefenso y medio dormido en su casa...

Se había criado en monasterios, rodeado de un gran orden, de estricta disciplina y en la creencia absoluta de la armonía del Universo. No cabía duda de que con anterioridad ya había visto animales muertos, en las cocinas de los monasterios, también en una ocasión había visto a una mujer medio desnuda en un mercado de París, vigas ennegrecidas por algún rayo, incendios y campos arrasados por tormentas, vendavales y otras inclemencias del tiempo. Sabía que las aguas del Garona, antes de los Pirineos, podían correr con mucho más ímpetu que las del Sena en París. Pero nunca antes había tomado de tal forma conciencia de que la muerte podía esperarle, como a otro cualquiera, bajo cualquiera de aquellas formas.

Al mismo tiempo, pensó en su anillo. Tenía que recuperarlo. Pero ¿cómo? ¿Y cómo podía confiar en Seder? Con toda la tranquilidad de que fue capaz, preguntó:

—¿Me has traído hasta aquí para mostrarme toda esta destrucción?
¿Para que me sirva de advertencia?

¿O para despertar mis recuerdos?

—No —contestó Seder—. Tan sólo pensé que podríamos permanecer algún tiempo aquí sin ser molestados... por lo menos hasta que los dominicos hubieran dejado de buscarnos por la ciudad. Se alejó de las casas derruidas y con los escombros formando una montaña hacia el agua. El Ródano todavía golpeaba con violencia el robusto muro del puerto.

—Al parecer, toda la plaza del puerto se inundó —le dijo a Bertrand.

—¿Y ahora qué? ¿Buscamos otra taberna? ¿No sería nuestro deber cristiano ayudar a estas pobres gentes?

—En todo caso, será tu deber cristiano, no el mío —le respondió Seder Ben Ariel en un tono despectivo—

. Los mejores almacenes de este puerto pertenecen al bandido que también se apropió de la encomienda de los templarios. Incluso si estos de aquí están destruidos, el maldito Marco Ambroglio posee otros muchos en el resto de la ciudad.

—¿No le aprecias?

—Ese maldito vampiro italiano de Pisa es el hombre más rico de Aviñón, si exceptuamos a vuestro Santo Padre. Y si conozco bien a Ambroglio, todavía conseguirá hacer algún sucio negocio con estos cascotes y con los cadáveres que flotan en el río después de la inundación.

—¿Le conoces acaso personalmente?

—Fui ayudante en su fondaco. Me acusó de engañarle y de robarle en su negocio, y dejó que me encerraran en la cárcel, tan sólo porque me sorprendió una vez con su esposa Elena.

—¿Entonces te acostaste en una ocasión con la esposa de tu señor...?

—¿Una vez? —exclamó riendo Seder al tiempo que se erguía orgulloso—. Cada noche, y cuando él estaba de viaje por sus negocios o por encargo de los cardenales de la curia, varias veces al día. Pero esto me da una idea que podría sernos útil...

—¡No, basta! —exclamó Bertrand, intuyendo lo que el otro pretendía y lleno de rechazo hacia sus intenciones.

De repente de nuevo la imagen de Miriam volvió a su mente.

OceanofPDF.com

Se cerraron las puertas de la ciudad. Las primeras sombras comenzaban a adentrarse en las estrechas callejuelas cuando Seder y Bertrand por fin vieron algo de movimiento detrás de las ventanas enmarcadas en plomo de la casa de madera de reciente construcción en torno a la cual llevaban un buen rato dando vueltas.

El magnífico edificio de dos plantas estaba situado entre el palacio de la administración y las antiguas murallas romanas. En aquel lugar, la colina de la ciudad, rodeada de pinos, tejos y laureles era más escarpada. El Ródano y el puente no se veían desde la calzada, y tampoco el antiguo palacio episcopal ni la catedral, al otro lado.

Aunque, precisamente por eso, aquella parte de la ciudad pareciese mucho más tranquila y elegante, a Bertrand le dio la impresión de que no pertenecía a la villa de Aviñón.

—Aquí viven los más nobles señores, así como los estafadores de Aviñón —le explicó Seder. Había llegado con Bertrand al cementerio junto al antiguo mercado. Allí habían visto mucha gente que jugaba con aros y pelotas de trapo, que bailaba entre las tumbas, jugaba a los dados sobre las lápidas y bebían vino de jarros que habían llevado consigo, y también parejas que retozaban entre los matorrales. Únicamente Elena de Pisa, la esposa del mercader Marco Ambroglio, no parecía dar signos de vida.

—¿Por qué estás tan seguro de que ella estará por aquí? —le había preguntado Bertrand.

—Porque sé qué es lo que busca cuando su marido está de viaje —le contestó con un profundo suspiro—. Y por desgracia en las últimas semanas no me tuvo a mano.

—Justo después de sus palabras, vieron una luz moviéndose en el interior de la casa. Seder cogió a Bertrand por la manga, y lo arrastró hasta el empedrado que había bajo las ventanas. La gran casa no encajaba con las demás de su misma calle, muchas de las cuales parecían más bien casas de senadores romanos o pequeños templos con escalinatas y columnas en la entrada principal. Seder llegó hasta el portal de entrada de madera clara recién barnizada con una aldaba de bronce sobre la que estaba grabado el escudo de la ciudad de Pisa.

Seder lo tomó en su mano e hizo golpear la placa de cobre sobre la puerta. Bertrand retrocedió

disgustado. El ruido era como el repicar de las campanas de la catedral. Al cabo de un largo rato se abrió

una ventanilla de cristal en cuya parte superior había una Virgen policromada dentro de un nicho excavado dentro de la pared y donde ardía una lámpara de aceite. Un rostro de mujer radiante apareció detrás de una celosía de hierro.

—¡Entrad por la puerta de atrás! —susurró una voz algo tomada. Después, la ventanilla volvió a cerrarse. Bertrand sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Para él, una voz como aquella tenía que pertenecer a una bruja, como las que gozaban con demonios con patas de cabra en las noches de luna nueva. Era exactamente así como se había imaginado siempre el pecado y la seducción.

—Aún tendremos que esperar un rato a que haya terminado de acicalarse —le comentó Seder Ben Ariel sonriendo.

OceanofPDF.com

Elijah de Carpentras bajó a uno de los dos sótanos de la casa. Una vez abajo, encendió un candelabro de ocho brazos que estaba encajado en la pared. Después, bajó varios cofres cerrados. Los trataba con tanto cuidado que se diría contuviesen el arca de la alianza que habían perdido los judíos. Fue colocando las cajas de madera lacadas de oscuro en los nichos situados cerca de la mikwe y después dispuso encima paños de brocado granates bordados en oro, pequeñas filacterias que contenían tiras de pergamino cubiertas de escritura y, por último, una basta tela de saco con que se cubría el todo. Pese a haber subido y bajado varias veces las escaleras, no parecía cansarle todo aquel trajín. Sólo cuando hubo terminado y cerrado de nuevo la entrada al sótano tuvo que pararse un momento para tomar aliento y secarse el sudor de la frente. Se dirigió al altar, inclinó la cabeza y rezó hasta que volvió a respirar sosegadamente.

A continuación se lavó las manos en la cocina, tomó un pañuelo limpio y se puso su chaqueta, parecida a un caftán, y el sombrero amarillo de judío, con forma de embudo invertido y una borla en la punta. Por un momento tuvo que luchar contra la oleada de ira que le producía el distintivo ridículo y humillante. Incluso más de mil años de expulsión, oprobio y calumnias no habían conseguido convertir a los hombres como él en corderos de sacrificio que aceptasen sin queja todo lo que los cristianos les hacían pasar. Muchos se habían dejado humillar en contra de su fe y habían callado para sobrevivir. Elijah de Carpentras sabía el riesgo que comportaba la vida para un judío, incluso en un lugar como la Provenza. Ni siquiera la protección del Papa podía detener a los fanáticos con sus hábitos de penitentes y librarles de sus caprichos, de sus acusaciones infundadas. E incluso si todo eso no era suficiente para merecer un castigo, al final hacían su voluntad. Lo más importante para ellos era alabar con ello a Dios Todopoderoso.

Elijah abandonó la casa. Cruzó el patio hacia el establo de su mula y unció ésta al carro. Cargó el carro de pescado seco, delicatessen que recibía de las costas de Inglaterra y que en realidad estaba destinadas a la Santa Sede. No obstante, el maestro de palacio había dado a entender tras el interrogatorio interrumpido que en el monasterio dominico de la puerta de Agrícola estaban preocupados por la falta de suministros de pescado tras la

inundación, ya que era impensable comer carne durante el periodo de ayuno cristiano.

Elijah se indignó por aquella nueva forma de chantaje, pero también la consideraba un mal menor. Prefería renunciar a su carísimo bacalao que a su libertad o a su vida. Podría haberse quejado del comportamiento de Pierre Godin ante los otros cardenales de palacio, pero probablemente aquél, como de costumbre, habría cedido pero se habría vengado con creces en la siguiente oportunidad que pudiera presentársele, de él o de cualquier otro habitante del Carrière. La única manera para los judíos de evitar este chantaje constante era no oponer la menor resistencia...

Elijah era demasiado inteligente para lamentarse por lo que era imposible de cambiar. Aunque no tenía autorización para salir de la ciudad hasta el siguiente día laborable, se hallaba en posesión de un permiso especial otorgado por el maestro de palacio. No había resultado barato de obtener, porque el prior de los dominicos y el cardenal Godin se llevaban una décima parte de todas sus ganancias. Otra décima parte de sus ingresos tenía que entregarla al camarlengo del Papa para las propiedades de la Santa Sede en Carpentras, y una vigésima parte iba a parar al priorato de Malaucene, allí donde empezaba el escarpado camino hacia el monte Ventoux, que el papa Clemente V había gustado de recorrer en los últimos años cuando necesitaba estar cerca del cielo en aquella montaña azotada por los vientos y cuando sus obligaciones en calidad de Santo Padre le dejaban algo de tiempo para la reflexión en soledad. Elijah abrió la puerta del patio y, antes de que le diera tiempo a cruzarla con el carro, apareció Miriam.

—Esta noche no me esperes —le dijo él—. Voy a llevar el pescado de Inglaterra a los dominicos. Después quiero ir hasta Carpentras, Brazzi tiene allí un par de docenas de cascos de hierro españoles a los que quiero echar una ojeada. Además, tengo que informarme...

—Yo me ocupo de que aquí quede todo cerrado —le tranquilizó ella.

—Lo sé —dijo él, con una mirada llena de amor—. Eres una buena hija de Sión y una buena nieta, de la que puedo sentirme muy orgulloso.

—Bien, tampoco tienes otra —replicó ella. Pretendía ser una broma, una forma de rechazar su halago. En el mismo momento advirtió que el rostro de su abuelo se contraía—. Perdóname, por favor. No quise ofenderte con mis palabras atolondradas.

—Tienes toda la razón —se excusó él al tiempo que se aclaraba la garganta—. No deberíamos convertir la amargura del pasado en el pan de

cada día. Y en caso de que tu hermano Seder o el otro aparecieran por aquí, diles que no pueden quedarse bajo ningún concepto en el Carrière. El menor rumor o cualquier testimonio falso podrían causarnos grandes perjuicios a todos..., todavía no sé qué ha ocurrido exactamente, pero nunca antes había visto a los dominicos tan preocupados. Por algún motivo, están inquietos y eso les vuelve más peligrosos que un soldado borracho sin enemigo.

OceanofPDF.com

—Debes de significar mucho para la dama, si necesita tanto tiempo para acicalarse en tu honor —

comentó Bertrand según carraspeaba.

Hacía ya más de un cuarto de hora que esperaban. Seder se limitó a reír y a darle un golpe cariñoso en un costado.

—Por desgracia su marido vuelve ya mañana, para vuestro Jueves Santo —se lamentó—. En total hace cuatro semanas que está de viaje. Primero quería mirar telas en Flandes y luego fue enviado como correo especial del cardenal D'Aux con una carta del Papa al arzobispo Enrique II de Virneburgo en Colonia, y, quién sabe, a su regreso tal vez tenga también que visitar al maestro Eckhart en alguno de los conventos de beguinas de los alrededores de Estrasburgo.

Bertrand miró al judío de cabeza rapada con un nuevo respeto.

—¿Cómo sabes todo eso? Creí que habías pasado los últimos meses en prisión.

—Lo que su marido sabe lo sabe ella también..., y si me porto bien, yo también me entero. Se rió exactamente de aquel modo que a Bertrand le parecía insoportable.

—Se trata de la elección de un nuevo rey para el Imperio Romano Germánico. Los bávaros quieren que su Ludwig, su Luis, sea elegido en octubre en Frankfurt. Por otra parte, está Federico de Austria, por el cual ya se han decidido algunos de los príncipes electores. También Guillermo de Holanda y Juan de Bohemia y algunos otros reyes se han presentado como candidatos al trono. Además de ello, Felipe el Hermoso de Francia quiere que su hijo sea el nuevo rey del Imperio Romano Germánico.

—¿Y qué tiene eso que ver con nuestro papa y el arzobispo de Colonia?

—Hace cinco años, Virneburgo obedeció la orden del Papa y consiguió imponer en el sínodo provincial que en el Rin el año empezara también el veinticinco de diciembre y no en Pascua, como había venido ocurriendo con anterioridad. Gracias a ello, cuenta con la benevolencia del Papa.

Entretanto, se dedica a negociar con el rey de Francia, así como con los demás príncipes electores a quién elegirá en Frankfurt y coronará en Aquisgrán. Todo esto supone un enorme negocio para todos ellos. Pero el arzobispo de Colonia también está en deuda con Aviñón desde que Clemente V le salvó de los rebeldes en su diócesis de Colonia mediante su bula *Ad nostram noviter*.

—Oí hablar de esto en París hace dos años —comentó Bertrand—. Al parecer una unión de prelados, canónigos, monjes y abogados de Colonia se alzaron en contra del arzobispo. Por lo visto el Papa amenazó

desde Aviñón con la excomunión a todos los enemigos del arzobispo si no abandonaban su postura en un plazo de nueve días.

—Sí, así ocurrió más o menos. Pero en contrapartida Clemente exigió que el arzobispo no se decidiera bajo ningún concepto por el hijo de Felipe IV y sólo eligiera a un candidato fiel al papa y a la fe para la corona romano-germánica.

—Entonces ahora todo depende del arzobispo...

—Sí, excepto si Marco Ambroglio obtiene buenos resultados en sus negociaciones —dijo Seder—. Está

autorizado incluso a negociar con los de Colonia el precio de su apoyo, pese a no ser él mismo ningún prelado u obispo.

—¿Y cuál es ese precio?

—Como mínimo, el documento que Marco Ambroglio tiene que darles —contestó Seder sonriendo satisfecho—. Se trata de la liberación de los diezmos de las cruzadas para todo el clero de Colonia, además de algunos miles de marcos de plata a través de intermediarios de los austríacos. A eso se añade la confirmación de algo muy importante...

—Creo que algo se mueve ahí detrás —susurró Bertrand, al tiempo que señalaba la puerta. Seder asintió

pero no se dejó llevar por el nerviosismo.

—Concretamente, la confirmación de que vuestro Sumo Sacerdote rechazará la nueva cruzada para la liberación de Jerusalén que el rey de Francia, junto con su yerno Eduardo II y su hijo Felipe, habían prometido en caso de que este último fuera elegido y coronado nuevo emperador del Imperio Romano Germánico.

—¡El tiempo de las cruzadas forma ya definitivamente parte del pasado! —opinó Bertrand, enfadado—. Nadie puede ser tan tonto como para no ver cuál es la verdadera intención de todo ello.

—Tú lo has dicho —convino Seder suspirando—. Inglaterra, Francia y los Imperios de Alemania e Italia, todos ellos reunidos bajo la mano de Felipe el Hermoso y con un papa que no tendría mucho más que decir que el capellán del puente de Aviñón.

Detrás de la puerta se oyeron algunos ruidos. Seder se echó a un lado.

—Y mientras el gran hombre de negocios está de viaje para su propio pecunio y el del Papa, la hermosa Elena lleva los negocios en el fondaco de los italianos —dijo, tan alto y claro que incluso el que se hallara detrás de la puerta tenía que oírle por fuerza—. Supongo que podré convencerla de que esconda en su casa a un inocente y casto novicio y estudiante de la Sorbona por un par de días. Yo mismo no puedo quedarme, porque el primer lugar en que se me buscaría sería entre sus brazos.

—¡No hables tan alto! —murmuró Bertrand en un intento de acallarlo, pero el joven de cabeza rapada no parecía amedrentado.

—El río vuelve a estar en calma, y hoy o mañana intentaré llegar con una barca a Francia.

—¿Y qué te propones hacer después?

—Me abriré camino hacia el norte, hasta París —dijo en voz alta. Al mismo tiempo se inclinó hacia Bertrand y añadió—: Precisamente pienso hacer lo contrario, pero en caso de que alguien esté

escuchando, lo mejor es que piense que voy a huir a París. ¡Es una vieja regla entre los comerciantes italianos, decir siempre lo contrario de lo que en realidad se pretende! —a continuación, volvió a gritar para que se le oyera bien—: Allí, en la île de la Cité hay hombres que aún son fieles al legado del fallecido canciller Guillermo de Nogaret. Pero también hay amigos que pagarían un par de buenas monedas florentinas por alguna sugerencia acerca de cómo escapar de la prisión. Se oyeron dos o tres cerrojos descorriéndose en la parte interior de la puerta de la casa. Ambos jóvenes se dieron a la vez la vuelta rápidamente. Sus rostros se iluminaron bajo el resplandor de un farol donde brillaba una vela tras el grueso vidrio.

—¡Deprisa, entrad! —dijo una voz detrás del farol.

Debía de tratarse de la de Elena de Pisa, la esposa del gran comerciante Marco Ambroglio. No vieron que otra persona salía de entre una sombra de la pared. Llevaba la capucha de los penitentes grises y se dirigía a toda velocidad entre la penumbra de las callejuelas al Rocher des Domes.

El sol se hallaba ya a punto de tocar las montañas de la parte oeste del río. Allí donde el puente se encontraba con la orilla francesa las torres y las murallas estaban ya entre sombras. Una vez más, a la luz del atardecer, se podía ver el nivel que había alcanzado el agua en la capilla de San Nicolás. El agua había descendido hasta el punto de que ahora por encima del río también era visible el piso inferior. En aquella media hora atemporal entre el día y la noche una sombra violácea, tan clara que parecía artificial, caía sobre el puente, la capilla y la muralla de la ciudad.

Arriba, en el palacio episcopal, había numerosas velas encendidas, y en la puerta del puente los guardias estaban deseando ya poner las enormes aldabas de madera. Apenas dejaron pasar a un par de personas más; en primer lugar a un religioso vestido de negro y, justo después, a una muchacha joven que andaba descalza y a la que conocían algunos de los guardias. Uno de los suizos había abandonado su puesto y, por una pequeña moneda para el vino de aquella noche, había corrido al Carrière y acompañado a Miriam hasta la puerta del puente.

Antes incluso de que llegaran al puente, le había preguntado si no quería ir con él a Suiza. Al parecer había allí buenas oportunidades para un mozo robusto como él; cuando se hubiesen unido entre ellos y hubiesen conseguido echar a los Habsburgo, harían un juramento para fundar un nuevo país más allá de las montañas, un país donde vivirían hombres libres y temerosos de Dios sin ningún príncipe o rey que les gobernase.

Ella no lo tomó muy en serio. Los soldados y en general los hombres armados creían poder alcanzar el paraíso en la tierra mediante la violencia. Antes de llegar a la puerta se escabulló de entre sus brazos, que pretendían estrecharla, y corrió hacia el puente. Justo en ese momento vio al sacerdote escocés en su diminuta capilla que parecía flotar sobre el puente.

El capellán Comyn llevaba la cabeza descubierta y se podía aún vislumbrar perfectamente su cabello rojo conforme abría la redondeada puerta de la capilla. Tuvo que tirar con fuerza para poder abrirla entre los restos de barro que había arrastrado la tormenta del día anterior. Entró en la iglesia, que a juzgar por su estado después de la tormenta no habría bastado siquiera como cuadra para los caballos de algunos comerciantes de la ciudad. Un poco después, la joven descalza entró

a su vez en la capilla.

—Sabía que vendrías —dijo él con su fuerte acento del norte lleno todavía de connotaciones. Se conocían porque en los últimos años Miriam había pasado a menudo por delante de la capilla cuando quería ir a la isla del río, pero nunca hasta entonces había pisado el interior de la capilla.

—¿Te ha seguido alguien? —quiso saber el capellán Comyn—. ¿O te ha hablado alguien?

—No, sólo el guardia que me ha acompañado a la puerta. Quería que huyese con él a sus montañas suizas y que fundáramos el paraíso en la tierra.

—¿Quién no lo querría entre toda esta miseria? —suspiró Mel Comyn—. Creo que se está formando allí la misma resistencia que la de William Wallace y el rey asesino Robert the Bruce, que tres veces maldito sea, hace un par de años en nuestra tierra.

Se sentó en un saliente del muro bajo el cual todavía quedaba algo de agua sucia del río entre las piedras desenchajadas.

—¿Cómo está nuestro muchacho rubio? ¿Tiene heridas graves?

—No, aparte de un tremendo chichón en la cabeza ha salido muy bien parado del episodio —le dijo la joven mientras echaba una ojeada en torno a la capilla ahora en penumbra. De repente tuvo miedo de sonrojarse, pero esperó que el capellán no lo notase—. Ya no está con nosotros en la rue Jacob, y tampoco en el Carrière.

—Sí, entiendo —dijo el escocés sin ningún reproche en su voz—. Ésa es la respuesta correcta para mí y para otros que pudieran estar espiándonos aquí.

Se dirigió al altar y tomó una gruesa vela de un candelabro.

—Pero el otro, el que vino por la baranda del puente y nos ayudó..., ése era tu hermano Seder, ¿no es cierto?

—Mi hermano Seder hace meses que fue hecho prisionero por el maestro de palacio. Lo retuvieron durante varias semanas para interrogarlo en el monasterio de dominicos de fuera de la ciudad. Después fue a parar al nuevo palacio del cardenal Godin, pero ya no está allí...

—¿Sabes desde cuándo?

—Desde que las palomas desaparecieron —contestó ella, tal vez demasiado confiada—. Todas nuestras palomas mensajeras, las de mi abuelo..., las robaron durante la noche sin que nadie en el Carrière se diera cuenta de nada...

—Él se llevó algunas de las palomas a París —dijo el capellán.

—¿A París? —repitió Miriam incrédula—. ¿Cómo es posible que mi hermano haya podido escaparse de aquella prisión tan severamente vigilada, y robado de nuestro patio las palomas mensajeras para luego, además, llevárselas tan lejos, a París? ¿Y sobre todo, por qué haría algo tan disparatado?

—Porque alguien se lo pidió, bella Miriam —le explicó el capellán a la vez que se reía quedamente—. Yo mismo le saqué de la prisión del Cardenal Godin y le envié a París con un par de palomas por encargo de otra eminencia importante. Por una de esas palomas supe de la existencia de ese joven misterioso por el que tú también pareces interesarte.

Ella enrojeció de nuevo. El capellán Comyn lo notó y se rió.

—Eres en verdad muy hermosa —dijo, con un rastro de tristeza en la voz—. Si no fueras judía y yo no fuese un capellán cristiano, te pediría que fueras a pasear conmigo hasta las colinas de Châteauneuf du Pape el Domingo de Resurrección.

—Demos gracias a Dios porque las cosas sean como son —dijo ella, sin pizca de vergüenza. No le daba miedo aquel hombre en su capilla tenebrosa al anochecer. Comyn no era como muchos otros religiosos, que predicaban el agua y bebían vino. Había visto mundo antes de vestirse la sotana. Y llevaba en su interior un secreto que le hacía mucho más fuerte que ningún otro monje o sacerdote que ella hubiera conocido hasta entonces.

—Me gustaría intercambiar algo con vosotros, o mejor dicho, contigo —dijo él repentinamente. Su rostro se había transformado de un momento a otro; un instante antes parecía amistoso y galante hacia ella y de pronto, era un hombre muy distinto el que se dirigía a ella. Miriam se asustó ante la transformación. El sacerdote pelirrojo procedía de un lugar tan al norte que quizás hubiese visto a los demonios del fin de la tierra.

Le miró fijamente a los ojos mientras él se pasaba muy despacio la punta de la lengua por los labios. Estaban solos, y él no ocultaba que se sentía completamente a salvo y seguro en su pequeña capilla. Ella empezaba a imaginar lo que iba a suceder. Entonces, el recuerdo de su hermana invadió su pensamiento. Cerró los ojos y contrajo la cara en un gesto de dolor, como si fuese ella misma la atacada y violada por los sacerdotes y caballeros de la delegación del obispo de Bremen. El capellán levantó lentamente su mano izquierda. La extendió como un obispo, con la misma pose laxa tan inquietante, que ya había extrañado un par de veces

antes a la joven judía. Y de repente, vio lo que faltaba en la cadena rota que había quedado bajo el ladrillo en su casa de la rue Jacob.

—¿Habéis echado en falta este anillo? —preguntó el capellán pelirrojo. Miriam tuvo de repente la sensación de que en un momento había empezado una pesadilla para ella.

OceanofPDF.com

A tan sólo unos cuantos cientos de pasos, en la otra parte de la colina sobre la que se alzaba la ciudad, el joven más buscado entre París y el Mediterráneo casi tropezaba con la esposa del mercader toscano, vestida con sus mejores galas. Antes de que Bertrand tuviera tiempo de murmurar alguna fórmula de cortesía, Seder lo apartó. El farol se balanceó ante el rostro de Bertrand mientras Seder y la desconocida caían uno en brazos del otro y, en medio de risas lascivas, se abrazaban furiosamente y se besaban entre gemidos, casi haciéndole caer incluso a él.

Estaba tan confundido que ni tan siquiera acertaba a sentir disgusto ante lo que tenía que presenciar tan de cerca. Nunca antes había visto una pareja abalanzarse uno sobre el otro tan salvajemente y sin ningún tipo de vergüenza. Docenas de pensamientos se agolpaban en su cerebro. Hubiera debido sentirse indignado, lleno de rechazo ante semejante avidez desatada sin ningún tipo de pudor.

—¿Por qué no viniste enseguida a mí? —le preguntaba ella, intentado tomar aire entre sus ávidos besos—

. Te estuve buscando, la mitad de la noche... y el día entero... por todas partes...

—¡Porque la tempestad y el mistral me lo impidieron, mi precioso ángel perverso! —contestó riendo Seder. Por un minuto interminable selló los labios carnosos de ella con los suyos. Después pasó un brazo por su cintura y la condujo al interior de la casa, que parecía conocer muy bien—. Con una tempestad semejante uno no se queda en la ciudad como si fuera una ratonera. Con la cabeza afeitada y con una camisa apestosa y hecha jirones como única vestimenta al salir de la prisión, cualquiera me habría reconocido. No, la oportunidad era demasiado buena cuando la tormenta estalló y todo el mundo se amontonó para entrar en la ciudad desde la isla de la lujuria. Mi plan era bueno, porque ninguno de los guardias podía seguirme..., ni sobre el puente, a causa del populacho que gritaba, ni sobre la baranda, siendo sus cotas de malla demasiado pesadas para eso.

Rió y entró con ella y con Bertrand hasta una estancia grande, amueblada magníficamente, que parecía una mezcla entre la casa de un senador romano y una iglesia privada. Por todas partes se veían enormes jarrones entre canapés con docenas de almohadones de sedas multicolores. El suelo estaba cubierto por alfombras superpuestas unas encima de las otras y de las paredes colgaban grandes gobelinos con escenas de mujeres

semidesnudas en el Parnaso, de Isabel de Francia como reina de Inglaterra a su entrada en París y otras escenas, todas representadas con colores brillantes. Mientras Bertrand admiraba las vigas del techo doradas con zarcillos de acanto, la salvaje esposa del comerciante Ambrosio arrastraba a su amante hacia el canapé más bonito de todos.

—A punto estuve de conseguir llegar a Francia a través del puente —seguía diciendo Seder—. Lo cierto es que quería cruzar hasta la otra orilla, hasta Montpellier y Narbona para llegar a España. Una vez en España, quería llegar a Toledo..., el mayor sueño de éste tu servidor... La besó y después buscó con su boca el lóbulo de su oreja, de un modo completamente lujurioso. Bertrand temía tener que morir de mil muertes si seguía siendo testigo de semejantes pecados de la carne.

—¡Mientes, Seder Ben Ariel! —ronroneó ella—. ¡Mientes tan descaradamente que me gustaría comerte entero, sartas de mentiras incluidas! ¡No quisiste ni por un momento ir a Francia, sino lo más rápido posible a mí, y sólo a mí! Estás loco por mi boca de fresa...

—No tengo ganas de convertirme en una presa para algún caballero furibundo de nombre Rindfleisch y su pandilla de asesinos. En el sur de Alemania han destruido, saqueado y quemado más de cien pueblos en los que vivían judíos. Y este nuevo odio hacia nosotros ha contaminado lugares lejanos, en los que hasta ahora se podía convivir en paz.

Se revolcó con la esposa del comerciante sobre el canapé. Parecía que sus manos, cada vez más desvergonzadas, quisieran celebrar una impúdica y pecaminosa inspección sobre los blancos pechos y entre los muslos de la mujer.

—Seder Ben Ariel no tiene ganas de dejar que su espléndido cuerpo sea sometido a la rueda. Por lo menos, no mientras pueda servirle para dar placer a las mujeres que va encontrando en su camino. ¡Ven aquí, palomita salvaje! Haz conmigo lo que quieras, demuéstrole a tu palomo que te gusta lo que te enseña. Puedo estar circuncidado, pero precisamente por eso tiene un buen tamaño... Os digo una cosa, Toledo está lejos, pero para los judíos, que no estamos a salvo ni siquiera aquí, España sigue siendo el último refugio... ¡Oh, eres celestial, signora Elena! ¡Ojalá tu marido siga haciendo durante mucho tiempo provechosos negocios tan lejos de aquí y de nosotros como sea posible!

Seder Ben Ariel reía sus propias gracias. Besaba apasionadamente en la boca a la mujer que tenía entre sus brazos y enterraba la cabeza entre sus

cabellos negros. De repente, levantó su cabeza afeitada y se volvió hacia Bertrand.

—¡Y de pronto, había un casto jovencito tirado sobre el puente, Elena! ¡A los pies de mi propia hermana! ¡Lo pescó del río! El carro de mi abuelo iba al final de una multitud de personas que gritaban sobre el puente durante la riada, tirando de él una mula sin ninguna fuerza y también mi hermana Miriam.

—¿Es eso por lo menos verdad?

Levantó las cejas y miró a Bertrand.

—Claro, y yo paso de largo —prosiguió Seder—. Los saludo amistosamente y desaparezco con pies ligeros entre la tempestad y la lluvia hacia el otro lado del río, hacia Francia. ¿Me crees capaz de algo así?

—Lo cierto es que ya no tengo idea de qué eres capaz y de qué no —replicó ella.

—Bien, había otro motivo —dijo Seder con aire conciliador. Pasó su lengua por las sienes y los párpados de Elena. Ella había cerrado los ojos y mantenía los temblorosos labios entreabiertos, ávidos de besos—. No podía imaginar que la puerta se iba a cerrar detrás de mí, en lugar de quedar abierta de par en par para el pueblo atemorizado que quería salir de la isla. Me perseguían, es cierto, pero ¿a quién se le ocurre semejante despropósito?

—A los dominicos —intervino Bertrand, consternado—. Cuando los perros de Dios están sobre una pista, pasarán por encima de cualquier cadáver, aunque en su persecución se caiga el cielo y el resto del mundo amenace con sumirse en el caos.

—Es lo mismo que me pasaba a mí —dijo Seder, riendo.

Se lanzó sobre Elena y parecía querer devorarla. Bertrand hubiera preferido volver a salir al exterior. Todo lo que estaba viendo hacer a Seder y Elena sólo lo conocía por confesiones susurradas que él mismo no debía imitar, por las historias de otros y por los diminutos dibujos pecaminosos de los márgenes de las páginas de los libros, que hasta aquel momento había tomado por pura fantasía y obra del demonio.

Chucherías

El cardenal D'Aux regresó con tres clérigos de aspecto harto preocupado y con algunos monjes de los hospitalarios del ayuntamiento al otro lado del Rocher des Domes. Dos de los monjes habían estudiado medicina en Montpellier y París. Sin embargo no tenían la preparación suficiente para tratar mediante la cirugía a todos los heridos que habían causado tanto la propia riada como el tumulto que se originó en el puente. Tampoco la reunión con los farmacéuticos, médicos y barberos de la ciudad había dado ningún resultado satisfactorio. El problema era sencillo, faltaban hospitales, salas de cura en los pocos monasterios que había y, sobre todo, cirujanos y monjas, las cuales en casos de extrema necesidad podían sustituirse por judías, beguinas o herejes de la región del Languedoc. Ya era tarde y en la escalinata, en los pasillos y detrás de las puertas abiertas de palacio no se veía a nadie. La mayoría de los famigliari se habían retirado ya a sus aposentos privados en el palacio o habían regresado a la ciudad. Algunos habían acudido al monasterio de los dominicos para prepararse en lo que cabía para las horas difíciles que se avecinaban.

—Iré a verlo yo solo —dijo el cardenal—. Vosotros buscaos un cuarto libre aquí abajo y revisad los planes para la asistencia médica a los peregrinos.

No esperó respuesta, sino que, por el contrario, empezó a subir de dos en dos los peldaños de la escalera que, al llegar al primer descansillo, se bifurcaba a derecha e izquierda, dirección esta última que fue la que tomó él. Una vez arriba, sólo vio a dos de los lacayos de la Santa Sede ante los aposentos del Papa. En ambos extremos del largo pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas de retratos al óleo de los obispos de Aviñón desde los tiempos del gran Agrícola, estaban apostados unos guardias armados y ataviados con sobrevestas amarillas y rojas. Se habían quitado los cintos y sus alabardas reposaban colgadas de la pared.

D'Aux dejó que los lacayos abrieran para él la enorme puerta doble y entró en la habitación de la chimenea. Una ola de calor le abofeteó el rostro. En la chimenea ardían varios leños pero la cama del Papa, con su baldaquín, estaba vacía. El Santo Padre estaba de nuevo junto a una de las ventanas y miraba al puente, que resplandecía ligeramente en la penumbra.

Al oír a D'Aux se dio la vuelta y lanzó un suspiro, luego esperó a que su amigo llegara hasta donde estaba.

—¿Ves esas dos figuras de la capilla? —preguntó Clemente sin más dilación—. ¿Quiénes pueden ser a estas horas?

—Una de ellas es mi capellán, Comyn —respondió el cardenal—. La otra parece la nieta de nuestro activo judío Eliah de Carpentras.

Clemente adelantó ligeramente el labio inferior. No le preguntó a su camarlengo por lo que había estado haciendo durante las últimas horas. El cardenal lo miró de perfil. Después levantó las cejas, pero tampoco dijo nada.

—Eliah de Carpentras —murmuró el Papa—. Cada vez que oigo ese nombre, me viene a la memoria la terrible tragedia de mi coronación en Lyon. Creo que fue una señal, y que tuvo que ver con una señal en una piedra.

El cardenal D'Aux volvió a mirar hacia el puente. Nunca antes lo había visto tan vacío como aquel día. En la isla, que por la noche cuando no llovía destacaba por las luces entre los árboles, reinaba la más completa oscuridad.

—¿Quiere decir eso que el rubí perdido de la tiara pontificia tenía también un símbolo secreto? ¿Un símbolo mágico de los templarios o del rey Salomón?

El papa no contestó. Se levantó sin pedir ayuda a los lacayos. Se acercó trabajosamente y con precaución a la chimenea. Los leños estaban casi consumidos. El cardenal D'Aux se aproximó de inmediato. Quería estar cerca para que el Papa se apoyara en él si se sentía demasiado débil. Hizo una señal con la cabeza a los lacayos y señaló dos sillones que se hallaban junto a una de las paredes laterales. Entre los dos llevaron los dos sillones, de uno en uno, hasta colocarlos ante el hogar. A continuación pusieron delante una mesa de caoba con los bordes de metal y unos cantos ricamente trabajados. La mesa de viaje era un regalo de Marco Ambroglio, la había encargado en un taller árabe de España.

—Tengo frío —dijo el Papa tras un largo silencio—. Se me está escapando lo que pasa aquí. Si Dios quiere, mañana tendremos una audiencia, tal y como habíamos previsto. Tengo pánico. En cambio, me encantaría jugar al ajedrez esta noche, si mis dolores me lo permiten. Sólo una partida, o quizás dos.

—¿Tengo que ser tu contrincante o prefieres medirme con Niccolò da Prato?

D'Aux miró al pontífice, su aspecto le inquietaba cada vez más. Había envejecido mucho desde que llevaba el anillo del pescador. Había envejecido, enfermado y estaba amargado. Cada vez con mayor frecuencia apartaba el plato de comida sin haberlo tocado siquiera. Apenas bebía ya vino, en las misas se quedaba absorto en sí mismo durante largo rato, de los documentos importantes sólo conseguía leer una o dos líneas y dejaba las cartas y los legajos de lado durante días. Como era frecuente en las últimas semanas, se apoyó en el brazo de D'Aux para acercarse con pequeños e inseguros pasos al arcón que había junto a la chimenea.

Con sus propias manos, el Papa sacó de aquél un pequeño juego de ajedrez que estaba hecho de ébano pulido, vidrio fundido y marfil. Se dirigió de vuelta a la chimenea, se dejó caer en uno de los sillones y trató de colocar él mismo las piezas. En los últimos meses le había resultado cada vez más difícil colocar a un lado las pequeñas figuras blancas, vestidas como caballeros y campesinos ingleses y de Aquitania y las figuras negras con la indumentaria francesa en el otro.

Pero aquel Jueves de Dolor, pidió a los lacayos que le llevaran una segunda caja. Dejó de lado las primeras figuras. Algunas cayeron, pero no se molestó en ponerlas de nuevo de pie. Y empezó de nuevo. En el lugar de los caballeros británicos puso señores templarios con capas blancas y cruces rojas del Temple. Cambió los castillos de Aquitania por torres que semejaban los templos de la Orden en París. Como rey y reina de las piezas negras puso una figura completamente vestida de oro con una horrible cara de lechuza, y a una mujer vestida según la moda en Navarra. Los caballos eran caballeros del norte de Francia, los alfiles, dominicos vestidos de blanco y negro. La primera fila la ocupaban monjes penitentes sin rostro, cubiertos éstos por capuchas con apenas una abertura para los ojos.

—Me gusta jugar contigo y también con Niccolò —afirmó cuando hubo terminado—. No obstante, no quiero que el hermano Godin vuelva a tocar mis figuras. Siempre quiere que coloquemos de modo diferente las figuras de la segunda fila, pretende cambiar de sitio los caballeros y los alfiles. Además, él sólo entiende el juego como una matanza recíproca. ¡Ojo por ojo, diente por diente, como en el Antiguo Testamento de los judíos!

—La Inquisición —dijo Arnaud D'Aux.

Miriam miró fascinada el anillo con la amatista violeta. El padre Comyn lo sostenía frente a la llama de la vela de manera que pudiera identificarlo con claridad. Pasó un rato hasta que consiguió reaccionar y contestar a su pregunta.

—Nunca antes había visto eso. ¿Qué es? ¿Un anillo de obispo?

—Exactamente, eso es... Es el anillo del Papa, de cuando aún era obispo de Comminges y arzobispo de Burdeos.

—¿Y cómo es que lo tenéis vos? ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—El arzobispo de Burdeos lució este anillo hasta el día en que llevó a su hijo de diez años, Bertrand, al monasterio de los gramontenses en los Pirineos donde él mismo había profesado los votos sacerdotales. En su calidad de papa, podía entonces aspirar al anillo del pescador, no al de obispo. Tan sólo te cuento todo esto porque seguramente no debes de estar familiarizada con los usos y costumbres de nuestra Santa Iglesia.

—Hasta ahora sólo he entendido que me mostráis un anillo de obispo en la penumbra de una capilla solitaria, un anillo que debiera hallarse entre las joyas de vuestra Santa Sede en el palacio, o incluso en Roma.

—Entonces te iniciaré un poco más —prosiguió el capellán.

Colocó la vela sobre el polvoriento antepecho de una ventana y se dirigió hasta la entrada de la capilla. Todo estaba oscuro afuera. Sobre la ciudad se elevaba un halo de luz amarilla en forma de campana que procedía de las chimeneas de las casas. Aquella luz amarillenta se reflejaba tenuemente en las aguas negras del río. Al mismo tiempo se oían risas y canciones río abajo, en las tabernas del interior de las murallas que no habían quedado destruidas. Al mirar al otro lado del largo puente, reconoció algunos puntos luminosos sobre la torre de vigilancia de Felipe el Hermoso y en las primeras casas de la otra orilla, que habían sido reformadas por algunos cardenales a fin de ocuparlas. El capellán regresó al interior de la capilla. Miriam notó una excitación extraña en la voz de Mel Comyn cuando éste habló.

—Cuando este anillo se perdió en el monasterio de Comminges no se armó ningún revuelo, ni hubo escándalo alguno. El abad, el prior y algunos de los señores templarios que se hallaban presentes como huéspedes del nuevo papa imaginaron que Clemente le había entregado el anillo a su hijo como recuerdo. Comyn inclinó la cabeza para acercarla más a la luz, contempló el anillo y prosiguió:

—En aquel momento nadie podía imaginar que, dos años más tarde, Felipe, el rey de Francia, iba a hacer apresar a todos los templarios de la noche a la mañana. Tampoco a nadie se le habría pasado por la imaginación que el Papa llegara a disolver la orden algunos años después, pese a que no había sido posible probar oficialmente que los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón en Jerusalén fuesen culpables de herejía, estafa, sodomía entre los hermanos o blasfemia. Sujetó el anillo, lo inclinó un poco y añadió:

—Y aquí puedes verlo. El más secreto de todos los símbolos templarios, cuyos poderes mágicos provienen de los tiempos de la Cábala y del gran rey judío Salomón.

—Salomón, el rey sabio —murmuró Miriam involuntariamente en la vieja lengua de la Provenza.

—Al que obedecían los espíritus... —continuó el clérigo en el mismo tono de voz—. Además de este símbolo de la cruz en el corazón y el mensaje secreto en escritura templaria, justo encima hay otros dos que lo complementan. Deben estar juntos, como la Trinidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¿Entiendes?

—No —negó Miriam—. Y tampoco tengo por qué entenderlo. Nosotros sólo conocemos a un Dios, y no debemos adorar a un segundo o a un tercero. ¡Lo dicen los Diez Mandamientos!

—El capellán suspiró y puso los ojos en blanco.

—No tengo ganas de discutir acerca de tu religión o la mía —replicó—. ¡Pero los templarios eran cristianos, Miriam! Nunca dudaron de lo que nuestra fe y los Evangelios prescriben. Simplemente, cuando querían decir algo, lo decían mediante los símbolos que les resultaban evidentes y coherentes con sus sentimientos y su forma de pensar. Vosotros los judíos tenéis también muchos rituales y símbolos misteriosos que para quienes no profesan vuestra religión no significan nada y resultan imposibles de comprender.

Lo miró un momento, sumida en la reflexión de lo que acababa de oír, y después asintió.

—De acuerdo, ¿entonces qué pasa con los otros dos símbolos?

—Yo ya conocía uno de ellos antes de que el cardenal D'Aux me trajera consigo aquí —susurró el sacerdote escocés—. Por aquel entonces yo era un discípulo del templo de los Caballeros Templarios en Londres y él

ejercía de confesor de Isabel de Francia, la hija del rey Felipe el Hermoso y reina de Inglaterra. Vi por primera vez el símbolo en un libro antiguo.

—¿Y qué visteis? —preguntó Miriam de inmediato.

—La cruz en el corazón..., en un dibujo del Espíritu Santo, representado con el ejemplo de la antigua encomienda templaria de Aviñón..., cerca de una gárgola sobre la puerta del patio.

—¿Y habéis visto el símbolo? Quiero decir, ¿aquí en Aviñón?

Comyn sacudió la cabeza.

—No me ha sido posible hasta ahora —contestó—. Como es lógico he pasado muchas veces por delante del fondaco de los italianos, pero no quería delatarme y buscar el símbolo de manera demasiado descarada. En el intervalo he llegado a la conclusión de que sólo se puede ver desde el patio.

—¿Y el tercer símbolo? ¿Dónde se supone que está?

—Se perdió —fue su respuesta acompañada de un encogimiento de hombros—. He estado buscándolo por todas partes en todas las ciudades a orillas del Ródano. Tú sabes mejor que nadie que, en Lyon, un muro que se estaba cayendo hizo que nuestro Papa cayera de su caballo durante la procesión que se organizó en honor a su coronación. El rubí que se desprendió de la tiara entonces nunca más volvió a ser recuperado.

Ella lo miró en silencio. Sólo se le movían, e inconscientemente, las comisuras de sus labios.

—Durante años he tenido los ojos abiertos y los oídos atentos, he leído todo lo que he podido acerca del horrible incidente y de quienes perecieron en él, además he estado hablando con muchas personas. Pero sólo la confesión que, cuando sustituí al cardenal D'Aux, recibí del Santo Padre me llevó sobre la pista correcta. Me dijo que la última vez que había visto la piedra entre los escombros... la sostenía un chaval en su mano.

—¿Una mano de muchacho?

—Sí, la mano de un mozalbete que entonces debía de tener la misma edad que tú tienes ahora. Ésa es la piedra que quiero que me des, a cambio de esta amatista, cuyo símbolo ya conozco.

—Pero yo no tengo ninguna piedra roja —protestó ella, sin faltar a la verdad.

—Puede que tú no, pero en la coronación de Clemente V, en Lyon, hace ocho años, había un muchacho que quiso proteger a su padre del muro que caía sobre él y que se apoderó del rubí que se había desprendido de la tiara

del Papa, el cual había caído de su caballo y estaba rodando entre él y vuestro padre aplastado por las piedras...

—¡Eso no es cierto! —sollozó ella.

—¡Sí, Miriam! —exclamó el pelirrojo—. O tu hermano Seder, que entonces tenía la edad que tú tienes ahora o tu abuelo Eliah tienen el enorme rubí que cayó de la triple corona del Papa. Tal vez como indemnización por la muerte de tu padre y de los inocentes que perecieron en el atentado contra el Papa... pero también es posible que la piedra la tengas tú.

—¿Y por qué queréis cambiar las dos piedras?

—Yo ya conocía la existencia de la piedra violeta del anillo de obispo —dijo el capellán—. El cardenal D'Aux me habló de ella. Cuando le pregunté qué había sucedido hacía ocho años en Comminges, me habló de esta amatista. Y también me dijo que desde lo ocurrido en el monasterio el hijo del Papa llevaba el apodo de Smaragdus.

—Eso tampoco significa nada —replicó Miriam—. ¿Qué queréis realmente, reverendo? ¿Y por qué el cardenal Godin persigue con tal entusiasmo al hombre que ayer casi muere ahogado aquí, delante de esta capilla?

—Él sabe algo —dijo Comyn—. Pero por otra parte, no sabe nada. Pero quien lo tuviera a él y a las piedras con el símbolo templario podría luchar contra la muerte y la enfermedad y cambiar de ese modo el mundo.

—¿Por qué me contáis esto? ¿Qué puedo hacer yo por vos?

Comyn tomó la vela del alféizar de la ventana y colocó la mano detrás de ella, como si se dispusiera a apagarla de un soplo. Con sus labios ásperos hizo un gesto que se asemejaba a un beso. Por un momento, Miriam no estuvo muy segura de cuáles eran sus intenciones. Veía en su rostro de escocés los capilares rojos, producto de cuidarse excesivamente con buen vino y buena comida. Como hechizada por algún tipo de sortilegio extraño, miró en sus ojos acuosos, de un color azul muy claro.

—Pregúntale a tu abuelo qué es lo que él y los otros ancianos de la comunidad judía saben acerca de una piedra preciosa roja y violeta. Y pregúntales también qué saben acerca de la cruz en el corazón... Apagó la llama de la vela.

—Y ahora ¡márchate! —ordenó desde la oscuridad. Miriam notó que un escalofrío recorría su espalda—. Los guardas tienen órdenes de dejarte entrar de nuevo en la ciudad.

—¿Y vos?

—Yo me quedaré aquí a pedirle a Dios benevolencia y perdón para todos nosotros hasta que vuelva a salir el sol. Y el lunes, cuando suenen las campanadas de mediodía, quiero verte con una respuesta en el mercado, ante el palacio.

Miriam se limitó a asentir y se abstuvo de decirle que no podía preguntar a su abuelo Eliah porque hacía un rato que éste había salido de la ciudad.

OceanofPDF.com

La esposa del comerciante pareció volver en sí de repente. Se liberó del abrazo de Seder y, pasando junto a Bertrand, se dirigió riendo hacia una mesa de madera que olía a aceite de pino. Por el camino rozó un gracioso jarrón que tenía una imagen pintada con pequeñas perlas de color. La imagen representaba extraños árboles sobre tortuosos riachuelos y caras inusualmente redondas con ojos almendrados enmarcadas por unas trenzas negras.

—¡Oh! —exclamó riendo por encima de su hombro—. Ésta es nuestra mejor pieza, que el Santo Padre no quiso tener. Proviene de uno de los primeros obispos, al que Clemente envió a la lejana China... o, para ser más exactos, a Catay.

Bertrand apenas la reconocía. La mujer que hacía un instante parecía lasciva y pecadora charlaba tan inocentemente y tan llena de alegría como una jovencita en un lavadero. No se sonrojaba al mirarlo y no parecía albergar ningún tipo de sentimiento de culpabilidad por su reciente comportamiento impúdico.

—Poco faltó para que nos creyéramos las fanfarronadas de ese tal Marco Polo —siguió mientras chupaba unas almendras caramelizadas que tomaba de una fuente de plata que había sobre la mesa—. ¿Creéis que es verdad todo lo que ese mentiroso se inventó en la prisión de Génova? En cualquier caso mi marido quería abrir un fondaco en alguno de los reinos mongoles. Por suerte, al final sólo enviamos por toda mercancía una caja de trufas blancas de los alrededores conservadas en aceite de oliva a esos individuos de ojos rasgados. Quizás nuestro obispo pueda convertirlos más rápidamente así que con la palabra de Dios.

Se rió y colocó otra fuente de plata, la cual contenía nueces ya peladas, unos pequeños pastelillos recién hechos y otros dulces diversos sobre la mesa de madera que lucía en los cantos unas cabezas de león talladas.

—Tomad cuanto queráis —dijo la bella mujer al tiempo que le guiñara un ojo a Bertrand—. Estos dulces son verdaderamente exquisitos. Tenemos muchos y, aunque los cruzados quisieran hacer de ello un secreto, nosotros sabemos prepararlos con el jugo dulce de las plantas en forma de caña del sur de Asia. Desde su infancia en casa de su madre, Bertrand no había vuelto a ver tan de cerca a ninguna dama ataviada con tanta elegancia. Tenía el cabello negro, y del mismo sobresalían pequeños rizos negros y rebeldes

por debajo de la cofia de damasco rígido de color verde con que se tocaba la cabeza. Se había por fin atrevido a mirarla directamente.

De la cofia colgaba una cola de seda fina del mismo color, semejante a cabello artificial, que le caía sobre los hombros. Aunque aún no había llegado mayo, ya se había puesto el atuendo verde llamado del amor primaveral: el surcot, de mangas ajustadísimas y que colgaban sobre las manos, cosidas de tal manera en las axilas que dejaban ver la piel desnuda y el vello de la zona de manera pecaminosa. También su falda o cotte se ajustaba tanto a las curvas de sus caderas que cualquiera habría adivinado que tenía un cuerpo muy esbelto.

Seder alzó las manos. Por un momento, dio la impresión de querer caer de rodillas delante de ella como un trovador ante su dama.

Esperemos que no le dé por cantar, pensó Bertrand preocupado. Por primera vez desde que había tropezado con Seder en su camino, se sintió mayor que él a pesar de ser más joven. Ahora se daba cuenta de cuál era la fuerza de aquel judío. ¡Pese a estar circuncidado, aquello no parecía afectar a su fogosidad!

Bertrand se preguntaba por qué todo el mundo, él, los hermanos del monasterio de St. Jacques y los estudiantes de la Sorbona, estaban tan convencidos de que los judíos no entendían nada de sentimientos humanos, del amor o del canto de los trovadores. Claro que, ¿acaso había visto alguien alguna vez un trovador judío?

A lo largo de las últimas horas, Bertrand había admirado cada vez más la destreza y el arrojo de Seder. En cada uno de sus movimientos, de sus miradas o de sus palabras tropezaba con un mundo muy diferente del suyo, del que había conocido hasta el momento bajo la custodia de los monasterios y la protección de la mano de Dios.

Seder no había sido moldeado por la severidad monástica, la disciplina y la automortificación. A pesar de ello, Bertrand iba descubriendo una enorme e inesperada afinidad en el carácter y la conducta del judío perseguido, de tal calibre que se sintió asustado.

—Uno de vosotros puede dormir hoy aquí —le dijo la esposa del comerciante ausente a Seder. Sonreía alternativamente a Seder y a Bertrand—. Pero sólo uno —añadió a continuación. Se levantó y se dirigió a Bertrand. Se detuvo a dos pasos de él y lo examinó de arriba a abajo con sus enormes y oscuros ojos.

—Que no se te ocurran tonterías —le advirtió Seder—. Nuestro pequeño ni tan siquiera está todavía circuncidado.

—Bueno, tal vez cuente con otros atributos muy distintos —replicó ella con una voz profunda y melosa—

. Los hombres recién salidos de un monasterio son como los capones; se diría que están castrados, pero saben divinamente.

—Pero yo no soy... —protestó Bertrand.

Pero no pudo seguir porque Seder y Elena se habían echado a reír.

—Te dejaré una cámara en nuestro fondaco, la antigua encomienda templaria —le propuso ella, sin dejar de reír. Nunca antes se había encontrado con una mujer casada que se riera de tal modo y sin vergüenza alguna ante los demás—. Allí estarás seguro por el momento, cuando lleguen los días de fiesta ya veremos lo que se puede hacer contigo.

Bertrand advirtió que le subía la sangre a la cabeza. Cada palabra, cada gesto de aquella mujer endemoniada era ambiguo y le trastornaba. Era tan provocadora que empezó a echar de menos a la hermana de Seder. También su recuerdo le excitaba, pero de una forma diferente, muy bella y pura, semejante al sentimiento al que cantaban los trovadores de Aquitania.

—Mi guardaespaldas negro te llevará. Lo trajimos de España. Nunca dice nada, pero ve y percibe cualquier posible peligro en los callejones, incluso antes de que ese peligro exista.

Los penitentes grises

Un poco más tarde, cuando ya había caído la noche y las tabernas y posadas habían cerrado, Bertrand salió a hurtadillas de la casa de Marco Ambrogio, tras los pasos de un joven africano de piel oscura. Elena y Seder se habían puesto de acuerdo en que lo más seguro era que Bertrand no saliera del fondaco y que se quedara en casa de un hombre llamado Tonio Brazzi. Mientras la mujer del comerciante escribía una breve carta de presentación, Seder le había estado contando lo que sabía sobre el personaje. Antonio Brazzi debía de haber sido uno de los mejores armeros, por lo menos hasta el momento en que abusó de su fortuna y de sus conocimientos. De hecho, al final ya no era ni maestro, sino un simple comerciante de armas..., pero sólo hasta el día en que no le pagaron por una remesa de trescientas espadas de Passau con incrustaciones de cobre en las empuñaduras, que tenían la forma de un lobo a punto de echar a correr. Era un encargo del kaiser Enrique VII, que falleció en el intervalo, razón por la que nunca se pagó el encargo.

Tras aquel incidente, Tonio Brazzi habría podido colgarse o acudir a la llamada torre de las deudas de Milán. En lugar de esto transfirió todo su saber, sus deudas y a sí mismo al gran comerciante de Pisa Marco Ambrogio, que entonces contaba con sólo treinta años recién cumplidos; pero no en calidad de esclavo o siervo de un señor feudal, sino como una especie de prenda viviente a cambio de la liquidación de la deuda por parte de Antonio.

Elena se rió como una jovencita cuando Seder contó que esta deuda se había ido saldando poquito a poquito: Tonio Brazzi se las ingeniaba para reunir dinero cuando su parte de las ganancias mensuales en el fondaco no le alcanzaba. Le vendía a Eliah su conocimiento y su información sobre las vías comerciales, los mercaderes y los mercados, y recibía a cambio, además de una bolsa con florines de oro, alguna que otra noticia relativa a la corte del Santo Padre, luego le pagaba a Ambrogio con lo que sacaba de todo ello. Además utilizaba una parte de su conocimiento secreto para hacer que sus propios negocios prosperaran más de lo habitual.

De esta manera todos sacaban tajada de este extraño trabajo en equipo. E incluso quedaban algunas migajas de noticias para algunos cardenales, para los abades de los Caballeros de la Orden de San Juan o de los

Hospitalarios o para los enviados de príncipes lejanos, ávidos de información, a cambio de algunas monedas tintineantes o algunas revelaciones susurradas al oído.

Elena lacró la carta, se la dio a su guardián moro, y se quedó a solas con el impaciente Seder. El moro se movía como una urraca por los tenebrosos callejones de Aviñón. Se resguardaba en las alargadas sombras de las casas, atento a no tropezar con los perros dormidos, las ratas huidizas o los mendigos acurrucados en los huecos de las paredes y tapados sólo por las sombras. Aunque casi debían tener más cuidado con los agotados o borrachos peregrinos que llegaban a la ciudad por Semana Santa, que aquella noche no habían podido encontrar cobijo y se acurrucaban unos contra otros junto a sus escasos enseres.

El cielo estaba otra vez cubierto. Sólo en dirección al Mediterráneo, en el cielo nocturno del sur, despuntaban algunas estrellas, eran brillantísimas y Bertrand nunca había visto nada igual en París. Aquella noche hacía fresco. Sin embargo, el frío y las luces nocturnas en el cielo le recordaban los años de su infancia que vivió en las estribaciones de los Pirineos.

Pasaron delante de la iglesia de San Pedro, y luego por la judería y la place Jérusalem, con su sinagoga, para adentrarse seguidamente en la amplia calle que conducía a la puerta del obispo Agrícola. Por primera vez, el moro sacó de debajo de sus ropas un largo puñal que llevaba sujeto al cinto. Aquel hombre de piel oscura y turbante gris no era un esclavo de Ambrogio, sino el protector y guardián de la esposa del mercader durante sus largas ausencias.

—¡Los grises! —le dijo en susurro a Bertrand—, no son los guardianes de la ciudad, sino los malditos hipócritas de los penitentes, que los hay de tres clases...

—¡No oigo ni veo nada! —dijo Bertrand también en susurros.

El moro levantó su puñal e hizo que la luz de las estrellas brillara sobre el filo curvo en dirección a la puerta de la ciudad.

—¡Allí delante, dos hombres! pénitents gris, ¡son los peores! Más rápidos y crueles que los pénitents negros o los blancos...

—¡Ahora los veo..., llevan hábitos con capucha! —exclamó Bertrand—. Parecen demonios voladores con agujeros en la capucha.

—Yo les llamo sabandijas —siseó el moro—. Seres fracasados que ya no quieren obedecer a su abad. No mucho mejores que mendigos y beguinas, pero mucho peores que los dominicos. Se ponen al servicio del mejor postor. Y éstos están al servicio del cardenal Godin. A todo aquel que atrapan por la noche lo llevan a la guardia de la Santa Sede o directamente a los calabozos de tortura de su nueva casa allá enfrente.

—¿Y por qué lo hacen?

—Porque todo el que teme a los enemigos acabará por encontrárselos —dijo el africano con aire misterioso al tiempo que miraba hacia las rocas que había entre la catedral y el palacio de episcopal—. Dios todopoderoso lo ve todo. ¡Y los de allá enfrente encuentran siempre lo que buscan! Tarde o temprano acabarán por dar también contigo. Entonces encontrarán cosas en tu memoria que tú hace mucho que has olvidado.

Bertrand sintió un escalofrío. Notó una presión desagradable en el vientre. Todo su cuerpo se contrajo por el miedo a lo desconocido, a los demonios de las tinieblas, al castigo de Dios y a los asesinos que lo acechaban por todos lados, detrás de cada sombra, a la vuelta de cualquier esquina, y que podían despedazarlo.

Sintió unas ganas terribles de estar en una cama, en una casa segura y de sentir las suaves caricias de las manos de la muchacha del largo cabello castaño.

—Señor mío Jesucristo, haz que sobreviva a esta noche y pueda volver a verla...

Cuando Miriam se levantó era todavía muy temprano. Enseguida recordó los acontecimientos de la noche anterior. Sabía que le quedaba poco tiempo. Si quería enterarse de algo aquel jueves por la mañana tenía que darse mucha prisa. Muchos de los adultos susceptibles de saber algo debían de haberse puesto ya en camino. Después de la prohibición de viajar o transportar mercancías en domingo a todos los habitantes de Aviñón y sus alrededores, los judíos solo se quedaban en la villa cinco días por semana, pues el Sabbat tampoco podían hacer nada, ni siquiera negocios.

Por eso muchos ya se habrían puesto en marcha con sus carretas, mulos o burros para viajar hasta los mercados de Carpentras, o bien río abajo, hacia Morgue y Orange, y río arriba, hacia Tarascón y Arles. La noche anterior había estado dando vueltas y cotilleando en el barrio Carrière. A diferencia de otras zonas donde por las noches reinaba la calma, los estrechos callejones de la judería seguían permitiendo burlar la prohibición y cometer pequeñas infracciones. Además existían pasadizos y muros en los patios que sólo los iniciados conocían...

Tras indagar en casa de tres familias amigas no pudo enterarse de nada acerca de las piedras, y en otras dos, en la place Jerusalén, solo pudo oír que Eliah iba a volver a gastarse una gran suma de dinero en los trabajos de orfebrería para los pergaminos de la Torá de la nueva sinagoga. Pero eso ya lo sabía. Había hablado con él de ese asunto. Aunque los habitantes de la ciudad dieran por descontado que los judíos de Carrière eran una comunidad donde todos estaban emparentados entre sí, aquello no tenía nada de cierto. Debido a los inmigrantes, a las víctimas de saqueos en sus propias ciudades y a los expulsados de muchos países y regiones, la comunidad judía de Aviñón había cambiado en los últimos años mucho más que en todos los siglos anteriores. Junto a los habitantes de toda la vida, que seguían dividiéndose en ricos y pobres, ortodoxos y triunfadores, se habían instalado nuevas familias. También en el campo en torno a Carpentras se habían producido cambios, aunque no tan flagrantes como en Aviñón.

Habían pasado doscientos cincuenta años desde que los últimos sarracenos abandonaran la Provenza. Por supuesto que la culpa la tenía el frecuente y peligroso mistral, pero en algunos pueblos de montaña todavía se veían más restos de minaretes y sinagogas que iglesias con altas torres, como las que aparecen en dibujos de otras regiones y en las descripciones de los libros. Como de costumbre, Miriam dio primero de comer a los

animales, luego se lavó y se vistió como una campesina, con una blusa de color crudo, un cinturón tejido a mano con un dibujo en zigzag de color marrón y, en el lado izquierdo, unos cordones que colgaban hasta la rodilla y de donde pendían las llaves, la bolsita del dinero y una navaja. Por último tomó una cesta de asa trenzada y se dirigió al gallinero con la intención de recoger los huevos.

—¡Esos bárbaros! —gritó indignada al ver la que habían montado el día antes Seder y Bertrand en el gallinero. Sólo encontró ocho huevos frescos intactos.

Salió de la casa y luego del patio, saludó a los vecinos de la rue Jacob y de la rue Rouge. Sabía de donde habían tomado aquellos callejones empinados aquel nombre que sonaba casi inofensivo. La palabra rouge no tenía su origen en el color de las rosas, ni de los corazones inflamados o el fuego de los labios de los amantes, sino del reguero de sangre de los degollados.

Los crueles acontecimientos del angosto callejón se remontaban a casi medio siglo atrás. Sin embargo, guardaban alguna relación con la nueva lucha entre los poderosos por Aviñón. No en vano fue allí donde el majordomus franco Carlos Martell había aniquilado, con la ayuda de sus caballeros protegidos dentro de sus armaduras, a los sarracenos que se adentraban cada vez más hacia el norte. Las luchas entre cristianos y musulmanes se habían prolongado durante muchas generaciones desde los Pirineos hasta el Ródano. Carlos Martell había luchado en Narbona, Aviñón y Arles contra los partidarios de Alá, y su nieto Carlomagno se había aventurado incluso hasta España. Pero sólo allí los judíos no habían acabado aplastados entre las piedras de molino de los otros creyentes, los cristianos y los musulmanes... Miriam ya había soñado muchas veces con ir andando hasta España para quedarse a vivir allí. ¿Acaso no existían también los caminos que llevaban a los peregrinos hasta Santiago de Compostela, en el extremo occidental de la península Ibérica?

Sentía escalofríos al pensar en las cruentas luchas que se libraban en las calles de Aviñón y trataba de imaginar cómo podía ser una convivencia pacífica en Toledo o cualquier otra ciudad española. Sonrió al pensar en su gran sueño. Por primera vez tenía una idea de con quién quería cruzar los Pirineos para llegar a la España musulmana. El héroe que la acompañase debiera tener la piel clara y el pelo fino y rizado, en la cabeza y en el pecho...

—¿Tan temprano y ya en danza, Miriam? —preguntó una voz desde la casa a cuya puerta acababa de llamar—. ¿Ha pasado algo con Eliah o con tu hermano?

—No, pero me gustaría preguntarle algo a Tate. Él conocía al rabino Ascher Ben Jechiel de Coblenza.

—Claro que lo conocía, ¿quién no lo conoce? Pero Ascher emigró a España hace ya diez años y se ha convertido en el presidente del Tribunal Judío de Toledo.

—Por eso lo pregunto.

—Ven, entra y explícanos lo que quieres saber. De todos modos por ocho huevos frescos seguro que obtienes una respuesta.

Demonios con capuchas grises y pequeñas aberturas en los ojos se inclinaban sobre él, le manoseaban el pecho, intentaban ahogarlo con la manta y arrancarle el falo. Bertrand se levantó gritando, los apartó

de un manotazo y se despertó. Se incorporó respirando aguadamente, mientras su cuerpo era víctima del martirio de una vergonzosa voluptuosidad. Tragó saliva, mientras su mirada escudriñaba veloz en la penumbra de una habitación desconocida. Luego se sentó en la cama e intentó aclarar las ideas. Mientras vivió en el monasterio St. Jacques y después cuando estudió en la Sorbona, su vida había transcurrido en una especie de jaula modesta pero protectora, en un coto abierto donde no debía preocuparse ni por la ropa ni por la comida, por el orden de los días o por el contenido de sus oraciones. Había vivido día y noche inmerso en una fe continua para con Jesucristo y el Todopoderoso; incluso en un terror, que cada vez le atormentaba más, el final definitivo de la vida, la amenaza del fin del mundo y del Apocalipsis subsiguiente.

El Gran Año Santo, proclamado a principios del nuevo siglo por el papa Bonifacio, posteriormente asesinado, no había traído consigo el fin del mundo. El fin del mundo precisamente no, pero sí una serie de catástrofes y acontecimientos terribles, de cosechas perdidas, sequías y hambrunas, asesinatos y guerras, así como la desaparición de órdenes caballerescas y dinastías enteras.

¡Y luego el segundo destierro de Babilonia! ¿Por qué el segundo? El primero lo había sufrido el pueblo de Moisés después de la destrucción del templo en el año 586 antes de Cristo, cuando el rey de Babilonia, Nabucodonosor, había condenado a los judíos al exilio, del que no pudieron regresar hasta setenta años después, durante el gobierno del rey persa Ciro I. Pero, ¿qué tenía esto que ver con los papas cristianos?

¿O es que algunos círculos en Roma esperaban que la curia se mantuviese alejada como mínimo durante setenta años de la ciudad del Tíber?

Bertrand se sorprendió ante aquellos pensamientos sacrílegos. Al principio tuvo la impresión de estar de nuevo en la casa del abuelo de Seder y sonrió al pensar en su nieta. Pero comprobó sorprendido que por segunda vez consecutiva despertaba en una cama desconocida. Parpadeó, y en aquel momento de la calle le llegó un ruido distinto al de la rue Jacob en el barrio judío Carrière. Oyó el chirrido de un carro tirado por caballos. Vozarrones

masculinos se daban los buenos días en dialecto toscano y lombardo. Bertrand sólo intuía lo que decían. Estas lenguas contenían algunas palabras y giros que era capaz de traducir gracias a su latín, pero el resto le resultaba incomprensible o le parecía alemán o hebreo.

De fuera llegaba el sonido de los barriles de madera al rodar sobre los adoquines, el hierro batiendo sobre el hierro, y por la pequeña ventana entreabierta del dormitorio entraba el olor a tortas de avena y a piñones bien tostados.

Bertrand no aguantó más tiempo entre las sábanas arrugadas y saltó de la cama. ¡No podía pasarse la vida durmiendo! Tras estirarse, juntó las manos y susurró una rápida plegaria al rey de la cristiandad y a su adorada Virgen María. Sólo con ayuda divina iba a poder llevar su misión a buen puerto y llegar hasta su padre.

El corazón empezó a latirle cada vez con más fuerza debido a la expectación y la curiosidad. Estaba en Aviñón, sí, en Aviñón..., en la misteriosa y soleada Provenza, fustigada por el mistral y llena de aromas deliciosos tanto del cielo como de la tierra. Y por si fuera poco en una casa de comerciantes italianos, donde, si era verdad lo que le habían contado el día anterior la esposa del mercader y su amante, podría encontrar desde especias de todo el mundo a refinadas telas de Italia, Inglaterra y Flandes, pieles de cebellina y visón de la Hansa teutónica, así como también armas y armaduras de todo tipo. Se puso los pantalones y una camisa que le llegaba a medio muslo y que le había llevado el moro, junto con algunas otras cosas, después de que, como habían acordado, lo encomendara al maestro de la casa. Bertrand sonrió y se acercó a la ventana. Qué raro lo ocurrido la noche anterior, nunca se había imaginado así la vida fuera de los muros del monasterio. Bien mirado, la vida aquí se basaba, igual que en todas partes, en reglas fijas: dar y recibir, castigo y recompensa. Se asomó al patio de la vieja komturei. Aunque ya no había ningún templario ni sus escuderos echando una mano, ni pululaban caballeros de ninguna orden con armadura y una cruz negra sobre capa blanca, se podía uno imaginar perfectamente el aspecto que debía de presentar aquel patio hasta hacía pocos años. Seguían existiendo los mismos almacenes y establos. Los comerciantes italianos también habían dejado intacta la capilla con sus hermosas vidrieras multicolores.

—¡Eh, tú, el de ahí arriba! —gritó de repente uno de los hombres del patio—. ¿Te crees que el trabajo va a subir ahí a buscarte?

—¡Se llama Bertrand, como el Santo Padre! —gritó otro.

Reconoció la voz, era la de Tonio Brazzi, el fornido capataz del fondaco de Ambrogio en Aviñón. Cuando la noche anterior leyó la carta de la signora, habían estado de acuerdo con respecto a su sugerencia, es decir, hacerle pasar no por un estudiante de París sino por un monje huido del condado de Toulouse.

—Venga, baja, y tómate tu plato de papilla..., ya sabes que debo estar en palacio antes de que den las campanadas del mediodía.

Mientras bajaba las amplias escaleras de la casa principal de la komturei, Bertrand recordó lo que le había contado Seder sobre el armero de Milán castigado por la rueda de la fortuna. Vio que cargaban armas envueltas en una lona de cuero rajado sobre un carro de cuatro ruedas; decenas de lanzas de torneo, cuyas puntas, que se abrían en tres brazos curvos, eran envueltas por varios braceros en trapos de lino y estopa.

Arqueó las cejas un poco sorprendido. Si no se equivocaba, hacía mucho que el Santo Padre había prohibido todo tipo de torneos. Luego asintió y se apresuró a bajar las escaleras. Tal vez ésa era la razón de que existiera un comercio secreto, y por consiguiente lucrativo, con aquellas de por sí inofensivas lanzas sin punta. En todo caso, la pequeña estancia del primer piso de la casa principal y los otros edificios de la antigua residencia de los templarios en Aviñón iban a ser su hogar por un tiempo. Por lo menos hasta que pudiera encontrar la manera de hablar con su padre.

Antes incluso de la plegaria matutina de las monjas, varios visitantes entraron en el palacio del Papa. No fueron recibidos de inmediato, sino que tuvieron que esperar ante el gran portal de acceso a que les fuera permitido entrar. Casi todos consideraron que aquella forma de tratarlos era indigna y vejatoria. Sobre todo porque, para colmo, del mercado colindante llegaban todo tipo de ruidos y olores, no siempre los más agradables para sus sensibles oídos y olfatos.

La mayoría de ellos vivía en alguna de las casas que la curia había ido comprando o alquilando en la ciudad, o bien tenían ya casa propia. Con todo, casi todas ellas eran angostas y pequeñas como también lo era el palacio episcopal de Aviñón.

Era precisamente en estas quejas y protestas por la estrechez de las casas, así como en algunas nostálgicas alabanzas a los fastuosos edificios de la Ciudad Eterna, en lo que los clérigos y enviados de los príncipes de Europa ocupaban la mayor parte de su tiempo.

—Este tipo de invitaciones con tan poca antelación por parte de la Santa Sede serían impensables en Roma —murmuraba el representante del obispo de Colonia—. La audiencia estaba prevista para hoy, es verdad, pero yo imaginaba que la cancelarían por culpa del mal tiempo y las inundaciones..., pero no, el mensajero ha exigido mi inmediata presencia incluso sin siquiera haberme dejado terminar el desayuno.

—Querréis decir el primer cáliz de vino tinto —le interrumpió el representante de Inglaterra, que se echó a reír a carcajadas por su propia ocurrencia.

—Ni siquiera hay arcadas ni columnatas, para poder ir paseando mientras hablamos de nuestras cosas —

se lamentó uno de los grandes de España, cuya familia hacía poco menos de un año se había hecho construir una lujosa villa a orillas del Tíber, cerca del castillo Sant'Angelo, y que ahora había dejado de tener utilidad alguna.

—Yo cada vez me acostumbro más al río y a las barcas —comentó el enviado de Venecia—. Claro que es sabido que el agua también nos puede traicionar.

—Quita, quita, —replicó un representante del arzobispo de Colonia—, nosotros también tenemos agua y graves inundaciones, pero no sé nadar, y a mí me resulta más seguro el hermoso puente, a pesar de los lamentable

daños que ha vuelto a causar en las murallas de la ciudad. Los enviados y sus acompañantes, secretarios y notarios, subieron apretujados por aquellas escaleras demasiado estrechas para audiencias de tal envergadura. Al llegar arriba comprobaron que apenas había espacio para un encuentro como era debido con el Santo Padre.

—Más apretados que en una iglesia escocesa durante la coronación del rey —bromeó altanero el enviado de Inglaterra.

—O que en una subasta de granos de mostaza egipcios en un fondaco de Venecia —apuntó el representante veneciano.

—¿Alguna de sus señorías sabe para qué se ha requerido nuestra presencia aquí? —quiso saber un tercero.

—Lo más posible es que se trate otra vez de los lamentos de siempre sobre la pobreza de la Iglesia católica y la maldad del mundo —comentó el emisario de Colonia en un tono irreverente—. Y si en esta ocasión el pontifex aparta su mirada del cielo y la dirige a la tierra, seguro que es para inmiscuirse en la disputa por la corona de Alemania. Ya veremos si se decide por Luis de Baviera o por Federico de Austria.

—Todo dependerá de lo que sus obispos, como príncipes electores, recomienden después a la hora elegir un rey alemán como emperador del Sacro Imperio Romano —señaló el inglés—. Seguro que el oro y una serie de descarados privilegios pesarán sobre su decisión.

—Pero, a lo mejor, por fin el pontifex da su brazo a torcer y abandona Aviñón —comentó uno de los obispos italianos, huésped precisamente en aquel momento de la Santa Sede—. Ello haría que las decisiones futuras resultaran mucho más fáciles.

—La ciudad es bonita y también los alrededores —afirmó el veneciano—, pero me echo a temblar cada vez que soy presentado ante nuestro dux en calidad de enviado en el extranjero. Allí suenan nombres famosos como Bagdad, Constantinopla o Damasco. Pero cuando suena el nombre de Aviñón, siento que se me clavan en las mejillas y en el corazón miradas llenas de compasión. Sí, es imposible ignorar la pena que se adivina en todas las miradas. Aviñón tiene resonancias de despedida del mundo, de Apocalipsis y última avanzadilla antes de la frontera. Si por lo menos se llamara Avenio, como durante el reinado de Adriano, cuando aquí aún había legionarios estacionados y los esclavos construían templos, termas y teatros.

—Eso suena a que os morís de ganas de regresar a Roma...

El veneciano levantó implorante sus manos al cielo.

—¡Ojalá el Todopoderoso nos concediera esta gracia!

—O el rey de Francia —intervino con sorna el inglés—, pues creo que en este asunto pinta más que el de arriba.

Retiró un poco hacia atrás su sofisticado sombrero y señaló con la mano enguantada hacia el cielo. Ni un relámpago, ni el estruendo de un trueno lo fulminó por la pequeña blasfemia que aquella mañana le había infligido a Dios.

—Yo en todo caso me voy a construir un palacio al otro lado del río —dijo el español—. Es territorio francés, pero es que aquí en Aviñón me resulta todo demasiado pequeño y provinciano. Ya no queda sitio para casas con patios interiores, como nos gustan a nosotros. Y las que todavía se pueden comprar a los habitantes de la ciudad cuestan un dineral y no son más que casuchas de mala muerte.

—¡No será para tanto! Sobre todo si uno se ha preocupado de ir acumulando, a su debido tiempo y a una señal del cielo, casas en ruinas a buen precio, solares económicos y pagarés de los maestros de las casas mencionadas... —cuchicheó para sí mismo el cardenal Godin que había escuchado las últimas frases de la conversación. Pasó por delante del enviado inglés y luego del español hasta llegar junto al Santo Padre y los otros dos cardenales—. Si están pensando en arrendar o comprar terrenos en Aviñón o en Villeneuve de Aviñón deberían preguntarnos primero a nosotros, los dominicos.

—¡Ah, por ahí van los tiros! —susurró el inglés para luego reírse quedamente—. Su Excelencia había previsto que el suelo se iba a convertir en un bien escaso, y además actuó a tiempo.

—Previsión —replicó el maestro de palacio—, sólo previsión ante las necesidades de la Santa Sede...

La última audiencia

El martillo, el yunque, el fuelle y el fuego habían convertido a lo largo de los años a Antonio Brazzi en un hombre de fuerte musculatura y ancho tórax. En sus mejores épocas debía de haber tenido hombros de toro, zarpas de león y el tronco de un majestuoso caballo de torneo. Desde entonces había perdido no sólo su fuerza sino también su profesión y su próspero futuro.

Sólo un resquicio de honor impedía que acabase convertido en un vejestorio deforme e hinchado por el vino. Ya no le quedaba ni patria ni esposa ni amigos. Era imposible domar su despeinado cabello negro y en su cara, marcada por las chispas de la fragua como si fueran cicatrices de viruela, no asomaba nunca una sonrisa, sino como mucho una hilera de dientes amenazadores. Bien mirado, la verdad era que le iba mejor que a la mayoría de los hombres que se veían obligados a trabajar día y noche para su señor. Pero Tonio Brazzi se guardaba mucho de dejar traslucir ni pizca de satisfacción o de cordialidad. Todas estas características de la personalidad del capataz de Marco Ambrogio en Aviñón ya habían impresionado en sumo grado a Bertrand la noche anterior. Tonio Brazzi no era ni piadoso ni humilde, sino ruidoso y sin pelos en la lengua.

El capataz se acercó a él con pasos inusualmente cautelosos.

—Oye, tú, el monjito rubio de París —refunfuñó burlonamente como un caballero sin armadura capaz de levantar con una sola mano a un escudero de la silla de montar—. ¿Qué pasa, has montado alguna gorda y has tenido que salir corriendo para esconderte por algún tiempo en una escribanía?

—No soy monje —replicó Bernard—. Además, no he montado ninguna.

—¿Sabes qué te digo, angelote? Que me importa un bledo tu vida. La signora Elena quiere que te escondamos aquí, y nosotros te escondemos. Pero nada de exigencias, ni de comentarios, ¿entendido?

Se acercó caminando con torpeza al pesado carro que estaban cargando, y vio que en uno de los lados se podían distinguir las lanzas por debajo de los fardos. Incluyó lentamente hacia delante su cabeza de toro, luego se volvió y levantó el dedo meñique de la mano izquierda para llamar a los mozos que estaban ocupados en envolver las lanzas y cargarlas. No eran mayores que Bertrand, y parecían proceder de países diversos. Con cara de

susto y el gesto torcido, se fueron acercando hasta quedar a un palmo del dedo meñique de Tonio Brazzi. El antiguo armero empezó a mover ante la nariz de los chicos el meñique como si fuera un arma letal, incapaz de decidir a quién iba a castigar por el trabajo mal hecho y por la manera tan chapucera de envolver las lanzas.

—Un día sin sueldo —arriesgó el joven de la izquierda.

—Tres días sin sueldo —se apresuró a aumentar el de la derecha.

—No, no, una semana —farfulló el del medio.

—¿Y por qué? —preguntó Brazzi con una voz amenazadoramente suave que sonó casi como la de un padre preocupado hablando con sus hijos más queridos.

—Porque hasta el más tonto de los guardias de la puerta de los tintoreros hubiera advertido lo que hay en el carro... hemos hecho los bultos demasiado deprisa y las puntas están pésimamente protegidas.

—Menos mal que te has dado cuenta —dijo, antes de asestar el golpe. Metió el dedo meñique en una de las narices del joven y casi lo levantó en volandas. Por el patio de la antigua komturei de los templarios resonó un escalofriante y ensordecedor aullido. El joven puso las dos manos ante el rostro para intentar proteger su nariz ensangrentada contra una nueva embestida del dedo del capataz.

—Alégrate y da gracias por no trabajar para los hebreos —gruñó Tonio Brazzi—. Tienen en las sinagogas deditos de oro y plata con los cuales leen en la Torá. No sabes lo divertido que sería taladrarte tu puñetera nariz con uno de ellos...

Bertrand estaba horrorizado. Hasta aquel momento solamente había oído de tales atrocidades, jamás las había presenciado. En la Sorbona y en los claustros del monasterio se solía rezar y guardar silencio por las víctimas inocentes de la maldad en el mundo, así como también meditar con fervor ante una hilera de velas, al borde de los caminos. Bertrand nunca había visto a un joven conde, despedazado en un combate a espada durante un torneo, tirado en el suelo sobre el charco de su propia sangre. Nada sabía del hedor, los piojos, ni del barro de orines y mugre de los campamentos de los soldados, ni del sisear de las ratas ávidas sobre la paja podrida con la que se tapaban los mendigos hambrientos bajo los puentes de París o con la que los sometidos a tormento, en fríos y mohosos calabozos, a duras penas se cubrían las llagas. Ignoraba cómo rechinaban, se oxidaban y se clavaban en las carnes de los héroes las bisagras de las armaduras bajo la lluvia. No

sospechaba que los braceros de las obras, después de un día con los huesos cansados y las articulaciones molidas, de buena gana se hubieran cambiado por uno de esos monjes que creían que el dolor causado por un látigo de púas ya era penitencia suficiente para ganarse el cielo. A decir verdad, de todo ello sólo había leído u oído algo. De lo único que era consciente era que el trabajo de los campesinos a destajo para el señor feudal, en los campos y los viñedos, no era ningún plato de gusto; ya de niño, cuando vivía en Comminges, se había dado cuenta de ello. Lo cierto era que, de su corta vida, durante la cual no había hecho nada que no fuera complacer a Dios, era la primera vez que hacía una dura y peligrosa incursión en el mundo. La primera vez en que había sido perseguido. El primer salto voluntario a un impetuoso río. Todo lo que había vivido después. Cada hora pasada en Aviñón había sido más intensa y llena de acontecimientos extraordinarios que una semana o incluso un mes de la época en que vivía en París.

De repente fue consciente de algo más: tanto en el monasterio de Comminges como en el de St. Jacques, todos los que le rodeaban compartían con él una misma meta y a ella vivían consagrados. Incluso en las discusiones con los profesores y catedráticos de la Sorbona, se trataba siempre de un dar y recibir basado en la generosidad. Desde que dejó París se había lanzado casi literalmente a un mundo de gélidas aguas por primera vez en sus diecinueve años de vida muy protegida. Y sin ninguna preparación o advertencia previas de lo que le esperaba realmente en la ciudad de los papas. No pudo evitar estremecerse al oír vocear de nuevo al administrador del fondaco. Bertrand entendía el enfado del capataz.

No cabía duda de que tenía razón: las lanzas estaban mal cargadas. Admitía incluso que era necesario castigar de algún modo a los trabajadores y siervos descuidados. Quien no obedeciera tenía que escarmentar. Con los monjes y estudiantes pasaba lo mismo. El capataz se volvió hacia él.

—¿Algo que objetar? —preguntó—. ¿Acaso no te gusta mi refinada educación milanesa?

—No, no, nada de eso —se limitó a decir Bertrand por si las moscas. Vaciló un momento, luego se armó

de valor y añadió—: Lo único que no entiendo es por qué le habéis castigado de esa manera tan sangrienta, si él mismo ha reconocido su culpa.

—Tal vez sólo eso le habría salvado —aceptó el capataz antes de echarse a reír con malicia—, pero resulta que sabía de sobra que estaba

haciendo un mal trabajo. Hay que castigar la estupidez, mientras exista. Pero el que actúa mal a sabiendas y con pleno conocimiento de lo que está haciendo, comete un delito, pues descuida los dones que Dios le ha dado.

El antiguo armero aún no había terminado de hablar cuando Bertrand sintió que una descarga, como un rayo, le atravesaba y sacudía la mente y el cuerpo. Tuvo la impresión de que las aguas inmundas de la riada del Ródano no lo habían dejado todavía de arrastrar en ellas y de ensuciarle la mente. Volvió a acordarse de su misión. Sólo si encontraba el anillo podría salvar a su padre de la enfermedad que, si no actuaba con celeridad, no tardaría en matarlo.

—¡Cómete la papilla! —le sobresaltó el vozarrón de Tonio Brazzi, que le arrancó de sus vertiginosos pensamientos. Bertrand asintió aturdido.

—¡Y luego te colocas en aquel atril que está en el borde de la terraza! —gritó el capataz a su espalda—. Tienes a tu disposición tinta, pluma y arenilla. Debes anotar todo lo que salga del patio del fondaco, y lo que entre apuntarlo sólo cuando esté ya descargado. ¿Entendido? ¿Has entendido bien cómo hay que hacerlo?

—¿Cómo?

—Que si has entendido...

Bertrand sintió de repente una gran animadversión hacia aquel hombre que trataba a su gente como esclavos. Pero tal vez aquella manera de ser de Tonio Brazzi, tan brusca y violenta, fuera más franca que las miradas de indulgencia que hasta entonces, en los monasterios, le habían echado en cara sus culpas y pecados. Aquí ya no tendría que rezar ni confesarse, sino hacer un trabajo bien hecho. Y lo mismo valdría a partir de entonces, para el anillo del obispo y las otras señales que tenía que encontrar.

—Sí, sí —respondió en voz alta—. ¡He entendido!

Sintió de repente crecer en él una fuerza inesperada e indomable. Era una vida completamente nueva. Experimentó cierta admiración de sí mismo, pues se sentía como si fuera una cría de pájaro que ha permanecido demasiado tiempo al calor del nido y pudiera por fin echar a volar.

—Y apunta sólo las cosas contadas delante de ti, si no es mucho pedir —gritó Brazzi—. ¡No te fíes de lo que te digan, si no lo has visto contar con tus propios ojos y a conciencia! Y ni un tachón en lo que ya hayas escrito. Si te equivocas en un registro, lo borras con cuidado y lo corriges. ¡Y ahora a trabajar! Yo tengo que irme a la audiencia que se celebra en el palacio del Papa. Bertrand se quedó atónito, pero también vislumbró algo de esperanza

para sus propósitos. ¡Un rudo armero, endeudado y tosco, que iba a una audiencia! Nunca había oído nada que estuviera tan fuera de lugar. Y sin embargo la afirmación de Brazzi sonaba tan sincera que casi le confería credibilidad. A lo mejor aquel hombre conocía caminos que le podían ayudar en sus designios. Cogió la escudilla con la papilla ya fría y una cuchara de madera. Brazzi dejó al descubierto los dientes y luego levantó su dedo meñique todavía manchado de sangre en señal de advertencia a su nuevo protegido.

—El que comete un error a sabiendas, desprecia los dones que Dios le ha dado —comentó en voz baja—. Así que piensa, Bertrand, qué hubiera hecho ahora el maestro Eckhart. Venga, manos a la obra, aprendiz de maestro y a por ello... ¡Y no esperes a que las cosas te vengan dadas!

OceanofPDF.com

Una hora más tarde estaban todos sentados en torno a una gran mesa en la sala de audiencias del palacio episcopal de Aviñón. Delante de ellos, galletas y dulces, elaborados en su mayoría por los maestros venecianos y que habían llegado hasta allí gracias a los propios comerciantes judíos, después de atravesar Lombardía, evitar la agitada Milán y llegar luego por el Piamonte a la casa del mercader Marco Ambrogio; y de allí hasta la mismísima curia.

El Santo Padre había ordenado que lo vistieran. Llevaba casulla blanca con todos sus ornamentos, pero en lugar de las habituales medias blancas finas, se había puesto unos calcetines de lana virgen, lana de las ovejas que viven en las laderas del monte Ventoux. La mayoría de los presentes sabían lo mal que estaba el pontifex y lo mucho que le hacían padecer los dolores de riñones y del estómago. Junto a los cardenales D'Aux, Da Prato y Godin, el Papa había invitado a una docena de emisarios de distintos países y a algunos escribanos y cartógrafos del monasterio de los dominicos. Los huéspedes más distinguidos no hablaban de los daños sufridos en las últimas horas en sus casas, establos y jardines. Sólo los clérigos, que nada habían perdido, se quejaban de que ni siquiera las oraciones hubiesen servido de nada.

—Y ahora, pese la tormenta y las inundaciones, que casi se llevan el puente de Aviñón, tenemos que volver a ocuparnos del resto del mundo —dijo el Papa con una suave pero aún más lacerante ironía, después de haber terminado con todos los cumplidos y palabras de saludo—. Después de la coronación de Enrique VII, en la que tomamos parte, y de su fallecimiento el año pasado, asumimos la responsabilidad de la corona vacante del Imperio. Ahora más que nunca apoyamos en todas sus intenciones a Roberto, nuestro querido rey de Nápoles y señor de Provenza. Le hemos concedido todos los títulos y la dignidad posible e incluso el año pasado le nombramos senador de Roma. El mes pasado, por medio de una bula, dejamos sin efecto la condena de destierro que el kaiser Enrique VII había decretado en contra de Roberto. Aunque Enrique en su momento se había negado a reconocer los votos que había profesado a la Iglesia como un juramento de fidelidad, ya hemos establecido que el juramento de un rey romano, y esto es lo que era Enrique en todo caso, equivale básicamente a un juramento de vasallaje o de fidelidad. En la sala de audiencias nadie se atrevía a rechistar. A pesar de que la voz del Papa apenas poseía la fuerza

de los días pasados, sus palabras habían caído como un aldabonazo. No en vano, Clemente V exigía los mismos derechos y prebendas que el ya legendario Bonifacio VIII, en su bula *Unam sanctam*, publicada hacía once años.

Muchos de los presentes conocían el tenor y el ejemplo decisivo de las dos espadas que gobernaban el mundo. Con ello el Papa había reconocido el poder terrenal de los reyes. Pero del mismo modo que él empleaba su propia espada del poder pro Ecclesiam, por la Iglesia, los príncipes de la tierra sólo obtenían su poder ab Ecclesia, de la Iglesia, con lo cual todos los gobernantes debían someterse al obispo de Roma.

—De ello se desprende el derecho y la facultad —prosiguió el Papa—, de que nosotros, como verdaderos señores del Imperio, tengamos la potestad de asumir su gobierno durante la ausencia del emperador. Además hemos nombrado al pío rey de Nápoles vicario imperial de Italia, a condición de que se retire de este vicariato dos meses después de la elección de un nuevo rey de los romanos. Se hizo silencio de nuevo. Cada uno de los presentes reflexionaba con rapidez sobre los cambios y posibilidades que se derivarían de la firme actitud del Papa.

—¿Se ha tenido en cuenta que la resistencia de los partidarios del Imperio aumentará aún más en Alemania, Italia incluso en Francia? —preguntó el enviado de Hamburgo, de poca monta pero muy resabido.

Había estado esperando en vano desde hacía semanas a que lo invitaran a una audiencia del Papa. Su mayor error había sido intentar, al principio, comprar la benevolencia del maestro de palacio con monedas que ya en Hamburgo habían perdido demasiada plata por sus cantos, dejando entrever el verdadero e innoble metal con que estaban hechas. Este tipo de trampas resultaban demasiado evidentes en medio de los habituales trapicheos con el dinero. Como si no fuera suficiente con haber introducido dinero de San Pedro e Indulgencias como falsa moneda.

—Seremos lo bastante fuertes para emprender nuevas luchas por los derechos de los Estados y de la Iglesia —respondió el cardenal Niccolò da Prato en lugar del Papa.

—Es evidente que el apoyo de la Santa Sede al desdichado emperador Enrique no fue suficiente —

intervino el español—, que había de fracasar justo ante la fuerza y el odio de la ciudad del Amo. No en vano, Florencia como cabeza de la gran confederación de los güelfos, de Lombardía a Roma, ha luchado mano a

mano con el rey Roberto contra el rey de Roma y el kaiser alemán. La república de judíos, cambistas, comerciantes y fabricantes de tejidos ha burlado todos los esfuerzos del emperador sin que de Aviñón haya salido ni una sola amonestación.

—Lo más humillante fue aquel absurdo ir y venir de Enrique VII, los continuos asedios indiscriminados, la devastación de las tierras de cultivo —se quejó el Santo Padre después de proferir un profundo suspiro—

. En ello no despuntaba ni un ápice de nobleza, no se trataba de heroicas hazañas, ni de victorias que fueran a brillar por toda la eternidad. Nosotros rezamos para que este Enrique descendiera a Italia con sueños cargados de paz. Pero en vez de un príncipe pacificador recibimos a un destructor sin miramientos. Las pobres gentes de la llanura del Po y de la Toscana le maldecían al ver sus campos arrasados y sus cosechas quemadas. Con el mismo odio, justificado, con el que antes habían maldecido a otro emperador alemán, Barbarroja, o Federico II.

—¡Eso es cierto! —exclamó uno de los presentes interrumpiendo al Santo Padre. Se trataba de Tonio Brazzi. El corazón de los hombres que se agolpaban en la sala de audiencias se llenó de indignación. Era normal que de vez en cuando un hereje lanzara injurias o algo peor contra el Santo Padre, pero no en el mismísimo palacio de la Santa Sede y en presencia de todos aquellos nobles enviados por Occidente a la curia.

En tiempos normales, habría sido más fácil que Tonio Brazzi fuera recibido por un emperador alemán en su campamento que en una de las casas cardenalias de Roma o Aviñón. Ni siquiera a un gran comerciante como Marco Ambrogio se le habría perdido nada en una audiencia. Esta vez, sin embargo, tres de los cardenales se habían mostrado de acuerdo en dejar pasar a aquel ciudadano venido a menos. Era justo el testigo del pueblo que necesitaban ante los enviados de los distintos países a fin de demostrar el buen gobierno del Papa.

A esa misma hora, procedente del oeste, el viejo mulo de Eliah, con el carro todavía bastante cargado, se afanaba por pasar la puerta de la ciudad que llevaba el nombre del obispo Agrícola. Los guardias lo conocían y le dejaron pasar a cambio de un segundo trozo de bacalao. El primero lo habían recibido cuando salió de la ciudad.

Enseguida se le arrimaron un par de mendigos y mujeres que permanecían siempre en las inmediaciones de la puerta, para interceptar a los tontos y desprevenidos que llegaban a la nueva ciudad de los papas. Eliah les lanzó también un trozo de bacalao. Con ello se compraba la protección de los grandes ladrones ante los pequeños. Habría podido utilizar la puerta situada junto a las obras del convento de los dominicos, pero todavía esperaba poder desembarazarse de su pescado, sin grandes pérdidas, en el fondaco de Marco Ambrogio.

De repente, y de forma totalmente inesperada, los dominicos habían decidido que el pescado se había vuelto demasiado caro para ellos. Eliah les había ofrecido una rebaja que iba más allá del límite de lo tolerable, pero incluso así era imposible encontrar comprador para el pescado seco. La causa de ello era tan ridícula que a Eliah ni se le había pasado por la imaginación.

—Pero ¿qué quieres, buen hombre? —le había preguntado el hermano jefe de cocina de los dominicos—,

¿pescado seco, que ha ido cogiendo por el camino el polvo de medio mundo?

¡Ahora que ha pasado el tiempo de ayuno y los píos paladares pueden volver a deleitarse con los más ricos platos de cerdo, ternera y cordero!

—Yo ya no entiendo vuestro mundo —suspiró Eliah de Carpentras—. Hace cuatro días me ofrecías una fortuna por mi bacalao, y ahora ya no lo queréis para el pastel de brandade de morue, con ajo, nata y aceite de oliva, ni como pienso para el comedero de los cerdos.

—Hace cuatro días todavía creíamos que iba a haber aquí una gran comilona para muchos nobles y emisarios, que no caben allá en el palacio. Pero luego vino el mistral con las lluvias y las riadas. No quedaba pescado del río y la carne estaba prohibida, como bien sabes..., ¿qué imagen íbamos a dar como anfitriones de Aviñón?

Quisiera o no, tenía que conformarse con la respuesta del jefe de cocina. No acababa de entender qué

tenía de malo su pescado. A lo mejor, al otro lado del río, donde los franceses, pensó, todavía le quedaba alguna oportunidad. Pero luego se dijo que no podía seguir perdiendo el tiempo con el bacalao. Además era demasiado tarde para volver a salir hacia Carpentras.

Así que sólo le quedaba la vieja komturei de los templarios, aunque todavía no sabía con qué

argumento iba a convencer a Brazzi, el antiguo armero, de que le comprara su pescado, casi ya pasado. Ya se le ocurriría algo, como casi siempre en los últimos años.

OceanofPDF.com

Seder Ben Ariel se sorprendió de lo vacías que estaban las calles a la hora de comer. Todavía no había acabado el mercado que se instalaba entre la catedral y el palacio de los papas, y sin embargo apenas pasaban señoras acompañadas de sus mozas de cocina cargadas con la compras de vuelta del mercado. Ni siquiera delante de las iglesias de la ciudad vio Seder a un solo cura o monje. Algo raro pasaba dentro de los muros de Aviñón. Torció por la rue Rouge y se resguardó en uno de los huecos de la pared. Justo delante de él, su hermana Miriam salía de una casa acompañada de otra mujer. Perteneía a un carnicero que abastecía de carne también a la Santa Sede y a las cortes de los cardenales. La mercancía era buena, pero no sacrificaban a las reses al modo kosher. Por eso mismo Seder había puesto una cruz sobre su nombre.

Aunque en realidad su intención era la de ir a la antigua komturei de los templarios, le pudo la curiosidad. Sintió incluso cierta preocupación por su hermana pequeña, a la que a veces descuidaba durante meses. Pero, entretanto, había conocido un poco mejor al joven del río. Por otro lado, no le quedaba más remedio que admitir que Miriam ya no era una niña, aunque seguía yendo descalza como en Carpentras, cuando, ataviada con un vestidito corto, vigilaba los gansos sólo con la ayuda de una varita de avellano.

Sonrió al recordar que le había fabricado una flauta, con cuya música había bailado y con la que tenía que llamarle cuando tuviera miedo o si aparecían ladrones agresivos escondidos en los viñedos. Pero eso había sido muchos años atrás. En cambio, en aquel momento lo que veía eran las curvas de sus caderas, cuyo contoneo podía hacer que un joven perdiera la razón y acabara en el paraíso o, según la fe, en el infierno. Seguro que no lo hacía adrede, pero se sentía orgulloso de la sublime feminidad de sus andares.

Se acercó a las dos mujeres. La otra parecía un poco mayor, pero también sabía cómo atraer las miradas. Aunque durante la noche Seder se había saciado por completo en brazos de Elena, volvió a sentir el aguijón del deseo en su bajovientre.

Luego, en la confluencia de la rue Rouge con la ancha calle que conducía a la puerta sur de la ciudad, tuvo que volver a esconderse sin pérdida de tiempo. Hacia él iba, procedente de la catedral o del palacio episcopal, Tonio Brazzi en animada conversación con otros hombres. Vio,

en la calle casi vacía de su izquierda, a unos cien pasos de él, un solitario carro tirado por un burro. Aunque el sol de mediodía era muy intenso, no podía reconocerlo bien, pero si no se equivocaba, eran el carro y el burro de su abuelo Eliah.

En ese mismo instante, Tonio Brazzi advirtió a Miriam y a la mujer del carnicero. Se separó del grupo de sus acompañantes, los cuales daban muestras evidentes de estar indignadísimos, y cerró el paso a ambas mujeres en mitad de la calle.

Seder Ben Ariel nunca se había sentido tan inseguro e indeciso. No sabía qué es lo que estaba haciendo el carro de su abuelo delante de la komturei, no entendía lo que quería Tonio Brazzi de Miriam, ni siquiera podía acercarse a ella sin delatarse.

El capataz de Marco Ambrogio y su hermana se pusieron a charlar pero ¿qué demonios tenían que decirse?

De pronto su sentido del honor se puso en guardia. ¿Tendría su hermana algo que ver con ese armero milanés arruinado? ¿Un cristiano que había hecho negocios con los que habían expulsado y quemado a familias judías en Regensburg y Nassau? Pues, por lo visto, habían envenenado los pozos y provocado abortos en el ganado por medio de brujería.

Dudó por un momento, apretó los puños pero no pudo evitar sonreír simultáneamente al pensar que tal vez su abuelo también tenía intención de hacer negocios con Brazzi.

¿Quién era más importante? ¿Hacia quién tenía que dirigirse primero tras salir de su escondite? Le invadió la rabia, pero al segundo ya había tomado una decisión.

Pato y cordero

—¡Maldigo hoy ante todos los presentes al rey y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico!

Todos levantaron la vista horrorizados. Mientras que en el fondo de la sala la gente se empujaba curiosa, los dignatarios sentados a la mesa del Papa se volvieron con mirada reprobadora; incluso el caballero Von Falkenhenn, que, con toda la armadura puesta, se hallaba inmóvil como una estatua detrás del sillón dorado del Papa, echó mano a su espada por lo que pudiera pasar. Tonio Brazzi no se dejó

amilanar. Llevaba sus mejores vestiduras, de terciopelo marrón claro con forro de seda azul, broches de oro en el hombro y cinturón.

—Como armero de alto renombre podría haber amasado en mi amada y mancillada Toscana una fortuna mayor que en Aviñón o París. He estado en Florencia y he visto las orillas del Arno absurdamente manchadas de sangre. Mi corazón todavía se desgarró cuando pienso que tropas extranjeras han arrasado como una jauría de jabalíes el jardín de la Toscana.

El papa Clemente asintió de forma casi imperceptible, pero a continuación hizo un gesto de negación mediante un ademán cansado de la mano. Era como si intuyera en qué dirección iba el reproche de aquel espontáneo. Al igual que los tres cardenales responsables de la organización de la audiencia.

—¿Qué insinúas? —llegó incluso a preguntar el cardenal Da Prato—. ¿Que debemos comprar los centenares de superfluas lanzas para torneo, escudos adornados con inútiles blasones, gualdrapas de gala y llamativos penachos que se ven por todas partes desde la prohibición de los torneos?

—¿O es que los grandes comerciantes italianos nos ofrecen lanzas y arcos, espadas y armaduras de los despojos del último emperador? —quiso saber el maestro de palacio.

—Tal vez este buen hombre quiera decir que nosotros los cristianos, tras la pérdida de Roma, Ancona, y Jerusalén, habríamos debido construir una nueva fortaleza para la Santa Sede, aquí sobre la roca blanca —

replicó el cardenal D'Aux.

—Eso significaría transformar en permanente este refugio provisional —intervino el enviado de Venecia.

—Toda fortaleza tendrá fundamentos de arena si en su interior y entre los fieles ya no existe esperanza ni fe en Dios —dijo el Papa.

—¿Entonces no deseáis permanecer aquí y queréis volver a Roma? —preguntó sin rodeos el enviado del rey de Inglaterra.

Todos los presentes en la sala de audiencias contuvieron la respiración.

—No, a Roma no, no a esa ciénaga de pecado —respondió el papa Clemente V, con gran fatiga. Su voz sonaba apagada y distorsionada por el dolor—. Pero hemos pensado que podríamos volver a Burdeos para pasar allí nuestros últimos días...

—¿Y Aviñón? —preguntó el enviado español—. ¿Qué pasará con Aviñón y el condado de Venaissin?

—Podríamos encomendar a Felipe el Hermoso la custodia de ambos —respondió el Papa de manera casi inaudible—. A cambio de la protección que el rey de Francia da al Estado de la Iglesia. Esto es justamente lo que queríamos deciros...

—Con todos los respetos, ¿se trata de decisiones ya tomadas o de interesantes elucubraciones? —quiso saber el veneciano.

—Esto depende de París —contestó el cardenal D'Aux, y nada en su peculiar rostro, que parecía esculpido en madera, delataba lo que pensaba o sabía.

—Y del consejo del Todopoderoso —añadió el cardenal Niccolò da Prato con extremada delicadeza pero con gran firmeza.

De repente algunos de los allí reunidos tuvieron la sensación de que los dos consejeros más importantes del Santo Padre sabían desde hacía mucho tiempo lo que París y el cielo habían decidido sobre la Provenza.

—¿Y entonces? —preguntó el capellán escocés, tras haberse acercado a Miriam.

—Sólo he podido saber algo sobre el rubí de la tiara del Papa —explicó de un tirón y sin mirarle a los ojos—. Desapareció tras el atentado contra el Santo Padre durante su coronación en Lyon.

—Eso lo saben ya hasta en las tabernas más recónditas —dijo Mel Comyn en un tono de decepción—. También sé que ya han substituido la piedra por otra, sin inscripciones ni ningún otro tipo de marca grabada.

—Sí —se limitó a decir ella.

Dos jóvenes imberbes empezaron a desmontar delante de ella su puesto de gallinas y patos. Uno de ellos estaba llorando y el otro daba patadas a las jaulas con rabia enconada. Daba la sensación de que apenas habían vendido nada.

—¿Y qué más? —insistió Comyn.

Miriam miró con preocupación a su alrededor. No estaba bien que estuviera demasiado tiempo junto a un cura. En el bullicio de un animado mercado no hubiera llamado demasiado la atención, pero a aquella hora del día había poquísima gente entre los descontentos vendedores. Por culpa del temporal, el mercado de aquel jueves antes de Pascua había durado mucho menos de lo habitual.

—¡Dame el pato marrón! —le dijo Miriam a uno de los jóvenes de las gallinas—. ¡El del anillo blanco y negro en el cuello!

Ambos interrumpieron de inmediato su ingrato trabajo para mirarla estupefactos. Ninguno de los dos se lo esperaba ya. Miriam ni siquiera preguntó el precio, sino que se limitó a tirarles tres monedas pequeñas. Era menos de lo que hubieran cobrado antes de un domingo, pero mucho para lo que se solía cobrar a última hora del mercado.

Le dieron el pato, el cual lucía un pico brillante y bien formado, tenía unos ojos brillantes y buenas carnes. Apenas aleteó cuando Miriam lo metió en la cesta y cerró ambas tapas para que no se pudiera escapar y echar a volar.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó el capellán impaciente—, ¿has sabido algo más de la piedra roja o no?

—Sólo se lo podré decir si me deja la otra piedra por una noche..., la amatista...

—¿Te has vuelto loca? —exclamó el capellán escocés, que no daba crédito a sus oídos—. ¿Pretendes que le deje el anillo del obispo a una muchacha judía sin ninguna garantía de que me lo vaya a devolver? ¿Para que lo hagáis desaparecer como pasó hace años con el rubí de la corona del Papa?

—¡Nosotros no destruimos las hostias, no bebemos sangre de niños bautizados, ni envenenamos los pozos! —exclamó furiosa—. ¡Ninguno de nosotros tiene nada que ver con el atentado al papa Clemente V!—. Se abrazó a la cesta con el pato como si fuera un escudo protector—. ¡Si es justo lo contrario! —dijo con una mezcla de ira y tristeza—. ¡Fue mi padre quien le protegió con su propio cuerpo y arriesgó su vida para salvar a vuestro sumo sacerdote! De no haber sido por Ariel Ben Eliah Bertrand de Goth, las piedras del muro le habrían aplastado al derrumbarse.

—Tu padre...

—Sólo una piedra roja como la sangre por su vida..., ¿acaso es demasiado?

Lo miró tan desesperada que él no pudo replicarle. Justo en aquel momento vio que un abigarrado grupo formado por más de veinte eclesiásticos y dignatarios de todo el mundo salía en tropel del palacio del Papa. Los cardenales llevaban en la cabeza enormes galeros púrpuras de cinco cintas y borlas como blasones redondos, los obispos sombreros de fieltro brillante casi del mismo tamaño y con anchas alas, y cuatro hileras de borlas en la sotana. Los clérigos, así como los emisarios y embajadores de distintos países, de reyes y de príncipes, fueron recibidos con saludos entusiastas por parte de los presentes. Sólo en aquel momento comprendió Miriam el porqué del gentío, que había estado esperando allí y descuidando su faena diaria. Como si se tratara de una segunda mañana de Domingo de Ramos, la multitud se agolpaba en la Gran Plaza entre las rocas de creta, la catedral en el Rocher des Domes y el antiguo palacio episcopal delante de la muralla, a orillas del Ródano. Como si fuera una procesión, los nobles y el pueblo llano avanzaron a través de la Gran Plaza en dirección al mercado. Los clérigos se veían rodeados por una muchedumbre compuesta por habitantes de Aviñón, forasteros y cientos de peregrinos, que al principio habían tenido que alojarse fuera de la ciudad, en la isla situada en medio del río.

—Aquí tienes el anillo del obispo con la amatista —le susurró el capellán Mel Comyn a la muchacha del barrio Carrière conforme se

acercaba más a ella—. Lo dejo caer en la cesta con el pato. ¡Cuídalo bien!
¡Y

quiero que mañana me cuentes más cosas sobre el rubí desaparecido!

Antes de que pudiera responderle, se perdió entre la vociferante multitud.

OceanofPDF.com

A unos cien metros de allí, Bertrand todavía seguía horrorizado ante la manera brutal con que Antonio Brazzi castigaba los descuidos de su gente. Se esforzó por escribir con buena letra, pero la tinta del fondaco era un poco más densa que la tinta a la que estaba acostumbrado en el monasterio St. Jacques de París. Por eso ninguna letra le salía igual de negra que la anterior, pero por lo menos con aquella tinta tan diluida podía escribir más rápido, sin necesidad de recargar tan a menudo en el tintero. Era lo primero que había aprendido en aquella casa de mercaderes italianos.

Los braceros del fondaco habían vuelto a sacar las lanzas para envolverlas de manera más cuidadosa. Bertrand seguía con la mirada su fatigoso quehacer, y a la vez hojeaba distraídamente los folios en los que debía registrar, según su longitud, cada una de las lanzas que se cargarán. Unos días antes habían recibido unas lanzas de Nassau. Seis meses antes, las mismas lanzas habían sido enviadas a un mercader de Ingolstadt. Bertrand no entendía a qué venía tanto comprar y vender la misma mercancía. Al instante acudieron a su mente las noticias de una terrible batalla que se había librado en Baviera a principios del invierno anterior. Y de repente entendió por qué Marco Ambrogio no había establecido en París, Londres, Augsburgo o Colonia su factoría más importante fuera de Italia, sino en una pequeña ciudad a orillas del Ródano. Comprendió también por qué el capataz era precisamente un antiguo armero.

¡Era en la Santa Sede donde confluían todos los hilos! Todas las noticias e informaciones secretas que allí llegaban de mano de los distintos obispos y legados, los superiores de las órdenes, los fervorosos peregrinos y los piadosos penitentes, desembocaron, tras la desaparición de los templarios, en una nueva red de información fuera de Roma, aun mayor que la anterior.

Bertrand se estremeció.

¿Sería ésa la verdadera razón del fin de los templarios? ¿Se habrían metido dos o más arañas con sus telas invisibles en cercado ajeno? ¿O es que la Santa Sede se había humillado y había permitido que, de la noche a la mañana, sus mejores informadores fueran asesinados y su red extinguida?

Pero ¿por qué? ¿Y qué tenía él que ver con todo aquello? ¿Por qué le perseguían hombres de los cuales todavía ignoraba de quién o quiénes eran subordinados? ¿Y qué tenía todo eso que ver con el anillo del anterior obispo de Comminges?

No consiguió obtener una respuesta. Dos criados de las cocheras de la casa estaban abriendo el portón principal. El viejo judío Eliah parecía cansado y sin fuerzas cuando entró casi a rastras con su carro tirado por la mula en el patio de la antigua komturei. Aparcó el carro en una esquina, luego cogió un saco de trigo de entre la carga y lo colgó del cuello de su acémila para que pudiera ir comiendo de él. Sin decir palabra ni preocuparse por nadie más, fue a buscar un cubo de madera para poder darle también agua. No fue hasta que el animal estuvo bien servido que se volvió y se dirigió hacia Bertrand. Se miraron a los ojos, y después el viejo judío saludó con la cabeza.

—Un buen sitio, ¿verdad, chico? —dijo—. Y protegido de los perros del Señor y de los penitentes grises. Porque éstos no se atreven a venir por aquí.

Bertrand sonrió a su pesar. Le hubiera gustado saber por qué Eliah mostraba tanto aplomo. El viejo levantó la cabeza, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Has pasado la noche aquí o en casa de la mujer del mercader? Ésa por la que mi nieto, para nuestra deshonra, ha perdido la cabeza...

—Me han traído aquí esta noche. Lo más probable es que Seder esté en casa de ella...

—¿Y Brazzi? —le interrumpió Eliah—. ¿Dónde está el capataz?

—Tenía la intención de ir a palacio. No entiendo la razón, pero parece que tenía una invitación para una audiencia.

El viejo judío hizo una mueca y escupió.

—¡No hay remedio! Primero el kaiser y ahora el Papa. ¡Volverá a meter la pata y a perderlo todo!

Venga, sé buen cristiano y dame un trago de tu vino y un poco de agua. Bertrand espolvoreó con arena fina las últimas líneas donde había escrito, con aquella tinta tan diluida en el libro de registro, las salidas del almacén. Después vertió vino ácido en su jarra, añadió agua fresca de una garrafa y le ofreció aquélla al viejo judío. Eliah tenía tanta sed que se lo bebió todo de un solo trago.

—Ahora mira a ver cuándo fue la última vez que Tonio Brazzi compró pescado. Quiero decir, bacalao de Inglaterra. Y luego apunta mi pescado como comprado y repartido entre el pueblo.

—No creo que pueda —replicó Bertrand a la par que mantenía una mano protectora sobre el libro en el que quedaba todo registrado—. Llevo

aquí sólo dos horas y aún no conozco las reglas. Lo único que he entendido bien es que cometer un error hace mucho daño.

—La audiencia todavía no habrá acabado —le tranquilizó Eliah—. ¡Y si el perdonavidas de Brazzi te crea problemas, ya le perseguiré yo con su propio martillo de herrero!

Bertrand dio un respingo, pero luego sonrió. Le caía bien el abuelo de Seder y Miriam. Nunca había conocido a sus abuelos, ni a los de Aquitania por parte materna, parientes lejanos de la reina Leonor y de Ricardo Corazón de León, ni a los Goths de la rama germánica.

—Pero ¿dónde está el anillo que llevabas en esa cadena? —preguntó Eliah cuando menos se lo esperaba. Bertrand se quedó atónito.

—¿Qué...?, ¿qué anillo?

—El anillo de obispo de tu padre, Smaragdus —respondió el viejo judío—. Con una amatista violeta tallada y un dibujo grabado como aquél...

Apuntó con el dedo hacia la esquina de la casa principal de la antigua komturei de los templarios. Bertrand levantó la vista. Sobre el arco del portón que daba acceso al patio descubrió una prominente gárgola, como las que se veían en las nuevas catedrales góticas. Pero aquella gárgola no era un dragón ni un demonio malvado ni un engendro diabólico, sino un cordero... Un simple cordero con un hocico que parecía que fuera a balar y con unos ojos grandes y saltones. Con una de las patas delanteras sostenía el cordero una barra de hierro.

—Agnus Dei... cordero de Dios.

—¡Míralo bien!

Bertrand entornó los ojos. Reconoció detrás de la gárgola, sobre el liso bloque de piedra clara que formaba la esquina de la casa, una enorme marca de cantero. Su mente se vio sacudida por recuerdos de imágenes similares. ¿Dónde había visto antes el cordero con un corazón...? ¿Y dónde la marca del corazón con una cruz en el centro...?

Agudizó la vista, parpadeó por culpa del sol y se estremeció como jamás en toda su vida: reconocía ahora con total nitidez la marca de la piedra. Era la misma que tenía el anillo de obispo de su padre.

—La cruz en el corazón —balbuceó—. Y las letras de los templarios.

—Seguramente algo diferentes con respecto a las de tu anillo —observó el viejo judío—. Porque todo lo que procede del rey Salomón guarda relación entre sí de modo misterioso. Lo uno encaja en lo otro, ¿entiendes?, y cada parte representa a todo el conjunto...

OceanofPDF.com

Una patrulla de hombres armados, de distintas procedencias, con el casco en la mano y alabardas al hombro, avanzó con lentitud por la calle mayor, desde el sur hacia la plaza de la catedral. Era el relevo de la guardia en el palacio del Papa. Al mismo tiempo se acercó por el oeste un grupo de penitentes grises encapuchados. Los penitentes grises observaban a distancia a los suizos y a los dignatarios del palacio, que vestían de forma muy vistosa y se iban adentrando poco a poco en las calles laterales. Miriam no tenía ningún miedo de los grises. Su abuelo hacía buenos negocios con ellos, pues les vendía hábitos remendados y vueltos a teñir, y capuchas con aberturas para los ojos. Pero estos penitentes tenían algo raro. No avanzaban agazapados contra la pared como el resto de los penitentes sino a cuerpo descubierto. Miriam se fijó mejor.

Tuvo la repentina sensación de que los ojillos que se escondían detrás de las capuchas la miraban precisamente a ella. Por un momento infinito se quedó paralizada en medio de la plaza del mercado, entre los puestos a medio desmontar, las cajas y los cestos.

Sus dedos buscaron involuntariamente el anillo escondido en la cesta con el pato. Tocó con los dedos la piedra tallada y se apresuró a sacar de nuevo la mano. Como si se hubiera pinchado con un huso, un dolor agudo sacudió todo su cuerpo. Su visión se nubló ante una descarga de relámpagos que formaban un zigzag serpenteante. Le dio un vuelco al corazón cuando, procedentes de un extremo del mercado, un grupo de personas pasó gritando delante de ella y por poco la atropellan. Se quedó aparentemente paralizada. Al instante estaban a su lado los primeros penitentes grises. Miriam jamás había tenido tanto miedo. En el último momento asió el anillo del obispo y el pánico desapareció. Abrió por la fuerza el ancho pico del pato y le metió el anillo hasta la garganta. El pato graznó como si se fuera a ahogar, pero luego tragó y aleteó presa del pánico. De las aberturas laterales de los hábitos salieron manos poderosas como serpientes, que cogieron a la muchacha por los brazos. Los grises aprovecharon el gentío para, simulando que también ellos eran arrastrados por la multitud, llevarse a Miriam y conducirla hasta una casa en el Rocher des Domes, situada en una hilera de edificios nobles y recién pintados entre la catedral y el palacio del municipio. Miriam lo conocía: acababa de ser comprado por el cardenal Godin.

OceanofPDF.com

Seder Ben Ariel había perdido de vista por unos minutos a su hermana. Corrió hacia la rue Jacob, pero tampoco allí vio nada. Las calles y callejones de Carrière estaban atestadas de gente. Seder fue preguntando a todos por Miriam. Algunos la habían visto por la mañana, otros la habían visto pasar con su cesta vacía, y ella les había saludado con su acostumbrada cordialidad.

—Busca en el mercado —le aconsejó uno de los cambistas, que en aquel momento estaba calculando algo con las pesas y las bandejas de su balanza.

—Tal vez la encuentres en el río —comentó otro, que estaba sentado en el callejón; era un experto en terciopelo y, con unos dedos ágiles, remendaba agujeros en viejas prendas usadas—. Esta mañana debe de haber estado por allí pescando peces que no sepan tanto ni a carroña ni a excrementos. Se rió, pues todo el mundo sabía en el barrio de Carrière que, ni río arriba ni río abajo, apenas quedaba en Aviñón un lugar libre de las aguas fecales del foso que rodeaba las murallas, y de la putrefacción procedente de la rue des Teintures. Cuando había inundaciones parte de los desechos volvían a llegar flotando a la ciudad. En realidad, sólo quedaban peces como Dios manda en el brazo de río situado en el lado occidental de la isla Barthelasse.

Seder siguió preguntando y buscando, pero no se atrevió a acercarse a los edificios del consejo de la ciudad, a la catedral o al palacio papal. Si no hubiese sido un fugitivo de la justicia, habría cubierto los escasos doscientos pasos de distancia en tres zancadas. Pero así ni siquiera podía gritar para llamar a Miriam.

Sólo más tarde, cuando hubo acabado la audiencia con el Papa y la masa de cristianos aclamaba enloquecida a sus pontífices y a los emisarios de países lejanos, ataviados vistosamente como aves del paraíso, Seder Ben Ariel se atrevió a llegar al borde del mercado. Desde el palacio se acercaba una abigarrada y vociferante muchedumbre.

De repente vio a Miriam hablando con el cura pelirrojo delante de la capilla del puente. Le invadió la ira. Era el mismo que de forma aparentemente desinteresada le había ayudado a sacar del río el cuerpo azotado por la lluvia del joven rubio y a arrastrarlo hasta el carro de su abuelo Eliah. Apenas sabía nada de él; sólo lo que le había sonsacado a la mujer de Marco Ambrogio en la cama la noche anterior. El capellán

pelirrojo se llamaba Mel Comyn. Según le había contado, era de un noble linaje escocés que mantenía una guerra sangrienta con el rey Robert the Bruce por un asesinato que hubo en una iglesia. Sabía, además, que el sacerdote de la capilla del puente pertenecía a la familia del cardenal D'Aux y que seguía siendo amigo de los más allegados al papa. Todas estos hechos le parecían a Seder motivos más que suficientes para desconfiar de él.

Apretó los puños y ya iba a arremeter contra él, para apartarlo de su hermana, cuando vio a los guardias suizos y, delante de ellos, las capuchas de los penitentes. Ambos grupos se dirigían exactamente al lugar en que Miriam charlaba, sin sospechar nada, con el sacerdote.

¿O se estaba peleando con él? Seder no podía distinguirlo bien. El gentío se interponía entre ellos. El barullo reinante en la plaza le ofreció una nueva posibilidad. Se puso a caminar hacia delante, conforme se abría paso a contracorriente e iba apartando a unos y a otros. Al final sólo le separaban de su hermana una pila torcida de cajas vacías y un montón de coles mustias. Las alabardas y las puntas de los capuchones grises se acercaban oscilando hacia él como gallardetes en una batalla. Seder casi rozó el ala del sombrero de uno de los cardenales, con sus borlas rojas ribeteadas de oro, pero no reconoció quién era que lo portaba. Las alabardas de los suizos desfilaron por delante de la catedral hacia el palacio del Papa. Las puntas de los capuchones tomaron otra dirección. Nunca había oído que los penitentes caminaran tan decididos, sino agazapados y profiriendo lamentos por los callejones. Solían pedir perdón continuamente y suplicaban a Dios y a todos los príncipes de la Iglesia que los torturaran y castigasen. En días normales no se atrevían a pisar ni siquiera la sombra de un hombre o de un animal.

Mas, ahora, hasta cortaban el camino a los demás, derribaban a los curiosos y se movían cada vez más deprisa. Seder tampoco sabía muy bien en qué dirección avanzar.

Pero a continuación volvió a distinguir a su hermana. Su trenza castaña ondeaba en la entrada del nuevo palacio del cardenal Godin. Seder todavía no conocía las lujosas columnas decoradas con oro y figuras en relieve a ambos lados de las puertas de dos hojas. Debían de ser tan nuevas como tantas otras cosas que habían cambiado en la ciudad durante los últimos meses.

Nadie prestaba atención a la muchacha judía que caminaba erguida y orgullosa, como tampoco a los encapuchados que la flanqueaban. Todo Aviñón miraba en otra dirección. Seder vio rostros perlados por el sudor,

rostros enrojecidos, embelesados ante tanto boato, vociferantes. Jóvenes y viejos, gentes nuevas en la ciudad o que vivían en ella desde siempre, aquel Jueves Santo todo el mundo andaba todavía alterado a causa del temporal de hacía un par de días y en acongojada espera de la hora de la crucifixión del Señor, al día siguiente.

Seder frunció los labios e hizo un gesto negativo con la cabeza. No acababa de entender lo que estaba ocurriendo, pero sin embargo era consciente de que ya no le daba tiempo de llegar hasta su hermana y eso hizo que se le revolvieran las tripas.

Cuando los grises desaparecieron en la casa con ella, él estaba a apenas diez pasos de distancia. Si no lo hubiese visto con sus propios ojos no lo habría creído: los encapuchados habían hecho pasar rápidamente a la muchacha descalza, su hermana, por la puerta principal del palacio del cardenal Godin.

El maestro de palacio

La audiencia había transcurrido de acuerdo a lo previsto por los dos cardenales. Con todo, los misteriosos señores del Estado de la Iglesia dudaban de que el papa Clemente V hubiera causado una gran impresión a los presentes.

—Nos trae sin cuidado lo que piensen los emisarios de los países del norte —observó el cardenal Da Prato en su gabinete del ala posterior del piso alto, mientras sus criados le ayudaban a desvestirse. Quería ponerse una sotana oscura y más cómoda para la tarde—. Excepto algunos antiguos caballeros templarios, ávidos de venganza, en la zona de Marienburgo, en el mar Báltico, y un par de majaderos bávaros, todos los demás obispos y príncipes alemanes se mantendrán a la expectativa.

—Antes de que convoquemos un cónclave para elegir al nuevo pontifex, tenemos que decidir a quién queremos colocar a la cabeza del Sacro Imperio —convino el cardenal D'Aux. También él se había despojado de parte de su pesada vestimenta, y se dejó caer en un sillón junto a la ventana—. O apoyamos a Luis Wittelsbacher, o hacemos que Federico de Augsburgo sea el próximo emperador alemán.

—Además, ambos son primos, casi hermanos de leche; los dos crecieron y se criaron en la corte de Viena —comentó Da Prato, e hizo que le sirvieran una copa de vino aromático, pero todavía un poco ácido, del viñedo del cardenal Duèse en Châteauneuf.

—Y aun así, se odian a muerte —dijo suspirando el cardenal D'Aux—. Todavía no conozco todos los detalles, pero su rivalidad condujo, en noviembre pasado, a una de las peores matanzas que se recuerdan en los últimos años. Yo creía que una batalla de esa guisa, con cientos de caballeros, arqueros y soldados de infantería, como la de Gammelsdorf en la diócesis de Freising, solamente era posible al sur de los Alpes.

—Luis de Baviera venció al ejército austriaco, pero no ha hecho amago de aspirar a la corona hasta el momento —le advirtió Da Prato—. En todo caso no nos conviene subestimar a Felipe el Hermoso. En cuanto se entere de que el Santo Padre ha renunciado a Aviñón, hará eliminar a los últimos templarios y propondrá a su propio hermano como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, en contra, claro, de Luis de Baviera y Federico de Augsburgo.

—¿Ese demonio obsesionado por el poder no nos dará tregua? — protestó indignado Arnaud d'Aux—. Tiene manchadas sus sucias manos con la sangre de todas las batallas entre Inglaterra y Escocia, ha aniquilado a la mejor orden caballeresca que ha existido jamás, y ahora se dedica a avivar las guerras fraternales en Alemania e Italia.

—Pero, ¿qué crees que pasará con nuestros hermanos de fe si Clemente regresa a Burdeos? Se lanzarán unos contra otros; pero yo no estaré allí para verlo, porque le pediré al Santo Padre un obispado cerca de Roma.

—Yo me iré con él —dijo Arnaud d'Aux, ya más sereno—. Tengo que irme con él, estar a su lado como todos estos años he hecho.

—¡Y el próximo concilio! ¿A quién elegiremos como sucesor de Clemente? —preguntó Da Prato.

—Mejor a alguien que pueda soportar este horrible pontificado por mucho tiempo —dijo d'Aux—. A no ser que se llame Eckhart von Hochheim, pero ése no se deja nombrar cardenal. Además tiene demasiados vínculos con la hereje Marguerite Porète y con los templarios.

—Pero es la cabeza más inteligente que ha dado hasta ahora Turingia —replicó Da Prato—. Casi tanto como Alberto Magno y Tomás de Aquino. Un gran maestro en la Universidad de París, nombrado por el padre general de su orden, con sabia previsión, inspector de casi un centenar de casas de beguinas muy lejos de París. Eso supone un montón de horas de aleccionamiento a estas mujerzuelas que se niegan a ser monjas como Dios manda. Además de un sinfín de millas a pie entre las distintas casas, lo que para un hombre de su edad seguramente tenga graves secuelas sobre su inteligencia.

—Pero sigue siendo un espíritu herético y peligroso, ese maestro Eckhart..., y no se me ocurre ningún otro.

El cardenal Da Prato asintió en silencio.

—Pero ni nuestros príncipes italianos ni los cardenales que apoyan a Felipe se pondrán de acuerdo a la hora de elegir al de Turingia. Así que todo sigue en el aire y puede que las próximas inundaciones vuelvan a dejar a Aviñón en el olvido.

—A menos que todavía regrese el hijo del Santo Padre —observó el cardenal D'Aux—. O lo traigan...

Los penitentes grises llevaron a Miriam a empujones hasta una gran estancia. Uno de ellos colocó en un asidero de la pared, al final de la escalera, la tea todavía encendida; luego, con ayuda de una cadena, levantó una trampilla en el alto techo para que entrara algo de aire por un respiradero. Volvió acto seguido junto a los demás encapuchados. Los cuales no le habían dirigido la palabra a ella. La hicieron retroceder y a continuación se oyó que la pesada puerta se cerraba a su espalda con un ruido seco que retumbó en toda la habitación. Una llave giró dos veces en la cerradura, se oyó un crujido y varios cerrojos que se cerraban al otro lado de la puerta.

Miriam necesitó un tiempo hasta que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Poco a poco fue reconociendo la inmensidad de la bóveda subterránea. La habitación era casi tan grande como su patio en la rue Jacob. No tenía ventanas, pero a cada lado había una puerta con grandes cerrojos y pesados herrajes. El techo abovedado en forma de cruz descansaba sobre doce columnas en las esquinas. Con un altar en vez de un estrado en la parte situada frente a una de las bóvedas, aquel sótano, con sus enormes losas de piedra, bien podría haber sido una capilla subterránea.

En una esquina había un largo banco corrido y, justo encima, cadenas con esposas colgadas de la pared. Aparte de estos objetos y del estrado, que tenía un taburete con un cesto delante, la extraña bóveda estaba totalmente vacía. Miriam sintió un miedo sobrecogedor, pero a la vez no podía acabar de creer que la gigantesca estancia fuera una sala de torturas para ella. No se veía ni un cubo para hacer sus necesidades ni paja o heno en alguna esquina, ni rejas, como solía ser habitual en una cárcel. No sabía lo que le iba a pasar ni por qué los penitentes la habían traído a los sótanos de la nueva casa del maestro de palacio.

¿No les había bastado con el interrogatorio en casa de su abuelo? ¿Habría pasado algo con su hermano o con Bertrand? ¿Estarían los dos ya en otra mazmorra, en un potro de tortura, o nuevamente en un calabozo del convento de los dominicos?

¿O tal vez habían capturado al abuelo, con el carro lleno de bacalao, camino de Carpentras y le habían obligado a hablar? Pero ¿qué es lo que podían querer de él los cardenales o los monjes?

Intuía que conocía la respuesta desde hacía mucho tiempo. Todo lo ocurrido en los últimos días y horas apuntaba de manera misteriosa al

hermoso joven que las inundaciones habían arrastrado hasta el puente de Aviñón.

Dio un respingo al oír un graznido quedo pero ya casi familiar. Sólo entonces se acordó del pobre pato asustado que llevaba en la cesta. ¿Habrían colocado adrede la cesta en el taburete? Miró a su alrededor de modo inquisitivo. Fue pasando atentamente la vista por las paredes desnudas. Carecían de todo tipo de revestimiento. Comprobó sorprendida que la estancia no estaba recién construida ni había sido restaurada. Más bien al contrario, las paredes tenían el mismo aspecto que los sótanos de Eliah en Carrière. Debían de haber sido excavadas en la roca hacía muchísimo tiempo. Miriam sintió que el corazón le empezaba a latir más deprisa. La sangre caliente le subió a las sienes. En su cabeza se sucedían a gran velocidad temerarias ideas que, en un primer momento, le habían parecido absurdas. Tragó saliva, luego corrió hacia la cesta a fin de auxiliar al atemorizado pato. Ahora tenía simplemente que sacar al animal y acurrucarlo contra su pecho. Intuía que el pato, un animal pequeño y asustadizo, debía de sentirse tan mal como ella. Entonces volvió a recordar la amatista. El pato lo llevaba dentro..., el anillo misterioso de Bertrand, que le había entregado el sacerdote de la capilla del puente sólo por una noche. Pasó delicadamente sus dedos por el buche del pato, cuyo ancho pico se restregó un poco contra su pecho. Ella suspiró hondo, pues conocía perfectamente, de cuando vivía en Carpentras, lo que significaba aquel gesto. Así como las ocas precisan de amplios prados, sabía que los patos lo devoran todo, que siempre están hambrientos.

—Los patos comen de todo —le había dicho su abuelo en una ocasión—. Son los cerdos del mundo de las aves.

Parecía extraño, pero en los sótanos del cardenal no hacía frío. Sin embargo ello no impidió que sintiera escalofríos. ¡Si por lo menos supiera lo que estaba pasando! De este modo podía ocurrirle cualquier cosa sin que estuviera preparada para ello.

¡Ahora no sólo nos persiguen los dominicos, sino también los penitentes grises! —exclamó Bertrand en un tono teatral—. Por no hablar del maestro de palacio y del capellán de la capilla de San Nicolás en el puente.

—¡Tú siempre tan exagerado! —replicó Eliah secamente.

Tonio Brazzi les había rogado a Bertrand y Elena, la mujer de su jefe, que se reunieran en el refectorio de la antigua komturei, y también le había pedido a los miembros del servicio que los dejaran solos. Allí

tenían más espacio que en la casa principal. La gran sala de la primera planta nunca había estado sometida al voto de silencio, como ocurría en los comedores de muchos monasterios. Más bien lo contrario, pues la sala alargada, con muros de piedra y techo de vigas desgastadas, podría haber sido el salón de audiencias o la sala real de cualquier castillo. Contaba con un gigantesco portón con una puerta de menor tamaño para los bueyes y los caballos en una de las dos alas, donde se abría a su vez una portezuela aún más pequeña para los que iban a pie. Abajo del todo, en la portezuela, había también una entrada para los gatos cubierta con una cortinilla de encaje parisino. La gran sala tenía seis ventanas que daban al patio, cuyas contraventanas, con líneas de colores oblicuas que confluían en el centro, ya estaban cerradas. En el interior, colgaban del techo tres lámparas de hierro que recordaban a unas ruedas de carro forjadas. Sólo en la última lámpara, situada delante de la cavidad de la pared, que tiempo atrás debía de haber sido a la vez la forja de la komturei y el laboratorio de los hermanos iniciados, ardían una docena de velones de una costosa cera de abejas y de sebo. Justo encima de la chimenea Bertrand descubrió un vano redondo como el que había sobre el altar en las antiguas iglesias.

Ya había oscurecido cuando el último nieto de Eliah entró en el fondaco; le acompañaba Elena de Pisa, la cual le había vestido con las simples vestiduras de un siervo moro, le había tiznado la cara con carbón y le había colocado un turbante. Hasta Bertrand se había dejado engañar en un primer momento y le había tomado por el moro.

Entretanto, Seder se había quitado el molesto turbante y se había lavado la cara en la artesa de la cocina. Se sentó, como los demás, en un sillón cubierto con una gran tela de lino tosco. Brazzi fue yendo uno por uno y sirviéndoles un vaso de vino de la Toscana, un caldo con mucho cuerpo. Dijo, de paso, que los muebles, carísimos pero que de momento no estaban a la venta, procedían del palacio del dux en Venecia. En cuanto estuvieran

restaurados, Tonio Brazzi los quería volver a vender a la corte del rey escocés Robert the Bruce.

—Doce sillones del palacio del dux son para el nuevo rey Arturo, allá en el lejano norte, casi igual de buenos que una Tabla Redonda propia —se burló Brazzi.

—A mí me interesan más los temores que acaba de expresar Seder —comentó la esposa de Marco Ambrogio a la vez que lanzaba una mirada llena de pasión a su amante—. Porque si se producen cambios en Aviñón que pongan en peligro nuestros negocios, mi querido esposo debe ser puesto al corriente de ello lo antes posible.

Bertrand la miró con los ojos desorbitados. Nunca antes había visto a una mujer que quisiera decir justamente lo contrario de lo que expresaban sus rojos labios.

—Enviaré enseguida un mensajero a Italia —dijo el capataz tan presurosamente que Elena ya no se atrevió a reprocharle nada.

—Entonces envía también otro a la Orden de los Caballeros teutónicos en Marienburgo, y a Lisboa, a los antiguos templarios —sugirió Eliah. Desde que se había sentado en el sillón ya no parecía tan frágil y servicial como se mostraba por las calles y en presencia de los más abyectos de sus socios. Más bien daba la impresión de que era por lo menos de la misma clase social que el antiguo armero y la amada de su nieto—. ¡Toda noticia sobre cambios importantes en Aviñón vale en muchos sitios una buena bolsa llena de monedas de oro, o incluso una fortuna! Estoy pensando en Roma, Nápoles y Florencia, pero también en Baviera, Londres y París...

—¡Yo no entiendo nada! —le interrumpió Bertrand—. Ya sé que es una grave falta de educación hablarle así a un adulto, pero, ¿por qué soy yo el único que no sabe nada de lo que está en juego en Aviñón? ¿Y qué tiene todo eso que ver con la doncella Miriam o conmigo?

—¿No lo sabes? —preguntó Elena, mordaz y burlona—. ¿De verdad no sabes que vales un tesoro, hermoso joven? ¿A cuál de las nueve órdenes de ángeles perteneces realmente? ¿Eres un serafín, un querubín o un arcángel?

Bertrand sintió que la sangre le subía a las mejillas. Se puso colorado como un tomate, pero no de vergüenza, sino de rabia porque todos le trataban como si fuera un juguete o un pequeño e inconsciente animal doméstico.

—También nosotros los judíos teníamos antes una genealogía de ángeles —intervino Eliah de Carpentras, al tiempo que lanzaba una mirada

severa a Elena. Después miró a Bertrand—. Pero hace tiempo que rechazamos la exagerada adoración a los ángeles, como la fomentada por la Iglesia Católica. No estamos hablando aquí de ángeles, con cuya ayuda se podría construir un gran puente sobre la corriente, sino de un anillo...

Bertrand pensó que a continuación iba a mencionar el rubí de la tiara papal y la marca en la piedra del portón del patio de la antigua komturei, pero nada de eso ocurrió. Eliah miró a su nieto, luego a Brazzi y de nuevo a Elena. Bertrand adivinó por qué el viejo judío no había mencionado la gárgola del patio. Si ellos mismos no habían reconocido en la piedra la marca del Agnus Dei, entonces es que debía seguir oculto para ellos. Lo sabía por las lecciones del maestro Eckhart: todo gran secreto sólo puede permanecer oculto ante los ojos de todos. Incluso si alguien en un momento dado lo descubriera, a nadie se le ocurriría reconocer lo secreto en lo perfectamente visible... Bertrand entendió también el significado del silencio de Eliah. Si todos los demás no habían visto nada en el Agnus Dei, les faltaba la tercera señal. Así que solamente existían tres personas que hasta ese momento estuvieran al tanto de aquella: él mismo, el viejo judío y, si no se equivocaba, o Jacques de Molay o el maestro Eckhart.

Bertrand sintió que un escalofrío le subía por la espalda. Ahora entendía por qué le habían perseguido los dominicos desde París. Ni ellos ni el maestro de palacio lo querían a él, sino a aquellos con los que había entrado en contacto en Aviñón y sus alrededores: entre ellos estaban Miriam y el viejo Eliah de Carpentras. Era por esto que el cardenal Godin y los dos dominicos habían irrumpido, acompañados de soldados armados, en el barrio Carrière de Aviñón.

Marco Ambrogio no estaba entre los sospechosos, todavía no, por lo menos. Tampoco Elena y su pequeño criado moro. Pero ¿qué pensar del extraño capellán del que había hablado Seder?

Mientras los demás charlaban sobre el estado de salud del Papa y comentaban sobre los distintos cardenales de la curia, Bertrand siguió sentado en uno de los sillones tapizados del dux; su expresión era pensativa, pues estaba tratando de recordar algo de París.

Nadie en París podía haber sabido con qué intención se había marchado de allí. Nunca había llegado a ver en persona al gran maestre de los templarios ni al preceptor de Normandía en sus calabozos. A Jacques de Molay lo había visto sólo brevemente a los diez años, cuando su padre lo

llevó al convento de Comminges. ¿Tendría algo que ver este fugaz encuentro, que apenas si recordaba, con los acontecimientos posteriores?

¿O tal vez le había sido encomendada alguna misión durante una de las clases en París, cuando escuchaba al maestro Eckhart sentado en el suelo junto a otros estudiantes, y de la cual sólo iba a poder acordarse en unas circunstancias muy determinadas, y gracias a un olor, el sabor de una medicina, una señal, una melodía o un hechizo?

Poco importaba si era verdad una cosa o la otra, ¡Lo cierto es que ni los que movían los hilos en Aviñón ni mucho menos los demás podían haber adivinado nunca que se iba a arrojar a las aguas torrenciales de la riada justo delante de la ciudad!

Pero debían de existir iniciados que todavía lo esperaran y quisieran atraparlo a cualquier precio. Y a la vez era muy consciente de la suerte que había tenido después de ser salvado. Sin Eliah, Miriam y Seder, lo más probable es que hubiera intentado llegar directamente a su padre. Sólo ahora sabía lo que habría sucedido en ese caso: los rivales del Papa le habrían arrestado, escondido en un calabozo, torturado y ejecutado de inmediato.

Y así miró entonces al viejo judío y a su nieto con una perspectiva completamente distinta. ¿Serían aquellos miembros del pueblo elegido, al igual que Miriam ahora raptada por los grises, serían todos ellos... sus ángeles de la guarda?

Se sintió invadido por el agradecimiento y por un afecto extraño. Entonces Seder Ben Ariel le sonrió tan francamente como su abuelo. En ese instante Bertrand llegó a creer que ambos podían leer su pensamiento.

—¿Y Miriam? —preguntó sin apenas mover los labios.

Eliah de Carpentras entrecerró los ojos e hizo un ligero gesto de asentimiento en su dirección.

—Tenemos que sacar a Miriam esta misma noche del palacio del cardenal Godin —dijo Seder—. Y si hace falta, de su cama.

Tonio Brazzi hizo una mueca de repugnancia que dejó todos sus dientes al descubierto. Solamente Elena, la bella y consentida Elena, dejó entrever la desilusión que le causaba que el intrépido Seder permaneciera lejos de su cama aquella noche.

Miriam tenía hambre pero le repugnaba comer algo en casa del pontífice cristiano. Durante todas las horas en que había estado observando cómo la diminuta llama iba avanzando hacia el final de la antorcha colgada de la pared, nadie se había ocupado de ella. Durante un rato había esperado oír cadenas y gritos procedentes de otros sótanos. El cuarto excavado en la roca caliza no debía de ser tan frío como era de esperar. Ya no tiritaba ni sentía escalofríos.

Fueron pasando las horas, sin que supiera cuántas eran en realidad. Cuando el pato se puso a graznar demasiado fuerte lo sacó de la cesta y lo dejó correr en libertad. El animal no se molestó en buscar un rincón o uno de los pequeños agujeros que había en la pared del fondo sino que se cagó junto al estrado. Miriam se quedó pensando un buen rato si debía limpiarlo o no, pero luego decidió que no iba a desgarrarse y mancharse sus ropas con mierda de ave. En lugar de eso, se puso en cuclillas encima de uno de los pequeños agujeros abiertos por las ratas bajo el respiradero del techo y soltó allí sus propias aguas. En un momento dado empezó a oír voces y ruidos de alguien que rascaba la puerta. Pasó algún tiempo hasta que oyó una llave que giraba en la cerradura. Cuando entraron, Miriam acababa de hacerse un ovillo sobre el asiento del taburete de tres patas. Se levantó de un salto, pues pensó que los grises venían a buscarla para llevarla por fin ante el señor de la casa. Vio después, a la luz de una lámpara de aceite, que se había equivocado, que se trataba sólo de un mozo de cocina que, sin decir palabra, le tendió un tazón de madera que contenía arroz y un poco de verdura recalentada, así como una cuchara que ella dejó

sobre el taburete. Un pestilente y barbudo soldado pasó muy cerca de ella y puso un cubo de madera justo donde se había agachado ella antes. Cuando iba de camino hacia la puerta le rozó el pecho, con una sonrisa malévola y repugnante.

Sólo en ese momento hizo su aparición el tercero del grupo, que se había quedado rezagado en la puerta. El corpulento monje llevaba el hábito negro y blanco de los dominicos. Era el hermano Wulfram, al que ya conocía por haberlo visto en su casa con el escriba gordo.

—Vaya, vaya —dijo suspirando para luego entornar teatralmente los ojos—. Estas brujas están por todas partes.

Se quedó parado delante de ella con la lámpara en la mano y la miró fijamente durante un buen rato. Aunque pretendía ser más amable de lo que

era habitual con una judía, en sus ojos no había ni una pizca de compasión ni de interés por ella. Cabía dentro de lo posible que para aquel hombre de la Iglesia ella ni siquiera llegara a la categoría de persona.

—Tengo fuera, en la puerta, una mesa con papel y todo lo necesario para escribir —dijo en un tono suave—. Pero antes, para abreviar todo el proceso, quiero preguntarte si estás dispuesta a confesar. En caso afirmativo, nos ahorraremos el interrogatorio.

Miriam temblaba debido a los nervios que se habían apoderado de ella. No le tenía miedo. Pero la muerte de su hermana y la rabia impotente le sugerían ideas espantosas. Los cristianos como aquel aparentemente delicado escribano eran mucho peores que los lascivos y pendencieros soldados. No es que éstos fueran mejores, pero los monjes y los curas siempre estaban a vueltas con los mismos reproches y las eternas acusaciones.

—¿De qué se me acusa? —preguntó mientras trataba a duras penas de contener la ira que la estaba embargando.

—¡No seas tan descarada! —exclamó él en un tono amenazador aunque increíblemente suave, muy poco masculino, pero muy inquietante—. No te preocupes, que no vas a tardar mucho en saberlo... ¿Sabes leer o escribir?

—Sí, las dos cosas, pero en hebreo...

—¿No sabes aquitano, provenzal o francés?

—¡No, hermano Wulfram, ni siquiera latín!

Levantó la mano como si fuera a golpearla. El mozo de cocina rió para sus adentros, hasta el tosco guardia de palacio había comprendido que la chica judía no se iba a dejar doblegar; así eran las mujeres de la Provenza. Más de una vez lo había experimentado él, y con mucho gusto, en sus propias carnes. El inquisidor lanzó despectivo un escupitajo a un rincón.

—Muy pronto te arrepentirás de todo esto, como muy tarde pasado mañana..., el Sábado de Gloria, cuando, a la hora de Su muerte, expulsemos de ti esta obstinación herética. En ese momento, a la luz de una antorcha, apareció en el arco de la puerta una sombra púrpura. Miriam dio inconscientemente un paso atrás. Alzó los brazos y apretó el puño izquierdo contra la boca para no gritar. Al mismo tiempo dio una patada a la cesta y el pato, tras lanzar un graznido de enfado, se fue aleteando hasta la esquina donde estaba el cubo de agua.

El maestro de palacio pestañeó irritado. Vaciló un minuto, y luego juntó sus blancas manos como si fuera a rezar.

—¿Dónde está el anillo del obispo, Miriam de Carpentras? ¿Y dónde habéis escondido al chico, el que llevaba la amatista colgada al cuello con esta cadena?

OceanofPDF.com

Los calabozos y la komturei

Los dos príncipes de la Iglesia avanzaban a paso lento por el puente de Aviñón. No llevaban escolta, y ni siquiera habían cogido una antorcha. Sólo les acompañaba, unos pasos más atrás, el capellán Comyn. Desde que Mel Comyn había demostrado con creces su valía tanto en su calidad de discreto sacerdote para la pequeña capilla del puente y como acompañante, Arnaud d'Aux y Niccolò da Prato se dejaban caer varias veces a la semana por allí con el objetivo de dar un paseo nocturno hasta el otro lado, bendecir a los soldados franceses y, al regreso, rezar juntos una breve plegaria en la capilla. Había pasado ya una semana desde el último paseo. También en esta ocasión les estaba sentando muy bien el aire de la noche clara y estrellada. El reflejo de las luces se extendía por toda la orilla; sobre la ciudad amurallada con sus iglesias y palacios flotaba un resplandor amarillo como el de una aureola. Río abajo, una gigantesca luna llena resplandecía sobre las montañas de la otra orilla. Sabían perfectamente que el mundo que habían ido construyendo a lo largo de los últimos años se hallaba en una encrucijada. Mientras Felipe IV el Hermoso reinara en Francia, la sucesión al trono del kaiser Enrique VII estuviera sin resolver, y las familias romanas solamente aceptaran como papa a uno de los suyos, la roca blanca de Aviñón, en un recodo del Ródano, iba a seguir siendo el único fundamento seguro que le quedaba a la Santa Sede.

—En el lado de los franceses el diablo de las construcciones acaba de encontrar un nuevo terreno —se burló Da Prato al tiempo que lanzaba al río, de una patada dada con su fino zapato de cuero granate, una de las piedras sueltas de la baranda del puente—. Nuestros cardenales franceses, a quienes Aviñón se les ha quedado pequeño, están como locos por construirse allí, a la sombra de las torres defensivas de Felipe, casas con grandes jardines, establos y todo tipo de lujos.

Mientras reía regocijándose en el mal ajeno, el cardenal Da Prato tomó el ancha ala del sombrero de borlas rojas y la enderezó un poco.

—Tenemos que hacer más bien lo contrario y vender lo antes posible las casas y solares propiedad de la curia, mientras todavía conserven su valor. Apenas empieza a propagarse por los callejones de Aviñón el rumor de que la Santa Sede tiene previsto mudarse de nuevo, los precios se desplomarán.

—No solo los precios —puntualizó d'Aux pensativo—. Si abandonamos ahora Aviñón, después de haber perdido Roma y tras la disolución de los templarios, destruiremos también toda la Iglesia.

—Es decir, que sólo queda una salida. El papa debe seguir viviendo y la maldición de Molay no se debe cumplir bajo ninguna circunstancia.

—¡Demasiado tarde! —exclamó el cardenal d'Aux—. No creo que haya manera de evitarlo. Niccolò da Prato le miró a los ojos.

—¡A menos que ocurriera un milagro! —exclamó Arnaud d'Aux según lanzaba una risita cargada de amargura.

¿Cuántas veces, a pesar de su talento, de todas las plegarias y los sinceros esfuerzos, había perdido la partida contra el destino y la voluntad inescrutable del Todopoderoso?

—El milagro se hubiera tal vez producido si el Todopoderoso y sus legiones del cielo y de la tierra no hubiesen intervenido y, junto con el mistral, no hubieran mandado además una inundación contra nosotros.

—¿Quieres decir que Dios nuestro Señor ya nos ha abandonado?

—La falta de fe es la madre de todos los pecados capitales —replicó el cardenal D'Aux—. Pero todos sabemos perfectamente, al igual que el Santo Padre, que no quedaba otra alternativa que sacrificar a los templarios en la cruz.

—Hablas como Poncio Pilato —le reprochó Da Prato.

—Soy Poncio Pilato —replicó D'Aux—. ¿Acaso has olvidado que, como él, yo presidía un tribunal que tenía que juzgar a unos inocentes? ¿Cuántas veces no convocó Poncio Pilato al sumo sacerdote, a los miembros del sanedrín y al pueblo de Israel para decirles que ninguna de las acusaciones podía sostenerse?

—Pero, de todos modos, él quería castigar a Jesús de Nazaret, por protestar contra los altísimos impuestos del emperador —replicó el cardenal Da Prato.

—Para luego liberarlo —insistió D'Aux—. Esto es precisamente lo que yo intenté hacer en el proceso contra los templarios. Yo y mi alto tribunal los declaramos inocentes, pues de todas las acusaciones ninguna pudo ser probada. Inocentes, Niccolò...

Llegaron por el puente hasta la isla, donde estaban acampados algunos peregrinos y gentes de paso, y luego, por encima del segundo brazo del Ródano, se fueron acercando al otro bastión del puente, que parecía una pequeña, pero impresionante fortaleza situada en la orilla.

—Al Nazareno no lo mataron ni la justicia ni los jueces —observó el cardenal D'Aux tras recorrer unos pasos—. Bien mirado, fue el odio y la envidia del pueblo contra uno que era diferente a ellos. También el proceso contra los templarios en Viena, presidido por mí, y en presencia del rey Felipe, acabó con una clara absolución, y ello a pesar de que los soldados franceses nos tenían asediados y amenazados. Al igual que Poncio Pilato también yo me vi impotente ante esos babosos profanos como el custodio del gran sello de Francia, Guillermo de Nogaret y su rey Felipe, que cada vez pretendían sacarnos más dinero, a nosotros y a ellos.

Se iban acercando ya los primeros nobles franceses para arrodillarse ante ellos y besarles el anillo.

—Si no lo hubiéramos hecho, el Anticristo estaría hoy en día calzando ya las sandalias del pescador —

susurró Da Prato. Impartió su bendición en voz alta a los fieles armados. Aquella noche el viento era tan agradable, que hasta repartió algunos «Ego te absolvo» sobre las cabezas de los creyentes antes de volverse hacia el cardenal d'Aux para añadir?—: En ese caso no tendríamos como papa al pío pero enfermo Clemente, sino a Felipe Capeto, que sería a la vez Gran Maestre de la Orden de los Templarios y emperador autocoronado del Sacro Imperio Germánico.

—¿Y cómo podríamos evitar todo eso?

—Llamando otra vez a filas a los defensores de la fe, del mismo modo que lo hizo Carlomagno después de la devastadora conquista de su país por parte de los sarracenos guiados por la bandera verde del Islam.

—Pero ya no tenemos ni templarios ni capacidad de lucha —le advirtió d'Aux. Dieron la vuelta, pasaron por delante del capellán escocés, que los estaba esperando, y se encaminaron de nuevo hacia Aviñón—.

¡Qué maravilla de vista! Pero, en serio, hospitalarios, caballeros de la orden de San Juan, franciscanos, dominicos..., ¿con quiénes podríamos contar para arremeter contra París y el castillo del rey en Fontainebleau?

—Sí, tienes razón —asintió Da Prato—. Los caballeros teutónicos en Marienburgo buscan misiones en Polonia y las regiones eslavas; ingleses y escoceses se mantienen mutuamente ocupados, mientras que los templarios que han conseguido llegar a Portugal están fundando allí una nueva Orden de Cristo con el viejo signo de la cruz, no ya para el combate sino para marcharse como misioneros a lejanos países allende el mar.

—¡Pero todavía tenemos la sabiduría de los antiguos!

—¡Ya no tenemos nada! —le contradijo Da Prato—. Pero si hasta la última clave de la sabiduría de Salomón y de Israel se ha perdido en los últimos años. Ni siquiera existe ya el rubí de la tiara, y la amatista del anillo del obispo de Bertrand de Goth debe de estar en el fondo del Ródano. Por si fuera poco, nadie ha podido encontrar hasta ahora la cruz en el corazón, dedicada al cordero de Dios...

—Pero se dice que Jacques de Molay sabía donde se hallaba la tercera cruz del corazón. Al parecer nunca ha dejado de estar a la vista de todos.

OceanofPDF.com

Después de haber sopesado largamente todas las posibilidades, Bertrand, Seder, Eliah y el antiguo armero decidieron que iban a liberar a Miriam aquella misma noche del palacio del cardenal Godin. La cuestión era hasta dónde querían llegar y con qué probabilidades contaban. Tonio Brazzi se ofreció a sobornar a una docena de suizos de la guardia papal, ofreciéndoles el dinero suficiente, una soldada de Judas, con el que pudieran regresar a sus montañas para combatir allí a los Augsburgo. La mujer del mercader tuvo una idea aún más pecaminosa.

—El cardenal Godin siempre se me ha insinuado —informó Elena de Pisa—. Estoy segurísima de que si llamara a su puerta esta noche, no le importaría recibirme en su lecho. Bertrand se la quedó mirando boquiabierto. Tonio Brazzi se rió, pero Seder dio un respingo y la tomó por las muñecas.

—¡Nunca aceptaría que pagaras ese precio por su rescate! —protestó.

—Pero bueno, ¿quieres liberar a tu hermana o no? ¿O prefieres que el cardenal Godin se divierta con ella en vez de conmigo? —le preguntó Elena tan descarada como perspicaz. También los demás sabían que llevaba razón. Bertrand, por su parte, se dijo que iba a necesitar todavía algún tiempo para acostumbrarse a la manera de pensar, directa y pragmática, que reinaba fuera del convento y de la universidad. Allí afuera la gente no hablaba de manera delicada ni como en los debates con los eruditos y los maestros. Decían lo que pensaban de verdad, o bien mentían de forma descarada. Estas dos circunstancias podían dejar sin habla a un estudiante de París educado en un monasterio. Pero él aprendía deprisa. Se sentía ahora como una esponja reseca que iba absorbiendo todo lo que rebosaba de los demás.

En aquel momento Eliah se puso en pie de un salto. Empezó a caminar, inclinado hacia delante, de un extremo a otro de la sala, mientras iba murmurando algo en voz baja para sí mismo y se retorció las manos. Luego se paró justo debajo de la lámpara, cuyas velas entretanto se habían consumido casi hasta la mitad.

—¡Debo hacerlo! —dijo con voz sonora—. Hice un juramento, al igual que todos los iniciados anteriores, sin embargo, cuando surge un secreto susceptible de proteger vidas, no se debe sacrificar ninguna de éstas para conservarlo.

D'Aux acompañó a su colega Da Prato hasta su hermoso palacio situado en la rue de la Balance. Media docena de antorchas colocadas sobre unas columnas cuadradas de piedra iluminaban la alta verja de la parte frontal del jardín, la escalinata de la entrada y unas esculturas de ángeles italianas sobre la fachada del palazzo de dos plantas. También brillaba luz por encima del alero del tejado ligeramente inclinado. Parecía que la ciudad hubiera olvidado ya el gran temporal de primavera y las terribles inundaciones. Aunque, según las leyes de la Iglesia y del mundo, la noche de Viernes Santo significase horas de dolor, por todas partes se oían las risas y cantos; también procedentes de una posada abarrotada, de una taberna o de una tasca salían de vez en cuando los estridentes chillidos de alguna mujer. Nunca antes había recibido Aviñón semejante marea de peregrinos hambrientos y sedientos. Mientras que sus habitantes, así como las familias que se habían instalado allí recientemente, hacía ya tiempo que permanecían atrincherados detrás de sus puertas y contraventanas cerradas a cal y canto, los taberneros y sus criados luchaban contra una avalancha de gente que jamás se hartaba de comer y de beber como esponjas.

Ambos cardenales intentaron disimular lo mejor posible, pero Mel Comyn vio en sus severos rostros la aversión y la repugnancia. Torcieron el gesto, movieron la cabeza con reprobación, a la vez que pensaban claramente en el fuego del infierno o por lo menos del purgatorio para todos aquellos glotones y borrachines impíos que, en Viernes Santo, debieran estar penando, llorando y lamentándose. Los cardenales volvieron la vista hacia atrás, en dirección a la puerta del puente y el palacio del Papa, después hacia la catedral en el Rocher des Domes y las nuevas casas. En uno de los palacios iluminados vivía el cardenal Godin con su familia. Cuando los enojados y preocupados cardenales estaban todavía pasando su mirada sobre el nuevo palacio, de un pasadizo de la casa vecina salieron cinco soldados. Dos de ellos llevaban largas alabardas con enormes cuchillas en la punta, dobladas como las espadas de los sarracenos. Los otros dos llevaban la espada envainada. El quinto hombre era el capitán de la guardia del Papa en persona.

Ritter Utz von Falkenhenn se había puesto una coraza de hierro sobre el jubón acolchado. Llevaba un casco con las puntas delantera y trasera hacia arriba, y abierto abajo como el yelmo de un centurión romano, con un penacho multicolor de plumas de gallo. Después de dar dos o tres pasos

miró a su alrededor con aire huraño, luego apostó a los dos alabarderos junto al portal del palacio de Godin y a los otros dos en la esquina de la casa.

—Pero ¿qué significa esto? —preguntó Da Prato indignado—. Los soldados de nuestra guardia están para proteger al Santo Padre y no al pusilánime de Godin.

—Tal vez él sea más precavido que nosotros dos —le replicó d'Aux preocupado—. ¡En una noche como ésta basta un rumor procedente de París o Roma para que el día de la pasión y muerte del Señor se convierta, para mucha gente, en un ayuno eterno!

—Quieres decir una revuelta, alimentada por...

—No quiero decir nada —negó D'Aux—, pero no tiene sentido que intentemos ahora algo.

—Tienes razón —asintió Da Prato al tiempo que lanzaba una mirada fugaz a Mel Comyn, que respetuosamente se mantenía a unos pasos de distancia—. No podemos poner freno al avance descontrolado del pecado en la ciudad con sólo un capellán. ¡Mañana habrá de nuevo motivos para llamar a misa!

—La próxima Semana Santa, en cuanto empiece a atardecer, no dejaremos entrar en la ciudad a nadie que no pueda demostrar que tiene alojamiento en algún albergue o en casa de parientes —farfulló el cardenal d'Aux casi sin mover sus finos labios.

—Una sabia propuesta —convino el cardenal Da Prato—. Pero ni siquiera sabemos si volverá a haber una Semana Santa con un papa en Aviñón...

Los dos príncipes de la Iglesia se miraron. Luego, Da Prato se volvió de nuevo hacia Mel Comyn.

—Hijo, tú no has oído nada —le dijo con un tono de advertencia—. Absolutamente nada, ¿entendido?

Bertrand intuyó de repente en qué dirección iban los pensamientos del viejo judío. Era como si tanto él como su nieta conocieran las respuestas ya antes de plantear las preguntas, y supieran ya lo que se debía decir. En aquel momento Eliah parecía estar pensando en los sótanos en donde se hallaba su mikwe. Cuando Seder le explicó que él mismo le había lavado la noche del accidente en el río, en su mente no apareció ni rastro de recuerdo de unos sótanos. Pero ahora veía claramente la estancia subterránea, como si la tuviese ante él iluminada con antorchas.

—Si logramos llegar hasta mi casa de Carrière sin que nos vean, desde allí podré encontrar un camino para llegar hasta Miriam, un camino que yo mismo sólo he recorrido en una ocasión. Los otros todavía no sabían de qué estaba hablando. Sólo Bertrand tuvo claro que les quería revelar uno de los grandes secretos de Aviñón, transmitido únicamente a unos pocos iniciados de generación en generación.

—Comprenderéis que no pueda ni deba contároslo todo —empezó a decirles—, por eso me tenéis que jurar que no revelaréis a nadie nada de lo que yo os diga. Pero no tenéis que jurar por la Biblia, la Torá o el Corán, sino por la sangre de Salomón.

—Lo juro —afirmó Seder Ben Ariel de inmediato para luego lanzar una risita maliciosa. Su abuelo le mandó callar enojado.

—¡Si te castigaran por todos tus juramentos rotos, ya no se podría volver a jurar por la sangre del rey Salomón, de lo seco que estaría!

Seder se limitó a encogerse de hombros y a echarse más vino en un vaso de madera. Tonio Brazzi suspiró y llenó de aire su impresionante tórax.

—¡Yo también juro! —exclamó como un fuelle viviente—. Me importa un bledo si es por un rey de Israel o por los primeros versos de la Commedia de Dante, el gran difamador de Aviñón. Eliah miró a Bertrand, el cual no dejaba de negar con un gesto de la cabeza.

—No puedo, no puedo —dijo en un tono compungido.

—¿No puedes jurar, Smaragdus, o no puedes jurar por la sangre de Salomón? —le preguntó con afecto Seder, que parecía entender mejor que los demás al vacilante estudiante parisino.

—Las dos cosas —respondió Bertrand.

Mientras, sus ideas se confundían en remolinos cada más turbios. ¿Qué podía significar un juramento que no fuera por las Sagradas Escrituras? ¿Podía él, como cristiano creyente, jurar por un rey de Israel muerto hacía

siglos? No tenía ni idea. Por otro lado, se trataba de Miriam, que también era judía, pero al mismo tiempo era también la doncella de sus sueños, incomparablemente hermosa y deseable. Seguía convencido de que ella era además su ángel de la guarda. Volvió a percibir de repente el olor de su cuerpo, la caricia de su cabello de ángel sobre su piel desnuda, las yemas de sus dedos en la piel del cuello y, luego, del pecho...

¿Debía renegar de aquella muchacha de ensueño, condenarla al potro de torturas?

—Juro por Dios Todopoderoso...

Los demás contuvieron la respiración. Ni siquiera Eliah hubiera pedido tanto de él. El viejo judío de Carpentras puso las manos en alto e intentó apaciguarlo.

—¡Vosotros los cristianos, siempre exagerando! —suspiró a la vez que movía con disgusto la cabeza. Volvió a juntar las manos y retomó sus idas y venidas bajo la gran lámpara—. Desde los tiempos de los primeros cristianos de Roma —prosiguió—, y de los judíos de Israel existen también aquí catacumbas secretas en el interior del Rocher des Domes en la curva del río. Algunas de ellas se volvieron a limpiar de cascotes y guijarros durante el sitio de los sarracenos y, después, del de los francos, con su majordomus Carlos Martell. Algunas otras fueron selladas de tal modo durante las cruzadas contra los albigenses y los cátaros que ya nadie pudo volver a usar aquellos tramos. Por esto todavía no puedo deciros si se puede llegar al palacio del Papa a través de esta red de túneles; pero hay una cosa de la que sí que estoy seguro.

Lo miraron todos con gran expectación. Bertrand sintió que una onda que le llegaba incluso a los dedos de los pies y a las yemas de los dedos recorría todo su cuerpo.

—Existe un camino subterráneo desde mi casa al sótano abovedado del palacio del cardenal Godin —

explicó Eliah de Carpentras—. Pero es posible que se haya inundado con la riada. En el antiguo refectorio de la komturei de los templarios se produjo un silencio que pareció durar una eternidad.

—Yo aguanto mucho nadando —dijo Bertrand rompiendo así el silencio.

Los ruidos sordos de su prisión de piedra a la luz rojiza del atardecer ya no asustaban a Miriam. En la pared de detrás del estrado ya sólo ardía una pequeña brasa de la antorcha. Pero en aquel momento el punto de luz se animó e iluminó la gran estancia hasta tal punto que se podían ver hasta las ratas. Algunas parecían mojadas como si hubieran llegado nadando por los agujeros que había entre el suelo de piedra y el muro del fondo.

Entretanto ella había estado inspeccionando la pared palmo a palmo. En total, existían tres aberturas, aparte de la puerta, por las que podían haber entrado: el hueco del respiradero en la parte de arriba, del tamaño de una cabeza, y dos agujeros en la pared del tamaño de un puño. De uno de los agujeros de la parte inferior soplabla una corriente fría, mientras que del otro se desprendía olor a humedad y a moho. No sabía cuántas horas habían transcurrido desde la visita del cardenal Godin y sus acompañantes. Para hacer más llevadera la espera, había seguido recorriendo las paredes de la gruta. Al principio contaba los pasos. Para dar una vuelta completa hacían falta exactamente veinticuatro pasos. Luego se imaginó que iba paseando, con su pato en la cesta, desde una puerta a otra de la ciudad; primero de la puerta Agrícola a la Puerta Merhéron. El recorrido desde uno de los extremos de la ciudad al otro correspondía a unas treinta vueltas por la pared del calabozo. Para hacer el camino que llevaba desde la puerta del Puente en la parte noroeste, pasando por la prolongación más alargada de la ciudad, hasta la puerta Imbert, donde comenzaba la rue des Teintures, necesitaba justo el doble de pasos, ya que la ciudad no era redonda o cuadrada, sino que recordaba más bien a un saco tirado en la curva del río o a una trufa alargada. Cada vez que completaba una de las vueltas más largas, se sentaba un rato en el taburete. Lo había colocado sobre el banco y tenía que trepar hasta él. Cuando quiso dormir y descansar un poco, no obstante, se abrazó a la cesta con el pato y se sujetó las piernas con las manos. Sólo se despertó cuando más de media docena de ratas empezaron a chillar debajo del taburete y a saltar contra sus patas en zigzag. Eran tan astutas que conseguían trepar hasta el banco. Sólo las frenaba el vuelo del asiento del taburete. Pero olían a la muchacha, acalorada de tanto andar y al pato, que aleteaba asustado. A diferencia de muchos niños a los que tan sólo les gustaban los cabritos, los corderos, los pollitos o los cachorros, Miriam se llevaba bien con todo tipo de animales, aunque fueran arañas o ratas, cochinillas o cucarachas. Respetaba la vida bajo cualquier forma, si bien

vigilaba que, cuando un animal era sacrificado para servir de alimento humano, se hiciera según el rito judío. Jamás comería carne de un animal que hubiera muerto con antelación, o sea mewela, o le faltara una parte, es decir terefa. Tampoco comía carne con grasa.

«Toda la grasa es para el Señor», se dice en el tercer libro de Moisés. Ella obedecía por lo menos este precepto, porque «quien tome grasa de animales sacrificados o la sangre de ganado o aves, deberá ser exterminado».

Miró al pato en la cesta. ¿Acaso no tenía ella misma también una sola vida? Sabía que ella, como todos, debía morir algún día, pero ésa era otra historia. Ahora que estaba encarcelada, tuvo la sensación de que debía prepararse para una ejecución y que, por algún motivo que desconocía, también ella iba a ser sacrificada.

Por primera vez desde que la habían encarcelado sus mejillas se llenaron de lágrimas. Al mismo tiempo se sintió abandonada como nunca lo había estado. Pero no lloraba por su propio destino, sino por la manera en que había muerto su hermana, violada por esos cristianos que rompían una hostia hecha de harina y agua, y creían que con ello se transformaban en la carne del hijo de un Dios, y bebían vino tinto como si fuera sangre..., la sangre del profeta Isaías, al que llamaban Jesucristo. A ratos, cuando no se distraía recorriendo la pared, ni se echaba a llorar o a dormir un poco, vencida por el agotamiento, le daba por imaginar que estaba tendida al sol en un viñedo de Carpentras. Se imaginaba entonces que estaba tumbada desnuda en la hierba junto al hermoso muchacho rubio, y que arrancaba con cuidado un racimo de uvas.

—Cierra los ojos —murmuró—. Y echa la cabeza hacia atrás.

Soñó que él estaba apoyado en la áspera corteza de una parra, que el sol acariciaba sus párpados y que respiraba con los labios entreabiertos. Ella se inclinaba un poco sobre él y le rozaba con sus pezones el vello del pecho. Le puso un racimo delante de la boca y dejó que él atrapase una uva madura con los labios. Observó cómo la arrebatava y luego le sacaba todo el jugo. Le besó, y los labios de ambos bebieron el zumo caliente y dulce que todavía no se había convertido en vino.

Cae la noche sobre Aviñón

Las estrellas centelleaban sobre la Provenza como diamantes, dentro de una bóveda celeste que no era negra sino de un azul profundo. La noche que daba paso al Viernes Santo era agradable y más bien fresca, sin embargo las paredes de las casas y las murallas seguían despidiendo calor después de medianoche debido al calor del sol de los últimos días.

Entretanto las calles y posadas se habían ido quedando en silencio. Bertrand, Eliah, su nieto Seder y Tonio Brazzi se movían con extrema cautela a través de la ciudad dormida. Seder iba cinco pasos por delante de su abuelo y de Bertrand. Brazzi formaba la retaguardia, mientras que Elena de Pisa había regresado al fondaco. Ella debía, a la hora tercera después del ocaso, distraer a los guardias de la entrada principal del palacio del cardenal Godin.

Pero todavía faltaba tiempo. A Bertrand le intrigaba aquel silencio extraño e irreal. En París siempre se oía algún ruido que otro, incluso en las calles más tranquilas. Allí, sin embargo, parecía que la ciudad entera estuviera durmiendo, a pesar del temporal y de los muchos peregrinos llegados desde la isla en el centro del río.

Los hombres, que calzaban zapatos de fieltro, se pusieron en marcha. Llevaban ajustadas y largas calzas sujetas con tiras de lino de color oscuro, y camisas anchas que llevaban por fuera de los pantalones, como las que usaban los campesinos del monte Vernoux para protegerse contra el viento frío. Además todos llevaban puesta la capucha de los penitentes grises, puntiaguda y con unas deshilachadas aberturas para los ojos. Toda la ropa procedía del almacén del fondaco. Eliah y Brazzi no estaban seguros de si las capuchas, gastadas pero muy limpias, provenían de la partida que, antes de Semana Santa, Eliah había hecho remendar y volver a teñir en la rue des Teintures, para venderlas después como si fueran nuevas a los pénitents, los penitentes negros.

Durante ese lapso de tiempo, Bertrand se había enterado, más bien por casualidad, de cómo montaban sus negocios el capataz y Eliah. El brazo derecho de Marco Ambrogio en Aviñón compraba mercancías de buena calidad en Flandes o Lombardía mediante unos contactos que le proporcionaba Eliah, pero le pagaba a éste sólo un tercio de su valor. Para compensar, a Eliah le daban la ropa usada de las familias acomodadas de la

ciudad y los alrededores, que no se podían revender sin algunos arreglos previos. Lo mismo valía para todo aquello que se tiraba en la Santa Sede, en las cortes de los cardenales y en el palacio episcopal.

Toda aquella ropa vieja era llevada, como mínimo una vez al mes, a los talleres de unas costureras que tenían acuerdos y contratos con Eliah. De esta manera las capuchas blancas de penitencia se convertían en capuchas para los penitentes grises, y después de pasar por algunas casas de arreglos de costura de judíos en el Carrière, en capuchas para los pénitents de la ciudad y del condado de Venaissin. Por este proceso de transformación pasaban también las sotanas, los encajes de París para los canónigos y las ropas guarnecidas de piel de los nobles y burgueses de Aviñón.

A la luz del día, los cuatro hombres se habrían limitado a seguir las calles que, desde el puerto fluvial, en el oeste, pasaban luego por delante del convento de los dominicos y a través de la puerta del obispo Agrícola hasta introducirse en la ciudad. La iglesia de Agrícola estaba situada al norte de allí, al sur de la antigua komturei de los templarios. En algunas zonas situadas al norte de la calle todavía se podía reconocer la vieja muralla de la época de los romanos.

Eliah recomendó tomar el estrecho camino que iba siguiendo los restos de muralla hacia el oeste. Como la luna estaba al norte, la muralla daba sombra suficiente en los tramos donde los muros todavía tenían la altura media de un hombre.

Los hombres encapuchados sólo tuvieron que detenerse tres veces a la sombra de la vieja muralla romana. En la primera ocasión, dos guardias nocturnos, con alabardas y velones, hacían guardia bajo los faroles desde la puerta Marneron, en el este de la ciudad, hasta la puerta Agrícola, en el oeste; exactamente setecientos cincuenta pasos cada vuelta. Los dejaron atrás en la calle principal, más allá de la hilera de casas.

La segunda vez, los cuatro encapuchados estuvieron a punto de chocar con otros embozados. Fue justo en el cruce entre la rue de la Balance, hacia el norte, en dirección al puente, y la rue de la Boucherie, que conducía a una de las puertas situada en la parte meridional. Aparte de las grandes explanadas ante el ayuntamiento, el palacio papal y la place Jérusalem, con la nueva sinagoga, el cruce en medio de la ciudad vieja nunca estaba totalmente desierto, ni siquiera por la noche. Por este motivo, Eliah había recomendado doblar hacia el norte para regresar bajando después por la rue Rouge. Era muy posible que aquellos embozados no fueran más que unos

ladronzuelos que habían pensado en hacer el mismo rodeo, pues iban cargados con sacos, tenazas y palancas.

El choque fue tan inesperado que los dos grupos se enzarzaron a golpes. Después se oyó el ruido del hierro contra la muralla. Cuerpos que se agitaban en la noche, gritos sordos, sacos con toda clase de cacharros, tintineo de metales esparcidos por los adoquines. Los puños de Tonio Brazzi repartían a diestro y siniestro. Apartó un largo y amenazador puñal que alguien había lanzado a Bertrand a la cara. Un rayo fugaz de luz de luna le había delatado la presencia de la mortal cuchilla. Por primera vez en su vida, Bertrand se hallaba en medio de una pelea nocturna en los callejones de una ciudad. En París los monjes y estudiantes nunca abandonaban los muros protectores del convento después del complet, la oración que precedía al silencio vespertino. Aquellas escaramuzas por Aviñón le hacían sentir como si se moviera por un mundo onírico, inquietante y totalmente distinto al normal, y, sin embargo, también repleto de emociones. Le resultaba difícil reconocer como verdadero todo lo que veía, oía y sentía, pero nada de todo el ingenio de la teología y filosofía aprendida en los monasterios y en la Sorbona se podía comparar con aquello. De repente tuvo más miedo de las largas horas que faltaban hasta la Pascua que de los demonios nocturnos y los pecadores embozados que pululaban como ladrones y asesinos por los callejones de Aviñón.

Tuvieron que sortear infinidad de sombras tiradas en las aceras, dormidas o borrachas. Había demasiada gente de la isla que se había refugiado del temporal en la ciudad. Bertrand torció la nariz: aunque todavía era tiempo de ayuno aquellas gentes apestaban ya al humo de los asados de cordero. El tercer encuentro se produjo cuando los hombres estaban a punto de adentrarse en la rue Jacob. Oyeron de repente un grito breve y luego a un hombre y una mujer peleándose. A continuación se oyó una contraventana cerrarse de golpe en el último piso de una trattoria italiana. Después por encima de sus cabezas pasó volando una vasija de barro que se hizo añicos al estrellarse contra la pared del patio y desprendió como consecuencia una nube de olor pestilente. Apenas tuvieron tiempo de apartarse y salir corriendo. No volvieron a sentirse seguros hasta que estuvieron a pocos pasos de la casa de Eliah. Se quitaron la capucha, y luego se apoyaron en la pared del patio interior para recobrar el aliento. Por fortuna, los demás no se percataron de que a Bertrand todavía le temblaba todo el cuerpo.

—Ya está, ya está —dijo éste sin que nadie le hubiera preguntado nada. Pero decidió no volver a sentir miedo, ni del diablo, ni de los demonios, ni de los soldados o la chusma nocturna. Sólo prestaría atención a lo que le dijera Dios Todopoderoso, su hijo y el Santo Padre. Porque ya era hora de hacerse adulto y decidir por sí mismo sus acciones y responsabilidades.

—Venga, hacia la roca —ordenó Eliah que parecía estar como una rosa a pesar de la carrera nocturna—. Tenemos que llegar antes de la hora tercera adonde está mi nieta Miriam, porque después se armará un buen jaleo en casa de los cristianos.

—Qué raro que digáis eso precisamente vos —comentó Bertrand sin rencor.

—¿Quieres saber otra cosa? —replicó Eliah riéndose con amargura—. Todo el tiempo de ayuno y de Semana Santa que celebráis los cristianos no son más que la queja y el lamento por la sentencia de un alto funcionario romano, y una supuesta y vergonzosa traición por treinta monedas de oro, cuyas consecuencias todavía tenemos que padecer nosotros los judíos.

—Con un beso entregó el traidor a los esbirros sedientos de sangre al salvador del mundo —despotricó

Tonio Brazzi.

—¡Tu salvador seguro que no era, herrero y mercader de armas mortíferas! —le espetó Eliah sin miedo—

. ¡No quiero imaginarme a cuánta gente honrada has engañado y traicionado hasta ahora!

Por un instante pareció que el fornido capataz fuera a golpear al viejo de Carpentras. Brazzi bufaba de ira. Bertrand presintió que debía hacer algo. Seder, más precavido, retrocedió algunos pasos, mientras que Bertrand se decidió por lo contrario: se interpuso entre Antonio Brazzi y Eliah de Carpentras.

—¡Quítate de en medio! —gruñó Brazzi al tiempo que alzaba los puños. A la luz de la luna y de las estrellas parecían grandes y pesados como martillos de forjar.

—¡No, aquí nadie se va a pegar!

Todavía era de noche cuando los primeros cantos de gallo despertaron al papa Clemente V. Tuvo la impresión de que todos los criados de su familia italiana, por pura y diabólica diversión, le hubieran acostado encima de un lecho de ortigas. Quiso incorporarse sobre la almohada pero no pudo, ni consiguió

reunir fuerzas suficientes para rezar pidiendo alivio para los dolores que sentía en la piel, en las piernas y los brazos y por todo el vientre.

El gallo cantó por segunda vez. ¿Tan seguido? ¿Y tan quejosamente? Se había dormido recordando los acontecimientos ocurridos hacía tantísimos años en Tierra Santa. La verdad era que hubiera preferido vivir en la época del emperador romano Augusto y de Herodes. Se sentía más próximo a ellos que a todos los emperadores alemanes del Sacro Imperio, o a los reyes de Nápoles, Francia o Inglaterra. Se quedó

pensando en lo fácil que había sido acusar a lo largo de los siglos a Herodes por una matanza de niños que nunca había tenido lugar. En realidad no era un verdadero rey sino un tetrarca, un representante que había vivido en Galilea, y que, unos años después de la crucifixión de Cristo, había sido desterrado por el emperador Calígula a Lyon pasando por Aviñón.

Clemente no temía el castigo de emperadores o reyes. Ya no iba a ser desterrado de nuevo. Aunque su proceso contra los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón en Jerusalén le persiguiera todavía en sus plegarias y confesiones, él había hecho lo que había podido. Nada más y tampoco nada menos. Pero precisamente por ello lo iban a despreciar después de su muerte y en el futuro. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida, muy poco de hecho. Ya no le quedaban fuerzas para luchar por sí mismo, por otros o por la Santa Iglesia Romana. En el este despuntó la primera luz del nuevo día. Con ella comenzaba la fiesta más importante, triste y a la vez hermosa, de todo el calendario cristiano. Cuando acabara tenía previsto abandonar Aviñón, regresar a Burdeos y tal vez revisar la serie de decretos del concilio de Viena que, junto con las decisiones adicionales tomadas por él sobre varias cuestiones legales, iba a constituir su legado.

Intuía hacía tiempo que la posteridad iba a reprocharle su debilidad frente a Felipe el Hermoso y su parte de culpa en la desaparición de los templarios. Pero ambas cosas eran absolutamente falsas. Ni siquiera

Bonifacio VIII había luchado tan enconada y hábilmente a la vez contra las aspiraciones de poder de los maestros del mundo. Pero nada de aquello iba a recordarse. La verdad para las futuras generaciones se abriría por la página que fuera más cómoda y causara menos problemas. A él, por ejemplo, no le estaban destinadas esquelas laudatorias ni páginas de gloria. De forma inesperada los dolores desaparecieron. Al principio Bertrand de Goth pensó que había fallecido... tranquilamente, sin alboroto ni más padecimientos. Se había limitado a cruzar en su calidad de papa el puente de Aviñón... o cualquier otro, camino de la celestial Jerusalén. Se oyó a sí mismo suspirar profundamente. Seguía sin sentir dolor. Apenas se atrevía a susurrar una oración. Se quedó dormido, embargado por una felicidad que hacía tiempo no sentía.

OceanofPDF.com

Fuera, el Viernes Santo del año 1314 comenzaba como cualquier otro día de la semana de una hermosa primavera provenzal. Cada vez se oían más gallos cantando. Cuando, con los primeros rayos de sol, se enzarzaron en una pelea y empezaron a atacarse mutuamente con sus colas negras, y un poco desplumadas todavía en el caso de los más jóvenes, los gallos parecían niños jugando a torneos caballerescos en la calle.

Abajo, en el río, iban llegando a los lavaderos, más temprano de lo habitual, las primeras mujeres con los cestos de ropa. En toda la ciudad, la tempestad y las inundaciones habían trastocado los planes para la Semana Santa. En muchos lugares dentro de la ciudad y fuera de la muralla todavía había que reparar daños y retirar escombros y basuras. También se había alterado la hora dedicada a la colada y las mujeres tenían menos tiempo para charlar y cantar mientras golpeaban la ropa. La mayoría de ellas debían darse prisa si querían llegar puntuales a misa de mediodía. Además, una vez iniciada esta fase de las festividades de Pascua, se prohibía que las mujeres hicieran la colada en el río y que los hombres se dedicaran a sus labores cotidianas en el interior de la ciudad del Papa. Hasta hacía sólo unos años, la vida en la ciudad había estado marcada por el ritmo de los comerciantes y los gremios de artesanos. La llegada del Papa y su séquito había llevado consigo un ajetreo que nada tenía que ver con la apacible vida que se llevaba antes en aquel recodo del Ródano. Mientras que antes la gente se hacía a un lado en las calles al paso de carros y animales de carga, y a los gritos de sus conductores, ahora los habitantes de la ciudad se apartaban al paso de impresionantes sombreros de plato sobre negras sotanas, grupos de silenciosos monjes encapuchados y procesiones deslumbrantes a través de las cuales los obispos, cardenales, prelados y legados se ganaban una principesca admiración. Aunque la Santa Sede dominaba la vida en Aviñón desde hacía por lo menos cinco años, quienes llevaban toda su vida viviendo en la ciudad no se habían acostumbrado todavía a las exigencias y las estrictas reglas de la curia. Apenas veían al Santo Padre, pero su corte exigía mucho más que antes en Roma. En Aviñón no había una colina imperial ni Forum Romanum ni Colosseum, ni antiguas y poderosas familias como los Orsini o los Colonna.

Los ciudadanos de la pequeña y casi inocente ciudad eran tan piadosos como los que más, pero en la villa todavía se seguía el viejo ritmo del día campesino y aldeano, que empezaba con el primer canto del gallo y acababa

con la puesta de sol. Sólo desde que tantos curas y monjes vivían en la ciudad, el día acababa con el complet conventual, la oración vespertina. Únicamente los días festivos, con las calles y plazas de la ciudad abarrotadas de peregrinos y mendigos, de enfermos y viciosos a modo de piadoso e impío enjambre de abejas, las noches se prolongaban hasta bien entrada la madrugada.

OceanofPDF.com

Cuando Eliah le hubo mostrado al antiguo armero las paredes de roca de los sótanos que no estaban hechas de piedra maciza, aquél tomó el mando de la operación. Envío otra vez arriba a Seder y a Bertrand.

—¡Traedme la lanza del carro!

Eliah protestó levantando las manos al cielo. Debido al nerviosismo reinante, había olvidado que el italiano no entendía la antigua langue d'Oc que se hablaba en las regiones al sur del Loira. Eliah le explicaba una y otra vez dónde había que colocarse junto a la mikwe para abrir la roca con un candelabro de siete brazos.

Cuando Bertrand y Seder apoyaron la lanza en la pared de la empinada escalera, Brazzi la asió al tiempo que chasqueaba la lengua con desdén. Bertrand comprendió ya en el último peldaño que los dos adultos no se estaban entendiendo o, simplemente, no se querían entender. Él y Seder levantaron dos de las lámparas. Eliah suplicaba y rogaba, pero no había manera de hacer entrar en razón al ex armero. Cogió la lanza como si fuera una pértiga, avanzó torpemente hacia la pared de enfrente, se volvió y echó a correr como un caballero en un torneo pero sin caballo, para luego arremeter con la lanza contra la pared de roca.

La lanza se partió y se hizo añicos. Los trozos quedaron esparcidos por toda la estancia y cayeron al agua de la vieja mikwe. Era lo peor que podía pasarle a Eliah de Carpentras. Se apresuró a bajar los escalones de piedra y, sujetándose con una mano a la pared, recogió con la otra todos los pedazos de madera del agua oscura y limpia.

Mientras maldecía en voz baja y Brazzi golpeaba con rabia la pared con lo que quedaba de la lanza, Seder Ben Ariel tomó el candelabro sin decir palabra. Echó a Brazzi a un lado y encajó los siete brazos en los ocho anillos del candelabro de pared de modo que el anillo de la izquierda quedara libre. Brazzi levantó los restos de la lanza como si fuera a volver a golpear. Bertrand contempló con ojos abiertos de par en par a Seder, que iba girando el candelabro como si fuera una horca. Luego regresó Eliah cargado de trozos de madera procedentes de la mikwe.

—¡Todo mancillado! —le echó en cara al fornido armero—. ¡Has mancillado lo más sagrado que hay para mí en este sótano!

—¿A qué viene eso? —protestó Brazzi—. Si ni tú mismo eres kosher. Bertrand tuvo la impresión de estar en un manicomio. Le retumbaba la cabeza, le silbaba. No entendía lo más mínimo de todas aquellas sandeces.

¿Cómo era posible que cada uno de aquellos adultos pretendiera imponer su voluntad tan enconadamente, sin intentar siquiera llegar a un entendimiento mutuo?

Por primera vez en su vida intuyó hasta qué punto él había vivido los primeros años de su vida de manera distinta a la de cualquier otro joven de su edad. Desde que su padre le llevara al convento de Comminges, había vivido día y noche en una comunidad cerrada en sí misma y claramente estructurada. Aun siendo solamente una mota de polvo, una ruedecilla dentro del engranaje del orden celestial y terrenal, había tenido un lugar desde el que servir a Dios y a la comunidad. Pero menudo lío que se estaba armando allí. Aquellos tres hombres, completamente distintos entre sí, giraban, apretaban y tiraban del candelabro cada uno hacia un lado. Era demasiado para Bertrand. Le dolía el alma y el corazón de ver cómo se enfrentaban cegados por el orgullo y la discordia.

—¡Yo lo haré por vosotros! —dijo en voz clara y alta. Los demás pararon en el acto y le miraron con asombro.

—¿Tú? —preguntó Seder—. Pero tú no tienes ni idea de...

Bertrand se acercó. Apartó con delicadeza a Tonio Brazzi, luego a Seder y Eliah. Se quedaron tan pasmados que no le llevaron la contraria. Bertrand tomó el candelabro con las dos manos. Lo colocó de manera que ahora el brazo derecho quedase libre.

—Decidme el apotegma —conminó a Seder y a Eliah—. El conjuro..., cuánto tiempo tengo que girar a derecha e izquierda.

—¿Conoces el secreto de los apotegmas? —preguntó el antiguo armero maravillado. En el rostro de Bertrand asomó una sonrisa. Luego asintió.

—El maestro Eckhart de París no era alquimista, ni herrero —especificó—. Pero él me enseñó que los apotegmas, plegarias y rituales son desde el principio de los tiempos más precisos que otros métodos para medir el tiempo. Los relojes de sol no sirven de nada de noche y a la sombra. Los de agua gotean cada vez más despacio a medida que desciende la cantidad de líquido del recipiente. Pero si me dices un conjuro o una rima, podré retener en mi cabeza la melodía y el tiempo que necesitas para recitarlo.

—Nunca había oído algo así —dijo Seder lleno de admiración.

Bertrand volvió a sonreír. Por fin podía enseñarles algo que no sabían.

—¡Inténtalo! —insistió—. Dime el apotegma que nos abrirá la pared. Iré girando el candelabro y con sus brazos los aros de las velas.

—Es la bendición del sacerdote, la que dio Aarón a los hijos de Israel en nombre de Dios.

—¡Un momento! —dijo Bertrand—. No sé hebreo.

—Entonces diré los versos del libro cuarto de Moisés, con las mismas palabras y la misma duración que los decís los cristianos.

—Vamos allá —dijo Bertrand.

Se esperaba algún tipo de abracadabra, pero las palabras del antiguo rabino le llenaron de espanto como si fueran una blasfemia.

—El Señor te bendiga y te proteja...

Tembloroso, Bertrand fue girando el candelabro hacia la derecha, hasta que paró para coger aliento. No sabía si debía sentirse enojado o avergonzado. Pero luego comprendió: por supuesto que el Viejo Testamento no era propiedad de los cristianos. También los judíos lo conocían y lo utilizaban.

—Que el Señor te ilumine y te otorgue su gracia...

Esta vez giró el candelabro a la izquierda. Estaba un poco más a la izquierda que al principio. Pero

¿acaso los judíos, cuya sinagoga y casi todas sus actividades artesanales estaban prohibidas, podían recitar palabra por palabra la misma bendición que un cristiano bautizado?

—Que el señor te ilumine y te dé paz.

Al girar el candelabro lo que duraba la tercera frase, los brazos se situaron casi donde estaban en la primera parte de la bendición, pero sólo casi...

—Y ahora puedes volver a girar y apretar ligeramente —indicó Eliah. Fue como si los brazos, junto con los soportes para las lámparas en la pared, pusieran en funcionamiento un reloj de campanario oculto o el mecanismo de ruedas y cadenas de un puente levadizo.

Brazzi asentía mientras hacía un gesto aprobador con el labio inferior ante la gran abertura de la pared. Eliah se limpió la boca con el dorso de la mano todavía húmeda, y Seder se quedó mirando a Bertrand sin dejar de parpadear.

—Ahora apenas nos separan doscientos metros del sótano del nuevo palacio del cardenal Godin —

anunció Eliah—. Pero si no nos acompaña la fortuna, es posible que una de las partes del pasadizo esté todavía inundada.

—Ya os he dicho que sé nadar —repitió Bertrand.

—¿Ya sabías con anterioridad cuánto tiempo había que girar a la izquierda o a la derecha? —le preguntó

Tonio Brazzi.

Bertrand negó con un gesto de la cabeza.

—Lo único que he hecho es escuchar con toda atención, y en cada pausa he oído un clic en mi cabeza como si tuviera una campana dentro.

—Asombroso —comentó el antiguo armero—. ¡Completamente asombroso! Hay que ver lo que enseñan hoy en día a los estudiantes, que no tienen ni idea de cómo sujetar un martillo ¿Qué ha sido de los secretos de los viejos y grandes valores?

OceanofPDF.com

Avanzaban en fila india y medio encorvados por los tortuosos y estrechos pasadizos. Eliah, que había tomado la delantera, llevaba una lámpara en la mano con tres pequeñas velas. Le seguían Bertrand y Seder, que también llevaban lámparas de aceite. Tonio Brazzi era quien parecía tener más problemas. No dejaba de protestar y quejarse de que sólo los enanos impíos de alguna mina del norte o algún demonio servil del infierno podían ser capaces de recorrer el laberinto de grutas y galerías excavado en la roca calcárea.

—¡Odio estos espacios tan angostos! —maldijo el antiguo armero—. Me gustan los espacios abiertos, aquí me ahogo como si estuviera enterrado vivo. ¡Necesito más sitio para mover los brazos!

—¡Pues ahora que abra bien esos ojos el más valiente de los herreros romanos! —refunfuñó Eliah, casi feliz de lo mal que lo estaba pasando el otro.

Como ya sabía lo que había frente a ellos, se hizo a un lado de un salto. Justo después, el resplandor de su lámpara se expandió, el corredor se ensanchó y desembocó en una cueva en forma de tonel. Enseguida vieron que delante de ellos se abrían otros tres túneles. Entre ellos se hallaba tres sepulturas alargadas y superpuestas, excavadas en la roca.

Bertrand reconoció con asombro que eran idénticas a los dibujos de los libros de la biblioteca del monasterio de St. Jacques. Nunca había estado en la Ciudad Eterna, pero si no hubiera tenido la certeza absoluta de encontrarse cerca de Francia, en el curso bajo el Ródano, habría jurado que estaban en las catacumbas de Vía Salaria, en Roma.

—¿Son tumbas de la época en que los cristianos fueron perseguidos? —quiso saber Brazzi.

—Tal vez —respondió Eliah—. O a lo mejor los judíos, pues también fueron perseguidos..., sobre todo por vosotros los cristianos en Semana Santa.

—¡No me extraña! —rezongó el antiguo armero—. ¡Y bien sabe Dios la razón!

—Me temo que no tienes ni idea —replicó Eliah con sarcasmo—. Pero seguro que sois capaces de convencerle de que todas las desgracias del mundo son culpa nuestra.

—¿Por dónde seguimos? —preguntó Bertrand en un intento de cambiar de tema.

—No sé lo que hay más adelante —contestó Eliah—. Pero tú, Seder, si no me equivoco, has pasado por aquí muchas veces.

Abuelo y nieto se miraron fijamente a los ojos durante un largo rato. Aunque no hubieran hablado antes de ello, los dos sabían a qué se refería el anciano.

—¿Me puede alguien explicar lo que está pasando aquí? —se quejó Tonio Brazzi—. Yo no me estoy enterando de nada.

—La señal de las dos olas en el pasillo de la derecha indica que conduce hacia el río —afirmó Seder Ben Ariel—. Es muy posible que todavía esté inundado. Durante el sitio de la ciudad...

—Sí, es cierto —le interrumpió Eliah, y Bertrand tuvo la sensación repentina de que el antiguo rabino no quería que Seder hablara de ciertas cosas secretas relativas a la roca—. Antiguamente existió un elevador con el que se podían desplazar bloques de piedra por los corredores aprovechando el peso y la presión del agua. He visto dibujos de un tornillo arquimédico en los viejos libros que hablan del refugio secreto en el Rocher des Domes, pero no sé nada en concreto sobre el asunto.

—El tercer pasadizo, con el monograma de Cristo, lo conozco —dijo Seder—. Pasa por debajo del palacio del Ayuntamiento hasta la cripta de la catedral. Pero juro que nunca he pasado por este túnel.

—Y por allí continúa por el Rocher des Domes hasta el viejo palacio episcopal —añadió Eliah de Carpentras a la que vez movía la cabeza de manera casi imperceptible. Sin embargo, Bertrand advirtió que él y Seder no compartían la misma opinión sobre determinadas cosas y acontecimientos. Pero es probable que no intuyera que Seder ya le había hablado de sus negocios con esqueletos y huesos blanqueados.

—Entonces tenemos que tomar el tercer corredor —afirmó Tonio Brazzi—. Si tenemos en cuenta el trazado de las calles allá arriba, es posible que el túnel pase junto al palacio del cardenal Godin.

—A no ser que se desvíe hacia un lado —replicó Eliah—. No conozco este corredor, sólo lo he recorrido por unos metros..., hasta que vi unas huellas en el suelo que no podían ser mías.

—Pero ¿qué puede pasar? —preguntó Seder. Eliah levantó la lámpara. Los cuatro hombres se miraron.

—En todo caso no parece que Bertrand vaya a tener que nadar — comentó Seder con ironía—. Así que me toca a mí. Vosotros os quedáis aquí esperando hasta que yo bale como una cabra. Pero si grito no vengáis.

¡Echad a correr de inmediato!

Sin esperar respuesta, encendió su lámpara de aceite con la de su abuelo, se volvió a inclinar y se puso en camino. Al instante, la vacilante llama desapareció a la izquierda del corredor.

—¿Y nosotros? —preguntó Bertrand.

—Nos sentamos en el suelo, esperamos y rezamos —dijo el viejo judío—. Cada uno a su manera y a su Dios.

OceanofPDF.com

La dama de alta cuna, con un vestido cerrado hasta el cuello y tocada con velo de encaje, fue bajando lentamente la rue Rouge, para encaminarse después a paso lento hacia el palacio del Consejo situado ante el Rocher des Domes. Llevaba una capa de paño de Bruselas color añil que le cubría de la cabeza a los pies y que debía de costar una fortuna. La prenda estaba ribeteada de brocado y forrada de piel de comadreja. Para abrocharlo llevaba hebillas guarnecidas de perlas. Por debajo llevaba un vestido de terciopelo azul oscuro cuyo corte parecía más adecuado para las mujeres de la calle de París que para la esposa de un honorable mercader de provincias, y varias enaguas de seda de diferente longitud que caían sobre unos escaupines de cabritilla comprados en Milán.

Tres pasos por delante de ella, iba abriendo camino un moro con turbante de seda, un jubón igual de llamativo, con colgantes de perlas y bombachos blancos. No era especialmente grande o fuerte, pero la naturalidad con la que llevaba, por toda la ciudad y durante el tiempo de cuaresma, la cimitarra enfundada en su cinturón doble, del grosor de una mano, y sus botas de cabritilla, impresionó mucho más a los viandantes madrugadores y a los peregrinos que habían pernoctado en las calles y plazas circundantes que los guardias del palacio con sus alabardas normales y corrientes. Detrás de ella, en la fría madrugada, caminaban dos tipos sombríos, procedentes de las montañas de Toscana. Con sus cascos, sus talabartes adornados de plata cruzados sobre el pecho, y su garrote de madera, aprobado recientemente por el cardenal Godin como arma defensiva para los habitantes de la ciudad, parecían unos piratas del norte de África. Pertenecían a la guardia del fondaco de Marco Ambrogio. Además vigilaban a los blanqueadores de huesos de la rue des Teintures. La esposa del signor Ambrogio los había hecho llamar poco antes del alba.

La esposa del comerciante hacía tiempo que se contaba entre las mujeres más llamativas y espectaculares de la ciudad. Podía comportarse de forma amable y sencilla como cualquier otra, pero cuando se aburría en casa se le podían ocurrir las ideas más disparatadas: pasearse por la ciudad en una litera cubierta de seda rosa para simplemente comprar en cualquier esquina un saquito de pistachos frescos o un ramito de lavanda seca. Todo el mundo sabía que podía haber comprado tales fruslerías más que de sobra en el fondaco de su esposo y encima de balde. Pero, ¿qué era eso comparado con el placer de estar charlando en la calle con una pastora de

cabras, una esclava o una jovencísima monja, para después susurrarle al oído de forma totalmente inesperada algunas palabras pecaminosas y obscenas...?

Aquel Jueves Santo de dolor del año 1314, un día destinado al llanto, las calles de la ciudad amanecieron sorprendentemente vacías. Salvo ante el establecimiento destartado de la sopa boba, que se financiaba con donativos del Papa y estaba situado en la confluencia de la rue de la Balance con la rue des Grottes, cerca de la puerta del Puente, donde se agrupaban como cada mañana los más pobres de entre los pobres que todavía podían arrastrar sus huesos. Ya no tenían que luchar por el mejor sitio como antiguamente, sino que ahorran fuerzas para el momento en que repartieran las pizzas. Aquellos sabrosos trozos de pan casi tostado existían desde hacía mucho tiempo en Provenza, pero no se habían puesto de moda hasta que la Santa Sede había encontrado acomodo en Aviñón, lo que había atraído a los panaderos cantores de Nápoles.

Muchos de los juerguistas nocturnos y de los cansados peregrinos dormían aún en alguna que otra esquina. Otros tomaban de los fogones de los albergues su papilla de avena templada, la primera de un largo día. Cocineros, carniceros, sirvientes y taberneros se preparaban, no menos que los mercaderes de objetos devotos, reliquias y estampas de los santos, para la gran afluencia de visitantes que se esperaba. Después de todo lo que se había oído en los últimos días, las siguientes veinticuatro horas, entre la misa de la consagración de los lienzos y la oración final, se podían transformar en un acontecimiento sin igual. Pero tan sólo quien lo hubiera preparado todo bien la víspera estaba en condiciones de afrontar el Viernes Santo. Por ello, la aparición de Elena no tenía nada de extraordinario. El moro llegó a las escaleras del ayuntamiento. Subió saltando varios peldaños con gran facilidad para luego quedarse allí plantado como una estatua. La mujer del mercader lo siguió hasta el primer tramo de escaleras. Los dos piamonteses con sus porras fueron tras ella hasta una altura en que casi chocaron con los guardias del ayuntamiento. Vistos de cerca, aquellos soldados eran casi unos niños. Como nadie quería ocupar aquellos puestos mal pagados y especialmente insoportables en verano, se había impuesto la costumbre de que los verdaderos guardias arrendaran sus puestos a muchachos, que de no ser así se convertirían en ladronzuelo o en atracadores y timadores de los visitantes de la ciudad. De esta solución salomónica todos sacaban algún partido y el porcentaje de delitos leves

descendía un poco, en tanto que algunos de los ladrones de poca monta se vigilaban mutuamente.

El moro carraspeó, entornó los ojos y volvió la mirada hacia el reloj de la torre de la catedral. La manecilla de las horas apuntaba casi recta hacia el lado izquierdo de la esfera, a la que seguían faltando todos los números.

Elena de Pisa comprendió. Ella y sus acompañantes debían esperar a que la manecilla de las horas estuviera horizontal del todo. Era la tercera hora tras el crepúsculo. Los dos piamonteses se abalanzaron sobre dos de los falsos guardias.

—Venga, quitaos los cascos —ordenó el moro.

Los muchachos se resistieron, intentaron gritar, pero al final obedecieron. La extraña procesión avanzó

algunos pasos, con los cascos requisados, en dirección al palacio del Papa, pero su meta no era el antiguo palacio episcopal de Aviñón, ni el puente sobre el Ródano o la catedral sobre el Rocher des Domes, sino el palacio del cardenal Godin, que resplandecía en la madrugada. Justo allí delante empezó un repentino estruendo de cascos golpeados con saña entre sí. El primero de los piamonteses agarró a los dos jóvenes y los mantuvo sujetos con un brazo, mientras que en el otro portaba los cascos. El otro soldado golpeaba con la maza con tanta fuerza en los cascos que cualquiera pensaría que los cascos de los muchachos acabarían más que abollados.

Pasaron sólo algunos segundos hasta que se abrieron las primeras contraventanas en la planta baja del palacio Godin y resonaron en la calle protestas airadas. Se abrieron otras ventanas y cerrojos de puertas; en menos que canta un gallo, delante de la casa del cardenal reinaba el más absoluto guirigay. Después ella miró por encima de las cabezas de la gente y vio que en una de las ventanas más altas se descorría una cortina de color verde claro. Durante unos segundos asomó por detrás una figura roja. Llevaba un sombrero redondo, cuyas alas, grandes y rígidas, le llegaban hasta casi los hombros. Elena de Pisa sonrió. Estaba segura de que el maestro de palacio la había reconocido. Al mismo tiempo se preguntaba cuál sería la mejor manera de retenerlo en la ventana el mayor tiempo posible.

Pierre Godin no era tan tonto ni tan vanidoso como para caer en la trampa del ruido y la provocación ante su palacio. Era eso lo que le quería demostrar a ella al descorrer la cortina de seda. Ella quería que él la reconociese.

Enseguida se dio cuenta de que aquel jaleo sólo lo podía provocar un buen puñado de gente. Podría poner punto final a todo aquello con un simple chasquido de los dedos. Pero ¿para qué? La misa de Viernes Santo todavía no había empezado. Por otro lado, aún estaban en Cuaresma, y el jaleo aquel le legitimaba a actuar con dureza; como había venido haciendo en los últimos años para disgusto de los ciudadanos y las autoridades municipales de Aviñón. Esta vez, no obstante, dejó que el ruido prosiguiera sin tomar cartas en el asunto.

Sonrió por detrás de la cortina y asintió luego satisfecho. Le divertía ver que la mujer del mercader se iba impacientando allá abajo en la calle. Tal vez estuviese ya planteándose la posibilidad de quitarse la capa para dejar ver su pecaminosa melena rizada y agitarla con intención de arrancar un suspiro de admiración de entre el vulgo que la rodeaba. Godin torció el gesto. Ella se equivocaba al pensar que él vería en tal conducta meramente una prueba más de la decadencia de las costumbres y del fin cada vez más próximo de la humanidad. Después se dijo a sí mismo que no tenía por qué compartirla con un estafador italiano y con un haragán judío. Tenía a su disposición otro tipo de diversiones más virginales en el sótano de palacio.

En ese mismo momento fue consciente de cuáles eran las verdaderas intenciones de aquella loca. La serpiente negra no lo quería desafiar sino desviar su atención de otra cosa. ¿Estaban golpeando cascos para que él y los hombres de su entorno no prestaran atención a otros golpes?

¿Golpes en el Rocher des Domes?

Godin se volvió bruscamente. Los dos monjes de París se acercaron de forma automática. Estaban apoyados en la pared de enfrente de la gran sala de audiencias, que Godin también utilizaba para leer las actas, los documentos y el correo. Dos de sus propios monjes escribanos estaban esperando ante la pared junto a un diácono y otro capellán, que dormía de pie a pesar del ruido. Delante de la abierta puerta doble se adivinaban más sacerdotes, monjes y personal del servicio. La mayoría de ellos había comprendido hacía mucho tiempo quién cortaba allí el bacalao. Por mucho que el Santo Padre invitara al palacio episcopal al alto clero y a los

emisarios de todo el mundo, las decisiones se tomaban hacía mucho en la nueva casa de Godin.

El maestro de palacio mandó a todos que se fueran con un gesto de la mano. Solamente indicó que se quedaran a los dominicos de París.

—¿Qué os parece? —preguntó cuando estuvieron solos.

—Alguien quiere distraeros, Excelencia —dijo el gordo monje a la vez que entrecerraba los ojos—. Y

seguro que debe de haber un buen motivo.

—Que tú no conoces, pero que te encantaría conocer.

—Así es, Excelencia. Admito que soy curioso como una lavandera del río...

—¡Entonces venid los dos! Volvamos al sótano. Os juro que esta vez la muchacha confesará dónde está

su hermano o irá directa al infierno. Bonitos huesos blancos.

Se paró de golpe según se mordía los labios, y miró fijamente a los otros dos, a los que hasta el momento ni les había prestado atención.

Los dos monjes no se atrevieron a mirarse uno al otro. No estaban seguros de si considerar las palabras del cardenal temerosas de Dios o heréticas. Con todo, lo dicho por Godin con tanto ímpetu les pareció una inadvertida confesión.

Se oyó un gran estruendo, como si en algún lugar de las catacumbas estuvieran luchando miles de muertos. Los hombres que estaban en la ramificación de los túneles dejaron sus oraciones en suspenso. Se miraron con ojos desorbitados. Las llamas de las lámparas oscilaron y se tambalearon.

—Dios mío ¿qué es eso? —preguntó Bernard. Se le secó la boca y el corazón empezó a latirle alocadamente.

—No hay motivo para asustarse —le tranquilizó Eliah—. No estamos en el purgatorio ni en la antesala del infierno.

—Pero ese estruendo... tan fuerte. Suena a hueco, como si golpearan en calaveras.

—O en cascos vacíos —sugirió Tonio Brazzi, al tiempo que escupía a un lado las cascarras de unos piñones. Durante todo el tiempo que habían estado en cuclillas sobre la tierra batida de la cámara mortuoria, no había parado de mascar y escupir—. ¡Venid! ¡Es Elena de Pisa, esa bendita y taimada mujer!

Eliah asintió y se puso en pie. Se irguió tras tambalearse ligeramente. También Bertrand tuvo que estirar un poco las piernas. Tomaron las lámparas, se agacharon y siguieron su camino por el túnel de la izquierda, el que había tomado Seder antes que ellos.

Tras unos escasos cincuenta pasos entraron en otra concavidad en forma de cueva excavada en la roca. Bertrand percibió enseguida que el espacio había sido utilizado mucho tiempo atrás para el culto religioso. A la luz de las lámparas de aceite, una cruz seguía lanzando su larga sombra sobre el semicírculo de un presbiterio.

En un primer momento no se dio cuenta de que algo no encajaba. El altar de piedra estaba totalmente vacío, sin incienso, candelabros o velas. Sólo una tela violeta cubría la forma claramente reconocible de una cruz.

¡Era la tela!

Sin el manto destinado a la liturgia de la muerte de Cristo Bertrand no se habría dado cuenta de nada. Además, Eliah tampoco podía saber qué aspecto tenía un altar o una sacristía cristiana el Jueves o el Viernes Santo. Y Tonio Brazzi no parecía ser del estilo de personas que se parasen a pensar en tales símbolos.

En ese mismo momento, Bertrand descubrió en una hornacina lateral el resto de los ornamentos del altar. Vestiduras negras limpias para aquellos

que celebrasen la misa, estola y dalmática para los diáconos; junto a ellas, vestiduras púrpuras, ropas blancas y negras para los monaguillos, candelabros, velas, y el libro con el texto de la liturgia.

—¡Hemos llegado! —susurró Bertrand y volvió a contener la respiración—. O estamos ya debajo del nuevo palacio del cardenal, o en la estancia contigua a un oratorio o...

—¿Una vieja iglesia en una gruta? —preguntó Brazzi interesado sólo a medias. Bertrand intuía que no era así. No sentía miedo físico. Tampoco su instinto le daba indicios para pensar que se tratara de una trampa o de una amenaza de peligro... un anuncio del mal, invisible, inaudible y, sin embargo, palpable. Algunas veces, cuando en los últimos años había ocurrido algo terrible fuera de los muros del convento de St. Jacques o en los estrechos callejones alrededor de las casas de los magísteres y doctores de la Sorbona, él de antemano lo había sabido, intuido o percibido en su interior con una sensación de horror.

No necesitaba rayos y centellas, corderos con dos cabezas, lluvias de peces ni sangre fresca de las heridas del crucificado. Desde su infancia se había estado reprimiendo para no acrecentar sin motivo la capacidad de percepción de su mente y los temblores de su alma ante la proximidad de los acontecimientos. Mientras que otros, al dudar de la gracia de Dios, se torturaban con un temor infinito a demonios, diablos tatuados, brujería y artes mágicas, llegando incluso a condenarse en el purgatorio o el infierno, gracias a su ángel de la guarda él siempre había sabido reconocer todo posible peligro que le acechase.

—Tenemos que seguir buscando a Seder —les dijo a los demás en un tono de voz apremiante—. Si lo encontramos, Miriam estará también muy cerca.

En ese mismo instante algo crujió en el fondo de la roca. Una cabra baló. El cauteloso balido se transformó de repente en un grito de dolor medio sofocado. Los tres se agruparon de manera instintiva.

—¡Seder! —exclamó Eliah—. ¡Lo han atrapado!

Clemente se despertó sobresaltado. En un primer momento estaba convencido de haber despertado en Armagedón, el fin del mundo y el comienzo del juicio final. La mitad del Apocalipsis de san Juan desfiló ante él, flanqueado por monstruos y seres fabulosos que resoplaban. Solamente faltaban los jinetes del Apocalipsis y las trompetas de los ángeles.

Tardó mucho rato en comprender que el motivo de la interrupción de su sueño había sido algo terrenal, qué decepción. ¡Estaban haciendo ruido con unos cascos! ¿Acaso no acababa de prohibir el ruido injustificado de armas y todo tipo de torneos, esas vanidosas ferias de blasones y los juegos de armas, las provocativas promesas de amor de los trovadores y el embrutecimiento del pueblo, el cual por otra parte sólo estaba deseando quedarse mirando con la boca abierta y regocijarse ante cualquier maldad?

Le irritó la desvergüenza de aquel ruido. Seguía tumbado boca arriba como cuando se había quedado dormido. Se tocó con cuidado las manos. Volvió a sentir de inmediato las venas hinchadas. En cuanto pasaran las celebraciones de Pascua ordenaría sin falta que le aplicaran sanguijuelas para que la presión que sentía en la cabeza cediera un poco. Se notaba siempre un poco cansado después, pero cualquier cosa era mejor que aquella punzada torturante en el cerebro y el veneno de la prolongada enfermedad en las entrañas que le martirizaba día y noche y que desde hacía tiempo le había convertido en un moribundo.

Tiró de la cinta de tela donde aparecían bordadas unas estampitas de santos y que colgaba del baldaquín de la cama rozándole casi el rostro. En el cuarto contiguo sonó varias veces la campanilla, pero nadie acudió a ver qué deseaba.

Clemente odiaba el pecado de su propia impaciencia. Desde que fuera ordenado sacerdote, siempre había procurado ser benévolo y generoso, pero el mundo no se merecía ese tipo de amor al prójimo. Respiró aliviado cuando su amigo y consejero Arnaud d'Aux entró por fin en la estancia acompañado de los sacerdotes, los médicos de Montpellier y los criados que, como cada mañana, debían ocuparse del cuerpo y de la salud del Santo Padre. Por primera vez desde que se conocían no rezaron juntos porque ya era demasiado tarde para ello.

El cardenal d'Aux se inclinó sobre el Papa, le besó la mano y después bajo la cabeza para recibir una silenciosa bendición.

—¡Qué día! —gimió el Papa—. ¡Y qué carga nos espera aún en las próximas horas!

Por primera vez desde que lo conocía, D'Aux echó en falta la esperanza en las palabras del Papa. Al mismo tiempo se dio cuenta de que Su Santidad no iba a estar en condiciones de celebrar misa aquella Semana Santa.

Iba a morir, porque el único que, salvo algún templario huido o en paradero desconocido, podía aún interpretar una de las marcas secretas de la piedra, seguía sin aparecer. Aunque hubiera tenido en sus manos el anillo del obispo con la cruz en el corazón o el rubí perdido de la tiara del Papa, sus secretos habrían seguido ocultos para él. D'Aux sabía de la existencia de una tercera marca en la piedra, pero tampoco eso le ayudaba demasiado. En todo Aviñón era probable que ni siquiera el Papa supiera leer el alfabeto secreto de los caballeros templarios. D'Aux sabía que los diminutos ángulos y triángulos sobre la legendaria cruz en el corazón contenían las antiquísimas fórmulas del rey Salomón de la vida y la muerte, de Dios y el mundo, de la curación y la salud, que se remontaban incluso al rey sumerio Gilgamesh. Una de las últimas oportunidades de descifrar las claves de la antigua sabiduría había estado en la mística madame Porète o el maestro Eckhart. La primera había sido quemada sin piedad por la Inquisición y el segundo desterrado de París.

Era sólo por esto que al cardenal D'Aux se le había ocurrido atraer al hijo ilegítimo del Papa hacia Aviñón con una misión que presuntamente procedía del maestro Eckhart. A D'Aux no le había importado que el cardenal Godin se enterara de ello cuando andaba aguzando el oído por los pasillos del palacio episcopal. Al contrario, le había venido de perlas la persecución y vigilancia de Bernard de Comminges por parte de los diligentes dominicos. Además, nadie había calculado que el mistral iba a imponer la voluntad de Dios contra los planes terrenales de los obispos.

El hijo del Papa con el anillo episcopal estaba en paradero desconocido. Ni siquiera había regresado hasta entonces el joven judío que, tras escapar directamente a París desde los calabozos de los dominicos de Aviñón, había ido al convento de St. Jacques para hacer entrega de las falsas ordenanzas del maestro Eckhart.

La cámara de las torturas

Seder Ben Ariel se despertó, miró hacia arriba y advirtió que tenía todo el cuerpo inmovilizado. Unas bandas de hierro le sujetaban el pecho, los brazos y las piernas, le apretaban la cabeza y estaban a punto de arrancarle los dedos de los pies. No tuvo que pensar demasiado para adivinar lo que había pasado: mientras estaba balando como una cabra para avisar a los demás, debían de haberle golpeado con algo contundente en la nuca.

¡Y ahora estaba en el potro de tortura!

El más mínimo movimiento por parte de los pénitents en la palanca de la rueda de madera que se hallaba a sus pies, bastaría para que sus dedos se partiesen, se le arrancase el cuero cabelludo y todos sus huesos empezaran a crujir.

Tenía la sensación de que la puntiaguda bóveda gótica estaba dando vueltas lentamente. Al mismo tiempo, unos hombres encapuchados le iluminaban el rostro con lámparas de aceite. Como había ocurrido ya otras veces en las últimas semanas le tenían estirado como un animal en el potro de tortura. La última vez había estado al borde de la locura antes de acabar confesando que había robado cadáveres. Cadáveres antiquísimos... Cadáveres que ya no tenían nombre... ni siquiera momias, sino esqueletos con cientos de años que debían de haber pertenecido a algún romano, algún franco o algunos conquistadores islámicos.

Para ser fiel a la verdad, algunos no eran tan viejos. Eso sí, no había judíos, pues no aparecían cincelados en las tablillas de piedra que había arrojado al río en forma de pequeñas teselas limpiamente cortadas; pero, como también había confesado, tal vez sí herejes que habían huido en los siglos anteriores y se habían ido a esconder a Aviñón y al condado de Venaissin y que, después de morir lejos de sus hermanos de fe, habían sido enterrados secretamente en el Rocher des Domes. Lo que más le disgustó fue que confesó haber oído hablar de pasadizos secretos; tanto desde el río como desde la ciudad. Sí, luego había visto una estancia con aspecto de ser una sacristía. Sí, también corredores con tres sepulturas superpuestas excavadas en la roca.

No, no sabía si los judíos habían dado refugio a templarios fugitivos después de la noche del trece de octubre del año 1307. Por lo demás, no tenía la más mínima idea de qué delito podían haber cometido esos

cristianos de comportamiento ejemplar, pero la verdad es que eso le importaba un bledo. También había confesado haber robado cadáveres más recientes; con sus espadas, sus cascos y su cota de mallas. Sí, también con joyas y todas las armas... ¡Tal vez caballeros templarios! Los últimos desgraciados que lograron escapar tras la ola de arrestos decretada por el rey Felipe el Hermoso hacía siete años, pero que no habían tenido coraje suficiente para huir a Portugal, Escocia o el este de Alemania. Hombres íntegros que sabían algo de la cruz en el corazón...

¡La cruz en el corazón!

Durante la tortura se le había ocurrido que tal vez algunos de los cadáveres robados por él habían sido también víctimas del suplicio.

Su conciencia se estremeció ante un terrible pensamiento. ¿Había revelado todo lo que ellos querían saber? ¿Sabían dónde estaba el rubí de la tiara papal, la piedra preciosa que, desde el atentado contra Clemente V, le correspondía como herencia de su padre? ¿Conocían la relación entre el rubí y la amatista del anillo de obispo, que Bertrand había tomado de su padre? ¿Y qué pasaba con la tercera señal?

¿Tenía que delatar a los demás para no morir él sacrificado como un cordero pascual? ¿Al abuelo, quizás, que solía enterarse antes que nadie de qué noble fallecido en Aviñón se preparaba para el viaje de regreso? ¿O a Antonio Brazzi que más de una vez había pagado sus buenos florines de oro por armas auténticas de los templarios?

Sus labios empezaron a temblar, cada vez más. A continuación de su boca salió un quejido lastimero. Los encapuchados seguían inclinándose sobre él. Sus cabezas lanzaban sombras sobre los adornos de las columnas de los muros. Al poco tiempo surgió un gran círculo rojo, como una sangrienta aura sobre una cara redonda mucho menor.

Seder reconoció enseguida al cardenal Pierre Godin. Le sorprendió que el maestro de palacio llevara un gran sombrero de borlas también en la sala de tortura. Iba vestido como si viniera directamente de misa o estuviera yendo a la iglesia.

—Seder Ben Ariel —empezó a decir Godin en voz baja. A su espalda se oía el matraqueo de cadenas y herramientas—. Qué bien que hayas venido a arrepentirte y a recibir tu castigo. Siempre he sabido que volverías al lugar de tus vergonzosas fechorías.

Pero no volverás a robar huesos, ¿entendido? Los curtidores y tintoreros de la rue des Teintures ya han confesado. A partir de ahora, con mi

bendición y en alabanza del Todopoderoso, sólo prepararán restos mortales de los nobles que deban ser enviados a lugares lejanos. Y ahora podrás confesar tú también tu monstruoso crimen, ante mí y ante estos dos honorables testigos.

Seder tensó los labios. No podía desplazar la cabeza ni un centímetro. No obstante, reconoció por el rabillo del ojo a los dos monjes dominicos que habían estado persiguiendo a Bertrand desde París. Pero no quería confesar. Si empezaba, iban a conseguir arrancarle todo lo que el cardenal Godin exigía de él. ¿No habían quemado en la hoguera en París a una mujer por considerarla hasta el final pura e inocente? ¿No habían desenterrado en Toulouse huesos de herejes y los habían quemado luego con acusados vivos para que, gracias a las llamas del infierno, se contagiaran de la culpa de aquéllos?

Sólo existía una posibilidad de escapar a la fría lógica de la Inquisición. Tenía que vencerles con su misma inflexible forma de pensar... Obligarles a hacer lo que hacían siempre que necesitaban una confesión que ya estaba cantada de antemano.

En ese momento recordó lo que había hablado con Bertrand en el patio de la rue Jacob, cuando estaban a punto de huir por los tejados.

«Piensan con más perfección que un artilugio para calcular», le había dicho a Bertrand. Al mismo tiempo intentó recordar cómo era un ábaco. Tenía que abstraerse si no quería volverse loco con los tormentos del potro, y bajo la mirada de sus torturadores.

—Para un dominico la primera respuesta no es la acertada, sino la calculada hasta la última bola de contar —susurró, con una voz casi quebrada—. Consideran la palabra «calculada» no como una ignominia sino como el reconocimiento de su fuerza de espíritu y su superioridad. El enorme sombrero cardenalicio rojo se acercaba cada vez más.

—Y cuando tú todavía estás pensando y echando cuentas, ellos ya saben el resultado final que persiguen. ¡Ese es el secreto y la verdadera arma de la Inquisición! Digas lo que digas, es sólo una gota para ellos. Solamente una gota, nada más. Se muestran razonables, construyen puentes y te hacen hablar, hablar sin parar. Gota a gota, hasta la última. Y aunque lo reconozcas, es como en el juego del tres en raya... La primera ficha es poco importante, sólo un azar, pero la segunda, la respuesta, es la que determina ya el resultado. Lo mismo que tu sentencia, ¡nunca es la propia Inquisición

quien la dicta! Los inquisidores van preguntando y mediando hasta llegar al resultado deseado. Eres tú el que te inculpas a ti mismo...

Seder no podía seguir hablando. Sentía que su resistencia flaqueaba. Pero conocía el secreto de los perseguidos. Sabía cómo burlar la larga escalera del tormento. Lo podía conseguir con una sola frase. Tenía que comportarse ahora de manera tan diabólica y descarada que todos ellos se echaran a llorar a la vez. Tenía que ofenderles, faltarles al respeto, llegar hasta su alma, donde nacían sus desvergonzadas mentiras; sí, aplastar, machacar sus honorables genitales como si calzase los zapatos de hierro de la armadura de caballero... Respiró muy hondo, lentamente. Su excelencia Godin le sonreía con tanta bondad como si fuese él y no el Papa el que llevase el apelativo de «el indulgente». El potro de tortura estaba flanqueado por soldados embozados como penitentes grises. Tenían en la mano largas cucharas con aceite hirviendo. Chusma cobarde y enclenque como ellos se convertían en unos verdaderos monstruos cuando se trataba de infligir dolor y humillar a los demás, y disfrutaban con ello de manera morbosa.

Seder no conseguía distinguir detrás de los agujeros de los ojos ningún signo de vida, ni el brillo de una mirada. Muertos vivientes. Esclavos de aquel que era aún más poderoso que el Papa. Peor aún: siervos despiadados de la Iglesia y su poder. Seder Ben Ariel sacó fuerzas de flaqueza. Puso fin al interrogatorio en lo que a él se refería y partió hacia otro lugar, adonde no lo iban a poder alcanzar. No pudo evitar que le pasara por la cabeza otra época de resistencia de su pueblo, la época del cautiverio en Egipto y la larga travesía del desierto del Sinaí, el verdadero exilio en Babilonia durante el reinado de Nabucodonosor y el éxodo tras la destrucción del templo de Jerusalén por parte de los romanos. Sintió un escalofrío al pensar en lo sucedido con los ilotas judíos, que se refugiaron en una fortaleza en lo alto del monte Massada, junto al mar Muerto. Toda una legión romana había asediado durante dos años a miles de hombres, mujeres y niños, los cuales fueron inexorablemente muriendo de hambre. Pero aquellos que carecían de la fuerza y de las armas necesarias para luchar y vencer a la gran potencia, vencieron sin embargo al preferir una muerte voluntaria junto a los suyos a convertirse en esclavos de los romanos.

Seder pensó en la familia de Jesucristo, en José de Arimatea, María Magdalena y todos los que huyeron a la Provenza, cuyos descendientes

daban ahora secretamente protección, en pleno condado del Papa, a los judíos perseguidos en Francia y Alemania.

Seder Ben Ariel sabía muy bien lo que decía:

—Quemaré... vuestros... huesos.

Sintió un dolor penetrante y abrasador en los oídos y empezó a gritar como una bestia.

OceanofPDF.com

A esa misma hora, una figura peculiar se movía al este de la muralla de la ciudad, a lo largo de la orilla del río. Se trataba del capellán Mel Comyn que, con la sotana al viento, recorría el puente de Aviñón con pasos torpes e inseguros.

Se le habían pegado las sábanas. No se había despertado hasta oír aquellos extraños ruidos. Solía tomar el camino directo que iba del palacio del cardenal D'Aux, a través de la ciudad, hasta el bastión de la puerta de entrada al puente. Hiciera buen o mal tiempo, en invierno o en verano, pasaba deprisa por delante del ayuntamiento, el nuevo palacio del cardenal Godin, la catedral de Nôtre-Dame ante el Rocher des Domes y, después, por el palacio del Santo Padre.

Aquel día, sin embargo, tomó el camino que discurría entre la orilla del río y las murallas de la ciudad, plagado todavía de restos hediondos de las inundaciones y todo tipo de escombros. A pesar de lo temprano de la hora, debía vigilar que no lo reconocieran y saludaran los otros madrugadores y las mujeres que ya se llamaban a gritos de un lado a otro de la calle.

Además, el motivo de su retraso no era otro que una muy loable hospitalidad. Después de haber acompañado la víspera a los cardenales hasta sus moradas, se encontró por casualidad, entre la masa de peregrinos, con algunos sacerdotes escoceses recién ordenados. Como era propio de la hospitalidad provenzal y de la tradición de los padres de su orden, les había enseñado algunas iglesias y más tarde también ciertas tascas y tabernas, de las que iban a tener que mantenerse alejados en el futuro, como castos servidores de Dios.

Habían llegado entre todos a la conclusión de que sólo se puede luchar contra los pecados mortales y las diabólicas trampas de la tentación cuando uno los conoce.

Su generosidad, que se había prodigado en la degustación de varios tipos de vino y un delicioso asado de cordero, le castigaba ahora a cada paso que daba. Si no fuera por la niebla matinal del río que lo envolvía en su misericordioso manto, hasta los más tontos de los pocos madrugadores y peregrinos que transitaban a lo largo del río a aquella hora se habrían dado cuenta de que iba tambaleándose como un pato. Mel Comyn, capellán de la capilla de San Nicolás, en el puente de Aviñón, estaba todavía borracho como una cuba.

—¡Típico es...coces! —afirmaba cada vez que le venía un hipo, para seguir luego con sus traspiés—. No lo puedo evitar... Excelencia... Fue como un milagro... Como en las bodas de Canaán... El agua se convirtió de pronto en vino...

OceanofPDF.com

Miriam vio que el pato correteaba en dirección a los agujeros de las ratas. De repente se había alterado tanto que no pudo mantenerlo por más tiempo en la cesta de mimbre. Casi irritado, había empezado a agitar las alas y había echado a andar.

Miriam siguió asombrada el recorrido del pato, que en absoluto parecía tener miedo de las ratas, pues empezó a picotear los dos agujeros que se abrían en el rodapié de la pared. Sonaba como si alguien chapotease con fruición en el barro. En ese momento una parte de la pared de piedra se movió, como si la deslizaran las manos de un ángel sobre el suelo resbaladizo de un prado. Miriam se levantó de un salto. Tras el trozo de pared, que se derrumbó hecha añicos, empezaba un pasadizo subterráneo inundado de agua e iluminado por una difusa luz roja casi imperceptible. Si no fuera porque llevaba horas acostumbrándose a la penumbra, el pasadizo le habría resultado totalmente oscuro. Sabía que, incluso a la luz de una diminuta estrella, uno podía leer letras si antes había tenido los ojos cerrados el tiempo suficiente.

De niña, se había tumbado muchas veces por la noche en un prado de las colinas, caliente aún tras un largo día soleado, y había observado las estrellas cada vez más numerosas en el cielo. Si no había viñas, ni casas o árboles que le taparan la visión, no tardaba en sentir que estaba volando, subiendo hacia el cielo. Era una de las experiencias a la vez más bonitas y emocionantes que conocía. Le parecía estar en el paraíso en compañía de miles de luces centelleantes en lo alto del firmamento, luces a las que habían rezado antes los reyes y las gentes de Babilonia y Egipto; pero le asustaba al mismo tiempo la sensación de estar cayéndose de la tierra y ascendiendo hasta las estrellas... Corrió detrás del pato, que sin dejarse impresionar se adentraba, a través de la abertura en la pared, en una oscuridad extraña y rojiza. Miriam se detuvo un momento a reflexionar, luego retrocedió

apresuradamente para recoger la tea, aún encendida, que colgaba de la pared lateral. No era más larga que uno de sus dedos. Dudó aún un instante mientras contenía la respiración. Protegió la llamita de la tea con su mano ahuecada y se acercó al lugar donde se había deslizado el muro. Pudo ver entonces la fuga de agua y el surco en forma de cuña con el que se encajaba en la roca el falso muro. Desconocía los antiquísimos secretos de magia e

hidráulica ocultos en la piedra. Lo único que le importaba era que podía salir de su cárcel.

Giró la mano y caminó descalza por el suelo húmedo y peligrosamente resbaladizo. El aire atizó la llama de la tea. Parecía que fuera iluminando el corredor con su mano ahuecada. El ave, contoneándose al tiempo que batía las alas y graznaba de vez en cuando, seguía a toda prisa el curso del agua por el suelo. A derecha e izquierda se abrían cámaras y pasadizos excavados en la roca, grutas vacías y sepulturas llenas de esqueletos. Sin pensárselo demasiado, Miriam decidió confiar en el excitado animal que avanzaba chapoteando. El pato parecía saber con precisión de dónde procedía el agua. Tal vez debiera haber dejado escapar al pato, pero no podía porque llevaba en su cuerpo el anillo con la amatista violeta. Y en ese momento chocó contra una figura masculina que surgió repentinamente de uno de los nichos de la piedra. Faltó muy poco para que su tea cayera al suelo junto al resto de brasa y la lámpara de aceite del otro. Al mismo tiempo advirtió que no era con su hermano con quien había tropezado.

—¡Bertrand! —gritó asustada y contenta a la vez.

—¡Miriam! —respondió él también aliviado. Apartaron la tea y la lámpara de aceite y se fundieron así, con un solo brazo cada uno, en un abrazo similar al de Orfeo y Eurídice cuando se encontraron después de vagar largo tiempo por el mundo subterráneo.

Se unieron la llama de la lámpara y la chispa de la tea en sus manos estiradas. Un nuevo y más intenso resplandor se abrió paso en las penumbras de la ciudad secreta de los muertos. Se apretaron uno contra otro, se abrazaron con los brazos libres, para luego besarse como dos ahogados, felices de haberse encontrado y de perderse uno en el otro.

El capellán Mel Comyn dobló tras el último montón de escombros delante de la muralla. Algunos peregrinos se habían construido un parapeto de madera y dormían al amparo de aquel cortavientos. Comyn miró por encima del río hacia las frondosas colinas del otro lado del aquél. Aquello era Francia, el reino de los capetos, que aprovechaba cualquier debilidad del Imperium Romanum y de la Iglesia para ir aumentando su poder pedacito a pedacito. Pero seguía sin soplar la mínima brisa en aquella mañana de primavera. La poderosa corriente del río pasaba plácidamente por debajo de los arcos del puente. En la isla del centro volvía a haber animación. Algunos de los que no habían encontrado sitio en Aviñón, buscaban de nuevo algún lugar seco bajo los arcos del puente que a modo de soportales llevaban a la isla. Mel Comyn llegó a los peldaños que daban acceso al extremo oriental del puente. Arriba encontró sólo a dos soldados junto al gran portón cerrado. Aquella mañana habían abierto únicamente la puerta para los peatones. Los guardias tenían apoyadas las alabardas en el muro de piedra y los cascos colgados en unos clavos de hierro.

Mel Comyn pasó rozando con el hombro uno de los cascos cilíndricos biselados hacia delante y con aberturas para los ojos. El casco cayó al suelo con gran estrépito y fue rodando hasta el parapeto lateral del puente.

El capellán, tambaleándose, fue a recoger el casco abombado, y ahora también algo abollado. A punto estuvo de caerse al recoger el casco para devolvérselo a los guardias, que se estaban desternillando de risa. Comyn levantó las dos manos en señal de saludo y de disculpa. Desde que el Santo Padre había prohibido los torneos para caballeros, príncipes y también para cualquier plebeyo, se había extendido por toda la ciudad esta nueva y estúpida moda. Los niños y jovenzuelos que no tenían que trabajar o ir a la escuela, se calaban cubos hechos de duelas de madera o de chapa, y jugaban a embestir a ciegas a sus rivales o a los mirones ocasionales, para golpear luego con toscas espadas de madera sus cascos de caballero.

Antes de esta prohibición, a los habitantes de Aviñón les importaban un bledo las demostraciones de fuerza al modo de los caballeros y la greña en busca de fama y honores. Respetaban las leyes y ordenanzas, con habilidad y sólo hasta cierto punto, como todos aquellos que se habían ido instalando en la Provenza a lo largo de los siglos.

Como si quisiera llegar bailando hasta la isla Barthelasse, el capellán Comyn fue dando saltos hacia su diminuta capilla situada sobre el segundo

pilar del puente.

Había dado unos cuantos pasos más cuando empezó a oír una especie de retumbar lejano que amedrentaba incluso a las aves acuáticas. Sonaba como si los franceses hubieran emprendido otra vez sus experimentos matinales con pólvora en las torres de la fortaleza de Ville-neuve-lès-Avignon. Aquel polvo diabólico de los sacerdotes chamanes de Mongolia era más dañino que muchas armas, ya que hasta la labor de mezclarlo podía ser letal en muchos aspectos.

Comyn sabía, por la época cuando su familia luchaba junto a Robert the Bruce por la libertad de Escocia, que lo único que hacía falta para hacer saltar por los aires, y en medio de un gran estruendo, a los caballos de los ingleses era una cazuela de barro bien cerrada llena de azufre, carbón de madera y salitre. Pero también sabía lo difícil que era para los artificieros mezclar bien aquella sustancia, muy conocida entre los alquimistas, hasta encontrar la proporción justa para la deflagración. No en vano el actual rey de Escocia llegó a cometer un asesinato en una iglesia porque John Comyn no quiso compartir con él sus conocimientos sobre las proporciones a la hora de mezclar aquellos polvos. Desde que los franceses se ocupaban también del asunto, el capellán soñaba con hacerles un día una visita, justo cuando descubrieran las proporciones exactas de la mezcla. Para entonces debiera haber juntado un tesoro con el fin de poder comprarse la olla llena de polvos necesaria para su propia venganza de sangre.

Venía guardando desde hacía ya algún tiempo monedas y pequeñas joyas que encontraba en el largo puente. Cada vez que a la puesta del sol los últimos borrachines o parejas, con la cara achispada y roja, se encaminaban desde la isla hacia la entrada del puente, a la mañana siguiente casi siempre se encontraba con un reguero de objetos y monedas en las rendijas del adoquinado, como tributo por los pecados del día anterior.

Gracias al hecho de que en ese punto el Ródano bajaba no del norte sino ligeramente de levante, todo lo que caía la noche anterior en las rendijas del puente brillaba al día siguiente tan nítida e intensamente que el sacerdote sólo tenía que agacharse a recogerlo. Ya ni los guardias del Papa ni los franceses se asombraban del ritual matutino del capellán, que se iba agachando de este a oeste para luego regresar a su capilla a pasos lentos.

Esa mañana, Mel Comyn renunció a cualquier movimiento arriesgado con la cabeza o el tronco. Ya le costaba suficiente esfuerzo mantenerlos en equilibrio sobre sus piernas sin caerse redondo al suelo. Por encima del

pueblo de Aviñón pasó una bandada de becadas con las alas extendidas y otra de patos con su pelaje multicolor. El último pato descendió justo delante de la capilla, pero no para posarse sobre el agua del río sino sobre la barandilla de piedra. Al rato bajó aleteando hasta el adoquinado. Pero cuando el capellán se acercó volvió a ascender y se marchó volando.

Comyn parpadeó, cegado en cierta forma por el aleteo del pato, y quiso seguir avanzando, aunque fuera haciendo esos. Pero en ese instante se le despejó completamente la vista. Justo a la entrada de la capilla vio, entre dos adoquines, una amatista violeta engarzada en un anillo.

¡Qué locura! ¡Qué cosa tan absurda! De no habérselo dado él personalmente a la muchacha judía..., habría jurado que se trataba del mismo anillo.

El mercader de Pisa

Los otros dos se fueron acercando titubeantes desde las profundidades del pasadizo rocoso. Hasta que no hubieron comprobado que Miriam y Bertrand no estaban rodeados de monjes o sacerdotes, Tonio Brazzi y Eliah no volvieron a levantar sus lámparas de aceite para iluminarse y tantear el terreno húmedo.

—¡Por Dios Todopoderoso! —exclamó Tonio Brazzi, sin dejar de mover la cabeza a un lado y a otro—.

¡Todavía existen milagros y señales en este mundo miserable! Primero ese demonio con alas que correteaba y ahora dos resucitados llenos de vida.

—¿Un demonio con alas? —se apresuró a preguntar Miriam, antes de estremecerse y mirar alternativamente a Brazzi y a Bertrand.

—¡El pato! ¿Dónde está el pato? No puede escapar...

Los demás no respondieron. Ellos no andaban buscando a un ánade, sino a un joven.

—El pato lleva tu anillo en el buche —le explicó Miriam a Bertrand en un susurro. Luego, aunque con gran dolor de su corazón, se deshizo del abrazo. Eliah le pasó la mano por los hombros como si la bendijera. No dio más muestras de alegría por volver a verla sana y salva. Pero como ella lo conocía bastante bien, sabía que era más que suficiente.

—¿Dónde está Seder? —preguntó impaciente.

Miriam se limitó a encogerse de hombros con un gesto triste. No lo sabía. Brazzi pasó por delante de ellos, recorrió el pasadizo hasta llegar a la gran estancia en forma de cruz que había sido la cárcel de Miriam y se puso a repasar todas las paredes y rincones desde el techo hasta el suelo con su lámpara de aceite. Tropezó con el estrado y golpeó suavemente la puerta. Parecía estar tan interesado en las bisagras y revestimientos de hierro como en los pesados adornos de la cerradura.

—No es tan difícil —dijo después de pensar un rato—. Incluso sin herramientas de herrero. Sólo necesito unas tenazas y un poco de alambre.

—Pero no tenemos —replicó Miriam—. El cuarto está totalmente vacío, salvo por el taburete y el banco corrido.

—Ya lo he visto —afirmó Brazzi conforme se acercaba hasta el taburete, que levantó antes de echarse a reír—. Alguien con espíritu previsor ha debido de dejar aquí el taburete a modo de herramienta —

prosiguió al tiempo que sonreía de oreja a oreja—. Alguien con muy mala conciencia y mayor previsión, para el caso en que alguna vez la Inquisición lo quisiera mantener también a él encerrado en esta estancia.

—¿Un sacerdote? —preguntó Eliah.

—¡O varios! —exclamó Tonio Brazzi, y volvió a reírse—. Y lo más probable es que ya lo tuvieran planeado antes de la construcción del palacio, como la obra en el Rocher des Domes y las paredes de piedra de las catacumbas, que en determinadas circunstancias se desplazan o simplemente revientan como acero quebradizo.

—Puede que tengas razón —convino el anciano judío—. Los constructores de las antiguas pirámides de Egipto y del templo de Salomón en Jerusalén poseían ya ese tipo de conocimientos y de habilidades.

—También los maestros constructores de las catedrales y los templarios de Aviñón. Visto así, a lo mejor está todo relacionado.

—A mí me interesa mucho más ahora cómo voy a recuperar a Seder —dijo Eliah con un profundo suspiro—. No olvidéis que allá arriba hace ya tiempo que ha empezado la misa de Pascua. Ningún judío puede salir a esta hora a la calle.

—La fiesta de primavera es más antigua que las celebraciones de cristianos o judíos.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora, ilustrados parlanchines? —les dijo Brazzi para apremiarles—. ¿Queréis que abra la puerta o no? Pero os advierto que si al otro lado de la puerta nos encontramos a una patrulla nocturna de la guardia del Papa con todo su arsenal, mis puños no nos serán de gran utilidad. ¡Un grupito de hombres desarmados y una muchacha no infundiría miedo ni a los más pusilánimes borrachos de los penitentes grises!

—¡Seder! —gimoteó Eliah—. Quiero a Seder. Porque, ¿cómo voy a poder rezar a mi dios si he entregado a mi nieto a la ira del cardenal y sus sabuesos?

—¡Tú no eres Abraham! —objetó Miriam sin amilanarse—. ¡Y tampoco es que vayas a sacrificarlo! Seder ha insistido durante años en que se las podía arreglar él solito. ¿Cuántas veces ha salido de viaje con sus negocios no del todo kosher? ¿Cuántas veces le has sacado de apuros con unas monedas de oro y tu capacidad de persuasión? Seder me ha repetido mil veces que sabía lo que se hacía. No lo matarán sin hacernos antes todo

tipo de chantajes. Sabes muy bien cómo actúan los reyes y obispos de todo Occidente con nosotros los judíos.

Bertrand se la quedó mirando boquiabierto. Nunca había visto a una chica hablar de una manera tan valiente y acertada con su propio abuelo. Al mismo tiempo se sintió avergonzado de haber hecho tan pocas cosas en su vida. Sospechaba desde hacía tiempo que no podía seguir actuando como un joven bien educado en búsqueda de sí mismo en un mundo que era muy diferente del que él había conocido en su monasterio y en la Sorbona.

Nada parecía tan seguro y ordenado por la mano del Todopoderoso como había creído hasta entonces. Tuvo la impresión de que no sólo las fuerzas terrenales y la Iglesia luchaban por alcanzar la hegemonía sobre los hombres, sino también todos contra todos, como en un barco a la deriva la víspera del hundimiento. Sí, así era: todo lo que había visto y oído hasta ese momento en Aviñón le parecía amenazador, indicativo de un fin cercano. Para su gran asombro el anciano judío no reprendió a su nieta.

—Venga, regresemos —se limitó a decir.

Bertrand miró a Miriam, que estaba sonriendo. Después avanzó algunos pasos para recoger la cesta vacía que había estado todo el tiempo sobre el estrado.

Fueron abandonando el extraño y vacío sótano en forma de cruz. Poco después entraron de nuevo en el baptisterio con la pared derrumbada. A la luz de las lámparas, Bertrand reconoció de inmediato los cambios.

La tela violeta sobre la cruz, así como la sotana, los candelabros y todo lo demás habían sido colocados en las hornacinas.

Algo más había cambiado: el corredor por el que habían venido al principio ya no existía. Estaba cerrado por una pared de roca que no tenía ni cerradura ni juntas ni grietas.

—¡Estamos atrapados! —gritó Bertrand casi con alivio.

Tuvo la sensación de haber estado esperando algo así todo el rato. Lo que hacían en las catacumbas no era correcto. Nada parecía bien desde que abandonó París. Hubiera preferido regresar al convento St. Jacques, donde se habría puesto una muda limpia de lino, un hábito sencillo por encima y se habría ido a confesarle todo al abad o, por lo menos, al prior. Le ocurría que no tenía experiencia con los escondites, ni con los vientos fríos y las nubes grises de aquella ciudad extraña y del corazón de sus habitantes.

—Ahora nos toca utilizar la otra puerta —dijo Tonio Brazzi.

—Existe también un tercer camino —informó Miriam. Los hombres la miraron con ojos como platos. Le temblaban ligeramente las comisuras de los labios. Se agachó y señaló las huellas del pato en el suelo húmedo—. Los patos son muy diferentes de las ocas —prosiguió—, siguen siempre el camino que han tomado, cualesquiera que sean los obstáculos que encuentren en él. Bertrand y Brazzi miraron a Miriam con expresión interrogadora. Solamente el viejo Eliah sonrió de repente divertido.

—El camino hacia el río —dijo para luego silbar con admiración—. Y luego a la isla. ¿Cómo no he caído antes?

—¿A esta hora? —preguntó Brazzi con recelo—. ¿A plena luz del día?

—No podemos volver ni a la rue Jacob ni a vuestro fondaco —explicó Eliah con total convicción—. Si mi querido nieto Seder ha caído en manos del maestro de palacio, ¡seguro que sus esbirros nos están buscando ya por todo Aviñón! Además, en un día como hoy nadie se fija en lo que pasa en el río. No olvidéis que todo el mundo está ocupado con los preparativos del gran momento.

—¿Para qué momento? —preguntó Bertrand con ingenuidad.

—¡Que el señor os ilumine con su presencia! —respondió Eliah con mirada reprobatoria—. Pero, ¿qué

clase de estudiante cristiano estás tú hecho, que ni siquiera conoces la crucifixión del Viernes Santo?

—¡Pues venga, al río! —dijo Brazzi sin dejarse impresionar—. ¿Y después?

—Ya os lo he dicho, a la isla. Allí hay algunos edificios en los que podemos pasar a cubierto todo el Sabbat hasta después de la fiesta del Pasah.

—Pero este año apenas hay fiestas según los preceptos de nuestra fe —se lamentó Miriam. Sintió que de repente los ojos se le llenaban de lágrimas. Las largas horas pasadas en el calabozo del cardenal empezaban a hacer mella. Y encima había dejado escapar al pato con la amatista de Bertrand. No tenía ninguna esperanza de encontrar precisamente su pato entre todas las aves que vivían en el río. Se le ocurrió al mismo tiempo otra cosa: si no encontraban a Seder tampoco le podría preguntar por el rubí de la tiara del Papa.

Miró a Eliah, pero no se atrevió a contarle a su abuelo lo que el capellán Comyn pretendía de ella.

OceanofPDF.com

El cardenal Niccolò da Prato se estaba preparando para las celebraciones vespertinas. Junto con el Santo Padre, gravemente enfermo, sus médicos y Arnaud d'Aux habían decidido que en las siguientes horas él iba a presidir todas las ceremonias que habitualmente celebraba el Papa. Había sido para todos una decisión hartó difícil. Cientos, si no miles de peregrinos y visitantes esperaban en la ciudad la bendición del Pontifex maximus. La mayoría de ellos había hecho un largo viaje y había pasado grandes privaciones para estar presentes en la celebración de la crucifixión y la resurrección de Cristo. Algunos de ellos habían previsto con antelación pasar la Semana Santa en Aviñón al regreso de su peregrinación de varios meses al lejano Santiago de Compostela. Llevaban todavía la gran concha blanca colgada al cuello de un cordón de cuero.

—Su Santidad desea de todo corazón que tú ocupes su lugar, en calidad de pontífice puro, inocente y santo —dijo Arnaud d'Aux, después de haber pasado las horas del mediodía junto a la cama del Papa—. Te ruega que en las próximas horas no dejes de pensar en Juan 1, versículo 19.

—Al día siguiente ve Juan venir a Jesús hacia él y le dice: éste es el cordero de Dios, que lleva los pecados del mundo...

—Que se lleva —puntualizó el cardenal d'Aux—. Desea que des esperanza a los fieles a pesar de todas las desgracias terribles que nos están sucediendo.

—Pero eso es...

—El mensaje —le interrumpió D'Aux sin dejar de sonreír—. Debemos seguir recordando que Cristo es el verdadero sacerdote y oficiante que, con la ayuda de sacerdotes consagrados como nosotros, transforma su cuerpo en pan y su sangre en vino. Es él mismo quien dice: «este es mi cuerpo, esta es mi sangre». Él es el cordero pascual que lleva la bandera con la cruz, el Agnus Dei.

—¿Por qué me dices lo que todos sabemos?

—Porque me ha ordenado que te lo diga.

Los dos cardenales se miraron a los ojos.

—No era necesario —replicó Da Prato—. Siempre he creído que el verdadero sacrificio no es la propia comunión, sino la transformación del pan y el vino. Pero entiendo lo que nos quiere recordar. Los últimos días de su existencia en la tierra no debemos pensar en las luchas de poder que se desatarán después. Confía en nosotros dos, pues somos sus hijos más

queridos entre todos los cardenales. Estamos más unidos a él que sus sobrinos y los demás parientes de sangre de todo el clero. Se interrumpió para acercarse hasta la ventana que se abría al balcón. Paseó la mirada por el puente de Aviñón y la pequeña capilla. Desde el extremo de la hilera de arcos del puente venían algunos nobles con su séquito, posiblemente los últimos peregrinos llegados del reino de Francia. Con toda probabilidad, en vez de tomar la calzada romana en la orilla este del Ródano, habían optado por tomar una barca río arriba, con la que debían de haber descendido a lo largo de la ribera derecha hasta Ville-neuve-lès-Avignon. Los aduaneros del rey de Francia en el otro lado les habían dejado pasar por el puente. Ello significaba que eran importantes o ricos, aunque hubieran preferido cruzar el puente a pie en medio de los escombros causados por la riada.

—Tras la muerte de Su Santidad, no quiero que se me tenga en cuenta para la elección del nuevo pontifex —informó Da Prato retomando el hilo de los pensamientos interrumpidos. Se fijó en que había algunas otras personas que atravesaban el río por el lado opuesto. El segundo grupo se alejaba de la orilla escarpada al oeste del Rocher des Domes. Iban en un pequeño bote donde apenas cabían las cuatro personas sentadas en el único banco—. Dado que ya he bendecido y coronado a un emperador en Roma, seguro que soy demasiado sabio y fuerte para príncipes y reyes.

Los nobles peregrinos con sus caballos ya habían atravesado casi todo el puente a su paso por la gran isla. También los otros se estaban acercando con el bote al mismo punto, en donde pasaron por debajo del último arco de los veintidós que había sobre el segundo brazo del río.

—Y tampoco tú eres elegible para el cónclave de todos los cardenales —replicó el cardenal Da Prato sin volverse. Le fascinaba el hecho de que en ese arco del puente, sobre la isla, se fuera a producir un encuentro posiblemente no deseado, fruto evidente de dos casualidades distintas. ¿Podía ser una coincidencia que caballeros del reino de los francos se encontraran justamente con un grupo de personas que venían en un pequeño bote y que se comportaban a todas luces como si estuvieran intentando huir a hurtadillas?

—Sé más que de sobra lo que piensan de mí —dijo el cardenal D'Aux detrás de Da Prato—. Para unos sigo siendo un siervo de Francia, que presidió el proceso contra los templarios, la mejor orden caballeresca; para otros soy un fracasado que acabó por absolverlos de todos los cargos y recriminaciones.

—Se van a encontrar —comentó el cardenal Da Prato al tiempo que chasqueaba la lengua—. Se van a encontrar en el séptimo pilar..., unos arriba y otros abajo. ¿Es casualidad o intencionado?

—No entiendo nada...

Da Prato le hizo un gesto con la mano sin volverse.

—Allí en la isla Barthelasse —le explicó—. Unos vienen por encima del puente, y las cuatro figuras de debajo del arco han llegado hasta allí remando por el Ródano. Lo más probable es que no sean ni barqueros ni pescadores, pero se las han arreglado muy bien con la corriente, sobre todo si tenemos en cuenta que uno de ellos es una chica.

—Esto me recuerda una cosa —dijo Arnaud d'Aux—. Cuando todavía era confesor de la reina de Inglaterra, no era de buen gusto que los enviados y espías entraran a la ciudad por el puente y las puertas, sino en pequeños botes que todo el mundo pudiera ver.

—¿Quieres decir que esos cuatro de la isla han venido remando a propósito por el río justo esta tarde para encontrarse con los del puente?

—Para poder saberlo debería primero enterarme de quiénes son unos y otros —replicó D'Aux. Se miraron y a los dos se les ocurrió lo mismo.

—¿A qué hora cierra la capilla el capellán Comyn?

—Ya la ha cerrado —contestó el chambelán del Papa—. Porque hoy solamente se puede officiar una misa en todo Aviñón. Por eso he enviado a Comyn por la ciudad para que esté atento a ver qué es lo que se cuece. Me preocupan enormemente las maquinaciones de Godin. Da la casualidad de que anda muy ocupado con ciertos judíos de Carrière. Además, he oído decir que ha enviado caballeros de Falkenhenn con soldados a la rue Jacob, al palacio de Marco Ambrogio y al fondaco del italiano.

—¿Una redada de italianos y de judíos al mismo tiempo? ¿Justo unas horas antes de que empiece la misa Mayor?

—El capellán Comyn ha oído que ambos trabajan juntos y que ha habido encuentros secretos y conjuras en la antigua komturei de los templarios.

—¿Hay algo de cierto en eso?

—El capellán Comyn es mi informante más fiable.

—¡Mal se presentan las cosas para Aviñón y la Santa Sede! Y ahora tenemos que evitar que Godin se entere de lo que estamos viendo en el puente.

—¿Debemos acabar con Godin? —se apresuró a preguntar D'Aux.

—Me temo que él será el próximo papa —fue la respuesta de Da Prato.

—Si esos dominicos de París, ávidos de hoguera, se empeñan, también su padre general entraría en liza. Los italianos, por su parte, pondrán toda la carne en el asador para que esta vez Sciarra Colonna sea papa.

—¿En quién podemos confiar todavía en esta ciudad, aparte de ese escocés? —preguntó el cardenal Da Prato preocupado—. Sería una catástrofe para la Iglesia y para todo el orbe si el Santo Padre muriera mañana o pasado mañana. El Sacro Imperio Romano Germánico sigue sin emperador. Además todavía no es seguro que los príncipes alemanes no vayan a apostar por Felipe el Hermoso o por su hijo.

—Ésa es mi mayor preocupación desde hace meses —convino Arnaud D'Aux—. Si no hay un papa para hacerles frente, medio mundo pertenecerá al rey de Francia, además de la Santa Iglesia Católica.

—Tiene que aguantar y seguir viviendo... por lo menos hasta Pascua. Aunque tengamos que mentir a todos los peregrinos que hay en la ciudad.

—Quizás quede todavía un resquicio de esperanza —suspiró d'Aux—. Si no me equivoco, por el puente se acerca nuestro gran mercader y correo secreto. Cabe dentro de lo posible que Marco Ambrogio nos traiga noticias del maestro Eckhart desde Estrasburgo, o incluso del hijo del Papa.

Eliah y Marco Ambrosio volvieron a coincidir después de mucho tiempo. Los dos hombres, tan dispares, se miraron a los ojos asombrados. Ninguno de los dos se esperaba encontrar al otro en aquel momento y lugar.

—¡Qué regia recepción! —exclamó el altivo comerciante—. ¿Acaso pretendíais aprovechar estas horas de contrición cristiana para atravesar la frontera sin ser vistos?

—¿Por qué íbamos a querer hacer algo semejante? —replicó Eliah al tiempo que trataba de mantener la compostura y no enfadarse—. ¡Nos basta la isla!

—Todos vosotros os dedicáis al contrabando de mercancías robadas. Como tenían por costumbre hacer en situaciones similares, la mitad de los hombres del séquito del mercader siguió cabalgando todavía un trecho por el puente, la otra mitad, por su parte, se dio media vuelta y retrocedió a fin de cubrirle las espaldas a su amo, pero a una distancia prudencial desde la cual no pudieran escuchar la conversación. Eliah estaba casi sobre la escalera de piedra que conducía al puente. No todos los pilares de los arcos estaban dotados de peldaños, y una sola rampa con badenes de piedra, en el extremo sur de la isla, permitía a bestias y carros llegar hasta el puente. Antes de que el judío o el mercader tuvieran ocasión de decir nada, Tonio Brazzi salvó la situación.

—¡Gracias al cielo! —exclamo ante su señor, mucho más joven que él—. Justo a tiempo para las celebraciones de esta tarde y para la Pascua!

Resopló, echó a Bertrand a un lado e hizo una reverencia ante el mercader de Pisa, que estaba arriba en el puente. Marco Ambrosio, orgulloso y esgrimiendo una actitud recelosa, cabalgaba un caballo sudoroso y polvoriento. Llevaba el cabello negro azabache, que le llegaba más allá de los hombros, protegido por una suave gorra de terciopelo guarnecida con plumas de faisán. Tanto él como sus seis acompañantes iban sucios y estaban acalorados y exhaustos. Pero debían de haber cosechado grandes éxitos con sus negocios porque regresaban a Aviñón con aires de triunfo después de un largo viaje de conquistas. Eliah y Brazzi advirtieron que el comerciante estaba ávido de alabanzas y que ardía en deseos de enzarzarse en una pelea con todo aquel que no se aprestara a elogiarlo y admirarlo. Eliah sabía que él no era el rival que andaba buscando. Había hecho con Ambrogio más de un negocio, que habían resultado provechosos para las dos partes. La persona que solía estar entre ellos no se hallaba

presente aquella tarde. Tal vez fuese esto precisamente lo que hacía que el gran comerciante se mostrara tan hosco.

Marco Ambrogio se había encargado ya en dos ocasiones de quitar de en medio a Seder Ben Ariel para que no se interpusiera en sus planes. Pero en las dos ocasiones él y su abuelo habían logrado encontrar consejeros, caballeros y sacerdotes que a cambio de un par de florines dejaban libre a su indigno contrincante apenas el mercader se alejaba de la ciudad.

—Hace tres días tuvimos un temporal terrible —le explicó Tonio Brazzi.

—Nosotros también... —replicó Ambrogio en un tono desdeñoso—, antes de llegar a Lyon. Y, además, entre Orange y Morgues el agua se ha llevado media calzada romana. Solamente se puede pasar por la colina y a caballo, pero es imposible con carros o sillas de mano. Bertrand arqueó las cejas. Marco Ambrogio estaba lejos de adivinar lo reveladora que era para él aquella observación. Tal vez ello explicara por qué los monjes que le habían perseguido desde París no habían entrado en conflicto con Seder Ben Ariel. Empezaba a comprender poco a poco el curso de los acontecimientos acaecidos durante su viaje a Aviñón.

—¿Os importaría decirme, Señor, dónde habéis cambiado de caballos en la otra orilla del río? —preguntó en un tono cortés pero cortante.

—Al sur de Orange, donde el barquero de Roquemaure —le contestó su interlocutor lanzando una risita cortante—. Sabíamos que al pasar el puente estábamos otra vez en el lado alemán. Se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y miró por encima del puente hasta la puerta que había junto a la roca de la ciudad. Luego se volvió hacia su fornido capataz.

—¿Cómo van las cosas en el fondaco? —le espetó—. ¿El temporal ha causado desperfectos? ¿Algún robo o desgracia? ¿Alguna venta de mercancías poco afortunada?

—Ni robos ni pérdidas —se limitó a contestar Brazzi—. Y además estarás satisfecho de la marcha de los negocios.

—¿Dónde demonios se han metido todos los peregrinos que suelen acampar en la isla y al sur de la muralla? —preguntó Ambrogio en un tono asqueado—. No se ve un alma, apenas cabañas derruidas y los restos de las tiendas hechas trizas.

—La mayoría se han refugiado en la ciudad —le explicó Brazzi—. Ha habido muertos y heridos. Los hospitales y conventos no daban abasto.

De repente todos quedaron en silencio. De la torre de la catedral les llegó el sonido de dos campanadas, que luego se fueron repitiendo a ciertos intervalos. Tocaban a muerto.

—¡Vamos, al fondaco! —ordenó Marco Ambrosio—. ¡Venid conmigo!

De pronto sonrió, como si se le hubiera ocurrido algo que le causaba regocijo antes de que los demás supieran qué se estaba trayendo entre manos.

—Tú también, Eliah. Ya sé que te podrían matar si te reconocen como judío esta tarde, pero tranquilo, te vamos a poner unas ropas que hemos traído de Flandes. Seguro que encontramos también un bonito sombrero con velo de encaje. Y otro para tu nieta.

—Por ahora no podemos regresar a Carrière —objetó Eliah—. Sería mejor que nos quedáramos algunos días aquí, en la isla del río, aunque no sea demasiado cómodo para vivir.

—Viviréis todos en el fondaco —le invitó el joven comerciante—. Allí estaréis a salvo de los perros del señor y de los esbirros del Godin. Como sabéis, ¡no es conveniente rechazar a la ligera un ofrecimiento de hospitalidad en la Provenza!

Viernes Santo

Habían pasado los cuatro días de la Pasión de Cristo. Acompañado de un sol maravilloso, el cardenal Da Prato estuvo oficiando toda la tarde, primero en la catedral y luego en la plaza para la multitud jubilosa, la larga retahíla de oraciones, ritos, lecturas y cánticos. Daba la impresión de que todo el Rocher des Domes se hubiera transformado en el jardín de Getsemaní y la ciudad en una nueva Jerusalén. Cuando llegó el momento de las grandes plegarias, el cardenal Da Prato, se dirigió con sus diáconos y monaguillos hacia la fachada de la catedral. Seguía vestido de negro en señal de luto. Después, cuando el Santo Padre, cada vez más deteriorado, fue conducido al pequeño balcón que dominaba la ciudad, la muchedumbre silenciosa allí reunida profirió un murmullo de lamento. Era evidente que la muerte, de la que también había sido víctima el Redentor en la cruz, se asomaba ya claramente por detrás del pontifex.

—¡Oremos por nuestro Santo Padre, Clemente Quinto! —exclamó el cardenal Da Prato con los brazos extendidos en dirección al palacio papal—. Que Dios nuestro Señor, que lo eligió como pastor, conserve sana y salva Su Iglesia para que su palabra reine en el mundo y los cristianos crezcan en su fe. Amén.

—Amén..., amén..., amén —susurraron todos.

Sólo algunos se percataron de que el cardenal había omitido la plegaria de rigor que le seguía. No rezó

por los obispos y los otros cardenales, ni por los reyes y señores de cada pueblo, ni por vírgenes y viudas, herejes y apóstatas, ni siquiera por la unidad de la Iglesia. No fue hasta que en las plegarias hubo que mencionar a los judíos que el cardenal volvió a atenerse a la liturgia.

—Recemos por los judíos, cuyo pueblo vive sumido en la ceguera. Quiera Dios Todopoderoso apartar el velo que cubre sus corazones, para que conozcan la luz de la verdad y las tinieblas desaparezcan al acoger en sus corazones a Nuestro Señor Jesucristo muerto en la cruz. Amén. Después de reclinarse ante el Papa delante del balcón de palacio, el cardenal, pasando con todo su séquito a través de la muchedumbre que había adoptado una actitud de circunspecto recogimiento, regresó a la catedral. Allí se debía cantar la adoración solemne de la cruz y celebrar la comunión, pero en esa ocasión sin el sacrificio de la misa.

El ritual se podía haber celebrado también afuera, pero Da Prato no quería cambiarse de ropa delante de los fieles. Prefería reemplazar las vestiduras negras de luto por las violeta en el interior de la catedral. Cuando la procesión de los consagrados y sus monaguillos avanzó por el pasillo formado entre la multitud, los peregrinos portadores de la concha de Santiago intentaban lanzarse a abrazar al cardenal a cada paso. Pero pronto los interceptaban los pénitents gris, los encargados de mantener el orden durante todo el acto, y los empujaban hasta la cola de la procesión, por detrás de cardenales, obispos y sacerdotes. Los que se resistían o vociferaban inducidos por una falsa fe, eran cargados sin miramientos en carros dotados de grandes jaulas de madera, que luego se dirigían traqueteando en fila india hasta la entrada posterior del palacio del cardenal Godin.

OceanofPDF.com

No oyó girar la llave en la pesada cerradura. Porque no había chirriado. También las puertas revestidas de hierro de los sótanos del nuevo palacio del cardenal Godin se abrieron silenciosas para él. Se había quedado sordo, ¡sordo por los aullidos de dolor!

Pero no estaba ciego ni ofuscado...

Dos siervos silenciosos golpearon con martillos de herrero los grilletes de los brazos, como se suele hacer cuando se forjan armaduras. Cuando se marcharon no oyó nada. Seder estaba demasiado agotado para sentir algo más que un gran y exhausto asombro, pese a que afortunadamente ya lo habían sacado del potro de las torturas. Ni siquiera gritó a los torturadores del cardenal como quizás hubieran hecho otros durante su tormento. Se sentía en una extraña semiinconsciencia, casi sin dolor, pero tampoco se paró a pensar en ello.

Desde las escaleras del vestíbulo llegó una cascada de ruidos hacia el sótano, desde donde él normalmente sólo oía gritos lejanísimos y altísimos que le llegaban apagados como envueltos en capas de algodón. El resto quedaba amortiguado por la sangre que manaba de sus oídos quemados. Entraron en tromba, jóvenes y viejos, hombres y mujeres que tropezaban, chocaban entre sí y se agitaban aquejados por una especie de baile de San Vito. No hacía falta que los empujaran los soldados; caían unos sobre otros sin orden ni concierto, en medio de un doloroso éxtasis. El sótano del nuevo palacio del cardenal Godin se fue llenando de gente enloquecida que gritaba cada vez más fuerte. Daba la impresión de que los esbirros, tras una abundante pesca, estuvieran traspasando los cuerpos convulsos de la red a las cestas.

Seder entendió enseguida lo que había ocurrido. Allá en el norte, en torno a las ciudades de Colonia y Münster existían grupos de obcecados fieles que buscaban la salvación golpeándose y fustigándose, hasta acabar exhalando a veces el último soplo de vida en las cunetas de los caminos, o desangrándose como cerdos sacrificados de manera impura. Todo aquello le recordó al mismo tiempo las terribles horas que él acababa de vivir...

Sintió que el pánico se estaba apoderando de él. Retrocedió torpemente un par de pasos hasta la pared posterior. Vio que no iba a poder pasar por la enorme montaña de personas que se elevaba en la entrada principal, por no hablar de la escalera que desde el descansillo conducía arriba. Después sus

ojos se vieron cegados por la luz del terrible día en que el arzobispo de Burdeos había sido coronado papa en Lyon.

¡La muralla!

El muro había cedido, como si su padre hubiera querido ponerse a salvo con él de la multitud vocinglera y jubilosa. Seder volvió a ver de pronto ante él los ladrillos, las tejas cóncavas y ennegrecidas por el contacto con el sol, luego aquellas columnas romanas tan imponentes y fuertes que habían resistido más de mil años sin derrumbarse. Todo aquello se desplomó sobre la procesión del Papa, montado en un caballo lujosamente engalanado, y sobre los espectadores que se agolpaban a su alrededor. El catorce de noviembre del año del Señor de 1305 amaneció claro y sin nubes. Sin embargo, Seder habría jurado que había visto un rayo seguido de una gran humareda y oído un relámpago, como cuando, al cabo de un tiempo, le habían llamado a veces la atención los bombazos precedentes del lado francés, donde probaban aquella nueva arma diabólica hecha de azufre, carbón de madera y salitre. Ya por aquel entonces Seder había oído de su abuelo la sospecha de que el atentado de Lyon habría podido ser tramado por el propio guardián del sello de Francia, Guillermo de Nogaret, lo mismo que el ataque contra el papa Bonifacio VIII tres años antes, en Agnani, cerca de Roma. Tal vez el trueno, el humo y el relámpago fueran un aviso y una exhortación al arzobispo de Burdeos en Lyon, íntimo de la corte inglesa, para que no dirigiera el nuevo poder papal contra Francia. La desgracia no había afectado sólo a los sacerdotes y a los fieles, sino también a personas que se hallaban por casualidad en la ciudad situada en la confluencia del Saône y el Ródano. Y había afectado también a Ariel de Carpentras, su padre...

Seder apretó los puños. De pronto volvió a ver el gran rubí de la corona de la tiara papal. Volvió a ver ante él el gran sombrero sacerdotal, que el Papa cristiano sólo usaba para las procesiones. Se le antojaba un capullo blanco y prieto... con tres anillos dorados y dos cintas anchas que le caían sobre los hombros como los de los antiguos tocados de sus propios sacerdotes. Pero nunca se había preguntado lo que significaba.

En aquel momento, sin embargo, parecía que el recuerdo del gran rubí, al brillar a la luz del sol, le mostraba el camino de salida de su calabozo. No tenía ni llaves ni ningún polvo mágico para ahuyentar a los guardias con rayos y relámpagos. Pero las paredes..., por todos los pasillos y recovecos del Rocher des Domes había paredes que se movían.

Además le urgía hablar con el hijo del Papa. Por primera vez desde que su padre había muerto estaba dispuesto a mostrar el rubí a otra persona. Sabía desde hacía un tiempo que todo estaba relacionado: la señal en la piedra, la señal en el anillo episcopal perdido y la señal en la escultura del cordero pascual sobre el portón de la komturei.

Pero sólo una persona podía albergar alguna idea sobre lo que debía ocurrir con las señales, cómo interpretarlas y qué significaban. Seder estaba convencido de que las tres cruces en el corazón y las otras líneas por encima de ellas eran como tres claves; tres claves del antiquísimo mensaje que él no era capaz de descifrar...

En aquel preciso instante cayó en la cuenta de cuál era el juego que desde el principio había urdido el maestro de palacio. No era su paciente cautela ni la conservación de pequeñas ventajas mercantiles o de determinados privilegios lo que había hecho que él o su abuelo sobrepasaran los límites de la prudencia. Godin debía de saber, y no sólo sospechar, que el rubí de la tiara se hallaba en algún sitio de Carrière. Se había encargado de que a su abuelo y al italiano Ambrogio les resultara más fácil que a muchos otros acceder a la corte papal. Pero había supuesto también el filtro, el ojo de la aguja, por el que casi nada podía pasar sin que él lo viera.

Por primera vez le asaltó a Seder la sospecha de que tal vez el cardenal le había espiado también en cada una de sus visitas a la casa de Marco Ambrogio y a los esqueletos de las catacumbas en el Rocher des Domes. ¿No sería incluso que los dos se dedicaban a los mismos negocios sin que él se hubiera percatado de ello?

Ni siquiera el chambelán del Papa, que quería estar informado de todo denario de plata y toda pieza de oro con el marchamo de Florencia, le hubiera podido sacar de los calabozos de Godin. Pero Seder comprendió de pronto el verdadero motivo de su encarcelamiento...

¡Prisión preventiva!

El maestro de palacio no le había detenido por sus mentiras o sus delitos, o por cualquier otro pecado o falta. Tampoco se trataba de sus turbios negocios, sino sencillamente de las sospechas, o más bien la certeza, que alimentaba Godin sobre un rubí que se había caído de la corona del Papa en Lyon... Seder se habría dado de bofetadas por haber tardado tanto en advertirlo. Se había pasado las últimas semanas devanándose los sesos: ¿qué quería Godin realmente de él? Ni Godin ni los torturadores le habían

preguntado directamente por el rubí, pero hasta al cardenal D'Aux se le había ocurrido que el nieto de Eliah podía saber algo sobre la herencia de los templarios; al igual que el hijo ilegítimo del Papa.

¡El chambelán del Papa y el maestro de palacio! Dos hermanos en Cristo y enemigos ante el Señor. Seder ben Ariel se quedó petrificado. Debía evitar a toda costa conducir a los esbirros de Godin hasta Eliah y Bertrand. Por otra parte, tampoco veía la forma de llegar hasta Miriam. Seder soltó una imprecación. ¡Por todos los diablos de siete cuernos y siete colas! ¿Cómo podía haberse olvidado ni por un momento de su hermana?

Seder se volvió. No oía nada ni veía nada desde hacía rato. Desanduvo a tientas el camino que acababa de recorrer. O eso esperaba porque tampoco las tenía todas consigo. Pero sólo le quedaba una posibilidad: revelar a los demás que había descubierto el objetivo de las intrigas de Godin.

OceanofPDF.com

A diferencia del Viernes Santo en Jerusalén, el cielo del atardecer resplandecía sobre Aviñón con toda la gama de colores de las sotanas y del año eclesiástico: el rojo y el verde se alternaban con el morado, el blanco y el lila. Clemente nunca había visto puestas de sol tan impresionantes, ni siquiera en los Pirineos, ni en la Garona, cerca de Burdeos, o en sus años de estudios en Italia. Todo ello gracias al mistral, el cual sacaba brillo a los colores del cielo allá arriba por encima de los arcos del puente, que en aquel momento despedían destellos dorados.

—Como si el mundo hubiera dejado de ser como lo conocíamos —comentó el Santo Padre lleno de admiración y al mismo tiempo con profunda humildad ante la obra de Dios.

—Tal vez el Todopoderoso nos quiera recordar en estos momentos que él es el Creador, y que guarda en su paleta más colores y más sabiduría de lo que nosotros podamos imaginar. Clemente V respiró hondo. Volvió a embeberse con todos sus sentidos de la belleza de aquel momento incomparable. Como si pudiera tener una precursora visión del paraíso. Al mismo tiempo, sin embargo, se sintió triste, pues tenía que partir y le quedaba todavía mucho por hacer. Pero luego se dijo que mil años en presencia de Dios iban a ser como un día y que aún debía transcurrir mucho tiempo antes de que reinara la paz en la tierra.

Durante los últimos años, raras habían sido las ocasiones en que el Papa se dejaba llevar por la melancolía en aquellas horas vespertinas. Lo que sentía se asemejaba más bien a una gran y gozosa impaciencia ante la perspectiva de la muerte y la resurrección. Tenía la impresión de ir sumiéndose en una especie de extraño limbo secreto durante las últimas y dramáticas horas del Redentor en la cruz y la Pascua de Resurrección.

Apenas si se daba cuenta de quién entraba y salía de sus aposentos. Sentado frente a la ventana, observando el crepúsculo, se le fueron pasando las horas. Allá enfrente, en la isla Barthelasse empezaron a parpadear de nuevo algunas luces. Aquí y allá se levantaban humaredas iluminadas por el resplandor de las hogueras. Sobre el río empezaron a moverse también algunos botes de pescadores nocturnos con sus faroles de popa.

El papa levantó la vista sólo cuando Arnaud d'Aux mandó colocar un sillón junto a él.

—¿Ordeno a los criados que enciendan las luces o que aticen el fuego?
—preguntó solícito.

—No —respondió Clemente—. Me siento bien y me gustaría quedarme otro rato aquí observando la ciudad.

D'Aux respetó el deseo del Santo Padre. Se sentó a su lado y permaneció en silencio. También a él le iba a venir bien descansar un poco y reflexionar. Lo cierto era que todo estaba listo, por lo menos todo lo relacionado con la Cuaresma, la Semana Santa y las celebraciones de la Pascua florida. La noche y la mañana del sábado se preveían tranquilas. No había indicios de que el tiempo fuera a empeorar. Muchos de los peregrinos habían regresado a la isla del río tras el ritual de la comunión. D'Aux sabía, como algunos otros iniciados, que aquello sólo había sido posible gracias a una mentira piadosa. Nada más apagar las velas de la catedral y retirar las telas del altar, el maestro de palacio había recuperado el cetro.

Hizo correr la voz de que la isla Barthelasse volvía a estar abierta a los peregrinos y de que se iban a repartir, gratis, pan, pizza, aceite, queso y auténtico bacalao de Bretaña. Así que el zorro del viejo judío por fin ha conseguido sacarse de encima su pescado seco, pensó el cardenal D'Aux. No pudo evitar reírse pues sabía que Eliah llevaba días intentando en vano sacar alguna tajada de su bacalao. Lo que no sabía era qué artimañas había usado el antiguo rabino para convencer a un negociante tan taimado como Godin.

El papa se aclaró la voz y se enderezó un poco. D'Aux se inclinó de inmediato hacia él.

—Estaba pensando que no desearía que me enterréis aquí, en Aviñón, o en la catedral de San Andrés en Burdeos —dijo Clemente meditabundo—. He sido papa aquí y arzobispo en Burdeos, pero necesito sentir a mi alrededor una familia, nada de grandes templos ni la Basílica de San Pedro, sino la iglesia de una pequeña comunidad. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Te entiendo perfectamente —le respondió Arnaud d'Aux.

Estaba leyendo su breviario, como solía hacer cuando velaba junto al Santo Padre a la espera de sus ideas y comentarios. En aquella ocasión había ya cambiado de página muchas de sus flores secas. Probó a ver qué tal quedaban las flores blancas para Pentecostés y las de lavanda para los domingos de cosecha.

—Tampoco estoy pensando en Comminges —continuó el Santo Padre—, sino en una de esas pequeñas iglesias en medio del campo, construidas

antes del gótico; donde por otra parte no les haría daño modificar el coro y derribar algunos muros para abrir ventanas con bonitas vidrieras.

—Tengo la profunda impresión de que tienes ya prevista para después de tu muerte una iglesia en tu pueblo natal, Villandraut. No creo que así vayas a granjearte muchas simpatías. Van poniendo el grito en el cielo por ahí, se quejan de que seas un papa que piensa primero en sí mismo y en su familia.

—¡Viles calumnias! —protestó Clemente—. Sabes mejor que nadie la razón por la cual nos rodeamos de cardenales y obispos de confianza.

—Lo sé y lo saben los elegidos por ti. Pero esto no facilita las cosas.

—De acuerdo, no me enterréis en Villandraut. Por mí podéis colocar mi tumba en Uzés. Está un poco más lejos de Burdeos y más cerca de Comminges. Ya elevé las iglesias de los dos pueblos al rango de colegiata, por consiguiente la posteridad no tendrá ningún reparo que hacer con respecto a mi última voluntad.

Por primera vez desde que el Papa había caído enfermo, Arnaud D'Aux volvía a ver ante sus ojos al arzobispo y sacerdote Bertrand de Goth, tan unido a sus orígenes. También vio que las sandalias del pescador siempre le habían venido demasiado grandes. Incluso llegó a pensar, llevado por el recelo, que su amigo y compañero tal vez hubiera enfermado después de que alguien le hubiese dado a beber secretamente un brebaje diabólico. No era la primera vez que pasaba en las dos últimas décadas... Nunca antes había el cardenal anhelado tanto la llegada del hijo del Papa. Si lo que iba consumiendo el cuerpo de Clemente era un veneno, tal vez la fórmula con los antiquísimos remedios de los templarios pudiese prolongar su vida y protegerlo contra las maquinaciones del rey de Francia y del cardenal Godin. Tampoco se sabía nada del segundo hombre, que podía salvarlo mediante el rubí. Ni siquiera había llegado el tercero, también enviado por él, pues en medio de todo aquel caos todavía no había podido saber para cuándo estaba previsto el regreso del comerciante Marco Ambrogio. D'Aux le había encomendado que volviera a hablar con el hombre que muchos en Aviñón, París y Colonia querían acusar ya de hereje. Así que tampoco había que esperar ayuda de parte del maestro Eckhart. Mientras tanto, la vida del moribundo Clemente V se iba apagando de modo cada vez más evidente a medida que transcurrían las horas.

Más tarde, cuando el Viernes Santo fue tocando a su fin sin borracheras ni música a pesar de la multitud que abarrotaba la ciudad, y los primeros peregrinos se aventuraron a atravesar el puente para llegar a la isla, se fue extendiendo en la noche una extraña paz, una especie de mortaja, sobre las casas y callejuelas de la ciudad.

Nada más llegar, Marco Ambrogio y Tonio Brazzi se encerraron en el despacho. Al cabo de un rato, el comerciante de Pisa se subió a un caballo de refresco y regresó solo a su casa. Cualquiera otro habría recorrido a pie los escasos cien metros que le separaban de su casa, pero no así el gran mercader de Pisa. Los demás se quedaron frustrados y sin nuevos horizontes en el antiguo refectorio de la komturei. El viejo Eliah se había retirado a una estancia bien caldeada de los almacenes situados junto a la sala. Brazzi había vuelto a salir al patio, había echado comida a los animales y enviado a uno de los criados, por encargo de Eliah, a la rue Jacob para que se ocupara también allí de los suyos. Miriam se afanaba en la cocina. Solamente Bertrand se había quedado sentado a la gran mesa; permanecía inmóvil y miraba fijamente la chimenea. La hoguera de carbón de madera resplandecía con una luz rojiza similar en color a la de las brasas de un horno de alquimista. Aunque a su cabeza no dejaban de acudir las imágenes de los últimos días, no conseguía encontrar respuesta a la pregunta de cómo podía llegar hasta su padre.

—Siento mucho lo del pato con el anillo —le dijo Miriam.

Ésta había regresado con una gran fuente de plata y se sentó a la mesa con él. Había encontrado algo de comer y lo había dispuesto sobre la fuente de plata como un ágape Seder, la cena pascual al principio de la fiesta del Pasah.

—No es culpa tuya —dijo Bertrand para tranquilizarla—. Al fin y al cabo fui yo quien perdió el anillo en el puente.

—Ven, come algo —le instó ella—. La pascua judía no empieza hasta pasado mañana y dura toda la semana. En realidad deberíamos tomar esta comida Seder con los bocaditos rituales. Pero aquí no tienen pan ácimo, así que nos tendremos que conformar con el rábano, la compota de manzana y las hojas de repollo.

Él lanzó un profundo suspiro, posó su mano sobre la de ella, se inclinó y rozó con suavidad sus labios.

—Nosotros..., en mi religión... no penaríamos por una crucifixión, sino que celebraríamos la víspera de la fiesta del Sabbat —explicó ella con las mejillas ruborizadas—. Nuestro día sagrado de descanso empieza una hora antes de que llegue la noche. Para entonces la casa tiene que estar limpia, toda la comida preparada y la mesa ya puesta. Antes nos hemos dado un baño y nos hemos vestido con nuestras mejores galas.

—¿Y luego os pasáis un día sin hacer absolutamente nada? —preguntó Bernard, si bien estaba pensando en otra cosa. La estrechó contra su pecho.

—¿Acaso pensar, soñar, rezar o cantar, y el encuentro con lo sagrado y con los misterios ocultos no supone nada para ti?

—Lo que percibimos con nuestros sentidos puede ser más importante que todo eso —contestó—. No puedo olvidar que la auténtica razón de mi huida de París es encontrar el camino que me conduzca hasta mi verdadero padre para salvarlo de la muerte y conseguir tal vez su curación.

—Dicen que está muy enfermo.

—Sí, pero fui llamado porque el último gran maestro de los templarios lanzó una maldición desde la hoguera sobre mi padre y el rey de Francia. ¡Así que no se trata de una enfermedad sino del castigo de Dios, Miriam! Para curar las enfermedades sirven las sanguijuelas, los polvos machacados y las hierbas y pócimas como las que preparan las beguinas.

—O nosotros desde hace más de dos mil años —replicó ella sonriendo, a lo que él hizo un gesto distraído de asentimiento con la cabeza.

—¡Pero contra maldiciones o hechizos ni esas medicinas tan fuertes pueden hacer nada! ¡Solamente con la Biblia u otras señales mágicas se puede conjurar esas terribles amenazas! ¡Lo único que tengo que hacer es encontrarlas!

—¿Te refieres a las tres señales con la cruz en el corazón? —le preguntó ella, y él asintió—. Una de ella la tenías tú en la piedra del anillo episcopal, la segunda la conoce mi hermano... —se paró en seco, le miró largamente y luego añadió—: Está en el gran rubí de la tiara, el que perdió tu padre en el atentado de Lyon.

—¿Seder tiene el rubí?

—Sí —se limitó a responder.

Bertrand miró a un lado y al otro, luego susurró:

—Y ahora sé dónde está la tercera señal...

—Una cruz en un corazón en una piedra. ¿Con triángulos y líneas del alfabeto de los templarios encima?

—preguntó ella asombrada.

Él se llevó un dedo a los labios y dijo muy bajito:

—La tercera señal no está escondida en una piedra preciosa. Puedes verla si vas al patio de la komturei y miras la escultura del cordero pascual que está sobre el portal de entrada. Se quedaron los dos callados un buen rato, absortos en las cosas ocultas, como era propio del Sabbat.

—Así que la señal del Padre está en el rubí del Papa —dijo por fin Bertrand—. La señal del Hijo la tenía yo en el anillo de obispo y la señal del Espíritu Santo corresponde al ideal que representaba antes la Orden de los Templarios. La verdad es que sólo conozco a una persona que pueda leer mensajes en el alfabeto templario: el maestro Eckhart.

—¿Y tu padre? —preguntó sorprendida—. ¿Tú padre no tenía una estrecha amistad con los templarios?

—Yo mismo me lo he preguntado muchas veces —respondió Bertrand—. Pero no he conseguido una respuesta clara...—. Ella arqueó las cejas y sus ojos brillaron expectantes—. El libro debido al cual quemaron a la gran Marguerite Porète, y que también conocía el maestro Eckhart. En él ella retoma, aclara y descifra muchas cosas que se remontan a vuestras Sagradas Escrituras, la Cábala y los Evangelios Apócrifos. Conocimientos que en los últimos siglos se han ido prohibiendo y arrinconando cada vez con más saña.

—Quieres decir que si leen la señal y el libro a la vez...

—Si he comprendido bien al maestro Eckhart, la cosa es muy sencilla —prosiguió Bertrand—, pues lo único que se debe hacer es pasar la piedra sobre las páginas del libro cuya señal consta en la cabecera. Es el roce de la superficie de ambas piedras lo que, al reflejar así las letras, les da otro sentido. A veces hacen falta las dos piedras, pero eso ya lo descubriré.

—¿Y la señal del patio? —le preguntó.

—Es la misma que la del libro —respondió él—. La señal para el espíritu, con la que se puede ver su obra en el espejo de las almas sencillas...

—¿No lo quemaron con ella? —preguntó sorprendida—. Me refiero a ese libro herético.

—Según mis informaciones, no se halla en la Santa Sede, sino en casa del cardenal Godin. Aquella velada, en la que Miriam ya no tenía que hacer más preparativos para el Sabbat y la fiesta del Pasah, el silencio de la ciudad fue el mejor aliado para los apasionados abrazos de la pareja.

OceanofPDF.com

Pascua de Resurrección

Era ya mediodía cuando regresaron Marco Ambrogio y Tonio Brazzi. El mercader de Pisa no estaba de muy buen humor, pero aun así se puso a hablar con Bertrand cuando lo encontró con Miriam en el patio del fondaco.

—Y tú no sabes por qué estás aquí —empezó a decir en un tono despectivo que enfureció a Bertrand.

—Faltó muy poco para que me ahogara en el río —explicó a su pesar—. Venía de París por la antigua calzada romana y me caí en el río a la altura de Morgues.

—¿Sois...? —Ambrogio se echó a reír al advertir el tratamiento que le había dado—. ¿Eres un correo del rey o de algún abad de París?

—No —respondió Miriam por él. También ella estaba harta de los humos de Ambrogio. Tal vez por eso quería hacerle ver que en su patio, donde almacenaba las mercancías, se hallaba una joya excepcional—.

¡Más bien lo contrario! Es el hijo ilegítimo del Papa y está intentando conseguir una audiencia con el Santo Padre...

El mercader de Pisa se lo quedó mirando un rato fijamente, pero en su mirada no había respeto o admiración, sino el brillo frío y despectivo con que miran las víboras. Movi6 los labios carnosos como si quisiera saborear un trago de vino.

—¿O sea que hijo de su Santidad Clemente V? —preguntó. Miriam y Bertrand asintieron. Bertrand se quedó cortado—. ¿Y qué es eso tan importante que le tenéis que decir? —preguntó Marco Ambrogio en un tono condescendiente—. Puedo conseguir una audiencia en menos de un día cada vez que lo deseo, aunque el Santo Padre esté febril y no pueda ni reconocermé.

—Todavía no están tan mal las cosas —replicó Tonio Brazzi.

También Bertrand negó con la cabeza. No le gustaba aquel altanero comerciante de Pisa. Estaba demasiado pagado de sí mismo y sus juicios eran demasiado tajantes. Un experto y dotado mercader, pero demasiado estirado e italiano para su gusto...

—Bertrand no quiere que le interrogue el maestro de palacio —dijo Miriam abiertamente—. Se niega a pasar por esas sesiones infinitas de preguntas que lo más posible es que acaben en cautiverio, en espera de que llegue la acusación de herejía, blasfemia o sodomía.

—Es la prueba lo que me frena —intervino Bertrand—. No puedo demostrar quién soy.

—¿Tendrías esa prueba si hubieras llegado como un cristiano decente y no apareciendo así en el puente en medio de una riada?

—En ese caso habría hablado con el cardenal D'Aux, si me hubiera recibido.

—De todos modos también así habrías necesitado esas pruebas.

—¡Aquí están! —anunció de pronto Mel Comyn.

Junto con Eliah y Seder, Comyn apareció en el patio, debajo de la señal del cordero de Dios. Miriam dio un grito y salió corriendo para echarse en los brazos de Seder.

—Dos piedras preciosas —prosiguió el capellán a la vez que desenvolvía una tela que llevaba en la mano—. Por un lado el anillo del obispo, que Clemente entregó a su hijo Bertrand de Comminges después de ser elegido papa..., y por otro el gran rubí de la tiara, tanto tiempo desaparecido. Bertrand se quedó mirando las dos piedras preciosas. La amatista, que ya daba por perdida, y aquel rubí, en paradero desconocido desde hacía casi nueve años. El gran río bajo el puente de Aviñón o la providencia divina los había ido entregando literalmente en las manos de aquellos que poseían la clave del legado de los templarios.

Por primera vez desde el momento en que se habían conocido, Marco Ambrogio perdió la compostura.

—¿Dónde... dónde diablos has tenido escondido el rubí, maldito judío? —le gritó a Seder. Éste, por su parte, sonreía de oreja a oreja, con las que sin embargo seguía sin oír demasiado bien. Como había adivinado lo que le preguntaba, gritó, como es propio de los sordos, tan alto que se oyó en todo el patio:

—¡Tenía escondido el rojo rubí de la tiara de vuestro papa en la cama de vuestra esposa! ¡Allí estaba a salvo de ti y del cardenal Godin! ¿Acaso no tengo razón?

Seder Ben Ariel se echó a reír con mayor satisfacción todavía. Disfrutó viendo la cara roja de ira de Ambrogio y a los boquiabiertos sirvientes, escribanos y carreteros que se habían ido reuniendo en el patio. Al mercader de Pisa, habitualmente tan arrogante, le temblaba todo el cuerpo.

—¡Claro, eso te abrirá la puerta de los aposentos del Papa! —dijo después jadeante, para luego volverse hacia Bertrand—. Pero ¿vas a pagar,

si te consigo un beso de tu padre...? ¿Una audiencia de su Santidad Clemente V, para su rubio bastardo?

De hecho, el cardenal D'Aux recibió al mercader de Pisa aquel mismo día. Pero la audiencia fue breve y poco amistosa pues Marco Ambrogio no pudo darle noticias sobre el maestro Eckhart que pudieran ayudar al Santo Padre. En vez de ello, Ambrogio regresó al fondaco con el encargo de proporcionarle una silla de manos con la que el Papa pudiera abandonar aquella misma noche la ciudad dentro del máximo secreto. Por toda Aviñón los fieles se preparaban para la misa de medianoche. Al mismo tiempo, Ambrogio, Brazzi y Seder discutían sobre la mejor manera de camuflar el paso de la silla.

—Nos vendría de perillas crear un poco de caos en la ciudad haciendo que algunos de mis sirvientes y unos cuantos judíos, de los muchos que quedan en la ciudad, se pasearan por ahí vestidos con los hábitos de los penitentes —sugirió Tonio Brazzi a Eliah y Seder—. Tengo todavía en el almacén decenas de hábitos recién arreglados con agujeros para los ojos.

—¿Y para qué una silla de manos? —preguntó Eliah en un tono conciliador—. Por lo menos para la primera parte del camino les podría prestar yo mi carreta. Al papa enfermo no le importará demasiado el mal olor si puede ir cómodamente tumbado.

Los demás miraron con escepticismo al viejo judío socarrón.

—Sólo habría que encontrar una nueva vara de mando —añadió—. La que tenía me la rompieron unos brutos.

—Tenemos unas maravillosas y resistentes lanzas de torneo —se apresuró a decir Brazzi—. Creo que podrían sustituirla perfectamente.

—¡Pero el Papa acaba de prohibir los torneos! —protestó Mel Comyn—. Si, llegado el día, pudiera ver cómo le están llevando...

Brazzi negó con un gesto de la cabeza, como si estuviera otra vez en su antiguo elemento en calidad de armero y comerciante de armaduras de guerra.

—Habremos dejado atrás Aviñón y Villeneuve mucho antes, damos un pequeño rodeo y luego hacemos que lo lleven con la silla.

—De acuerdo —dijo el capellán Comyn—. ¿Y qué pasará ahora con la piedra preciosa?

—Creo que he de dársela a mi padre lo antes posible —dijo Bertrand decidido—. Sólo él y el cardenal D'Aux podrán decidir si le puede ayudar... Sólo ellos pueden ver si es posible descifrar el libro de la beguina.

OceanofPDF.com

Mientras la catedral sobre el Rocher des Domes y las demás iglesias de la ciudad se iban llenando para la misa de Pascua de Resurrección, la pequeña capilla sobre el puente de Aviñón permanecía cerrada. Varias bolsas llenas de dinero fueron cambiando de manos antes de que los guardias del puente y otros hombres importantes de la ciudad declararan estar dispuestos a hacer la vista gorda. El único que no sabía nada de ello era el cardenal Godin. Había liberado a Seder Ben Ariel de sus calabozos para utilizarlo como cebo. Ansiaba conseguir tanto el rubí como la amatista del bastardo del Papa y esperaba que el judío le ayudara a encontrar la pista de ambos.

Seder Ben Ariel había regresado al mundo de la vida por la puerta principal de su palacio. Nadie le había puesto trabas. Pero el maestro de palacio se había convertido en una víctima más de su propia perfección e intrigas. Tan rápidamente que no le dio tiempo a reaccionar, la zona entre su palacio y el puente sobre el Ródano se convirtió en un hervidero de penitentes blancos, grises y negros que vestían largos hábitos con capuchas. Dos de ellos se acercaron al palacio del Papa. Sin hacer ni un amago de penitencia, pasaron altaneros y a buen paso por delante de los soldados y del desconfiado Ritter Utz von Falkenhenn, que se había apostado en la escalinata con toda la armadura y debía informar de inmediato al cardenal Godin apenas se produjera algo que le llamase la atención. Pero nada le llamó la atención. Al cabo de un momento, Bertrand y Miriam se quitaron sus hábitos, se besaron brevemente y, como habían acordado con anterioridad, se dirigieron a dos estancias distintas de la última planta. Bertrand eligió el cuarto de la chimenea y Miriam la gran sala de audiencias. Entonces, por primera vez desde hacía nueve años, Bertrand de Comminges volvió a ver a su padre. Llevaba una sotana blanca y estaba sentado sobre los cojines de un sillón alto colocado junto al fuego. A su lado había un tablero de ajedrez en el que las fichas blancas eran caballeros cruzados y las negras nobles franceses.

El cardenal D'Aux, mediante un gesto de la mano, hizo salir de la estancia a los médicos, criados y sacerdotes presentes. Pasaron todos por delante de la cortina, pero nadie se molestó en mirar quién estaba detrás de ella. Bertrand aguardó un buen rato, hasta que hizo acopio de valor y salió de detrás de la cortina.

—Acércate, Smaragdus —dijo el Santo Padre con una voz muy tranquila. Parecía estar muy despierto, pero sus ojos brillaban llenos de dulzura y afecto. El cardenal D'Aux estaba junto al tablero de ajedrez y sonreía de manera imperceptible. Bertrand no sabía si maravillarse o salir corriendo. Notaba las dos piedras preciosas que llevaba en su mano envueltas en una tela.

—Son sólo dos —dijo y extendió seguidamente la mano—. La tercera señal se halla en una pared en la komturei de los templarios.

—Es demasiado tarde —dijo Clemente—. No tenemos el libro adecuado para descifrarlo con la señal de la piedra. Pero te damos las gracias por todos los esfuerzos que has hecho. Bertrand desenvolvió la tela que llevaba en la mano y le enseñó el rubí y la amatista. Los colores de la piedra brillaron a la luz de las velas. Por un momento pareció que el tiempo se hubiera detenido.

Poco antes de medianoche padre e hijo volvieron a abordar la cuestión que les preocupaba desde hacía mucho tiempo. D'Aux y Bertrand habían acostado, sin ayuda de los criados, al Santo Padre en su cama.

—Entonces, ¿vosotros planeasteis la desaparición de los templarios en toda Francia?

—Elogiada, planeada y, gracias a la capacidad organizativa adquirida a lo largo de dos siglos, ejecutada de forma tan minuciosa como ningún rey o señor de este mundo pudiera permitirse. Daba la impresión de que un ángel estuviera paseando sus alas invisibles sobre el hombre gravemente enfermo acostado en su lecho. Cesaron la crispación y la congoja. Parecía que los dolores hubieran desaparecido; tampoco parecía afectarle ya ni la edad ni el recuerdo de aquellos días y noches que le habían estado atormentando por espacio de siete años.

—Cierra los ojos, si quieres comprendernos —dijo—. Escucha lo que decidimos entonces..., lo que decidimos con el gran maestro Jacques de Molay y los elegidos entre los hermanos durante un encuentro secreto en la komturei de la Orden de los Templarios aquí en Aviñón.

—Molay nunca estuvo en Aviñón —le contradijo Bertrand.

—Dos veces incluso —corrigió Clemente con indulgencia—. La primera vez justo después de mi elección, cuando vino de su isla, Chipre, con un carro cargado de plata. Era el dinero para una nueva cruzada hacia Jerusalén. No olvides que, tras la caída de Ancona, yo le había encargado a Molay que pensara en la forma de reunir y poner en acción de forma efectiva a todas las órdenes caballerescas. Molay rechazó mi propuesta e insistió en una reconquista de Tierra Santa. Durante algún tiempo, muchos reyes y señores se entusiasmaron ante aquella quimera, incluso el rey de Inglaterra y Felipe el Hermoso de Francia. Así que llegó con su gigantesco tesoro de plata pensando que iba a poderme comprar también a mí.

—Pero el templo, el cuartel general de los caballeros templarios en París, estaba vacío cuando Felipe el Hermoso lo mandó abrir después de la gran ola de detenciones.

—La plata había estado primero en el templo junto al Sena. Pero en el otoño del año 1307 salió por segunda vez de viaje, esta vez no en carretas, sino en pequeñas embarcaciones y a lomos de caballos. Algunos de los barcos se desviaron de la ruta y se hundieron cerca de los acantilados de La Rochelle debido a las fuertes tormentas. Su intención era bordear Portugal y

España para navegar después a lo largo de la costa hasta la desembocadura del Ródano.

—Para desde allí subir por el río hasta aquí, hasta la vieja komturei —añadió Bertrand cuya cabeza bullía de ideas. Volvió a abrir los ojos—. O directamente al Rocher des Domes—. Su padre le miró

largamente—. Y otra parte del tesoro de los templarios recorrió más o menos él mismo camino que yo cuando vine cabalgando hace unos días desde París —exclamó casi sin aliento—. ¿No es así?

—No, no exactamente. El cargamento del norte fue por el Sena hasta Troyes, después se trasladó a caballo hasta el Saône, desde donde fue río abajo hasta Lyon y de allí hasta aquí por el Ródano.

—¿Aquí? Eso significa...

—Supón que con todo ese oro y plata de los templarios se pensara adquirir un tesoro aún mayor —dijo el Papa y se echó a reír—. Toma esta pista como mi legado y como la herencia que te dejo. Pues aquello que los templarios no pudieron conservar no se ha perdido, sino que sigue existiendo en otro lugar y bajo otra forma. ¡Es el saber de toda la humanidad, Bertrand! Los secretos de Babilonia, de Egipto, de los grandes griegos y de los sabios de Oriente. Yo quería ir recuperando todo eso poco a poco para la Santa Sede. Pues todo ello está escrito, fue traducido por árabes y judíos en España y está al alcance de todo el mundo en los países no cristianos... —se paró de repente, tosió y dejó agradecido que su hijo le secara el sudor de la frente—. Nada que ver con lo que pasa aquí —prosiguió a continuación—, donde tan a menudo los sacerdotes no saben ni leer ni escribir, donde un iniciado como el gran Dante tuvo que enmascarar con acertijos todos los símbolos árabes de su Commedia y donde se considera herejía que madame Porète o el maestro Eckhart transmitan sus conocimientos en la lengua del pueblo. Se quedaron los dos callados siguiendo cada uno el hilo de sus pensamientos. Bertrand fue el primero en romper el silencio.

—Me gustaría saber otra cosa. ¿Esos acontecimientos y el tesoro desaparecido de los templarios son el motivo de que nunca quisieras ser papa en Roma y de que acabaras eligiendo el condado de Venaissin y Aviñón?

—Uno de los motivos, Smaragdus —respondió el Papa al tiempo que suspiraba hondo—. Todo esto es tan sólo uno de los motivos. Por supuesto que también es cuestión de política, de la ambición voraz del rey de

Francia, del celo de la mortífera nobleza romana y sus cardenales, y no menos importante, de mi propia debilidad. Pero un motivo más, especialmente importante para mí, por el que elegí Aviñón como nueva residencia para la Santa Sede apostólica, reside en el hecho de que el Rocher des Domes se ha convertido también en un monte del calvario..., un osario para algunos de los últimos templarios que no fueron arrestados y torturados. Ellos renunciaron voluntariamente a esta vida, como los judíos de Massada.

—¿Qué sucedió? —preguntó Bertrand—. Me refiero a la acción sorpresa, mediante la cual todos las seneschalles recibieron un escrito lacrado con la orden de arresto de los templarios de todo el país, cuyo sello solamente debía ser abierto la noche antes del diecisiete de noviembre de 1307.

—No hubo ninguna acción sorpresa —explicó el Papa con toda tranquilidad—. Todo eso son calumnias de Roma dirigidas contra mí. La verdad es que Jacques de Molay me rogó que llevara a cabo una investigación judicialmente impecable para poner así fin a las acusaciones de herejía, blasfemia y sodomía que se vertían contra la Orden de los Templarios. Él sabía que yo había estudiado las dos legislaciones y podía juzgar de manera objetiva. Por ello, el veinticuatro de octubre de 1307, comuniqué

por escrito al rey Felipe que se abría un sumario contra la Orden. Se sonó con un pequeño pañuelo que ya estaba un poco manchado de sangre. Luego señaló la jarra con vino aromático y caliente.

—¡Sírvenme más, hijo...! Por supuesto, acordé con Jacques de Molay que él pondría a buen recaudo todos los libros y documentos de la orden, que por nada del mundo debían caer en manos ajenas..., aquí

en Aviñón, en algunas iglesias y monasterios que no pertenecían a los templarios, en España, Portugal e incluso con los caballeros teutones en su feudo de Marienburgo. Lo que no se pudiera sacar a tiempo del templo de París debía ser quemando. Uno de esos libros era la primera edición de una obra sobre el Espejo del alma sencilla, escrito por una mujer, una de las beguinas más inteligentes que han existido.

—¿Lo tenéis aquí? —preguntó Bertrand emocionado—. El libro que yo pensaba que estaba en manos del cardenal Godin, ¿lo tenéis aquí?

—El libro auténtico está a salvo, en España —contestó el Papa—. Podrás leerlo, Smaragdus, cuando llegue la hora. Godin tiene sólo una copia

llena de errores, con la que nada se puede hacer ni aun teniendo la señal de las piedras. Por ello te suplico que permanezcas cerca de la Santa Sede cuando yo ya no esté. Pero presta también mucha atención a lo que oigas de los judíos y musulmanes, pues ellos guardan también sus propios secretos, ¡pero no torturan ni queman a nadie que tenga ideas propias! Y

ahora debes saber que todos los rumores sobre mi presunta pasividad son falsos... Tomó la copa de vino caliente de la mano de su hijo, tomó un sorbo y se volvió a recostar para recuperar fuerzas.

—Los avisé a todos —prosiguió con los ojos cerrados—. Por aquel entonces yo residía otra vez, tras una estancia en Poitiers, en mi antiguo arzobispado de Burdeos. Allí me visitó también el Gran Maestre Jacques de Molay. Sabía que los templarios no tenían futuro, por lo que les rogué que se unieran a los Caballeros de la Orden de San Juan. Pero Jacques de Molay se negó, al igual que los otros superiores de las provincias de la orden. En mi viejo monasterio de los gramontenses se trabajó noche y día haciendo copias de una carta que hice llegar a todas las komtureis, todos los castillos y monasterios de los templarios. En mi escrito ordenaba que no se diera ninguna información concerniente a la orden. Eso valía también para la Inquisición, que no dependía de mí sino del rey de Francia. Con todo, es posible que esta carta fuera la equivocación mayor de toda mi vida..., mucho mayor que mi posterior disposición a clausurar la orden para terminar con las acusaciones de herejía a mi antecesor Bonifacio VIII por parte de Felipe.

—Esa carta... —empezó a decir Bertrand—, ¿fue esa carta el motivo de que muchos templarios no huyeran ni ofrecieran resistencia y se dejaran apresar sin pensar en las consecuencias?

—Sí, hijo, ese fue el motivo y mi gran error. La mayoría podía confiar en que yo estaría de su lado y que la Inquisición no iba a poder arrancarles falsos testimonios mediante terribles interrogatorios y tormentos. Al principio no fue así, pues los arrestos no los llevaron a cabo los dominicos sino los esbirros del rey. Nosotros, los hombres de la Iglesia, en un primer momento no supimos lo que estaba pasando.

¡Además, los secuaces de Felipe no tenían el más mínimo derecho a retener a ningún templario pues cada uno de ellos estaba sometido exclusivamente a mi autoridad!

—¿O sea que todo fue un error?

—¡No, no fue un error en absoluto! —exclamó el Papa, encendido por una última chispa de rabia y rebeldía—. Como tampoco lo fue el atentado contra Bonifacio VIII y el envenenamiento de su sucesor, el papa Benedicto XI. ¡Y yo iba a ser el siguiente de la lista! ¡Una terrible conjura, intrigas, errores y traición!

—¿Del rey Felipe?

—¡Y sus consejeros asesinos! Felipe había contraído enormes deudas con los templarios. Estaba ofendido porque ya no le querían seguir prestando más dinero, ni aceptarlo en la orden. Jamás habría ganado una guerra abierta contra ellos. Para el Gran Maestre y para mí hubiera sido muy fácil enviar en una cruzada a los templarios, experimentados guerreros y muy bien armados; una cruzada contra el anticristo y el Moloch parisino.

—¿Y no lo hicisteis?

—Tal vez por la simple razón de que confiaba en la ley y en el derecho de este mundo y porque quería salvar a un papa injustamente acusado de herejía.

—Pero tú mismo abriste el proceso contra Bonifacio —le reprochó Bertrand. Estaba dispuesto a enterarse de todo lo sucedido, y de boca del hombre que seguía siendo despreciado y vilipendiado en la Sorbona por su conducta.

—Tienes toda la razón —accedió Clemente condescendiente—. Acusé a Bonifacio de herejía. Además revoqué su bula Clericis laicos y acoté el alcance de la bula Una Sanctam. Pero lo que más me reprocho es haber dado por buenos los crímenes del rey y sus consejeros contra Bonifacio VIII y haber invalidado todos los castigos espirituales impuestos desde el Año Santo de 1300.

—¡Pero colocaste de nuevo en sus puestos a los cardenales condenados por el atentado en Agnani, además de perdonar a Guillermo de Nogaret a cambio del pago de una pequeña multa como penitencia! —

exclamó Bertrand enojado—. Pero ¿por qué?, ¿por qué tanta debilidad? De repente Clemente V sonrió.

—¿No lo entiendes? —preguntó casi socarrón. Su cuerpo se contrajo varias veces debido a los dolores, pero luego volvió a sonreír—. Con ello conseguí que Bonifacio, ese gran papa, peligrosamente próximo, con todo, a las enseñanzas secretas de Salomón y de los árabes españoles, nunca fuera juzgado por herejía. Yo me considero un seguidor suyo en muchas de las cosas que hizo y en muchas de sus ideas. Todo lo que hice fue el precio que

hubo que pagar para limpiar su reputación. Se reclinó hacia atrás y cerró los ojos.

—Prometedme que no haréis nada para impedir mi partida —rogó—. No quiero que los médicos me sigan aplicando ventosas para aplacar mis sufrimientos ni llenarme de orines nauseabundos.

—Lo prometo —dijo Bertrand.

—Nosotros también —accedió el cardenal d'Aux.

—Yo me ocuparé de que los demás cumplan también vuestros deseos —dijo el cardenal Da Prato. Todos sabían a quién se refería.

—Dad a Godin algún obispado donde se pueda enriquecer —sugirió el Santo Padre—. Pero encargaos de que no siga envenenando esta ciudad. Y sobre todo que el testarudo de mi confesor escocés no se haga con esos botes con polvos negros de los franceses. Se le podría ocurrir ir a tirar esos petardos en el reino de Escocia.

El cardenal D'Aux asintió al ver que el Papa sonreía. Era solamente un último coletazo de preocupación y comprensión. Hacía tiempo que el Santo Padre no se sentía tan mal.

—Sea como sea, ha llegado nuestra hora y debemos morir. O con nuestro espíritu y nuestra alma como vasallos incondicionales del bello rey de Francia, o bien con nuestro cuerpo, torturado hasta que admitimos ante todos que somos herejes, blasfemos y lascivos.

Bertrand vio que los labios del Papa rezaban. Pero después le invadió una fuerza que desconocía en él.

—Hace muchos años que los templarios tomaron la decisión de que, antes de revelar los secretos adquiridos en Oriente y entregar sus tesoros a cualquier mandamás de este mundo, preferían disolver la orden. No querían ser súbditos de nadie; ni vasallos de los conquistadores paganos de Jerusalén, ni aduladores de los intrigantes romanos ni siervos del rey de Francia.

—Pero ¿qué pasó con...?

—¿Con los dos mil templarios que supuestamente fueron encarcelados y acusados por la Inquisición en toda Francia después del catorce de septiembre de 1307 tras la orden de arresto del rey Felipe? ¿A esos hermanos demasiado débiles te refieres?

—Sí.

—No sabían nada —respondió el Papa—. Algunos se habían escondido, otros todavía no formaban parte de la orden. Muchos de ellos pertenecían al

grupo de los traidores infiltrados a las órdenes de Felipe procedentes de los hospitalarios, de los Caballeros de San Juan, de los dominicos, cistercienses y minoritas. Los conocíamos a todos, incluso a los temerarios estudiantes de Montpellier y París, que se habían introducido furtivamente en la orden en calidad de curanderos y astrólogos. El papa permaneció en silencio durante un largo rato.

—Sólo había un puente que yo pudiera cruzar —dijo al final con una sonrisa serena. De repente, Bertrand entendió a qué se refería. Era el mismo puente que había salvado su vida de las aguas torrenciales.

—Sí, mi querido hijo, el puente de un pastor que, como yo, llegó a ser pontifex con la ayuda de los ángeles.

—Creo que ahora entiendo por qué preferiste Aviñón a Roma.

—Sí, y ha llegado mi hora —anunció—. Tú, hijo mío, ahora ya sabes lo que tienes que hacer y lo que tienes que impedir, yo seguiré a mi hermano por el puente de Aviñón.

—A mí también me gustaría construir un puente —dijo Bertrand—. No sobre el Ródano ni sobre la celestial Jerusalén, sino quizás un puente entre los hombres, pues por ahí es por donde deberíamos empezar antes de aspirar a lo divino.

Se levantó y fue hasta la puerta cubierta con aquella cortina detrás de la cual se podía esconder fácilmente alguien que quisiera enterarse de los secretos del Santo Padre. Pero en aquella ocasión no salió ningún espía de detrás de la cortina. Ella lo había escuchado todo, era cierto, y entendido algunas cosas, pero la cuestión no era ésa. No hacía mucho tiempo que conocía al joven rubio que tenía frente a ella. Tan sólo sabía que transmitía honradez y que era un hijo ilegítimo. Él le extendió una mano. Ella dudó apenas un segundo, luego sonrió. Le brillaban los ojos. Puso su mano sobre la de él, que se la apretó tan fuerte como a su padre. Después la condujo ante Clemente V.

—Miriam, la nieta del judío Eliah de Carpentras —le presentó, y su voz sonó de pronto fuerte y viril—. Quiero que sea mi esposa.

El Papa la miró larga y escrutadoramente.

—¿Quieres hacerte judío o habéis decidido que ella se bautice?

—Todavía no lo sabemos —respondieron los dos al unísono—. Pero nos quedaremos a tu lado todo el tiempo que nos lo permitas.

Sonaron las campanadas de medianoche en la catedral.

—¡Cristo ha resucitado! —exclamó el Papa con voz temblorosa—. ¡Realmente ha resucitado! Le doy las gracias a él y a Dios Todopoderoso por todo, aunque yo haya sido débil y no siempre haya conseguido comprender sus consejos.

Cerró los ojos. El dolor de su cuerpo era cada vez más intenso, pero en su rostro resplandecía una expresión de felicidad.

—¡Buscad la respuesta en las Escrituras! —dijo, para añadir a continuación y de modo casi implorante una frase que cualquier otro hubiera considerado herética—: No sólo existe la Biblia, sino que hay también sabiduría y conocimiento en el Corán y el Talmud, así como en muchos otros libros de España y Arabia.

OceanofPDF.com

Epílogo

La promesa del Sábado de Gloria se cumplió, y el Papa salió en su silla sagrada, si bien tres días más tarde Bertrand regresó con Miriam a Aviñón para anunciar que el Santo Padre ya había desistido de trasladar su curia a Burdeos.

Aquella misma tarde el hijo del Papa y el cardenal que ya había coronado a un emperador, recorrieron el estrecho camino que llevaba a la cumbre del monte de piedra calcárea en torno al cual el río Ródano trazaba su curva. Desde allí podían contemplar la isla del río. Los bastiones del lado francés parecían aún más imponentes y amenazadores desde el Rocher des Domes.

—Ya en Villeneuve, Clemente nos confesó que su cansado cuerpo no iba a lograr llegar hasta Burdeos para ser enterrado en la iglesia de Uzés — le informó Bertrand—. Yo quería volver a traerle aquí, pero él insistió en cumplir su promesa. Aparte de sus viejos criados y el caballero Utz von Falkenhenn con sus soldados, sólo el cardenal D'Aux permanece a su lado. También ha querido enviar mensajeros a todos los parientes que fueron nombrados obispos o cardenales durante sus ocho años de pontificado.

—Muchos de ellos ya no están vivos —observó Niccolò da Prato.

—Puede ser —accedió Bertrand—. Pero los que quieran seguir luchando contra la corrupción de Roma, tienen que insistir en que el próximo cónclave no se celebre en Italia sino aquí en Aviñón, o mejor aún en Carpentras.

Apenas tres semanas después, el veinte de abril de 1314, fallecía el papa Clemente V en Roquemaure, en Languedoc, en la orilla derecha del Ródano. Lo extraño del caso es que la localidad está situada al norte del camino que conduce a Burdeos, casi en dirección a Lyon, o quizá a París, Estrasburgo o Colonia. A excepción de sus allegados y parientes cercanos, apenas nadie se entristeció por el hombre al que posteriormente sólo se le reprocharon nepotismo, corrupción y la desaparición de los templarios. Contra su propia convicción, se afirmó que había llegado a ocupar la Santa Sede sólo por medio de la corrupción y que, como siervo del rey de Francia, le había entregado el papado, su sede sagrada, sacándolo de Roma. Nadie se molestó en recordar que, desde hacía muchos siglos, Aviñón y el condado de Venaissin pertenecían al Sacro Imperio Romano Germánico.

Veintitrés cardenales se reunieron en Carpentras pocas semanas después. Allí es donde se retiraba la corte de Clemente cuando el calor apretaba en Aviñón. Y allí es donde se iba a celebrar por tanto el cónclave. Catorce de los cardenales pertenecían al bando francés y los demás al italiano. Los gascones de la parentela del Papa deseaban un pontífice gascón; los franceses, uno francés, y los italianos querían rectificar su elección de Clemente en Perugia, eligiendo a un hombre que devolviera el papado a Roma. Fue una lucha reñida, e incluso el influyente poeta Dante exhortó a los cardenales italianos a que se unieran contra gascones y franceses para llevar de vuelta al papa a la huérfana Roma. Sin embargo, los parientes de Clemente V irrumpieron, con un gran número de gascones, en el cónclave de Carpentras el veinticuatro de julio de 1314 y prendieron fuego a la ciudad. Los cardenales italianos escaparon a la muerte por los pelos gracias a que se apresuraron a salir huyendo. Todo ello retrasó dos años la elección de un nuevo papa. El rey Felipe el Hermoso ya no vivió para presenciarlo, pues murió el veintinueve de noviembre de 1314 durante una cacería en el bosque de Fontainebleau.

Hubo que esperar hasta el siete de agosto de 1316 para que, finalmente, fuera elegido un nuevo pontifex. La elección recayó en Jacques Duèse, antiguo obispo de Aviñón, cardenal de Oporto y que contaba entonces con setenta y dos años de edad. Era el más débil de todos los candidatos, un anciano feo y bajito. Pero durante sus ocho años de mandato, el nuevo papa, que adoptó el nombre de Juan XXII, se reveló un experto en todos los asuntos eclesiásticos, un perseguidor inflexible de la espiritualidad femenina en los conventos y en las casas de las beguinas. No tardó en acusar de herejía, por mediación del intolerante arzobispo de Colonia, Heinrich von Virneburg, que durante años había sido inspector de las beguinas, al maestro Eckhart.

Poco a poco logró ir acallando los rumores sobre mensajes secretos de los templarios y de los hombres de la Antigüedad grabados en ciertas piedras; para ello, obsequiaba cada año a mediados de cuaresma, el Domingo del Laetare, a un grupo de hombres cuidadosamente seleccionados, unas flores de oro, bellamente forjadas, con aroma de almizcle y bálsamo.

Años más tarde, cuando el kaiser Luis de Baviera invadió Italia y fue excomulgado por el papa Juan XXII, Bertrand de Comminges, llamado

Smaragdus, recibió por sus méritos como intermediario secreto de la Santa Sede La Rosa de Aviñón.

OceanofPDF.com

Dramatis personae anno 1314

Antonio Brazzi: 44 años, armero, arruinado comerciante como consecuencia de la muerte del kaiser Heinrich VIII, ahora capataz en el fondaco de Marco Ambrogio, en Aviñón. Arnaud d'Aux: 49 años, obispo de Poitiers (1305), emisario en París e Inglaterra, nombrado cardenal por Clemente V, chambelán del Papa, presidió el juicio contra los templarios. Bertrand de Comminges: 19 años, estudiante, ingenuo y casto, nacido en 1295, recibe el apodo de Smaragdus.

Clemente V: 63 años, Raimond Bertrand de Goth, nombrado por Bonifacio VIII obispo de Comminges (1295) y arzobispo de Burdeos (1299). Elegido papa en Perugia el cinco de junio de 1305 y coronado en Lyon el catorce de noviembre de 1305, en presencia de Felipe IV el Hermoso. Pierde la piedra de la corona (rubí de la tiara en un atentado). Tras cuatro años de peregrinaje elige Aviñón como residencia debido a su proximidad con el condado de Venaissin, propiedad papal. Elena de Pisa: esposa de Marco Ambrogio.

Elijah de Carpentras: 63 años, judío, antiguo rabino, comerciante de mercancías diversas y de información varia. Abuelo de Miriam y Seder.

Marco Ambrogio: 30 años, mercader de Pisa, señor el fondaco italiano (casa de comercio) en la antigua komturei de los templarios de Aviñón. Agente y correo del Papa.

Mel Comyn: 30 años, escocés, capellán de la capilla de San Nicolás en el puente de Aviñón. En guerra sin tregua con el rey Robert the Bruce.

Miriam: 17 años, nieta de Elijah y hermana de Seder.

Niccolò da Prato: 64 años, cardenal (1303), coronó en representación del papa Clemente V al kaiser Enrique VII, fue prior provincial de los dominicos en Roma, obispo de Spoleto (1299). Pierre Godin (Guillaume): dominico, Dueño del palacio papal, amigo íntimo (y espía) del fallecido canciller francés Nogaret, enemigo acérrimo de D'Aux. Instala en su palacio, situado junto al palacio comunal de Aviñón, salas de tortura.

Seder Ben Ariel: 23 años, nieto de Elijah, hermano de Miriam, se llamó Seraphin hasta la muerte de su padre en el atentado contra el Papa.

Utz von Falkenhenn: 30 años, suizo, caballero de la guardia papal de Aviñón.

Algunos personajes mencionados que no aparecen en la novela como protagonistas Benedicto XI: papa (1303-1304) antecesor de Clemente V, prior general de los dominicos, envenenado. Berengar von Landora: maestro general, director de la Orden de los Dominicos en París. Bonifacio VIII: papa, envenenado en Agnani (siete de noviembre de 1303) por el gran guardián del sello de Felipe IV el Hermoso, Guillermo de Nogaret y el cardenal Sciarra Colonna. Felipe IV el Hermoso: nacido en 1268 en Fontainebleu, donde falleció el veintinueve de noviembre de 1314. Rey de Francia (1285-1314).

Heinrich von Virneburg: arzobispo de Colonia, elige y corona a reyes alemanes; negocia simultáneamente con el papa Clemente V y el rey Felipe IV de Francia. Jacques Duèse: también llamado Jacques d'Euze, nacido en torno a 1245; arzobispo de Fréjus (1300). A partir de 1308 canciller del rey de Nápoles Carlos II de Anjou (fallecido en 1309) y su sucesor Roberto I. Arzobispo de Aviñón (1310) y obispo cardenalicio de Oporto (1312). El cinco de junio de 1316 se convirtió

en el papa Juan XXII.

Jacques de Molay: Gran Maestre de los templarios, se niega a que éstos se unan a la orden de los Caballeros de San Juan; quemado en París el once de marzo de 1314. Luis IV de Baviera: nacido en Wittelsbacher en torno a 1283, fallecido en el monasterio Fürstenfeld. Combatió con Roma e impuso al antipapa Nicolás V. Derrotó a Federico de Austria. Maestro Eckhart de Hochheim: maestro en la Sorbona, inspector de la peligrosa religiosidad femenina (brujería) en los monasterios del sur de Francia y en los conventos de las beguinas; juzgado posteriormente por hereje durante el papado de Juan XXII.

Marguerite Porète: beguina, ejecutada en la hoguera en París, el uno de junio de 1310, Lunes de Pentecostés, después de un proceso inquisitorial por la divulgación de su libro sobre el amor de Dios El Espejo del alma sencilla.

Roberto de Anjou: rey de Sicilia, conde de Provenza, rival del emperador Enrique VII. Robert the Bruce: rey de Escocia.

Thomas R. P. Mielke El puente de Aviñón